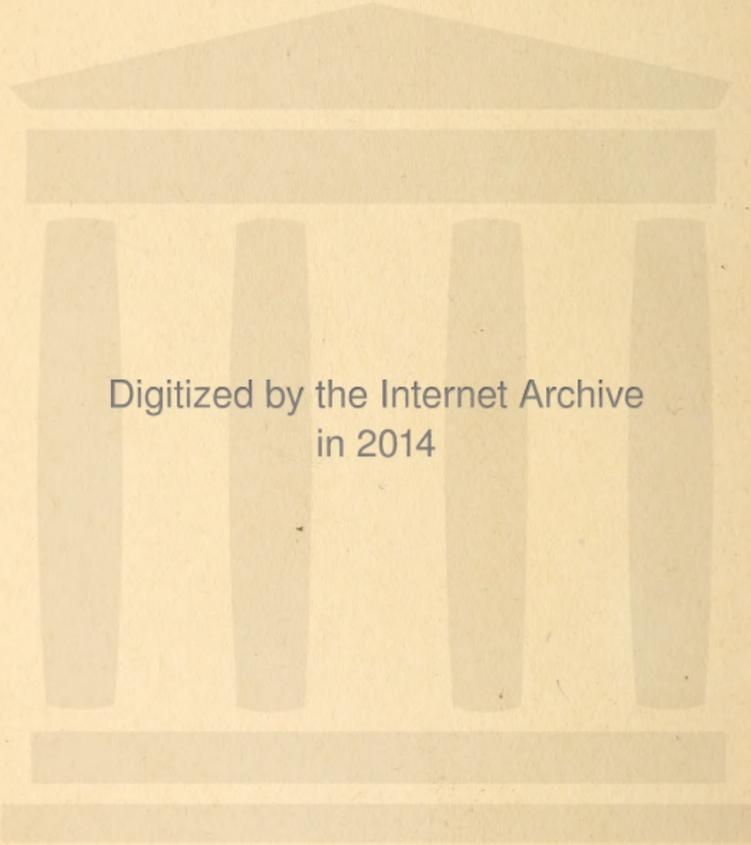


3 1761 09373057 0









Digitized by the Internet Archive
in 2014

EL SOL DE INVIERNO

21845

EL SOL

DE

2507

INVIERNO

NOVELA ESCRITA

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

NUEVA EDICIÓN

REIMPRESA DE LA SEGUNDA CORREGIDA CUIDADOSAMENTE POR LA AUTORA

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48—Pecados—48.

1916

149859
575719

ES PROPIEDAD

NOTA. Esta novela está basada en la comedia que con el mismo título escribió D. José Marco, y se ha representado con extraordinario éxito en todos los teatros de España.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE TELLO
Carrera de San Francisco, 4.

PARTE PRIMERA

MUNDETA

.....
¿Qué hace el ave de paso?
Se lanza al mundo, y busca con inquietud el sitio en donde poder construir una vivienda; no tiene reposo hasta encontrar una habitación, un pequeño mundo, en donde pueda obrar, según su especie, con calma y libertad.

Cuando ha encontrado la ribera ó el árbol sobre que quiere reposar, reúne hojas y hierbecillas, y se despoja de sus mismas plumas para formar un nido: después se tranquiliza, ve el mundo desde allí, y canta hasta la próxima emigración.

FEDERICA BREMER.

I

ESCENA CONYUGAL

Éra una templada noche de primavera, cuando en una suntuosa casa, situada en la calle de las Infantas, de Madrid, se hallaban tres personas, al parecer en un estado de mal humor y de disgusto, que se retrataba de un modo muy claro y enérgico en sus respectivos semblantes.

Eran dos señoras y un caballero.

La una de ellas tendría de treinta á treinta y un años de edad, y era bellísima, si bien algo fría en la expresión de su semblante: largos cabellos rubios y sedosos patentizaban la poca firmeza de su carácter, y quizá también la impasibilidad de su temperamento; su tez era blanca, suave y aterciopelada; sus ojos azules, de un matiz claro y bastante faltos de expresión, pero rasgados y de dulce mirar; su nariz, perfecta; su frente, pequeña, y su boca, muy bonita.

Vestía, sin ninguna coquetería ni gracia, un elegante traje, hecho, á no dudar, por una de las mejores modistas de Madrid; mas colocado en aquel cuerpo, largo, delgado, caído y echado hacia adelante, no podía ostentar la perfección de su corte.

Era un vestido de seda, de lunarcitos en relieve, color de lila subido y adornado con exquisita gracia por algunos lazos de encaje y terciopelo negro.

Su cuello y vuelos, de encaje blanco, no podían haber costado menos de seiscientos reales, según su espumosa y aérea finura; un reloj, guarnecido de brillantes, se suspendía de una cadena de oro muy fina, que rodeaba su cuello y se cerraba por medio de un broche de esmeraldas y brillantes.

Aquella riqueza era elegante y hubiera embellecido á otra mujer cualquiera; pero la que presento á mis lectores deslucía todo cuanto llevaba puesto con su aire indolente y con una inexplicable dejadez, que no bastaba á animar ni aun el estado de

enojo á que al parecer se hallaba sometida en aquel momento.

La otra señora tendría poco más ó menos la misma edad: era mucho menos bella; pero todo lo que había de frialdad en su compañera, era en ella expresión, vida y sensibilidad.

Hermosos cabellos negros guarnecían su frente; sus ojos, grandes y negros también, eran tristes; una palidez ligera, de esa que nace de las penas del alma, vestía sus facciones, no muy correctas, pero sí llenas de gracia y armonía; en suma, aquella mujer era simpática, lo que, á mi juicio, vale mucho más que ser bella.

Su traje era muy modesto: un vestido de lana bien cortado, de fondo verde obscuro, con ramitos sueltos de seda carmesí; un cuello liso, y debajo de él una corbata de raso carmesí, completaban su atavío; sobre sus cabellos, peinados en trenzas, con un gusto á la par sencillo y distinguido, llevaba una toquilla de tul blanco prendida con un lazo de terciopelo.

Aquella señora no parecía enojada; pero en su rostro se pintaba la tristeza con rasgos expresivos. Tenía los ojos arrasados de lágrimas, y ora miraba á la dama, ora al caballero, que era á la sazón el más dominado por una cólera violenta.

Éste contaba alguna más edad que las dos señoras, y se adivinaba que rayaba en los cuarenta años. Su semejanza con la segunda de las dos damas que he descrito, decía claramente que eran

hermanos. Era, como ella, alto, esbelto, moreno, de grandes ojos aterciopelados, de fisonomía bella, inteligente y expresiva; vestía con elegancia un traje cortado con gran maestría y perfección.

Este hombre se paseaba por la estancia á pasos largos y desiguales. Aún cubría el pavimento una gruesa alfombra afelpada, y en la chimenea de mármol blanco, pequeña y elegante, ardía lentamente un fuego muy escaso.

El mueblaje de aquella habitación—que era sin duda una sala de confianza—no podía ser más suntuoso; pero el observador menos perspicaz hubiera comprendido que estaba en extremo descuidado su aseo, y que no se había movido, ni aun para limpiarle, del sitio en que le había colocado el tapicero al adornar la casa.

A cada lado de la chimenea había un pequeño canapé de tapicería de los llamados hoy *caseuses*, guarnecido de flecos y borlas de seda verde, que era el color del fondo de la alfombra.

Un reloj de bronce de dibujo antiguo y dos candelabros de igual gusto, ocupaban, bajo un espejo ovalado, el mármol de la chimenea.

Cubrían las paredes, vestidas de un papel verde aterciopelado con ligeros arabescos de oro, algunos cuadros de gran mérito, encerrados en marcos dorados muy sencillos. Algunos sillones de diferentes tamaños, forrados de terciopelo verde, ocupaban todos los huecos de la estancia, en medio de la cual, y delante de la chimenea, se veía

un elegante velador de palo de rosa, que contenía libros y algunos álbumes de mucho valor.

El caballero dió dos ó tres paseos por la estancia, se detuvo delante de la joven rubia, y exclamó:

—Te digo que se hará mi voluntad.

Aquella no dió muestras de haber oído estas palabras.

—Señora, yo hablo para que se me escuche, ¿lo oye usted?—exclamó exasperado el que paseaba, y elevando más el diapasón de su voz.

—¡Si le estoy á usted escuchando!—respondió lánguidamente la rubia beldad, sin cambiar de posición ni levantar sus ojos de los dibujos de la alfombra.

—¡Oh, pero esto es irritante, esto es insoportable! ¡Esta mujer es, ó aparenta ser, un autómeta!

Y aquel hombre, de cuyos ojos brotaban chispas, volvió á pasearse por la estancia.

—¡Hermano mío, por Dios, ten un poco de calma!—exclamó levantándose la dama de los cabellos negros y acercándose suplicante al que paseaba.—Gertrudis hará al fin lo que tú deseas... ¿Por qué irritarte así? ¿No sabes que esos arrebatos alteran tu salud, mi querido Andrés?

Aquella dulce voz, aquel acento persuasivo, pareció calmar la cólera del caballero, quien detuvo su furioso paseo, pasó la mano por su frente y se dejó caer en un sillón con aspecto, si bien más pacífico, abatido y triste.

—Tienes razón, Luisa—respondió á su hermana;—soy un loco en irritarme de esta suerte..., porque nada consigo más que matarme.

En efecto: de la elevada frente de aquel hombre brotaban esas menudas gotas de sudor que la angustia del alma produce, y que tan alto dicen cuánto padece aquel en cuyas sienas brotan; su respiración era anhelosa, y sus facciones todas se habían alterado profundamente.

Empero aquella á quien habían llamado Gertrudis, ni se alteró ante unas muestras tan elocuentes de sufrimiento, ni siquiera alzó sus ojos para mirarlo, continuando impasible y fría en su indolente actitud.

—Tienes cuatro hijos, hermano—continuó Luisa con acento persuasivo y penetrante;—cuatro ángeles, por los que debes mirar, por los que debes vivir. Por otra parte, tu esposa no se ha negado á tus deseos en lo que concierne á la educación de las niñas, y acabará por ceder, porque es razonable.

—¡Razonable!—repitió amargamente Andrés. Luego, dominándose con un violento esfuerzo, se acercó á la hermosa é impasible mujer que estaba sentada á dos pasos de él, y le tomó una mano con afectuosa ternura.

—Vamos, Gertrudis—le dijo:—soy un niño en encolerizarme; tú serás razonable, como dice Luisa, y me dejarás obrar como buen padre, ¿no es verdad?

—Si crees que es obrar como buen padre arrebatarme todos mis hijos, no por cierto—repuso Gertrudis sin dejar su tono dulce y lento, y alzando sus ojos azules hasta el semblante de su marido.

—Pero es sólo por un poco de tiempo..., por un tiempo dado tal vez—observó el esposo.—Además, yo no quiero separarte de las niñas, no las quiero sacar de Madrid... Las pondremos en las Salesas Reales, y las verás siempre que lo desees.

—¡Pero si á mí lo que menos me importa es verlas ó no!—respondió suavemente Gertrudis;—en sabiendo yo que están buenas, me basta.

—Pues entonces, ¿á qué esa oposición á que las aleje de tu lado?

—Porque eso de educar á las niñas en un convento es una cosa ordinaria, una cosa ridícula; yo deseo..., quiero que mis hijas tengan aya.

Andrés se hizo hacia atrás al oír esta salida inesperada, y este movimiento imprimió á su silla otro inevitable, que la retiró algunos pasos; luego, como si estuviera seguro de que era inútil toda discusión con su mujer, le dijo con voz reposada y grave:

—Gertrudis: ya sabes que no somos ricos, y que mi posición de Agente de Bolsa no produce hasta el extremo de igualarnos con la más encumbrada nobleza; así, en vez de la educación maternal que tú no quieres ni puedes dar á tus

hijas, es fuerza que pensemos en darles otra, modesta, saludable, sólida, moral y religiosa; esto podemos lograrlo poniéndolas en las Salesas.

—Hazlo si así lo quieres—repuso Gertrudis;—pero jamás obtendrás mi consentimiento para ello.

—¡Oh, qué mujer!—exclamó Andrés, hiriendo el pavimento con su pie y volviendo á pasearse con ira por la estancia.

—¡Dios mío!—exclamó Gertrudis llevando á los ojos su pañuelo.—¡No le bastaba haberme quitado á mis dos hijos! ¡Ahora quiere quitarme también á las niñas!... Y tan pequeñas... lejos de su madre... ¡Qué crueldad!

Al oír semejantes palabras, pronunciadas con voz entrecortada por los sollozos, el irritado esposo se detuvo enfrente de su mujer, y exclamó:

—¡Gertrudis..., por favor!... ¡Serénate!... ¡Ya sabes que no puedo sufrir el verte llorar!

—¡Yo creo, por el contrario, que el desconsolarme te alegra!...—murmuró ella sin dejar de sollozar.—¡Ay! ¡Si así seguimos, pronto te dejaré en paz y harás lo que te acomode de tus hijas!

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que muy pronto me libraré la muerte de tus crueldades.

—¡Gertrudis!—gritó Andrés con voz terrible.

—¡Qué horror! ¡Por no gastar un poco de dinero, quitarme mis hijas! ¡Madre de cuatro y arrebatármelos á todos!

—¡Gertrudis, tú quieres que esta noche me pegue un tiro!—gritó el desgraciado con voz temblorosa y ahogada.

El silencio siguió á estas palabras. Gertrudis, amedrentada, ó aparentando estarlo, no volvió á replicar; en cambio redobló su llanto y sus gemidos.

Su cuñada se acercó á ella, le tomó una mano y le dijo por lo bajo algunas palabras dulces, á las que ella sólo contestó con sollozos.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se acercó á su hermano y le dijo con acento suplicante:

—¡Cede tú!

—¡Eso es!—exclamó Andrés;—¡cederé yo, como siempre! ¡Ya se sabe mi flaco: ya se sabe que el llanto me obliga á los gastos más locos, á las más culpables condescendencias! ¡Que llorando se me arruina, y se arruina el porvenir de esos hijos tan amados, al parecer!

—¡No, no, hermano mío!—murmuró Luisa.—El que cede es siempre el más noble, el más generoso, créelo. Dios quiere que á cualquier precio que se pueda, sin crimen, se conserve la paz conyugal.

—¿Es esta la cuenta que te echas tú siempre al ser en todo y por todo la víctima de tu marido?

—Sí, esa es.

—¿Y eres feliz?

—No; pero sería más desdichada si no cumpliera con mi deber.

—Cederé por esta vez por ti—repuso Andrés, quien fatigado de esta escena, quería terminarla á toda costa; y acercándose á su mujer, le tomó las manos y se las separó del semblante.

El pañuelo con que Gertrudis se cubría el rostro cayó sobre su falda, y se vieron sus ojos que, en efecto, se hallaban llorosos y enrojecidos; sin embargo, aquello no había sido una explosión de dolor, ni menos una pena profunda: era un llanto manejado con toda la maestría de la mujer diestra, hipócrita, helada.

—Vamos, Gertrudis, explícame lo que deseas y no seas niña—dijo el noble Andrés, sin reparar en aquella monstruosa tenacidad.—¿Qué quieres? ¿Que no vayan las niñas al colegio? No irán.

—¡Quiero un aya!—respondió Gertrudis, con una voz casi serena y con una impasibilidad irritante.

Andrés la contempló con ira durante dos segundos, y como dudando de lo que debía responder. Su brazo se levantó, por un movimiento independiente de su voluntad, sobre la cabeza de su mujer; pero volvió á caer inerte á lo largo de su cuerpo.

Luego se apartó de Gertrudis, separando de ella sus ojos, como si su vista le incomodase, y murmuró:

—Tendrás aya.

Y salió del aposento sin mirar á su hermana, y presa de un violento enojo.

II

NIEVE Y FUEGO

—¡Válgame Dios, y qué enojado se marcha Andrés!—exclamó Luisa tristemente luego que su hermano hubo salido.

Gertrudis no contestó: hallábase ya de pie ante el espejo de la chimenea, alisando sus hermosos cabellos con la palma de su blanca y delicada mano.

Reinó el silencio algunos instantes; pero ella fué la primera que le rompió, diciendo á su cuñada, que la miraba con una tristeza mezclada de enojo:

—¡Ese hombre me mata! ¡Ya ves qué encarnados me ha hecho poner los ojos!... ¡Y esta noche que tengo que ir al baile de la Baronesa!...

Separóse del espejo dichas estas palabras, y fué á tirar del cordón de la campanilla.

—¡Qué! ¿Vas á un baile esta noche?—preguntó Luisa llena de admiración.

—¿Por qué no?

—Después de la escena que has tenido con tu marido, ¿puedes pensar en eso?

—Esas escenas — respondió Gertrudis — las provoca él á cada instante para hacer alardes de autoridad; pero no temas: no le alteran ni la gana de comer ni la de dormir.

—Te equivocas, Gertrudis—respondió Luisa con tristeza;—tu marido está enfermo, quizá mucho más de lo que tú piensas: el enojo le mata. Yo he visto sus ojos inyectados de sangre, sus mejillas lívidas, sus labios convulsos... ¡Por Dios, Gertrudis, por ti misma, por tus hijos, no irrites á Andrés..., que está enfermo!

Al hablar así, las mejillas de aquella mujer se colorearon á causa del fervor de su ruego; sus ojos se llenaron de lágrimas y sus manos estaban cruzadas en actitud suplicante.

La llegada de una doncella que había acudido al sonido de la campanilla, le hizo dominar su emoción y guardar silencio.

Gertrudis no había perdido nada de su impasibilidad; parecía que no había escuchado las palabras de su cuñada, porque, dirigiéndose á la doncella, le dijo con voz clara, serena é indolente:

—¿Está preparado mi traje?

—Sí, señora—respondió la camarera.

—¿Han traído el aderezo?

—Acaba de llegar.

—Tráelo para que lo vea mi hermana. ¡Ah!, y de paso trae la palanganita de plata con un poco de agua clara y una toalla de batista.

La sirvienta salió, y Gertrudis dijo volviéndose hacia Luisa:

—¡Verás qué aderezo tan divino! Es cosa muy nueva en su forma...; todo de lazos.

—Pero ese aderezo—murmuró Luisa,—¿para quién es?

—¡Oh, llamará mucho la atención en el baile, estoy segura de ello! Lo he pagado muy caro, pero no habrá otro igual.

—¿Persistes en ir á un baile?

—Sí. ¿No te lo he dicho ya? Voy al que da la Baronesa del Valle.

—¿Y lo sabe Andrés?

—No se lo he dicho; ¿para qué? Él no había de acompañarme.

—Pues ¿con quién vas?

—Con la Marquesa de Castro.

—¿Pero no sabes cuánto se murmura de esa mujer?

—¿Y qué importa eso? ¡Se murmura en el mundo tan sin razón!

Y diciendo esto con una serenidad admirable, Gertrudis tomó de la mano de su doncella, que había vuelto á entrar, una pequeña palangana de plata y una toalla de espumosa batista; humedeció en el agua una punta de esta última, y lavó con mucho mimo y delicadeza sus ojos azules, algo enrojecidos por sus pasadas lágrimas.

Mientras tanto que se ocupaba en esto, no dejaba de lamentarse hablando con su cuñada, y sin pensar en que se hallaba presente una de sus sirvientas.

—¡Ah, Dios mío!—exclamaba, pasando suavemente el paño humedecido por sus ojos.—¡Este

hombre ha de matarme á pesadumbres! ¡Nadie tiene lástima de mí! ¡Me agobian todos los cuidados, todas las penalidades de la casa! ¡Qué feo voy á estar esta noche con los ojos tan encendidos! ¡Pero la culpa es mía! ¡Si yo no me tomase penas por nadie! ¡Oh, algo más dichosa sería! ¡No se resentirían tanto mis nervios, ni tendría estas punzadas tan terribles en el corazón!

Gertrudis acabó de lavarse los ojos entre estas quejas, que ella exhalaba con acento indolente; luego devolvió la toalla y la palangana á la camarera, y tomó de sus manos un gran estuche de terciopelo violeta, que abrió acercándolo á los ojos de Luisa.

—¿Qué te parece?—le preguntó con displi-
cencia.

—¡Magnífico!—respondió Luisa con sincera ad-
miración.

En efecto, no podía imaginarse una cosa de un gusto más exquisito.

Era un aderezo que constaba de collar, pendientes, brazaletes y alfiler, todo formado de lazos de perlas, con abrazaderas de diamantes, que brillaban como gotas de rocío en el centro de una blanca flor.

—¡Oh!, lo he pagado muy bien; pero lo vale, ¿verdad?—preguntó Gertrudis con más animación de la que hubiera podido esperarse de ella.—Este adorno, con un traje de crespón azul de China, recogido también con lazos de perlas, será delicioso.

—¡Pero esto ha debido costarte una suma enorme!—murmuró asombrada Luisa.

—Vete, Juana—dijo Gertrudis á la camarera; —vete y prepara en mi tocador todo lo necesario para vestirme; enciende perfumes y ve extendiendo la ropa, pues ya sabes que quiero todas las prendas del traje fuertemente aromatisadas.

La doncella se inclinó, y salió para cumplir las órdenes de su señora.

Ésta se dirigió á Luisa.

—Á decir verdad, querida mía—le dijo,—todavía no sé lo que me cuesta el traje y el aderezo.

—¡Cómo! ¿No los has pagado?

—No; no tenía dinero para tanto. Cuando traigan la cuenta la pagará Andrés.

—Pero ¿y si él tampoco está en fondos?

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Los hombres se casan para mantener y vestir á su esposa y á sus hijos.

—No hay duda; ¡pero tan enormes gastos!

—De soltera llevaba yo mucho más lujo que ahora: ya lo sabes, Luisa, pues éramos amigas; ya sabes que mi padre no hallaba nada que fuera demasiado bueno para mí.

—Yo no te niego eso.

—¡Y cómo podrías hacerlo, si era proverbial la pasión por su hija del general Santa Fe; si no ha habido en Madrid joven más mimada, más

querida, más adorada que yo! ¡Sólo ahora, ¡ay!, sólo ahora es cuando soy desgraciada!

Gertrudis colocó con mucho cuidado el estuche de las perlas sobre la chimenea, y después se dejó caer en un sillón dando profundos y dolorosos suspiros.

Luisa quedó meditabunda durante algunos instantes; parecía como que luchaba con algún deber penoso y que, sin embargo, estaba resuelta á cumplir.

Por fin se acercó á su cuñada, le tomó una mano y le dijo con dulce gravedad:

—Gertrudis, mi deber es hacerte una advertencia, seria y triste á la par...

—¡Ah, Dios mío!—exclamó la joven.—¿Vas á entristecerme de nuevo? En ese caso, cállate, querida Luisa; bastante contristada estoy.

—Si lo estás, al menos por ahora, es sin gran motivo; pero después de oír lo que voy á decirte, lo estarás, desgraciadamente, con mayor fundamento.

—Habla, pues, ya que te empeñas en mortificarme—dijo Gertrudis reclinándose en su asiento, con un ademán de triste resignación.

—Pues bien, Gertrudis: sabe que tu marido está hastiado de tu casa y de tu carácter.

—¡Eso ya lo sé! ¿Y bien?

—Que es fácil que busque en otra parte lo que no halla en ti.

—¡Ah, qué crueldad!—exclamó irritada Ger-

trudis.—¡Te has empeñado en que no vaya al baile! ¡Está visto, esto es un complot que habéis fraguado entre Andrés y tú!

—¡Dios mío! ¿Así tomas lo que digo, Gertrudis?—exclamó Luisa con tristeza.— Cuando te hablo de la felicidad de toda tu vida, ¿piensas en el baile?

—¿Y en qué he de pensar? ¿Quieres que me deje morir?

—¡Por Dios, Gertrudis, no seas exagerada!—repuso Luisa.— Amo á mi hermano con toda mi alma, y eso no puedo ni quiero negarlo; pero si esto es cierto, no lo es menos que soy tu amiga desde la niñez, y que tu felicidad me es tan cara como la suya; no es menos cierto que ama á tus hijos á la par del mío, y que me duele ver que perdéis la paz sólo por tu culpa.

Sin duda que Gertrudis iba á contestar con su acritud acostumbrada, ó con una serie interminable de lamentaciones; pero la puerta se abrió, y dos preciosas niñas entraron, desprendiéndose de las manos de la niñera que las había conducido.

III

MARÍA Y ELVIRA

Eran dos criaturas encantadoras.

La mayor contaría unos seis años, y se parecía á su madre en el color de sus cabellos y en el de sus ojos.

Se llamaba María.

Sin embargo, á pesar de presentar el mismo tipo de hermosura que su madre, un observador inteligente hubiera hallado gran diferencia entre los dos semblantes, además de la que imprime la diferencia de edad.

Los cabellos de María eran de un rubio más obscuro y menos vaporoso que los de su madre; sus ojos, de un azul más intenso y más subido, tenían una expresión muy diferente; los de Gertrudis nada decían: en los de su hija había un mundo de pensamientos y de sensibilidad.

Las facciones de María no ostentaban tampoco la helada regularidad que se hallaba en las de su madre; eran más gruesas las de la niña, menos armoniosas, pero más espirituales.

Llevaba un traje, ya bastante usado, de seda azul con cuadritos blancos; por debajo de sus enaguas bordadas salían sus pies, muy pequeños y calzados con unas botitas de satén inglés.

La otra niña contaba dos años menos; era pequeña, nerviosa y muy bella.

Elvira, que éste era su nombre, no se parecía en nada á su hermana ni á su madre; pero era un retrato de Andrés, excepto en el cutis, que lo tenía blanco como las azucenas; sus ojos eran grandes, negros, rasgados, de mirada vivaz y elocuente; nada podía darse de más encantador que aquella carita blanca y rosada, sobre la cual proyectaban una oscura sombra largas y dobles pestañas negras.

Sus cabellos, que, como su hermana, llevaba cortados á la altura del cuello, eran negros, brillantes y tan espesos, que sólo dejaban en medio de la frente una raya blanquísima y angosta como un hilo.

Sus labios, del color del coral más vivo, eran delgados y finos, denotando una gran firmeza de carácter y una reserva obstinada y dura; en fin, en su ancha frente y en su mirada brillante y osada, se echaba de ver una tendencia excesiva al dominio y una voluntad inquebrantable.

Vestía, con más suntuosidad que su hermana, un traje de seda, nuevo y guarnecido de encajes; su enagua estaba también orlada de encaje de gran precio.

María se detuvo á la puerta, tímida y como cortada. Elvira corrió hacia su madre, llena de alegría y de confianza.

—¡Hija mía!, ¡ángel de mi vida!, ¡mi amor!, ¡mi

cielo!—exclamó Gertrudis abrazándola, y sin mirar siquiera á su hija mayor.

Esta se acercó tristemente á su tía, que la colocó sobre su falda.

—Estoy muy cansada, mamá; he paseado mucho—dijo Elvira.

—¿Has ido á pie?—preguntó su madre.

—Sí, á pie, con Pepa. María dice que no está cansada; es más fuerte que yo, ¿verdad María?

—Sí; yo no estoy cansada—respondió la niña.

—Desde mañana ó pasado, hijas mías, tendréis un aya—dijo Gertrudis,—y ya no pasearéis á pie toda la tarde: iréis en carruaje; bajaréis un rato en el Retiro, y luego el coche os volverá á casa.

—¡Cómo, mamá! ¿Vamos á tener aya como las niñas de la Marquesa del Prado?—preguntó Elvira, cuya penetración era admirable, atendida su corta edad.

—Sí, ángel mío.

—Pues papá se oponía á eso—objetó María;—nunca ha querido que tuviésemos aya ni coche.

—¡Ya! ¡Manías de tu padre!—respondió Gertrudis, á pesar de la presencia de la criada, que había entrado con las niñas y que aguardaba allí para volver á llevárselas.

—Es que dice papá que á las niñas nos conviene el ejercicio, y correr—observó María, como si hubiera deseado corregir el yerro de su madre.

—Bastante trabajo me ha costado conseguiros esa aya—repuso Gertrudis.—Pero, en fin, ya lo

he logrado; mañana saldré á buscarla, y mañana dormiré ya en casa.

—Y qué, mamá: ¿ya no saldremos nunca contigo?—preguntó María con tristeza.

—Nunca; ahora saldréis con el aya.

—¿Y dormiremos con ella?

—Sí; en su mismo cuarto.

—¿Y comer? ¿Con quién comeremos?

—Con el aya.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pues entonces más valía que no viniera!—exclamó María llorando.

—¿Qué necesidad es esa?—preguntó severamente su madre.—¿Á qué viene llorar de esa manera?

—¡Lloro, mamá, porque así va á parecer que tú te has muerto! ¡Comer con el aya, pasear con el aya, dormir con el aya! ¡Sólo nos faltará que nos vistan de luto para que nos parezcamos á nuestras amiguitas Eloísa y Julia, que no tienen papá ni mamá!

—A bien que nosotras los tenemos—objetó Elvira,—para que nos compren dulces y juguetes.

—Yo quisiera tenerlos para que me quisieran mucho y no separarme de ellos, aunque nunca me comprasen nada—dijo María, que no cesaba de llorar.

—¡Dios mío, qué criatura! ¡Esto no se puede soportar! ¡Es el retrato de su padre! ¡Cuanto hace una por su bien, otro tanto es desconocido, otro tanto es acusado! ¡Yo, yo sola soy la mártir aquí, la que sufre, la que padece por todos!

—¿Ves? ¡Ya has hecho llorar á mamá!—dijo Elvira á su hermana con acritud.

—¡Idos á acostar!—exclamó Gertrudis.—¡Idos y dejadme, porque vais á matarme entre todos!

María, amedrentada con el llanto de su madre, dócil como una corderilla, bajó de las faldas de su tía y fué á asirse de la mano de la niñera; Elvira se asió de las manos de su madre.

—Mamá—dijo:—Juana me ha dicho que vas á un baile. ¡Yo quiero verte vestida! ¿Quieres tú que me quede?

—¡Sí, amor mío! ¡Sí, corazón mío!—respondió Gertrudis, cambiando sus lágrimas imaginarias por un acento muy natural y muy satisfecho.—Ven conmigo á mi tocador: tú tienes instintos é inclinaciones de persona distinguida; tú serás una dama, al paso que tu hermana será siempre tan vulgar como tu padre.

Y Gertrudis salió sin mirar á su hija mayor, y llevando de la mano á Elvira, quien por dos veces, en el breve espacio que la separaba de la puerta, se volvió á mirar á su hermana con expresión de lástima y de ternura.

Luisa tomó entonces entre sus manos la rubia cabecita de María, que había vuelto á su lado, como si allí hallase algún consuelo; le hizo levantar el semblante, y la miró con cariño y conmiseración. María estaba llorando, pero suave y silenciosamente.

—No te aflijas, querida mía—le dijo su tía.—

¿Quieres que te lleve yo al tocador de tu mamá?

—No—respondió la niña, meciendo tristemente su linda cabecita;—¿para qué he de ir cuando ella no me llama?

—Se le habrá olvidado.

—No, no; sólo ha querido que la acompañase Elvira, y por tanto, yo me voy á acostar.

Luisa quedó pensativa y sin saber de qué modo acallar el doloroso llanto de la niña; de repente pareció ocurrirle una idea luminosa, porque su semblante que estaba velado por una profunda expresión de tristeza, se animó con un rayo de esperanza.

—Escucha, María—dijo á su sobrina:—dentro de dos días marchó al campo. ¿Quieres venirte conmigo?

—¡Ay, tía! ¡Sí, de buena gana iría!—exclamó la niña, cuyas lágrimas se secaron como por encanto.

—Te vendrás, pues. Iremos las dos á la casita de la Florida: ya sabes, hija mía, qué alegre y qué bonita es; allí jugarás con Alberto, y estarás contenta.

—Pero, ¿y si olvido mis lecciones? Papá me reñirá.

—No las olvidarás, porque todos los días las darás con tu primo.

—¿Sabe Alberto bastante para ser mi maestro?

—Sí—respondió Luisa sonriéndose.—Alberto te dará lección de lectura y de doctrina; yo de co-

ser y rezar; así, lejos de olvidar nada durante el verano, volverás más adelantada de lo que te marchaste de aquí.

—¿Y cuándo nos iremos, tía?

—Dentro de dos días.

—¿Y mi tío?, ¿y Alberto?

—Tu tío está allí—respondió Luisa con un suspiro.—Alberto vendrá con nosotras.

La doncella de Gertrudis, que se presentó en el umbral, cortó la conversación de Luisa y de su sobrina.

—La señora desea que vaya usted á ver su traje—dijo á Luisa.

—Voy al instante—contestó ésta, poniendo de pie en el suelo á María y saliendo de la estancia.

—¡Vamos! ¡Qué bien habrá estado la muñeca en brazos como un niño mamón!—dijo Juana, mirando con enojo á María.—¿No le da á usted vergüenza, con seis años áuestas?

María irguió su pequeña estatura con una soberanía admirable, y dijo á la camarera de su madre con supremo desdén:

—Llama á Pepa para que me acueste.

—Llámela usted—respondió Juana con insolencia.—¡Vaya con el modo de mandar de la chiquilla!

María guardó un despreciativo silencio; probó á coger el cordón de seda de la campanilla, pero su pequeña estatura no le permitía alcanzar á tanto; convencida ella de esto mismo, se subió á una

silla, y ya le fué posible llamar, haciéndolo sin cólera y sin arrebato.

Un instante después apareció la niñera que había llevado á las niñas á paseo, y que era la encargada de cuidarlas.

Era fea; pero en su gruesa y bonachona fisonomía estaban escritas la paciencia y la bondad.

—Vamos á acostarme, Pepa—dijo María con mansedumbre.

—Vamos—repuso la criada, tomándola de la mano.

—¡Jesús!—exclamó Juana;—¡no sé cómo tienes esa cachaza! ¡Por lo mismo que ella quiere acostarse, la había yo de tener en pie hasta las once!

—¿Y por qué, mujer?—exclamó Pepa admirada.

—¡Me encocoran los chiquillos, y esa sobre todo!

—¡Pobrecita! Yo la quiero como á las niñas de mis ojos. Es verdad que aquí sólo la queremos su padre y yo.

—Pues yo no la puedo sufrir; ¡si fuera su hermana! ¡Esa sí que tiene la sal del mundo! ¡Qué desparpajo para mandar! ¡Qué aire tan señor, y, sobre todo, qué hermosura!

—Juana—dijo Pepa, que era una montañesa honrada, sesuda y de talle redondo, como se suele llamar á las que visten la basquiña corta y el jubón de manga ajustada.—Yo creo que la niña

Elvira, con su sal, su desparpajo y su hermosura, ha de dar más guerra toda su vida que Napoleón.

—¿A quién?

—¿A quién? Ahora á sus padres y á nosotros; luego á sus novios; después á su marido, á su hermana, á cuantos vivan á su lado; tiene un geniecito, ¡que ya, ya! Hay ratos que no se puede aguantar ella misma, y rabia y pateo. Eso lo he visto yo.

—¡Bah, pero es tan linda! ¡Con aquellos ojazos negros! Y no esta rubia con ojos de gato.

—Ojos de cielo, diré yo.

Y Pepa, al pronunciar estas palabras, tomó en sus brazos á María, y empezó á hacerla bailar en ellos, cantando con su gruesa voz de contralto:

Ojos pardos y negros
son los comunes:
¡los que me cautivaron
fueron azules!

—¿Y ese pelo amarillo que tiene?—objetó Juana, que realmente no podía sufrir á la pobre María.

—¿Amarillo el pelo de mi niña? ¡Vamos, no digas disparates, Juana!—exclamó Pepa, que ya se iba amostazando.—Di que rabias de envidia porque el señor me agradece los cuidados y el afán que tengo por esta niña, á quien nadie quiere. ¡Sí, no te pongas fosca! Demasiado sé yo que ra-

bias cuando oyes al señor que me dice: «Pepa, eres una buena muchacha, y no saldrás de mi casa hasta que sea para casarte bien; entonces María te regalará 2.000 reales para el mueblaje.» ¡Bah, bah! ¡Si eso lo conoce un tonto!

Y Pepa, para no dar lugar á que Juana contestase, se encaminó á la puerta con María en los brazos dando saltos, y cantando á la niña:

Esos cabellitos rubios
que se rizan en tu frente,
parecen campanas de oro
que van llamando á la gente.

Al mismo tiempo de acabar la canción, desapareció tras de la *portière* de terciopelo.

Juana, roja de ira, empezó á arreglar los muebles de la estancia con muy mal modo.

IV

HIMNO DE LA INFANCIA Y DE LAS FLORES

Siete días después era domingo y las ocho de la mañana, cuando una escena llena de belleza y de poesía tenía lugar muy cerca de Madrid.

De Madrid, cuyo suelo es tan injustamente calumniado y acusado de estéril, arenoso é infecundo, y al cual sólo faltaba agua, que ya la tiene, brazos bastantes, que no tendrá nunca, y una

voluntad decidida que haga brotar de él las flores y los frutos.

Como á unos doscientos pasos de la ermita de San Antonio de la Florida, á la orilla de un sendero que se abría paso en medio del verdor de los campos como una cinta de plata, y rodeada de plantíos de verduras y de arbolillos enanos, se levantaba, en la época de nuestra historia, una casa demasiado pequeña y modesta para llamarla palacio ó quinta, demasiado espaciosa y cómoda para que no pudiera aspirar á cualquiera de estos dos dictados.

Sus propietarios la llamaban de distinto modo: eran una simpática y bella mujer, á la que ya conocemos con el nombre de Luisa, y su marido, Isidoro de Alvareda, calavera á los cuarenta y cuatro años, mucho más que un joven de veinte.

Luisa llamaba á su casa, que era bella y alegre, *La Florida*, por estar en el sitio que lleva este nombre, ó *El Retiro*. Isidoro la llamaba *El Caserón*, *El Desierto* ó *La Tebaida*, pues la echaba de gracioso y entendido, y muchas veces lo era, en efecto.

Había otros dos seres en la casa, pequeños, graciosos, adorables, que la llamaban *El Paraíso*; y no les faltaba razón, pues merecía este nombre, al menos en tanto que fuera habitada por dos ángeles como ellos.

Estos ángeles se llamaban María y Alberto.

A María ya la hemos visto en casa de sus pa-

dres; pero no sería posible reconocerla ahora; tal y tan grande era la expresión de dicha, de contento, de plácida felicidad que brillaba en sus facciones delicadas y suaves.

Eran las seis de una tarde de Abril: la puerta de la casa, que era de encina esculpida y muy grande, daba paso á un patio que se había convertido en un jardín, bajo la activa dirección de Luisa y la laboriosidad de su jardinero.

Estaba cubierto de arena fina y dorada, y en el centro una fuente de pórvido, que representaba á Flora derramando flores de entre los pliegues de su velo, dejaba saltar un surtidor que se elevaba algunos pies, y luego caía en menuda lluvia, regando algunas macetas que, llenas de verdaderas flores, rodeaban la concha del pilón.

Un bosquecillo de boj recortado cercaba la fuente con su hermoso y perenne verdor, y luego había algunos arriates, formados también por boj, llenos de claveles, dalias, rosas, azucenas y jacintos, y en cuyo centro se elevaba, ya una copuda adelfa cargada de encendidas flores, ya un árbol lleno de camelias, ya un esbelto y pequeño ciprés.

Enfrente de la puerta de entrada había una escalinata de piedra blanca, que llevaba á otro patio interior, y desde aquél á las habitaciones; por aquel patio se pasaba al jardín.

Era éste una verdadera maravilla de hermosura y de vegetación lozana y voluptuosa: allí todo

era perfumes, luz, armonía; el ruiseñor trinaba en un bosque de lilas; la curruca cantaba entre unos tilos que crecían delante de un arroyuelo; algunas palomas blancas, que volaban sueltas, se posaban en un montecillo para arrullarse; y en la falda de aquel monte crecían los jazmines y las rosas enanas con tal profusión, que formaban una espesa red llena de colores y de aromas.

Un campo entero había sembrado de claveles y jacintos; y allí, en medio de él, se levantaba una casita rústica, llamada *la casita del Labrador*.

Aquel pequeño edificio era la dicha, el encanto de Alberto y de María; no constaba más que del piso bajo, que contenía una cocina muy pequeña y dentro una salita; en la primera había una vieja aldeana hilando su copo; su esposo, sentado en un escaño de madera junto al fogón, fumaba gravemente su pipa; un gato dormía cerca de la ceniza caliente; y un perrillo, sentado á los pies de su amo, le miraba con una inequívoca expresión de ternura y lealtad.

Pero todo esto era de madera: los viejos, el perro y el gato permanecían en la misma postura hacía muchos años; la mujer hilaba siempre su interminable copo; el anciano no concluía jamás su pipa; el sueño del gato era eterno, y el perro no se cansaba de mirar á su dueño.

Sin embargo, aquellos cuatro seres poseían el tierno amor de María y de Alberto, que iban á visitarlos diariamente; los niños los amaban como á

sus mejores amigos; y aquellas figuras inmóviles, silenciosas, que se plegaban á todos sus caprichos, que no se quejaban si cerraban la ventana de su humilde cocina, que no regañaban si dejaban, cuando la abrían, penetrar hasta ellos el aire y el sol de la campiña; aquel gato, siempre durmiendo con un sueño egoísta; aquel perro, que no se cansaba de querer á su amo y de decírselo con los ojos; aquel copo de estopa que, jamás se acababa, personificando así que la laboriosidad es el primer deber de la mujer; aquel anciano que fumaba su pipa como el descanso de muchas horas de trabajo, todos aquellos objetos no contribuían poco á hacer formar á los dos niños ideas exactas y ventajosas de la humanidad.

María, sobre todo, cuyo carácter era tan dulce, cuyos gustos eran tan sencillos, cuyo corazón era tan sensible, cuya alma era tan angelical, se pasaba allí muchas horas mirando á sus viejos amigos, contemplando aquella cocina, con sus platos de loza blancos y relucientes, sus pucheros de barro nuevo, su tinaja cubierta con un paño blanco como la nieve y su mesita de madera blanca; luego pasaba á la estancia contigua y se sentaba, mirando con una delicia pensativa y silenciosa la gran cama matrimonial de los viejos, el arcón de madera blanca, las dos ó tres sillas de paja y la imagen de la Virgen encerrada en una urnita de cristales, unidos con tiras de papel, amarillas por el transcurso del tiempo.

¡Oh días felices de la infancia, bañados siempre de sol y de perfumes! Cuando os atravesaba la que esto escribe, veía la vida representada también por sus muñecas, á las que ella llamaba sus hijas, sus hermanas, sus amigas. Y ¡cosa extraña! ¡Jamás ocurrió á su imaginación que ninguna de aquellas criaturas inanimadas y tan queridas fuese mala ó digna de castigo! Todas las niñas eran buenas, todas las madres tiernas y cuidadosas, todas las amigas amables y llenas de mil bellas cualidades.

¿He visto después así á mi sexo? Tal vez no. Pero ¿de quién es la culpa? ¿Nace acaso la mujer tan mala como buenas y perfectas las que yo formaba de trapos y cartón?

¡Ah, no! Si cada una de las mujeres imitase en sus buenas cualidades á las muñecas que la acompañaron en su infancia; si cada una fuese modesta, retirada, sufrida; si realizase en sí propia sus cándidas utopías de niña, todas serían buenas, amables, queridas y estimadas.

Pero volvamos á María y á Alberto, que se hallaban en el jardín y á poca distancia de Luisa.

Ésta, sentada en un cenador que entoldaban dos laureles y dos árboles del paraíso, se entretenía en un bordado primoroso, extendido en un bastidor muy pequeño que tenía sobre sus rodillas.

En una de las calles del mismo cenador, y acomodada en una sillita rústica proporcionada á su talla, se hallaba María dando su lección de lectura.

Tenía puesto un traje de muselina blanca con

lunarcitos color de rosa, pequeños, pero muy espesos, adquiriendo la tela con aquel dibujo un transparente y delicado sonrosado, que embellecía aún el cutis de nácar de la niña.

Los cabellos rubios de María, espesos y sedosos, se rizaban en rededor de su cuello y hombros en gruesos y lustrosos bucles; su boca, semejante á dos hojas de rosa, tenía una particular expresión de dulzura y gravedad; su frente era pensativa, y sus blancos y transparentes párpados, guarnecidos de largas pestañas rubias, cubrían sus ojos de un azul tan intenso y puro; que sus anchas pupilas hubieran podido creerse de terciopelo turquí.

Jamás había estado la niña vestida y peinada con tanto esmero, ni había parecido tan bella.

Por debajo de la angosta falda de su traje salían sus piecitos, calzados con unas botitas de dril blanco, que enseñaban una media corta de seda, listada de rosa y blanco; y de la media al encaje que guarnecía su pantalón de batista, se veía una parte de su pierna, blanca y rosada, con ese fresco satinado de la infancia.

Arrodillado á sus pies se hallaba Alberto, hijo de Luisa y de Isidoro, y por consiguiente, primo de María.

Contaba éste seis años más que su prima, y hacía poco que había cumplido los doce.

Era un niño, ó casi un joven, de cabellos castaños oscuros, ojos garzos y grandes, llenos de viveza y de fuego, y boca roja como la grana.

Su estatura elevada estaba ilena de gallardía; tenía la cintura delgada como una niña, las manos blancas y cuidadas, los cabellos perfumados y brillantes; vestía, con elegancia y soltura, un traje claro de piqué inglés, compuesto de casaquilla corta con grandes botones de nácar, y pantalón ancho que dejaba ver una media de hilo de Escocia, fina como la seda, y un zapato de charol, bajo y adornado de un lazo con hebilla de acero.

El cutis de Alberto era moreno, satinado y fresco; alrededor de su cuello, fino y torneado, se doblaba el ancho cuello de batista de su camisa, y bajo él pasaba una corbata de raso azul turquí, dejando ver la pechera, lisa y cerrada con dos botoncitos de oro cincelado.

Conociáse fácilmente que el amor maternal había presidido al tocador de Alberto, pues el exquisito gusto que en medio de su sencillez resaltaba, sólo podía provenir de una mujer y de una madre.

Nada más encantador que el grupo que formaban el maestro y la discípula: aquél estaba arrodillado á los pies de ésta, y la niña tenía una actitud soberana y dominante en su pequeña silla, que ocupaba como una reina su trono.

Ella era débil, pequeñita, rosada, suave como una flor á medio abrir.

Él, gallardo, atrevido, fuerte y graciosamente petulante, como el joven árbol que levanta su copa

arrogante y llena de galas y verdor en las mañanas de primavera.

La hermosura de María era la de un ángel; la de Alberto era la belleza de un héroe.

En aquel jardín, lleno de aromas y de flores, rico de luz y de armonía y exuberante de vegetación, los dos niños eran un poema que compendia todas las galas, todas las bellezas de la creación.

María, las gracias dulces, tímidas y suaves de la infancia.

Alberto, todo el gracioso orgullo, la ambición, la viveza y las aspiraciones de la adolescencia.

Ella prometía á la mujer hermosa, modesta, suave, amable y tímida como una gacela.

Él, al hombre fuerte, valeroso, intrépido, emprendedor.

Ella, los encantos del hogar doméstico, el amor, las caricias y los consuelos.

Él, el apoyo de la familia, la fuerza, la protección.

Ella, la poesía, las ilusiones.

Él, la grata, la consoladora realidad del bien y del trabajo.

¡Oh, infancia! ¡Vista así entre flores, luz y perfumes; arrullada por el canto de las aves y el murmurio de las fuentes, tú eres el himno dulce y alegre de la humanidad al Dios Todopoderoso que la ha creado!

V

LA LECCIÓN

María, con los ojos fijos en un pequeño libro que tenía en la falda, parecía contemplar atentamente las letras, pero ni una palabra articulaban sus labios.

La expresión de su adorable semblante, tan fresco, tan lindo, tan suave, era seria; pero de vez en cuando una sonrisa maliciosa entreabría su boquita, y á través de sus largas pestañas inclinadas, dirigía una mirada á su primo, arrodillado á sus pies.

—Vamos, niña—dijo Alberto, haciéndose el enfadado,—¿quieres aburrirme esta tarde? ¡Lee!

—Pues tráeme lo que te pido—respondió María con un mohín encantador de criatura mimada.

—¡Una rosa amarilla! ¡Pues no es poca cosa la comisión! No hay más que dos rosales, allá al fin del jardín, y ayer no tenían ni una sola.

—¡Es verdad! ¡Tenían un pimpollo!

—Pero, criatura, ¿tengo que ir ahora allá abajo? ¡No faltaba más! ¡Con todos eres dócil como una ovejilla, y sólo conmigo tienes unos caprichos insufribles! ¡Pero yo me tengo la culpa!

—Pues ¡ya se ve! ¡Tú tienes la culpa!—repitió la niña, cuya infantil inteligencia tergiversó el sentido de las palabras de su primo.

—Sí, la tengo porque hago cuanto quieres.

—La tienes, porque no vas á buscarme la rosa amarilla.

—¡Chiquilla, ya me voy cansando de ti!—respondió Alberto;—lo que pasa es que no sabes la lección que te señalé ayer, y así quieres engañarme.

—¡Sí la sé!—dijo María gimiendo.

—Pues ¡vamos á ver! ¡Lee!

—¡Cuando me traigas la flor!

—¿Es empeño, eh? Pues es también empeño mío que no la tengas, ¿estamos? ¡Y no la tendrás! ¡No faltaba más sino que este gorgojo de chiquilla me mandase á mí!

Y Alberto, después de pronunciar estas palabras con gran enojo, se puso de pie lleno de enfado, cambiando su anterior humilde postura por un aire de conquistador.

María echó á llorar con amargura.

—Pero, señor, ¿qué es esto?—dijo al mismo tiempo la madre de Alberto, presentándose en la escena;—¿ya hay disputa? ¿No te da vergüenza, Alberto, siendo tan grande, de hacer llorar á la niña?

—¿Qué culpa tengo yo de que llore?—preguntó Alberto muy hosco.—¡Llora siempre que no se sale con la suya!

—Ven acá, María—dijo Luisa con cariño;—ven, hija mía, y dime qué tienes.

—¡Que no quiere Alberto traerme la rosa ama-

rilla que hay en los rosales de allá abajo!—respondió la niña sin dejar de llorar.

—¡Que no quiere ella dar lección!—añadió Alberto con cólera; y luego, levantando la mano con un movimiento furioso, añadió:

—¡Uf! ¡Si fuera hija mía, la deshacía ahora!

Luisa tuvo un trabajo inmenso para contener la risa, y á fin de lograrlo, hizo como que escuchaba unas voces que no se oían; las pretensiones de autoridad paterna del niño eran tan graciosas, que no le era posible dominar su hilaridad.

Sin embargo, volvió la cabeza con el semblante ya compuesto, y revestido de la dulce gravedad que jamás la abandonaba.

—Hijo mío—dijo,—eso que has hecho es una mala acción; el hombre fuerte, el hombre noble y caballero, debe ser siempre el protector de la mujer, que es débil por naturaleza; él no debe vencerla con un castigo grosero, que degrada más al que le emplea que á la frágil criatura sobre quien recae, sino con la fuerza de su razón y de su prudencia; acuérdate siempre de que pocas mujeres maltratadas son buenas, y de que los verdugos sólo inspiran temor y odio, jamás cariño.

—¡Pero esta chiquilla es tan impertinente!—murmuró Alberto, que se había puesto rojo de confusión con las dulces y prudentes palabras de su madre.

—¿Qué quieres de seis años, hijo mío?—pre-

guntó á media voz la señora de Alvareda.—Además, la pobre criatura padece en su casa, y sólo aquí en la tuya puede hacer su voluntad; obra, pues, como huésped generoso, como hermano compasivo y como caballero galante, y ella obrará como niña dócil y sumisa.

Luego, volviéndose á María, añadió con dulzura:

—Vamos, hija mía; vas á dar la lección con Alberto, y luego iréis los dos á buscar la rosa amarilla, pues si es justo que él te la alcance, es justo también que tú le acompañes.

María volvió á sentarse dócilmente y abrió el libro, pero no sabía casi nada de su lección; aunque ya leía de corrido, aquel día deletreó tan torpemente, que Alberto alzó sobre su madre una mirada triunfante.

—¡Bien decía yo—murmuró—que todos eran pretextos para no dar la lección, porque no la sabía!

—En efecto—repuso la señora de Alvareda,—veo que María no ha sido tan buena como tiene de costumbre, y si sigue así la volveremos á Madrid y nos traeremos á Elvira.

La niña, al oír estas palabras, se levantó, dejó apresuradamente el librito en que leía en su silla, y fué á arrojarse, deshecha en llanto, en los brazos de Luisa.

—¡Oh, tía mía!—exclamó sollozando,—¡mi querida tía: yo seré buena, yo estudiaré, ya no pedi-

ré la rosa amarilla! Sí, sí, es verdad: quería buscar un pretexto para no dar mi lección, porque no la sabía, porque no quise estudiar; ¡oh, sí, he sido mala; pero yo me enmendaré!

—Bien, hija mía, bien—respondió Luisa abrazándola con ternura;—hoy has expiado tu falta con la vergüenza de no saber la lección: en adelante ten presente que no hay culpa que no lleve en sí misma su castigo, y que nada hay más bochornoso que faltar á nuestros deberes; ahora ve con tu primo á cortar la rosa amarilla.

María, avergonzada, se separó de los brazos de su tía y dió la mano á Alberto, que la miraba con los ojos humedecidos.

Los dos tomaron una de las calles que cruzaban el jardín para ir en pos de la disputada flor; y ya habían andado algunos pasos; cuando la pequeña María, desprendiendo su mano de la de su primo, volvió atrás, echó los brazos al cuello de Luisa, y le dijo muy quedito al oído:

—Tía mía, ya no tengo afán por la rosa; pero la voy á buscar y la guardaré para una cosa.

—¿Para qué?—preguntó admirada la madre de Alberto.

—Para que me recuerde siempre—repuso la niña—que hoy fuí mala y que te dí un sentimiento, enfadando además á mi primo hasta el punto de obligarle á que me amenazase.

Luisa miró á su hijo, que se había acercado también y que humilló la frente confundido.

—No es tuya la culpa—prosiguió María abrazándole con ternura;—no, no es tuya la culpa, mi pobre Alberto; es mía, que te irrité. ¡Ah, si las niñas fuéramos siempre buenas, todos nos amarían!

Después de esta pueril reflexión, que prometía, sin embargo, tanta prudencia y abnegación para cuando aquel ángel fuese mujer, volvió la niña á tomar la mano de su primo y los dos echaron á andar por la enarenada calle.

Ya estaban á alguna distancia, cuando se oyó una voz varonil y sonora que gritaba:

—¡María, María! ¿Dónde estás?

Volvióse Luisa y vió á su hermano, quien, según la ligera capa de polvo que cubría su elegante traje y sus botas, acababa de llegar.

—Mira—le dijo sonriendo y señalando al sendero, en el cual, y semejantes á dos gentiles figuras que se perdían en el espacio, se divisaban aún á los dos niños:—allá va con su primo en busca de una flor.

—¡Ah!—repuso Andrés, dejándose caer con desaliento en el mismo banco que ocupaba su hermana.—¡Ojalá, Luisa, que nuestros hijos caminasen siempre juntos por la senda de la vida, y esta hermosa tarde sería una promesa de felicidad para el resto de su existencia!

VI

CONFIDENCIAS

El silencio siguió á las palabras de Andrés.

Su hermana le contempló algunos instantes con tristeza; pero nada respondió.

Él, por su parte, permaneció sumergido, al parecer, en tristes meditaciones; mas levantando al fin la cabeza, dijo á Luisa:

—¡Soy muy desgraciado, hermana mía!

—Ya lo sé—respondió ella;—pero ¿qué remedio, hermano? ¿Soy yo feliz? ¿Lo es alguno en la tierra? ¡Todos, sí, todos llevamos nuestra cruz!

—¡Es que la mía es muy pesada!—repuso Andrés con acento sombrío.

—No te ha tocado, en verdad, de las más ligeras; algunas pesan mucho..., y de esas es la tuya; y sin embargo, todos te tienen por el hombre más dichoso de la tierra; tu esposa es bonita, rica; tienes dos hijos hermosos, que se educan en París con brillantez; dos hijas preciosas; crédito, salud; eres joven y posees una bella figura.

—Todo eso podrá ser verdad, Luisa—repuso aquel hombre, cuya tristeza aumentaba con las palabras que su hermana empleaba para consolarle.—Si cuando vivíamos en compañía de mi padre, el honrado don Francisco Miranda, comerciante de paños en la Plaza Mayor de Madrid, me

hubieran asegurado la posición que hoy ocupo, lo hubiera tenido por un sueño. Hoy creería soñar una dicha inefable si oyera decir que dentro de poco tiempo volvería á estar libre y soltero, tras de aquel pobre y modesto mostrador donde yo me sentaba para estudiar en nuestra lóbrega tiendecilla.

—¡Dios mío! ¿A tanto llega tu desaliento, hermano? ¿No tienes amigos? ¿No te distraen los negocios? ¿No piensas en tus hijos?

—¡Nada de eso es bastante á disipar este vacío mortal que hiela mi alma!—murmuró Miranda con abatimiento;—¡nada de eso! Sólo hay una cosa que...

El hermano de Luisa no acabó; miró á su hermana con una especie de confusión dolorosa, y la palabra se detuvo en sus labios.

Sin embargo, Luisa, con su maravillosa penetración, con su intuición de mujer, pareció adivinar lo que su hermano no se atrevía á decir, porque en sus expresivas y bellas facciones se pintó un profundo dolor; pero sin duda que trató de disimularlo, porque, acercándose á Andrés, le dijo con una voz que trató de hacer serena y firme:

—Acaba.

—Luisa—murmuró Miranda á media voz,—te respeto tanto como te quiero, y no quisiera ofenderte con una confianza culpable.

—¿Culpable?

—¡Sí! Yo amo..., amo á una mujer que no es Gertrudis...

—¡Oh, Dios mío! Algún capricho vergonzoso, pasajero..., de esos que cada día ocupan á mi marido, de esos que pierden su casa.

—¡Pluguiera á Dios, Luisa, que fuese así!—respondió con vehemencia el padre de María y de Elvira.—¡Pluguiera á Dios que, como Isidoro Alvareda, sólo conociese esas afecciones que se pagan con dinero..., que pasan sin dejar huellas en el alma! ¡Y ojalá tu marido no conozca en tu vida más que esos caprichos, y que su corazón permanezca libre de lo que siento yo!

—¿Luego es un amor verdadero?

—De esos que sólo se acaban con la vida del que los siente; porque aunque muera la que los inspira, se adora su memoria, y su recuerdo basta para llenar la existencia y el corazón.

Calló Andrés después de haber pronunciado estas palabras con un fuego que asombró á su hermana, la buena y pudorosa Luisa; durante algún tiempo pareció ocupado en dominar su conmoción; luego prosiguió:

—Tengo cuarenta años, Luisa, y á esta edad no está aún helado el corazón. Necesitaba quien me amase y á quien amar, tanto como necesito el aire para respirar, para vivir. He hallado quien me ame... por mí, por lo que soy..., sin esperanza alguna para el porvenir... He hallado á un ángel..., y doy gracias al cielo.

—Pero esa mujer, ¿sabe que eres casado?

—No.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—¡Oh, Dios mío! ¿Hay en el mundo quien renuncie por su gusto á la felicidad?

—¿Pero piensas hallar tu dicha en esos amores, que están fundados en el engaño y en la mala fe?

—Luisa—respondió Andrés con tristeza y gravedad al mismo tiempo,—eres injusta conmigo; pero óyeme con atención, y estoy seguro de que me excusarás.

Ya sabes que yo me casé ciegamente enamorado de Gertrudis, pues ella era tu amiga de colegio, tu íntima amiga, y yo nada te ocultaba.

Ambos éramos jóvenes y estábamos llenos de ilusiones. ¡Oh! ¡Yo, sobre todo, soñaba el cielo en mi unión con aquella niña bella, lánguida, mimada, y que parecía amarme con tan ciego exclusivismo! Yo creía que mi mujer iba á ser para mí, para nuestra casa, como ese rayo de sol puro y brillantado que en los fríos días del invierno penetra por el limpio cristal de una habitación, y todo lo dora y todo lo alegra con su resplandor y su hermosura. ¡Me engañaba! Y tú lo sabes tanto, que no necesito decirte de qué modo mi mujer ha ido sembrando en torno mío, en vez del calor y de la dicha que yo esperaba, lo helado del vacío.

Luisa, no es á mi edad ni con el temple de mi alma como se puede vivir así... Yo ansiaba á quien

amar y de quien ser amado... Mis hijos no podían aún ser mis amigos... Mis hijas sólo eran dos ángeles de quienes debía cuidar... Tú estabas lejos de mí..., y durante largos años he sufrido mucho..., mucho, en esta sociedad en que no hay amigos, en que no hay más que mordacidad y egoísmo.

Sólo hallaba placer en algunos paseos solitarios. Un día que volvía solo y fatigado, me hallé al entrar en Madrid por la Puerta de Atocha á la anciana Condesa de P. Iba á pie y sola y se detuvo conmigo.

—Me alegro de hallar á usted, querido amigo— me dijo.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo me acompañará aquí cerca, á un callejón en el cual no he entrado en mi vida, y al que voy ahora por complacer á mi pobre hija Elena, que está enferma..., muy enferma, como usted sabe.

Y aquí la Condesa, recordando la tisis incurable de su hermosa hija, enjugó una lágrima; luego prosiguió:

—Esta noche quiere ir á un baile y llevar una corona de capullos de rosa de musgo; ha visto una preciosa á su esposa de usted, y, según me han dicho, se la ha hecho una florista que vive aquí; yo voy á ver si podrá armar otra igual para mi Elena, pues no me perdonaría nunca, si me llegase á faltar, el no haberla complacido en todo lo posible.

—Acompañaré á usted, señora —dije á la pobre madre, ofreciéndole el apoyo de mi brazo.

Ella consultó unas señas que llevaba escritas en su cartera de letra de Gertrudis, y pronto hallamos la casa, calle de San Juan, núm. 40, cuarto 3.º

La escalera era mala y oscura; pero al abrir la puerta de la habitación de la florista, un perfume de limpieza y de buen gusto llegó hasta nosotros.

Una criada nos recibió y nos preguntó á quién buscábamos; cuando respondió la Condesa que á una florista, exclamó:

—¡Ah, ya! A la señorita Mundeta, ¿verdad?

—No sé cómo se llama—respondió la Condesa;—pero busco á la florista.

—Se llama Raimunda; sus papás, por abreviar, la llaman Munda; pero como es tan joven y tan graciosa, acabaron por llamarla Mundeta. Voy, voy á avisarla.

Desapareció la criada tras una *portière*, y un momento después, separándose los pliegues de la cortina, dejaron paso á un rostro de ángel, que con una dulcísima voz nos invitó á pasar adelante.

Entonces nos hallamos en presencia de una joven que podría tener diez y seis años, de talla mediana, de cabellos castaños, tez de nieve y rosa y grandes ojos negros.

Todo en ella respiraba pudor, gracia, dulzura.

Todo en ella llevaba el sello de la dignidad modesta y suave que conviene á la mujer. Al vernos, su dulce rostro se vistió de carmín, y sus

rasgados ojos, llenos de ternura, se inclinaron al suelo.

La habitación donde entramos era su gabinete de trabajo; estaba amueblado con una sencillez muy cercana á la pobreza; á un lado del balcón, una señora, ya de edad, trabajaba en un encaje de aguja.

Madre é hija nos hablaron con dulzura y cortesía, y nos rogaron que nos sentásemos; luego la joven suplicó á la Condesa le dijese en qué podía servirla, y después de oír lo que deseaba, Mundeta se levantó y fué á un armario de cristales, volviendo con algunas coronas de flores suspendidas de sus afilados dedos.

Una de aquellas era la que convenía al gusto de la Condesa. La tomó, y al preguntar cuál era su precio, la joven bajó los ojos encarnada y confusa, y su madre contestó por las dos:

—Sólo vale, señora, aquello en que usted quiera estimarla.

—¡Pero eso no es justo!—repuso la Condesa. —Esta señorita debe estimar su trabajo en lo que le parezca conveniente.

—Jamás lo ha hecho. Sobre la mesa de la antesala hay una caja, donde las señoras que nos favorecen depositan lo que es su voluntad.

La Condesa y yo nos miramos asombrados, y después de algunas palabras más, nos despedimos de la madre y de la hija.

En la antesala estaba, en efecto, colocada sobre

una mesa una caja de caoba con incrustaciones de plata, y cerrada, como lo están los cepillos de las parroquias, con una hendidura para echar las monedas por la parte superior; la Condesa introdujo por allí media onza de oro, y yo, sin que me viese, dejé caer una moneda igual.

Salimos de aquella casa llenos de admiración, pues una delicadeza tan extremada podía exponer á aquellas dignas mujeres á muchos chascos de mal género. Así nos lo dijimos mutuamente la Condesa y yo, que volví á mi casa fuertemente preocupado con la imagen de Mundeta.

Nada había yo visto, en efecto, tan hermoso, tan noble, tan puro como aquella criatura. Desde el instante que salí de su casa, mi pensamiento se fijó en esta sola idea: volver á verla.

No hallé ningún pretexto para ello, por más vueltas que dí á mi imaginación; pero no pudiendo dominar la voracidad de mi deseo por lograrlo, me dirigí un día á su casa, y llamé con precipitación.

Una vez en presencia de Mundeta y de su madre, dije que había ido para ver si había dejado caer una carta; ellas me dijeron que no, y después de un rato de conversación, me despedí, diciéndome su madre que era dueño de volver cuando gustase.

Dejé pasar dos días, y en la noche del tercero fui con unos libros que Mundeta había dicho tener deseo de leer. Ella trabajaba en sus flores;

su madre en un encaje. Entonces me ofrecí á leer en voz alta para distraerlas, lo que aceptaron con gratitud.

Así pasaron dos meses. Un día hube, sin embargo, de hablar de mi pasado y de mi presente... Me vi amenazado de perder á Mundeta, y temblé... Mi corazón pudo más que mi deber, y mentí... Dije que era viudo, y que sólo había estado casado algunos meses... Que era libre, pero pobre, y que vivía, como ella, de mi trabajo.

Desde el día en que les hice esta mentida confianza, madre é hija parecieron aliviadas de un gran peso.

Sobre todo, Mundeta se mostró mucho más tierna, más expansiva, y el día en que se escapó de mis labios la declaración de mi amor, me dijo con la mayor sencillez:

—Yo también amo á usted con todo mi corazón.

Desde aquel día fuí dichoso; pero en la soledad de mi cuarto pagaba aquella ventura con crueles remordimientos. Mi conciencia y mi honor gritaban sin cesar y me acusaban de traición y falsedad. Pero ya no podía retroceder, porque Mundeta es el último y el más hermoso amor de mi vida, bien así como las flores que brotan en Octubre son las que tienen más larga duración y más fuertes perfumes.

Calló Miranda, y su hermana le contempló algunos instantes con una conmiseración profunda.

—¿Cuánto hace que has conocido á esa joven?
—le preguntó, rompiendo la primera el silencio.

—Un año—respondió Andrés con voz baja y triste.

—De ese modo, el amor que te profesa debe ya haber echado hondas raíces en el corazón de esa infeliz criatura.

—No lo dudo, Luisa; ella me ama mucho. Yo soy para ella como el fuerte roble que sirve de amparo y de sostén á la joven hiedra que brota á su pie. ¡Si yo la abandonase, creo que moriría!

Unos alegres gritos que se oyeron en la calle de árboles por donde habían desaparecido Alberto y María, cortaron la palabra de Miranda. Luisa se levantó para ir á dar algunas órdenes, y bien pronto aparecieron los dos niños.

—Aquí vienen los dos primos muy alegres—dijo Luisa, deseando distraer á su hermano con una sonrisa; y luego, mirando hacia otro sendero, añadió:

—Y aquí viene también mi marido. Te dejo con él y con los niños, Andrés, y te ruego que hagas por distraerte de tus amargas cavilaciones. Dios es justo, no abandona á los que luchan y les da la victoria.

La señora de Alvareda se alejó, dichas estas palabras, al mismo tiempo que entraban en el cenador su esposo y los niños por diferentes calles.

VII

LA ROSA AMARILLA

Era Isidoro Alvareda un hombre alto, más bien flaco que delgado, de ojos que debían haber sido hermosos, pero á la sazón hundidos por las orgías y el desorden, de calva frente y color pálido y bilioso.

Tenía dos ó tres años más que su cuñado; esto es, de cuarenta á cuarenta y cuatro años, edad en que todo hombre de buen sentido ha adquirido ya ese hastío profundo que dejan las calaveradas, pero en la que él era más calavera de lo que lo había sido en su vida.

¿Sabéis, lectoras mías, lo que es un calavera de cuarenta años?

¡Dios os libre de él! ¡Dios os preserve de todo el egoísmo, de todo el cálculo, de toda la odiosa vanidad que encierra ese tipo degradado, cruel y casi feroz!

En los calaveras jóvenes hay entusiasmo, hay creencias, hay buena fe. Se ven muchos jóvenes, que pasan las noches en las orgías y los días en el juego, dotados de mil bellas cualidades, de mil dotes brillantes. Si se les sabe persuadir, si se excitan sus instintos nobles, su pundonor, su hidalguía, muchas veces responden á la voz de la razón, confiesan sus faltas, y hasta hallan valor

para enmendarlas y para dejar la senda de perdición por que caminan.

¡Pero el calavera de cuarenta años! Ese es el hombre que, habiendo recorrido el mundo muchas veces, da su preferencia á lo peor, á lo más abyecto, á lo más despreciable; le gustan, no las mujeres coquetas y ligeras, sino las más desvergonzadas meretrices; no el juego, en el que se exponen los brillantes de la camisa, el reloj, todo el dinero que se tiene y hasta la palabra de honor de pagar lo que se pierda, sino aquel juego en que se gana siempre; no dan convites á las jóvenes bailarinas de los teatros ni á los artistas de gran talento, sino que comen á la mesa de las viejas sin dientes y llenas de arrebol, que les pagan con un banquete cada una de las galanterías que ya hace muchos años dejaron de oír.

El calavera de cuarenta años no tiene el valor de arrostrar los peligros y el escándalo, porque casi siempre tiene esposa é hijos, y sirve un cargo público, ó es rico y persona de influencia y consideración. Por eso á la primera palabra de enojo de un honrado marido, que repara en que hace tiempo va detrás ó delante de su mujer, huye como can apedreado, sin que se le dé un ardite de lo que pensará de él la mujer á quien perseguía, y que era, sin duda, la única honrada que había mirado en su vida.

El calavera de cuarenta años es duro, helado, grosero cuando le conviene, servil cuando nece-

sita serlo. Con una cortesana gastará mil duros, sólo porque ella le mire, si se resiste á ello, y no dará cien reales á un infeliz padre de familia á quien vea morir de tristeza, de desesperación ó de necesidad.

Pedid, desgraciados, un favor ó una limosna al joven que juega y se embriaga, que él os la dará, aunque se quede un día sin comer, porque está muy acostumbrado á ello; pero no se la pidáis á los calaveras calvos, canosos y sesudos, porque para ellos la palabra *yo* es la única religión que reconocen.

A este género de hombres pertenecía Isidoro Alvareda, esposo de la grave, dulce y digna Luisa, padre de aquel niño gentil, noble y generoso que se llamaba Alberto; pero era una excepción de la regla común: ni había engordado, ni se cuidaba; tenía, pues, más generosidad que muchos de su calaña, pues esta gente no forma lo que se llama una *clase*.

Visitaba mucho, ya á familias dignas y respetables, cuyas relaciones necesitaba sostener para sus negocios mercantiles, ya á mujeres de vida dudosa, ó de desenvoltura positiva, alegre y cierta; y en todas partes era agradable su conversación y su presencia, por la fluidez y gracia de su lenguaje y por lo vivo y galano de su imaginación.

Sus modales eran sueltos y elegantes, sus movimientos rápidos, su actividad infatigable. Jamás

había dicho una galantería á una mujer honrada, exceptuando la suya, á la que admiraba mucho y respetaba profundamente. Sabía ganar dinero en abundancia, y gastarlo con una facilidad y prontitud que asombraban, siendo en esto también una excepción de la regla de los calaveras machuchos, que lo emplean con mucha cuenta y razón, y con sus libros de *gastos* y *caprichos*.

Debe advertirse que Alvareda tenía infinitas cosas malas, ruines, vergonzosas; pero también algunas buenas prendas, entre las que se contaban la de considerar mucho á su mujer, y la de amar con idolatría á su hijo.

Gustábanle no pocas mujeres lindas, que á su vez gustaban de él; asistía á las tertulias, tenía abonos en los teatros y paseaba á caballo y en carruaje con algunos amigos suyos, calaveras de peor género que él, menos generosos, menos dignos, en una palabra.

Pero á vueltas de estos hábitos elegantes, de estas costumbres de buena sociedad, Alvareda tenía, como ya he dicho, otras muy perjudiciales. Mantenía de continuo á alguna bailarina ó á alguna amazona del circo ecuestre, y la mantenía con esplendidez, á cambio de que le guardase una fidelidad á toda prueba, pues aquel carácter celoso, violento y muchas veces duro, era muy intolerante.

Por desgracia suya y de su familia, le había tocado en suerte una esposa intachable y ejemplar, pero severa. Luisa no era bastante suave para la

voluntad de acero de su marido; no era bastante superficial para su carácter alegre y turbulento; le agradaba mucho más pasar las noches en su casa cosiendo, bordando ó leyendo en su libro de devociones, que acompañar á Isidoro á los teatros ó las tertulias, por más que éste le invitase á ello.

Es necesario confesar, sin embargo, que estas invitaciones se iban haciendo cada día más raras. En los primeros meses de su casamiento, Alvareda había rogado, había suplicado á su esposa que no se separase de él, que consintiera en hacer una vida más sociable y menos retirada; pero Luisa, si bien suavemente, se resistía con firmeza á acompañarle. Hija de un comerciante de paños, y educada para la economía y el gobierno de la casa por encargo expreso de su madre á las maestras y superiores del colegio donde estuvo en compañía de Gertrudis, creía que gastar en trajes y adornos era una dilapidación lastimosa, de que Dios había de pedirle estrecha cuenta, y no estaba satisfecha de sí misma si no pasaba los días y las noches ocupada en la labor, en la lectura ó en la oración.

Su marido se quedó en casa, por acompañarla, ocho ó diez días seguidos; pero una noche tuvo tan fuertes deseos de salir á ver una comedia nueva, que no pudo resistir á la tentación. Desde entonces ya se fué casi todas las noches, diciéndose que, puesto que su mujer se hallaba mejor que á su lado en la soledad de la casa, no debía violen-

tarla; pero que tampoco debía él condenarse á una vida de cartujo por seguirla en sus aficiones.

Una especie de separación tácita y amistosa se efectuó entonces en el matrimonio. Luisa, siempre seria, callada, recta, intachable, lloraba á sus solas los desórdenes cada día mayores de su marido; pero en presencia de éste se mostraba serena, afable y afectuosa.

Afortunadamente, su hijo la compensaba de la mayor parte de sus aflicciones. Era difícil hallar una criatura más tierna, más sensible, más encantadora, más valerosa que Alberto, y exceptuando la turbulencia que había heredado de su padre, nada podía hallarse más perfecto.

Cuando entró con su prima en el cenador donde se hallaban reunidos su padre y su tío, era él quien llevaba en la mano la famosa rosa amarilla, única que había en el jardín, y objeto de los afanes de María. Mas apenas Alvareda y Miranda fijaron los ojos en aquella codiciada flor, una viva alteración se pintó en las facciones de los dos.

—¡Alberto!—exclamó Alvareda dejándose llevar de la natural impetuosidad de su carácter,—¿por qué has cortado esa flor? ¡La necesitaba yo!

El niño se hizo atrás confuso y afligido; luego, mirando á su padre tímidamente, respondió:

—¡La deseaba tanto María!

Alvareda se dejó caer en uno de los asientos, con muestras muy visibles de mal humor.

Motivo tenía para ello, en efecto. Zoé, la baila-

rina francesa que á la sazón le estaba arruinando, le había pedido una rosa amarilla natural para adornar aquella noche sus cabellos negros; é Isidoro, no pudiendo hallar ninguna otra, esperaba con ansia que se abriese la de su jardín.

—¿Por qué te causa tanta contrariedad que los niños hayan cortado esa flor?—preguntó Andrés acercándose á su cuñado.

—Por nada —respondió éste dominándose, pues respetaba demasiado al hermano de su mujer para confiarle sus desvaneos;—pero era muy bella, y ellos la tirarán dentro de poco.

—¡Es verdad!—murmuró con tristeza Andrés contemplando la bella rosa en las manos de su sobrino y pensando en Mundeta, que le había suplicado le llevase una rosa amarilla para modelo.

—¡Hola!—dijo Alvareda levantándose y acercándose á Andrés;—parece que tú también querías la rosa. ¿Habrás dejado ya tus hábitos de filósofo? ¿Tendrás, por fin, alguna intriguilla?

—No; y repara que hablas delante de nuestros hijos—repuso severamente Andrés, que hubiera creído profanar el nombre de Mundeta pronunciándole delante de Isidoro.

Los dos niños se acercaron entonces, llevando ya María en su blanca manecita la codiciada flor.

—Tío—dijo la niña acercándose á Alvareda y pronunciando sus palabras con el acento dulce y penetrante que le era peculiar:—yo quería guardar esta rosa para que me recordase que hoy había

sido mala y había enfadado á Alberto; pero si la quieres tú, tómala.

Isidoro permaneció algunos instantes inmóvil y avergonzado, como si aquel acento infantil removiera todos sus instintos de honor y probidad. Luego, pensando que tal vez Andrés apetecía aquella flor para regalarla á su mujer, se dijo que tendría un empleo mucho más digno en la mano de Gertrudis que en los cabellos de la bailarina Zoé, y dijo á Maria:

—Dásela á tu papá, mi querida niña; yo se la cedo.

María pasó al lado de su padre y le presentó la flor sin hablar, mas con una mirada triste; la pequeña tenía más confianza con su padre que con su tío, y no sabía disimular con él.

Andrés miró la flor y pensó por un instante en el gozo con que la recibiría Mundeta. Luego subió los ojos hasta el angelical semblante de su hija, y vió una lágrima temblando en sus largas pestañas.

—Guárdala para ti, hija mía—le dijo,—y que ella te recuerde tu falta de hoy, para que no vuelvas á cometerla.

Salió del cenador, llegó á la casa y se dirigió á la habitación de su hermana.

—Luisa—le dijo,—dame el álbum con llave que tú me guardas.

La señora de Alvareda abrió un cajón de su cómoda y sacó un álbum pequeño, pero que conte-

nia muchas hojas de papel fino, poniéndole sobre un velador.

Su hermano se sentó; sacó de su bolsillo una cartera de cuero de Rusia, y tomó de su fondo una llavecita de plata, con la que abrió el álbum, que era muy sencillo.

No había en su interior grabados, pinturas ni adornos de ninguna clase; únicamente la primera hoja se hallaba adornada con un medallón pequeño, en el cual, y en miniatura, estaba el retrato de Andrés Miranda, ejecutado con rara perfección por la mano de un gran artista.

En la segunda hoja se veía este rótulo en su parte superior:

A mi hija María.

Luego seguían algunas páginas escritas con una letra clara y menuda.

Al fin de ellas escribió Miranda estas otras:

«29 de Abril de 186...

»Tu inocencia, hija mía, y la bondad de tu corazón, han conseguido de mí un gran sacrificio.

»Yo deseaba mucho tu rosa amarilla; pero me has dicho que querías conservarla para recuerdo de una falta cometida hoy, y te la he cedido.

»¡Ojalá que algún día la coloques seca y marchita á la cabeza de estos renglones, y que hasta entonces su vista te preserve de cometer otra vez la falta de que te acusas!»

Andrés cerró el álbum y lo devolvió á su hermana, que lo colocó en el sitio que antes ocupaba.

Mientras esto tenía lugar en la habitación de Luisa, su marido, que había quedado sólo con los niños en el cenador, había vuelto á mirar la rosa amarilla y á pensar en el efecto divino que haría sobre los negros y brillantes cabellos de Zoé.

—¡Cómo!—se dijo:—¡yo se la cedía para la insulsa de su mujer, y él no la quiere! Pues ahora debo yo tomarla para Zoé.

Y pensando así, alargó la mano á la flor que María contemplaba con delicia.

Empero tampoco llegó á asirla; el rostro inocente de la niña hizo retroceder aquella mano, é Isidoro huyó á paso largo del cenador para no caer de nuevo en la tentación.

La niña le siguió con los ojos, como si adivinase que se alejaba un gran peligro para su flor querida, y luego corrió á la habitación de Luisa, le presentó la rosa y le dijo:

—Guárdamela, tía mía, y cuando mienta me la enseñarás.

VIII

VISITA DE UN HADA

Á la mañana siguiente, y cuando acababan de tomar su modesto desayuno Mundeta y su madre, la criada que las servía entró con una carta que presentó á la joven.

—Será algún encargo—dijo Mundeta leyendo el sobre, que iba dirigido á ella.

Y como tuviese la costumbre de leer todas las cartas á su madre, empezó así:

«Señorita: una persona enterada de la buena educación de usted, de sus virtudes, de su instrucción y de sus habilidades, quisiera proponerle que aceptase una plaza de aya, ó más bien de señorita de compañía, para dos niñas de cuatro y seis años hijas suyas; pero temerosa de herir la susceptibilidad de usted con una proposición que tal vez podría disgustarla, me ha rogado que me encargase de hacérsela yo por escrito.

»Cumpla, pues, su encargo, y añado á usted por mi parte, que el asilo que se le propone es una casa tranquila, decente, y en la que estará con el decoro debido; su sueldo será el de seis mil reales anuales, que es lo que generalmente se da á las institutrices extranjeras, y podrá ir á ver á su señora madre siempre que lo desee.

»Sírvasse usted mandar su contestación á la casa

de campo de la Florida, con sobre á doña Luisa Miranda de Alvareda.»

Mundeta, así que acabó la lectura de esta carta, miró á su madre con sorpresa.

—Es preciso aceptar, hija mía—dijo la anciana;—esa colocación es una ventura para ti. Te proporciona un sueldo fijo, consideración y tranquilidad, y todo esto te falta en la profesión que ejerces, y en la cual no tienes aún crédito y nombradía, dos cosas que, por otra parte, no adquirirás nunca con tu carácter modesto y retirado.

—¡Separarme de ti, madre mía!—exclamó Mundeta;—¿llamas á esto una dicha?

—¿Y qué haces aquí, sufriendo á mi lado, pobre hija mía?—objetó la anciana;—¡aquí, sin porvenir y sin presente! Para un día que ganes dinero, se pasan dos ó tres meses sin que nadie venga á hacerte un encargo... Y después, forzoso es ya que te lo diga... ¡Así quizá acabarán tus amores con ese don Andrés, que te dobla la edad con creces y que no me gusta!

Mundeta inclinó la cabeza, y algunas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué es ese hombre?—continuó la anciana.—Él dice que vive del trabajo; pero ¿qué trabajo será el suyo? Jamás la más leve insinuación nos lo ha hecho presumir.

—¡Oh, madre mía; él es noble y bueno, y eso debe bastarnos!—exclamó Mundeta, alzando hacia su madre su bello rostro inundado de lágrimas.

—No, hija mía, eso no basta—repuso la anciana;—es necesario saber si puede mantenerte, si se puede casar contigo, y en ese caso le hablarás cuando vengas á verme. Pero créeme: el corazón me dice que lo mejor que deberías hacer era olvidar á ese hombre misterioso que puede ser tu padre, que está siempre triste y abatido como un malhechor.

—¡Yo le amo!—murmuró la joven con tristeza.

—Ya lo veo, y eso es lo que yo hubiera debido evitar; pero nada tiene que ver el amor con lo que ahora decimos: escribe á esa señora que estás pronta á aceptar la plaza de aya que te ofrece.

Mundeta, aterrada con el aspecto severo de su madre, á quien había obedecido ciegamente toda su vida, se acercó maquinalmente á un velador y escribió algunos renglones; luego alargó el papel á su madre y se dejó caer en una silla sin aliento y sin voz, pero llorando lágrimas silenciosas y amargas.

La inflexible anciana cerró la carta, le puso el sobre escrito y salió ella misma para dejarla en el correo, con el alma llena de alegría por haber hallado al fin un medio que alejase á su hija de un hombre que la aterraba para marido de Mundeta, y que ni aún le agradaba para amigo.

Á la misma hora poco más ó menos, esto es, á las once de la mañana, Luisa entraba en casa de su hermano en la calle de las Infantas.

Gertrudis se hallaba aún en la cama; una me-

día luz suave penetraba en su dormitorio á través de las persianas y de las cortinas de muselina blanca.

La rubia esposa de Miranda dormitaba en la postura más indolente y más encantadora; una gorrita de batista encerraba su hermosa y dorada cabellera, dejando escapar de entre sus pliegues un elástico y sedoso rizo, que se deslizaba hasta su pecho, mal velado por los encajes de su bata de dormir.

La lámpara de alabastro que se encendía por las noches, ardía aún pendiente del techo por medio de una cadena de plata; el lecho era grande y estaba ricamente cubierto de seda azul celeste, de batista y encajes blancos y del más delicado tejido; sobre las revueltas ropas del lecho descansaba su brazo, blanco y torneado.

Luisa se detuvo en medio del aposento, y una sonrisa amarga entreabrió sus labios.

—¿Merece acaso esta mujer—murmuró en voz baja—lo que yo estoy haciendo para conservar su tranquilidad? ¿Por qué he de cuidar yo de su suerte, cuando ella duerme sobre un abismo? Mas no—prosiguió;— ¡no alimentemos estos pensamientos crueles y egoístas! ¡Ella ha sido mi amiga de infancia!; ¡ella, además, es esposa de mi hermano, y merece toda mi ternura y todo mi interés!

Tocó, al decir esto, el brazo de la hermosa dormida, que abrió los ojos sobresaltada, y se sentó á la cabecera de su lecho.

—¡Dios mío!—exclamó Gertrudis incorporándose sobre un brazo y mirando á la hermana de su esposo entre irritada y triste;—¿qué es lo que te mueve á despertarme tan temprano?

—¡Temprano! ¡Si son las once!—dijo Luisa.

—¡Y bien! ¡No he dormido en toda la noche!... La he pasado cavilando y preocupada con el aya que buscaré á las niñas.

—Justamente, de un aya venía yo á hablarte ahora.

—¿De un aya? ¿Es inglesa? ¿Es francesa siquiera?

—No; es española.

—De ese modo, no sirve, no la quiero—respondió Gertrudis;—en todas las casas de buen tono hay un aya extranjera.

—Ó española; yo trato á algunas de la primera distinción que tienen para sus hijas ayas, no sólo de Madrid, sino hasta de provincias; te nombraré algunas: la Condesa de P., la Marquesa de V., la Baronesa de A.

—¡Oh!—exclamó Gertrudis, que en algunas ocasiones era bastante cándida;—¡pues esas son mujeres de reconocido buen tono!

—¿Quién lo duda? ¡Las reinas de la moda, debes decir!

—¿Y esas tienen ayas españolas?

—Esas y otras que podría citarte. Busca un aya joven, bonita, distinguida, amable; es decir, una señorita de compañía á la que amen tus hijas y de quien se dejen instruir con gusto; á su edad,

eso es lo que las niñas necesitan; y aunque te separases en esto de la costumbre, llevarías la palma como inventora de un capricho elegantísimo, de una costumbre del mejor gusto.

—¿Y esa joven que tú me recomiendas reúne todas esas condiciones?

—Todas, y algunas otras que sería prolijo enumerar; pero que tú estimarás en lo que valen cuando esté en tu casa.

—¿Tiene un nombre bonito? Ya sabes que las extranjeras tienen todos nombres elegantes.

—El de mi recomendada es lindísimo: se llama Mundeta.

—¡Cómo!—exclamó Gertrudis:—¿será una florista?

—La misma.

—¿Aquella muchacha hechicera, llena de belleza y de gracia, y que está dotada de tanta habilidad? ¡Oh!, has sabido escoger muy bien, porque es una de las criaturas que verdaderamente me han gustado en el mundo.

En aquel momento entró la doncella de Gertrudis con una carta en una bandeja, que presentó á Luisa.

Ésta la tomó y la abrió.

—Acaban de traerla de la Florida, adonde llegó hace poco—dijo la camarera.

Luisa, entretanto, había desdoblado el billete; era muy corto, pues sólo contenía dos renglones, que decían así:

«Señora, acepto la plaza que usted me ofrece, y la espera en esta su casa

MUNDETA.»

La joven había aceptado, como nombre de florista, el diminutivo de su propio nombre, y no se firmaba más que como lo había hecho en el billete.

—Juana—dijo Gertrudis á su doncella,—no te vayas, porque tienes que vestirme.

Entretanto que Gertrudis hacía su *toilette*, Luisa reflexionaba profundamente; una especie de duda dolorosa se pintaba en todas sus facciones, y hubiérase dicho que estaba interiormente asustada del proyecto que se revolvía en su mente y que, sin embargo, no desistía de llevar á cabo.

Gertrudis la sacó de su distracción; estaba aquel día bella como nunca, y la espléndida luz de la primavera parecía aumentar todas las gracias de su lindo rostro, un poco frío, pero de una pureza de contornos maravillosa.

Aquella joven alta, rubia, esbelta, blanca como el nácar, tenía algo de ideal, con su vestido de seda azul, su manteleta de raso y su sombrero de crespón blanco, que contenía con trabajo los espesos rizados de su sedosa y dorada cabellera.

Luisa, con su belleza enérgica, altiva y algo severa, parecía la imagen de la fuerza; Gertrudis, con su aspecto blando é indolente, la de la sumisión.

Sin embargo, aquella mujer de aspecto duro y firme trabajaba para asegurar la ventura de su dul-

ce é indolente compañera, acaso con un celo excesivo; y ésta, al mismo tiempo que iba en pos de una mujer que fuese la compañera de sus hijas, no se había acordado de preguntar por una de ellas que tenía ausente.

Cuando ya estuvo vestida, dijo á Luisa:

—Ya estoy á tus órdenes.

—¿Y Elvira?—preguntó la madre de Alberto;— tráigala usted, Juana, para darle un beso.

—¡Eh, vamos, querida Luisa!—dijo Gertrudis impaciente;—se va á hacer muy tarde, y la niña estará jugando; vamos al instante, y no quieras martirizarme de impaciencia.

Luego, volviéndose á su doncella, le preguntó lánguidamente:

—¿Nos hará esperar el carruaje? Ahora recuerdo que no he dado orden para que lo pusieran.

—No, señora—respondió Juana;—está esperando desde las diez.

—¡Desde las diez y son las doce!

—Como la señora dijo que á las diez quería salir á compras, y mandó que estuviese dispuesto para esa hora...

—¡Ah, es verdad! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Y el tronco enganchado tanto rato! ¿No sabía ese idiota de cochero que yo estaba durmiendo y que había cambiado de parecer? ¡En nada piensan! ¡Sólo desean todos arruinarme! ¡Ah, qué desgraciada soy!

Gertrudis hizo como que se enjugaba algunas lágrimas, y salió seguida de Luisa.

Ambas subieron al carruaje, que partió al trote.

Bien pronto la sonrisa apareció en los labios de Gertrudis al verse admirada por todos, y especialmente por *todas* las que la miraban; aquel radioso día, el esplendor del sol, el lujo de las tiendas, la animación y el bullicio propios de Madrid, vistieron sus facciones de una placentera animación, que la hacía parecer más hermosa.

Cuando llegaron á aparecer á la puerta de la casa de la florista, su rostro se cubrió de nuevo de nubes, porque aquella mujer, en punto á la versatilidad de sus impresiones, no había salido aún de la infancia.

Luisa llamó y abrió la sirvienta, siendo al instante recibidas por la florista y su madre.

La joven estaba vestida como para salir, con un traje bastante usado, de seda, negro, y una manteleta de lo mismo; parecía muy triste; pero su belleza cobraba nuevo brillo con su modesto atavío y la melancólica resignación que se advertía en su rostro.

Aquel lindo semblante de diez y siete años, con sus grandes ojos negros, su tez de nácar y sus cabellos castaños, tenía algo de sublime, de misterioso y de tan profundamente triste, que conmovía de un modo indecible.

Gertrudis, cuyo talento no era muy penetrante ni muy observador, sólo vió á una joven preciosa, distinguida, llena á un tiempo de elegancia y de modestia.

Mundeta, por su parte, creyó un presagio de ventura la visita de aquella mujer, que al ir otra vez á encargarle unas flores para sus cabellos, le pareció dotada de la belleza vaporosa de una de esas hadas que alegran los sueños de nuestra infancia.

Sí; Mundeta guardaba un dulce recuerdo de Gertrudis, porque su alma poética y delicada amaba todo lo hermoso, todo lo dulce y bueno, y aquella rubia belleza le había hablado con mucha dulzura y bondad.

Así, pues, en medio de su tristeza, sintió un movimiento de alegría verdadera al ver que aquel hada tenía alguna parte en la mudanza de su suerte, y se dijo en su interior:

«¡Yo me tendría por menos infeliz si al dejar á mi madre pudiese vivir al lado de esta señora!»

—Mi hermana, en cuya casa va usted á vivir, señorita—dijo á este tiempo Luisa presentando á Gertrudis, y como respondiendo al pensamiento de Mundeta.

Ésta, por un movimiento involuntario, hijo de su alegría y de la inocencia de su carácter, se volvió hacia su madre.

—Sí, te comprendo, hija mía—dijo esta última;—es una dicha para ti el que sea esta señora quien te da colocación. ¡Si usted supiera, señora—prosiguió la anciana,—cuánto afecto le tiene á usted mi hija! ¡Si supiera usted cuántas veces la ha nombrado desde que estuvo aquí!

—Eso es para mí una dicha mayor de la que podía esperar—dijo Gertrudis amablemente;— esta señorita será para mí una amiga, y con esa esperanza vengo á buscarla.

—Adiós, pues, hija mía—dijo la anciana, quien, bastante vulgar y egoísta, temía que se le escapase á Mundeta tan honroso acomodo;—adiós. Ahorremos despedidas dolorosas, que yo iré á verte.

Luego, pasando por detrás de Gertrudis, le dijo en voz baja:

—Señora, encargo á usted el mayor cuidado con esta niña, de la cual sólo me desprendería en obsequio de usted; mire que la ama un caballero, al que yo creo hombre de gran posición y de quien, sin embargo, no sabemos el nombre verdadero.

—Cuidaré de ella como de una hermana menor.

—Que no le permita usted más visitas que las mías, porque ella también está encaprichada con ese hombre.

—No le verá.

Mundeta se arrojó llorando en los brazos de su madre; y ésta, que tampoco podía reprimir sus lágrimas, cubrió los cabellos de la joven con un velo negro, como se hacía con las vírgenes de las Galias cuando iban á ofrecerse en sacrificio en las aras de sus dioses.

¡Pobre Mundeta! A ti, como á aquellas inocentes el fanatismo de los suyos, te inmolaban la ambi-

ción de una madre vulgar y dura, y la cruel fortaleza de una mujer que todo lo sacrificaba en aras de la virtud.

¡Ah, mujeres fuertes, intachables, ascetas del deber en los desiertos de la vida! ¡Vosotras podíais ser héroes que salvaseis vuestra patria; pero jamás seréis los ángeles de paz y caridad que necesita el infeliz desgarrado por las pasiones!

IX

LA PASIÓN Y EL DEBER

Un cuarto de hora había pasado desde que Mundeta dió á su madre el abrazo de despedida cuando, después de haber dejado apearse antes á las dos señoras, bajaba la joven del coche y las seguía por la espaciosa escalera de la casa del rico Agente de Bolsa Andrés Miranda.

La pobre niña iba despreocupada y triste. A la vaga alegría que había sentido cuando supo que iba á vivir bajo el mismo techo de Gertrudis, había seguido un amargo desaliento: la imagen de Andrés había aparecido ante sus ojos y no podía separarla de ellos.

Al llegar á una especie de vestíbulo, en el cual remataba la escalera y se abrían algunas ventanas de la casa, levantó maquinalmente la cabeza, y de sus labios se escapó un pequeño grito: le parecía haber visto pasar á Andrés.

—¿Qué es eso?—preguntó Gertrudis volviéndose;—¿qué tiene usted, señorita: ha tropezado acaso?

—Sí, sí, señora...—balbuceó la joven toda confusa, en tanto que Luisa, que sabía lo que había motivado su exclamación, fijaba en ella una mirada penetrante.

—¡Cuidado, cuidado, querida Mundeta!—repuso jovialmente Gertrudis;—porque usted me permitirá que yo le dé este nombre, ¿no es verdad?

—¡Oh, señora! ¿Puede usted dudarlo?

—Pues bien, Mundeta, es preciso que usted se cuide mucho, para que cuando su señora madre quiera venir á verla se la pueda yo presentar tan fresca y linda como hoy me la ha entregado.

Hablando así, pasaron el vestíbulo, una antecámara grande, una salita de paso, y entraron en la habitación de Gertrudis.

Ésta tiró de la campanilla y dijo á su doncella, que se presentó al instante:

—Juana, tráeme á Elvira.

La camarera salió, y Gertrudis, volviéndose á la hermana de su esposo, le dijo:

—Voy á enviar á buscar á María ahora mismo.

—Creo que Isidoro debe venir con Alberto y él te la traerá—repuso Luisa.

En aquel instante apareció Elvira en la puerta; tendió por la estancia la curiosa y atrevida mirada de sus ojos negros, y después fué á apoyarse en el regazo de su madre.

—Hija mía—dijo ésta con aquella falta de tacto y de delicadeza que le era tan natural,—¿ves esta señorita? Pues ella va á ser desde hoy tu aya, y debes quererla mucho.

—¡Ah, ya!—respondió la niña con un gesto de inteligencia.—¿Va á ser un aya como la que tiene Aurora, la hija del Conde de S., verdad?

—Exactamente.

—¡Pero aquel aya no es como ésta! Aquella es vieja y regaña á Aurora.

—Esta es mejor; es joven y linda y os amaré á María y á ti.

—¿Va á ser también aya de María?

—Sí; de las dos.

Elvira siguió contemplando curiosamente á su joven aya; en tanto su madre se volvió á la camarera y le dijo:

—Que te ayude Antonio, y disponed entre los dos la habitación del aya.

—¿Y dónde, señora?

—En la salita azul.

—¿La que está junto al cuarto de las niñas?

—La misma.

La doncella salió, y Mundeta, á quien aún no se había mandado tomar asiento, lo tomó por sí misma y colocó á Elvira sobre sus rodillas, admirando la peregrina belleza de aquella niña.

Algunos instantes después pasó Gertrudis á su tocador, y Elvira la siguió, quedándose solas la esposa de Alvareda y la joven aya.

Ésta permanecía en actitud triste y abatida desde que la niña se había separado de ella; tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y pensaba en Andrés, á quien quizá no volvería á ver más.

Mundeta se acusaba entonces de débil por haberse separado voluntariamente de aquel hombre que tanto la amaba y el único á quien ella había amado en toda su vida; se llamaba ingrata, y le parecía que aquellas paredes pesaban sobre su corazón como si fueran de plomo.

Luego, al pensar en el misterio que envolvía á aquel hombre, que evitaba siempre hablarle de sus proyectos y de su familia, se decía que había obrado bien al huir de unos lazos que quizá la hubieran envuelto en la vergüenza y el deshonra.

Pero, fuerza es decirlo, estas reflexiones saludables duraban menos en su ánimo que el dolor de haber roto por su mano aquel amor, tanto más dulce cuanto más misterioso; y es que en los corazones amantes y enamorados, la razón tiene menos imperio que la pasión y la ternura.

De repente abrió los ojos espantada. Luisa, grave, serena, estaba en pie á su lado; á la mirada de temor que le dirigió la joven, respondió con otra dulce y firme á la par, y le dijo con voz entera y reposada:

—Tenemos que hablar, señorita.

Mundeta, asustada, nerviosa, y comprendiendo que algún grave peligro la amenazaba, volvió

la cabeza y miró á Luisa; luego, segura de su inocéncia, pudo dominarse algún tanto, y respondió:

—Estoy pronta á escuchar á usted, señora.

Luisa tomó una silla, la colocó junto á la que ocupaba la joven, y se sentó á su lado; en seguida le tomó la mano, y empezó así con voz dulce é insinuante:

—Debo ante todo, querida hija mía, y permítame usted que le dé este dulce nombre; debo ante todo solicitar su perdón, porque la he engañado.

—¿Usted á mí... señora?—balbuceó la pobre joven, que empezó á temblar de nuevo, con ese terror instintivo de las naturalezas privilegiadas que adivinan, como las aves, la cercana tempestad.

—Yo, hija mía, sabía que usted sentía un amor insensato, culpable, y he querido separar de sus ojos la venda que los cubría.

—¡Dios mío! ¿Qué me quiere usted decir?—exclamó la joven;—¿ni qué derechos tiene usted sobre los sentimientos de mi corazón para querer escudriñarlos así?

—Los mismos que usted sobre el bienestar y la paz de una familia que ningún daño le ha hecho, y á la cual puede usted hacer muy desgraciada.

—¡Yo, señora!

—¡Usted, sí!

Luisa dió esta contestación con severidad. Muredeta la miró con altivez; toda su humildad, toda

su dulzura desaparecieron ante el insulto; levantóse, y dijo con entereza:

—Acabemos, señora; voy á despedirme de la persona que es dueña de esta casa, y me volveré á la mía, que nunca debiera haber dejado.

—¡Ah, desgraciada joven!—exclamó Luisa.—
¿Y de qué me servirían los esfuerzos que acabo de hacer para salvarla del precipicio á cuyo borde se halla, si ha de volver á él por su voluntad?—exclamó la hermana de Andrés.

—Pero, señora: ¿qué precipicio es ese? ¿Qué me quiere usted dar á entender con sus reticencias? Yo amo á un hombre, es verdad; pero ¿acaso es él indigno de mí?

—¡Sí, pobre joven, sí!

—¿No me quiere ya?—preguntó débilmente Mundeta, cuyo cuerpo temblaba como el árbol sacudido por la tormenta, y cuyo semblante se vistió de una palidez mortal.

Luego se dejó caer sobre una silla; y al sólo temor de su desgracia, dos raudales de lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Señora—añadió juntando las manos con actitud suplicante:—perdóneme si he sido con usted insolente, atrevida..., brusca... Ahora soy yo la que le suplica que hable..., que me diga la verdad, toda la verdad, por cruel, por amarga que sea.

Luisa miró aquel inocente rostro que expresaba el dolor con tanta energía, y sintió su cora-

zón comprimido y contristado y su ánimo incapaz de agravar aquel inmenso dolor; Mundeta continuó:

—¡Hable usted, señora! Mire usted que ese amor es todo mi bien sobre la tierra; que moriré si él me engaña; que le considero como á mi protector y como al hombre á quien amo más en el mundo. Si he de tener un desengaño, démelo usted cuanto antes.

—¡Sí, sí; vale más!—respondió Luisa;—descubierta la herida, será más fácil curarla. Sepa usted que ese hombre es casado.

Al oír esta terrible palabra, Mundeta, como movida por un resorte galvánico, se levantó poco á poco de su asiento, con las facciones lívidas y desencajadas y los ojos extraviados; luego dejó caer los brazos, volvió á desplomarse sobre su silla, y repitió con voz débil:

—¡Casado!

—¡Valor, pobre hija mía, valor!—dijo Luisa, tomando otra vez con cariño la mano de la joven;—vale más que usted conozca el peligro, para evitarlo.

—¡No, no; eso no puede ser! ¡Él no puede haberme engañado así!—exclamó Mundeta, á la que reanimaba la fuerza misma de su dolor.

—¡Repito á usted, pobre niña, que está casado y que es padre de cuatro niños!

—¡Pero, Dios mío! ¡Yo no puedo pasar por lo que usted me diga, señora!—repuso exasperada

la joven.—¡Yo quiero verle! ¡Quiero ver á su mujer, á sus hijos!

—A su mujer la ha visto usted ya.

—¡Cómo!...

—Es la dama que fué conmigo á buscar á usted.

—¿Luego esta casa?...

—Es la de Andrés, esposo de Gertrudis, mi hermano, y padre de las niñas á quienes debe usted servir de aya.

—¡Oh, qué inicua trama!—exclamó la joven levantándose, con las mejillas encarnadas y los ojos chispeantes.—¡Engañarme así es infame, señora!

—Escúcheme usted, pobre niña...

—¡Nada, nada quiero escuchar!—continuó con ímpetu Mundeta!—¡sólo quiero salir de aquí... volverme con mi madre, con mi pobre madre, de la que nunca debí haberme separado!

—¡Ah, sí!—exclamó amargamente Luisa;—vuélvase usted con su madre, con su buena madre, y entonces mi hermano volverá á ver á usted, seguirá creciendo la fatal pasión que los une, y tendrá usted el gusto de haber hecho la desgracia de una mujer inocente y la de cuatro criaturas!

Mundeta, que ya se hallaba cerca de la puerta, se detuvo y volvió hacia Luisa su rostro, pálido y alterado por una desesperación profunda.

—Señora—le dijo con voz sorda y quebrantada,—ofrezco á usted que no le volveré á ver.

—Esa promesa no puede ser más vana y más inútil, señorita—respondió Luisa;—conozco á mi hermano, y nada importará que usted se niegue á verle, porque él la verá, sea como sea; la violencia le irritará más, y llegará quizá hasta el culpable extremo de arrebatarla de su casa y del lado de su madre.

La joven meció la cabeza con desaliento, y una sonrisa triste se dibujó en sus labios; pero no dió un paso más para salir.

Luisa se acercó á ella, volvió á cogerle la mano, que halló húmeda y helada, y la condujo de nuevo hasta un sillón, sin que ella opusiera la resistencia más leve.

Hízola sentar, y luego se colocó á su lado.

—¡Pobre inocente!—le dijo con un acento tan suave y compasivo, que penetró en el alma de Mundeta á través de las nieblas de su dolor;—¡pobre ángel candoroso, no es así como se conjuran las tormentas de la vida! No es sólo con la fuerza de la voluntad de las débiles mujeres como se doblegan las pasiones casi feroces de los hombres. ¿Quiere usted oirme, y yo le diré la causa de mi aparente crueldad? ¿Quiere usted que le diga lo que pienso hacer por usted, por mi hermano, por su familia?

Mundeta hizo un gesto de triste indiferencia, y Luisa continuó:

—Es preciso, hija mía, matar ese amor culpable; es preciso que mi hermano vuelva á la senda

del deber, de la cual le han separado los disgustos domésticos y su desgraciada suerte, más que su mala inclinación; porque de no volver á ella, querida mía, los remordimientos le harían muy infeliz y acabarían quizá con su vida.

Luisa se detuvo, esperando ver el efecto que sus palabras producían en el alma inocente de Mundeta. Esta impresión no tardó en aparecer: la joven levantó la cabeza; brillaron sus ojos, amortiguados por el dolor, con un destello de inteligencia, y exclamó con acento penetrante:

—¡Él desgraciado por mí! ¡Él, por cuya felicidad daría yo mi vida! ¡Oh, no; eso jamás!

—¡Ah, hija mía, ese es el amor santo, puro, verdadero!— exclamó Luisa, quien, como mujer de talento, sabía bien cuál podía ser la parte sensible de aquella bella y generosa naturaleza.—¡El amor que se sacrifica por el objeto amado, es siempre heroico, nunca puede ser culpable!

Las lágrimas de Mundeta volvieron á correr para alivio de su pena; la herida más dolorosa se había cerrado, ó al menos se había dulcificado su dolor. Luisa continuó de esta suerte:

—Yo he traído á usted aquí, hija mía, para pedirle, por el amor de mi hermano, que sea buena para él y para sus hijas... Su esposa no es una madre como debe ser... Sea usted la madre de estas niñas, y su padre la bendecirá algún día.

—¡Yo vivir bajo el mismo techo que Andrés!— exclamó Mundeta echándose hacia atrás—¡Nun-

ca, señora, nunca! ¡Mi resolución de no volverle á ver es irrevocable!

—Andrés, desde el instante en que sepa que usted vive en esta casa, la dejará acaso por largo tiempo.

—¿Y es por ventura un bien el que yo le separe de su familia, señora? ¿No vale más que yo vuelva al lado de mi madre?

—Ella será la que venga al lado de su hija, y ganará usted, con su virtud, una existencia cómoda y feliz para las dos.

—¿Cómo! ¿Mi madre vendrá aquí?

—Sí, hija mía.

—¿Y nuestra casa?

—Se cerrará: ésta será desde hoy la casa de ambas.

—Pero ¿y Andrés, y Andrés?

—Le conozco, y sé que saldrá hoy mismo para hacer algún viaje. No profanará la casa de su esposa y de sus hijas con unas relaciones culpables, y sobre todo, no profanará la inocencia de usted proponiéndole un trato criminal. Mi hermano, señorita, es digno del amor de un ángel como usted.

Y aquella mujer, dotada de talento, de ingenio, de valor y de firmeza, miró, dichas estas palabras, á la joven, á quien manejaba como á una niña.

—Señora—dijo Mundeta con acento tranquilo y resignado,—yo no sé qué imperio ejercen sobre mí los razonamientos de usted: sólo sé que me hace desgraciada y que, sin embargo, debo ben-

decírla; sólo sé que me muestra todos los abismos del dolor, y que, no obstante, de su palabra brota el único rayo de salvadora luz que me puede alumbrar en mi camino. Dígame usted, se lo ruego: ¿puedo yo creer que lo que he inspirado á Andrés ha sido un amor verdadero y no un capricho culpable?

—Sí, querida y desgraciada niña. Esa pasión es tan profunda como verdadera. ¡Ojalá fuera un capricho, y no habría necesidad de tan fuertes medidas!

—¿Y cree usted que estas medidas matarán en el corazón de Andrés esa pasión fatal?

Mundeta hizo esta pregunta con la voz temblorosa; era inmenso, sin duda, el amor que la desgraciada criatura encerraba en su pecho, cuando así temía el olvido de su amante.

—No lo creo—respondió Luisa con acento de profunda convicción.—Creo, por el contrario, hija mía, que esa pasión durará tanto como la vida de mi hermano.

—¿Y será desgraciado?

—¡Sí!

—De ese modo, señora, ¿de qué sirve mi inútil sacrificio? ¿Y qué más tiene que sea desgraciado por los remordimientos de una pasión correspondida y feliz, ó que lo sea por la memoria de una pasión sin esperanza?

—Niña—repuso Luisa clavando sus negros y hermosos ojos en la abatida mirada de Munde-

ta,—oiga usted una cosa que yo deseo no olvide: nadie es completamente infeliz cuando cumple con su deber; pero lo es, y mucho, el que cede á culpables extravíos y desoye la voz de la razón, porque la conciencia no calla jamás.

El silencio más solemne siguió á estas palabras. Mundeta alzó al cielo sus ojos, y de ellos volvieron á correr gruesas lágrimas; luego aquella cabeza peregrina, pálida y angustiada, se fué inclinando lentamente, y se apoyó desfallecida en el pecho de Luisa; ésta alzó á su vez los ojos al cielo. El sacrificio de Mundeta era completo, y estaba consumado.

Luisa dió gracias á Dios de las victorias; aquella era una de las más grandes que una mujer pudiera ganar en la tierra.

—¡Vamos, valor, hija mía!—dijo tras de algunos instantes de reposo. —¡Alce usted esa frente, que desde hoy ya no debe estar inclinada! ¡Usted es grande, fuerte, heroica! ¡Dé usted entrada en su corazón á la esperanza!

—¡A la esperanza!—repitió la desgraciada joven, y una sonrisa dolorosa entreabrió sus labios.

—A la esperanza, sí; acaso muy pronto un nuevo amor...

—¡Jamás!—respondió Mundeta,—¡jamás amaré más que á Andrés ó á su memoria, señora! ¡Viviré aquí al lado de sus hijas; las educaré para la virtud, para la paciencia, para la caridad; si usted quiere traerme á mi madre, seré algo menos

desgraciada; pero la dicha sólo la buscaré ya en el cielo!

La joven calló y al mismo tiempo se abrió la puerta, apareciendo en su umbral Andrés, que traía de la mano á su hija María.

Mundeta dejó escapar un débil grito de angustia.

Luisa se acercó á Miranda, le tomó de la mano y le dijo:

—El sacrificio está hecho, y te esperaba.

Luego se acercó con él á la joven; señaló á su hermano el asiento que ella había ocupado junto á la pobre niña, y tomando á María en sus brazos la colocó en el regazo de la joven, que inclinó su rostro sobre aquella rubia é infantil cabeza, y empezó á llorar amarga y silenciosamente.

X

AMANTE Y PADRE

Hubo algunos instantes de silencio. Luisa, apoyada en la silla de Mundeta, tenía pasado su brazo derecho en derredor del cuello de la joven, como para sostenerla en aquella prueba terrible.

María seguía sentada sobre las rodillas de su futura aya, y Andrés tenía entre las suyas una mano de la desventurada Mundeta.

Aquél fué el primero que rompió el silencio;

pero de sus labios sólo pudo salir esta sola palabra:

—¡Perdón!

Mundeta alzó su semblante lleno de lágrimas, y le miró de un modo que le decía que estaba perdonado.

—He aquí mi hija, Mundeta—prosiguió Andrés;—acabo de recibir una carta que me ha escrito mi hermana, en la que me dice sabes ya lo que yo hubiera querido ocultarte toda mi vida; ya no soy á tus ojos aquel Andrés pobre, desgraciado, pero libre, á quien tú amabas; soy don Andrés Miranda, rico Agente de Bolsa, padre de cuatro niños, esposo de una mujer llena de defectos, pero no culpable, y que por lo mismo no merece tampoco ser desgraciada; sin embargo, ¡yo soy ahora más infeliz de lo que antes me suponías!

Aquel acento doloroso penetró hasta el alma de la joven; conoció que había una desgracia mayor que la suya, y que ésta pesaba sobre el hombre á quien tanto amaba.

Andrés prosiguió:

—Voy á alejarme de aquí, Mundeta; voy á otros países... á América; pero no esperes que te olvide jamás. Desgraciadamente, no es mi cariño para ti uno de esos caprichos que pasan por la cabeza sin dejar rastro alguno en el corazón; si el que me has inspirado no es el primer amor, es el último, que dura más... ¡que es eterno!

—¡Pero tú volverás! ¿No es verdad, hermano

mío, que volverás pronto? — exclamó Luisa abandonando á Mundeta, que ya no lloraba, para tomar la mano de Andrés, que derramaba lágrimas.

—¡No!—respondió éste con firmeza,—¡no volveré jamás!

—¡Oh, Dios mío!

—Si algún día puedo mirar como á una hija á Mundeta, entonces volveré; ¡pero no espero que eso suceda nunca!

—Andrés—exclamó Luisa, cuya voz estaba oprimida y temblorosa:—yo quería librar de la desgracia á la pobre Gertrudis, mi amiga, mi compañera de infancia; quería separarte de esta joven durante algún tiempo, para ver si la olvidabas; pero jamás pude suponer que mi imprudente intervención te arrancase para siempre de tu hogar y de tus hijos.

—Es forzoso, sin embargo, que yo me aleje de aquí. Tú misma lo has querido así, Luisa. ¡Cúmplase tu voluntad, que es sin duda la de Dios, porque tú eres muy buena!

—¡Oh, pero no me digas que no volverás jamás! ¡No dejes ese remordimiento en mi corazón, Andrés!

—Te diré lo que antes te dije: si dejo de amar á Mundeta, volveré; si no, no me esperes.

—¡Ah, Dios mío! Pues entonces, ¡lejos de aliviar la suerte de la pobre Gertrudis, la he hecho más amarga!—exclamó aquella mujer tan fuerte, pero que volvía á ser débil ante la desgracia de

perder á un hermano tan querido;—¡en vez de curar á su marido de un amor culpable, se lo arrebató para siempre!

—¿Y qué importa? Ya sabes tú que Gertrudis no es muy sensible. ¡Yo le enviaré dinero, mucho dinero, y estará contenta!

—Haces una gran injuria á tu esposa—repuso Luisa con gravedad;—ella te ama... pero, aunque así no fuera, ¿y tus hijos?, ¿y tus pobres hijos?

—¿Adónde te vas, papá? ¡Yo no quiero que te vayas!—dijo la pequeña María echando sus bracitos al cuello de su padre, mientras la zozobra y el terror se pintaban en sus grandes ojos azules.

Luisa la tomó en sus brazos, le dijo algunas palabras cariñosas y la sacó de la estancia.

—Andrés—observó Mundeta luego que estuvieron solos,—quien debe alejarse de aquí soy yo: mañana saldré de Madrid con mi madre; no quiero tener sobre mi conciencia el dolor de haber arrebatado á tu familia un padre y un esposo.

—Yo parto esta misma noche, Mundeta—repuso Andrés con voz dulce pero firme;—tú escúchame, y estoy seguro de que después consentirás en quedarte, por mi amor y el de mis hijas.

Cuando me casé amaba á mi esposa, no puedo negarlo, y tú tienes bastante grandeza de ánimo para comprender que debía ser así cuando uní su suerte á la mía. Luego su carácter, cándido y sencillo por demás en la época de nuestro matrimo-

nio, se fué volviendo egoísta, frío, quejumbroso; si ella hubiera sido lo que debía ser, jamás hubiera yo deseado la dicha más allá de las paredes de mi casa; pero el talento de que yo la creía dotada desapareció, ó fué dominado por sus malos instintos. Ello es que cambió completamente, y que poco á poco se fué extinguiendo en su corazón hasta el amor á sus hijos. Tuve que colocar á éstos en un colegio; pero mis hijas permanecen en la casa materna, sin tener quien las ame, las cuide y las instruya.

Su madre hace tiempo que deseaba buscarlas un aya para descansar completamente. Por muchos días me opuse á esta medida, que separa á las niñas del más santo y legítimo amparo; pero llegó á formar mi mujer tal empeño, que hube de dar mi consentimiento. El cielo y mi hermana han querido que la elegida para velar y educar á mis hijas fueras tú... ¡Bendita sea su santa providencia! ¡Bendita sea su mano, que te ha conducido aquí! ¡Bendita sea su misericordia, que me dice: «Al mismo tiempo que corto los lazos de tu culpable amor, llevo al lado de tus hijas un ángel de paz y de virtud que les enseñe el camino del cielo!» Y ahora bien, Mundeta—continuó Andrés:—¿culparás mi amor de padre? ¿Rehusarás la misión que Dios te confía? ¿Desoirás mi ruego cuando te digo: Mundeta, te confío lo que después de ti amo más en este mundo: mis hijas; cuídamelas, haz que recen por su padre; enséñalas á ser lo que

debió ser su madre, lo que yo creí que era; y de ese modo, el día en que tengan un esposo, no irá éste á buscar fuera de su casa la ventura y la paz.

—¡Oh, sí! ¡Yo acepto esa misión, sí!—exclamó la joven con entusiasmo.—¡Después de perderte, Andrés, lo único que podía consolarme era vivir donde tú has vivido y cuidar de tus hijas!

La puerta de la estancia, que se abrió en aquel instante, cortó la palabra de la joven, y aparecieron en el umbral Luisa, que traía de la mano á María y á Elvira, y tras de este gracioso grupo, la esbelta y elegante figura de Gertrudis.

Andrés se levantó y Mundeta hizo lo mismo, saliendo al encuentro de las niñas, que Luisa puso en sus brazos.

Gertrudis se reclinó lánguidamente sobre un sillón, y dijo á su marido:

—¿Qué te parece, Andrés? ¿He elegido bien el aya para las niñas? ¿Verdad que es una linda joven que dará honor á nuestra casa?

—Sin duda—respondió Andrés, mirando á Mundeta con el dolor que se mira una joya que se ha perdido; pero añadió dominándose:—Tengo que salir; iba ahora á decirte, Gertrudis, que mañana voy á emprender un viaje.

—¡Ah! ¿Dejas Madrid?—preguntó Gertrudis sin inmutarse.—¿Y es por mucho tiempo?

—Todavía no lo sé.

—Sea como tú quieras. Y usted, señorita, sepa

que lo principal para mí es que se encargue al instante de estas criaturas... Son diabólicas... Aún están sin peinar, sin lavar, sin vestir... Tengo yo á las doncellas ocupadas por hoy, y, por lo tanto, usted se cuidará de eso, ¿no es verdad?

Sí, señora—respondió Mundeta con dulzura;—yo arreglaré á las niñas.

—Vamos, pues, Andrés—dijo Gertrudis á su marido;—me acompañarás hasta mi habitación, y luego te irás á tus quehaceres. Luisa llevará á las niñas y á su aya á sus respectivos cuartos.

Andrés dirigió una última y larga mirada á Mundeta, y salió con su mujer.

Poco después salieron Luisa, Mundeta y las dos niñas; y aquélla instaló al aya, á María y á Elvira en sus habitaciones.

XI

GERTRUDIS

Eran las siete de la noche cuando se hallaban reunidos en la sala de confianza de casa de Miranda, éste, su esposa, Luisa y su marido.

Luisa tenía los ojos encarnados y enrojecidos, y aún se escapaban de ellos algunas lágrimas que toda la fuerza de su voluntad no bastaba á contener.

Gertrudis no lloraba; estaba recostada en un sillón, y se quejaba de un gran dolor de cabeza.

Alvareda se paseaba por el cuarto, y daba muestras de aquella impaciencia febril é inquieta que formaba el fondo de su carácter.

Andrés estaba triste y sombrío.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Gertrudis, interrumpiendo el silencio que hacía tiempo reinaba.— ¡Qué cara de entierro tiene mi marido! ¡Como si no fuera á divertirse y por su gusto! ¡Pues yo no estoy para sufrir malos humores, porque padezco mucho!

—Pronto dejaré de incomodarte, Gertrudis; ten un poco de paciencia—repuso Andrés con una calma sombría.

El llanto de Luisa estalló entonces con mucha mayor fuerza.

—Pero, hombre, verdaderamente que es extraña tu repentina manía de viajar—exclamó Isidoro.—¿Qué tienes que hacer en la Habana tan de repente? ¿Qué te pasa? ¿Se puede saber?

—Es un negocio de que te hablaré más adelante, querido Isidoro—respondió Andrés;—ahora no lo comprenderías.

—¿Y por qué llora así mi mujer, teniendo como tiene un pecho como un Alejandro? ¿Ocurre algo de nuevo? Vamos, dímelo, hombre, dímelo de una vez.

—No ocurre nada.

—¿Has tenido algún disgusto en la Bolsa ó en la política?

—No por cierto; ya sabes que te he transmitido

mi Agencia, y que en política no tengo comprometidos grandes intereses. Lo que me preocupa es un negocio que me han propuesto, y en el cual puedo ganar algunos miles de duros.

—¡Ah! Pues entonces me enviarás dinero para comprar el aderezo de rubíes que tanto deseo, ¿no es verdad?—preguntó Gertrudis, alzando lánguidamente su rubia cabeza.

—Sin duda que te enviaré, querida Gertrudis.

—Mira que, siendo bueno, me ha dicho Ansoarena que vale veinte mil duros.

—Trabajaré para que los tengas.

—Y piensa en que la casa gasta atrocemente; no te quejes de que necesito mucho dinero.

—Nada temas: dispondrás de todo cuanto te haga falta.

—Es que debes también tener presente que el aya es un aumento de gasto; las jóvenes de su edad comen de una manera extraordinaria.

—No lo olvidaré—repuso Andrés con una sonrisa amarga, pues sabía que Mundeta comía como un pájaro.

—Si yo tuviera una mujer como la tuya, me ahorcaba del árbol más alto que hallase—dijo impetuosamente Alvareda.

—¡Es claro! Las mujeres como yo no son para los cafres como tú—repuso Gertrudis;—pero Luisa tiene la culpa de que lo seas. ¡Siempre con un candado en la boca, sin pedir nada, sin desear nada; cosiendo, bordando, cuidando de la casa,

en tanto que tú derrochas en tus caprichos una fortuna!

—Más vale que tenga caprichos, que no lo que sospecho que tiene tu marido—repuso bruscamen- te Isidoro.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que los maridos de las mujeres como Luisa lo más que pueden tener son caprichos, en tanto que los esposos de mujeres como tú tienen cosas más serias.

—Pero ¿qué estás ahí diciendo?

—Nada, nada; tente, lengua—dijo Isidoro con su brusquedad y viveza habituales, y dándose una palmadita sobre su largo bigote.

—¡Bah! Hay que dejarte, como á un loco que eres—repuso Gertrudis.

—Cierto; hay que dejarme, que yo me entiendo.

—Luisa—dijo Andrés á su hermana, que no dejaba de llorar,—hazme el favor de ir á buscar á las niñas para despedirme de ellas, pues es ya la hora que debo ir al correo.

—¿Y por qué ha de ir Luisa? ¡Que las traiga el aya!—observó Gertrudis.—¡Empezaremos ya á darle fueros de duquesa!

Andrés clavó en su mujer una mirada iracun- da, que fué cogida al vuelo por la vivaz mirada de Alvareda.

—¡Prudencia!—dijo éste, acercándose al oído de su cuñado;—déjala, que yo mismo iré á buscar á las niñas.

—¡Ah, Isidoro! ¡No sabes el bien que me haces evitándome...!

—El ver á esa joven, ¿es cierto? Lo había comprendido así.

—¡Isidoro!

—No temas, mi pobre amigo, mi querido hermano—repuso el turbulento Alvareda, cuya atrevida y ardiente mirada se veló por una lágrima;—no temas: conozco tu secreto desde hace sólo un instante; pero estará aquí muy bien guardado.

Y el esposo de Luisa se golpeó el pecho con su mano nerviosa y robusta.

—¡Ay, santo Dios! ¿Qué secretos son esos que tenéis que comunicaros?—exclamó Gertrudis.—¿Acaso, Isidoro, le estás enseñando tus mañas á Andrés para que las ejercite por allá?

—¡Anda, tonta! ¿Qué te importa si le enseño á conquistar veinte mil duros para comprarte el aderezo?

Y después de decir estas palabras con gran jovialidad, Isidoro salió enjugándose aquella lágrima rebelde, que al fin había brotado de sus ojos.

—¡Me irritan las majaderías de tu marido!—exclamó Gertrudis con muy mal humor.—Pero ¡calla!—añadió al ver el llanto de Luisa,—¡pues no haces tú pocos aspavientos porque se va tu hermano! ¡Vaya un alarde ridículo de sensibilidad! Tú que la echabas antes de fuerte, ¿vas ahora á variar de rumbo y á hacerte notable por tus lloriqueos?

—¡Déjala llorar!—repuso Andrés;—eso prueba lo mucho que me ama.

—¡Oh, hermano mío! ¡Andrés de mi alma, perdón!—murmuró Luisa, que sentía romperse su corazón ante la idea de ser ella la causa de la partida, ó más bien del voluntario destierro de Miranda.

—¡Valor, Luisa, valor!—respondió Andrés en voz baja.

—¿Pero de qué le pides perdón? Del mal rato que me das, ¿no es cierto? ¡No te falta razón! Hoy me he levantado con una jaqueca atroz, y me la estás aumentando con tus gemidos; cuando era más razonable que gimiera yo, que al fin soy su mujer, y quien le quiere más que nadie.

—¡Vamos, aquí están los dos angelitos!—dijo Alvareda entrando con María y Elvira.—Un beso, y andando á la casa de postas.

Andrés confundió á sus hijas en un solo abrazo.

María inclinó sobre el pecho de su padre su rubia cabecita, y rompió á llorar.

Elvira miró á su hermana; pintóse en sus ojos un profundo dolor, y brotaron de ellos algunas lágrimas.

Su padre llenó de besos sus frentes y sus mejillas, y mezcló sus lágrimas á las de las dos niñas.

—Y á los otros, ¿no los verás?—preguntó en voz baja Alvareda.

—Sí—respondió Andrés.—¡Pasaré por París para darles también el último abrazo!

—¡Ah!—dijo Gertrudis,—¿vas á París, Andrés? Pues cómprame allá un vestido de medallones de encaje, como el de la Condesa de Santa Fe, y mándamelo al instante.

—Así lo haré, querida Gertrudis.

—¡Qué mujer ó qué demonio esta!—gritó Alvareda;—¡yo no sé cómo te sufre tu marido! Pero vamos, Andrés, que estos angelitos llevan mal rato, tú no lo llevas nada bueno, y mi mujer lo lleva peor que nadie; andando á la casa de postas, que ya es hora.

—Mira, Andrés, siento que la jaqueca no me permita acompañarte—dijo lánguidamente Gertrudis, dando la mano á su marido; luego añadió:—Niñas, id con el aya y dejadme tranquila.

Las niñas se dirigieron á la puerta; pero Luisa las detuvo, calculando, con su sorprendente penetración, que iba aún á tener lugar una escena que ellas no debían presenciar.

Andrés volvió á abrazarlas y salió seguido de Isidoro y de Luisa, que debían acompañarle.

En la puerta de la calle esperaba un coche; mas antes de tomar la escalera, Andrés se dirigió á un corredor de la izquierda con paso rápido y cauteloso. Una figura blanca apareció en el umbral de una puerta, y se precipitó en los brazos de Andrés.

Por espacio de un segundo permanecieron abrazados. Luego se oyó una voz débil que pronunció un ahogado ¡adiós!, y otra más fuerte que murmuró:

—¡No me olvides, y cuida de mis pobres hijas! Después volvió á verse la gallarda y noble figura de Andrés deslizarse por el corredor y llegar al principio de la escalera, donde esperaban Isidoro y Luisa.

.....

Una hora más tarde, volvían á entrar los dos esposos en la que había sido casa de su hermano.

Al llegar á la antesala salió una camarera, que les cerró el paso, diciendo:

—La señora se ha acostado, y duerme profundamente.

—¿Y las niñas?—preguntó Luisa.

—Están con su aya, señora.

Isidoro y Luisa volvieron á bajar y tomaron su coche, aquél renegando de las *sandeces*, como él llamaba, de Gertrudis.

—Vamos á la Florida, que Alberto está solo hace ya muchas horas—dijo Luisa;—y te ruego que por lo que toca á la felicidad de esa heroica niña, me dejes amplios poderes.

—Te los dejo; pero no olvides que Andrés me la ha encargado con mucho encarecimiento.

—Ya habrá ocasión en que tenga que acudir á ti, Isidoro.

—¿Harás por llevar á su lado á su madre?

—Mañana dormiré ya en casa de Gertrudis.

—¡Pero si ésta no sabe aún nada!

—No importa: yo la convenceré.

—Sólo tú pudieras convencer á ese estuco.

—Eres injusto con ella, porque no es mala.

—Pues sin ser mala, ha robado á sus hijos un padre y ha perdido un esposo demasiado noble.

Luisa nada respondió; rompió de nuevo en llanto, y poco después sólo se oía el vago rumor de las auras que besaban á las flores en aquella bella noche de Mayo, el ruido producido por las ruedas del carruaje, y el eco alegre de una canción de caza que silbaba Isidoro para distraer el mal humor que le dominaba, al recordar que había perdido, quizá para siempre, al hermano de Luisa, que era al mismo tiempo su mejor, más constante y más antiguo amigo.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

EL ALMA HERIDA

Bienaventurada el alma que oye al Señor, que le habla, y de su boca recibe palabras de consolación.

.....
Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña dentro.

.....
Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría.

IMITACIÓN DE JESUCRISTO.

I

UNA MADRE JOVEN

Cinco años habían pasado desde la partida de Andrés Miranda, cuando en una noche del mes de Enero tenía lugar un brillante baile en la casa que habitaba la familia de aquél.

Ya no vivía en la calle de las Infantas, sino en la de Atocha y en un hermoso edificio, elegante y sencillo á la vez.

Tula de Miranda, que era como se llamaba á la

esposa del antiguo Agente de Bolsa desde que se había hecho por completo mujer de moda, recibía á sus amigos, que eran muy pocos; á sus aduladores, que eran muchos, y á sus enemigos, que eran infinitos.

Ya no era la Gertrudis que rezaba de cuando en cuando, que leía algunos ratos y que salía poco de su casa. Era una hermosa mujer, bella, elegante, despreocupada, coqueta, nerviosa é impresionable, y al mismo tiempo lánguida y delicada, que estaba sin cesar haciendo mimos y dengues. Era el tipo empalagoso de la mujer sin corazón, que se hace continuamente la sentimental. Conjunto raro de falsa dulzura y de despegada altivez; ente que reúne todos los afeites de la cortesana, los caprichos de un niño mimado y las coqueterías vulgares de la colegiala sin talento y sin mundo; reina absoluta para su familia; inquisidor para sus criados; maniquí para los necios y manantial inagotable para los petardistas y aduladores. Mujer que no merece el nombre de tal, porque no siente, porque no piensa; que va á la ópera y se duerme; que oye un drama mirando los vestidos que han estrenado sus émulas; que bosteza cuando se muere la heroína y come pastillas perfumadas cuando lloran los demás espectadores. Mujer que no sabe ya cómo se toma un libro, que en su vida ha manejado una aguja y que escribe esquelas á su modista poniendo *querida* con *g*, y la *aguardo* con *j*.

Tal era Tula, ó *Tulita*, como la llamaban sus amigos más queridos; es decir, los que iban á comer dos días por semana á su mesa y á tomar café diariamente con ella; éstos eran los mismos que le llevaban al teatro los gemelos y el ramillete; los que le ponían y quitaban el abrigo que cubría sus blancos hombros, y le acercaban la banqueta ó el almohadón que ella tenía en su palco para poner cómodamente los pies.

No hay que pensar, sin embargo, que Tula ó Tulita tuviese amantes, porque esta clase de mujeres, muñecas ó autómatas, ni aun para esto valen.

Su culto es el *yo*; y por la más misteriosa y encantadora cita, ni se levantarían un cuarto de hora más temprano, ni se acostarían un cuarto de hora más tarde.

Tulita era mujer á la moda, porque tenía abonos en los teatros, buenos carruajes, excelente mesa, gran casa, numerosos criados y muchos y suntuosos trajes y por las mismas razones que era mujer á la moda, la rodeaba siempre una nube de esos parásitos y gorristas de ambos sexos, que sólo se acercan adonde hay algo que utilizar.

En la noche del baile, el salón estaba brillante de luz, de pedrerías y de joyas; una guirnalda de hermosas mujeres le guarnecía, ostentando sedas, plumas, encajes, diamantes y flores.

Sin embargo, la más obsequiada, la adornada con más gusto, y, forzoso es decirlo, la más her-

mosa era Tulita, á pesar de sus treinta y cinco años bien cumplidos.

Llevaba un traje de seda azul de china, su color favorito, y sobre éste otro de crespón blanco, que decía maravillosamente con sus cabellos de un rubio dorado y vaporoso; un soberbio aderezo de brillantes realzaba su belleza, algo lánguida y fría, pero más aristocrática por esto mismo.

Sentada en un diván de damasco blanco y rosa, que era el color de la tapicería del salón, mecía su pequeño pie, calzado de raso blanco.

Tenía cogida de la mano á una niña como de nueve años, que era un ángel de belleza y de gracia. Aquella criatura parecía vestida por las manos de algún hada para realzar su exquisita y delicada hermosura.

Era Elvira, la hija menor y la favorita de su madre. Llevaba un traje de tul rosa sobre uno de seda de igual color; sus espesos cabellos negros bajaban partidos por una raya en medio de la frente, hechos sedosos y gruesos tirabuzones, hasta tocar el escote muy bajo de su vestido; éste, que apenas tenía mangas, dejaba ver sus brazos satinados y redondos, y en cada uno de sus hombros se veía una rosa con follaje.

Una guirnalda de las mismas flores recogía la túnica de la niña por un lado, y aquel matiz subido y fresco hacía resaltar el negro de azabache de los ojos, cejas y pestañas de aquella criatura.

Nada más seductor que el contraste que for-

maban madre é hija: aquélla, blanca, rubia, vaporosa; ésta, trigueña, rosada, de negros ojos y cabellera de ébano; pero este mismo contraste dejaba adivinar fácilmente que la morena niña imperaba sobre la blanca madre del modo más supremo.

Un poco más lejos, y sentado en un ángulo del salón, había un hermoso adolescente, que no pasaría de los diez y siete años. En aquel joven, ó mejor dicho, en aquel niño, se advertía una mezcla rara de dureza y sensibilidad, de osadía y de dulzura. El fuego de su edad y de una naturaleza rica y exuberante de vida, ardía en sus ojos pardos, rasgados y brillantes como el acero bruñado.

Estaba vestido con gran riqueza, esmero y elegancia, con un traje negro de sociedad; su frac, de exquisito paño de Sedán, marcaba admirablemente su talle redondo y fino como el de una joven; su pantalón negro caía sobre un pie pequeño y calzado con media de seda y zapato bajo de charol, adornado de una diminuta hebilla de oro cincelado; su chaleco negro, de satén, se escotaba un poco sobre una camisa admirable por su riqueza y sencillez, y cerrada en el pecho por dos perlas engastadas con el gusto más delicado; en fin, una corbata blanca, de batista, hacía resaltar la palidez trigueña de su cara, la perfección varonil de sus facciones y el fuego de sus grandes ojos.

A la par de su belleza fuerte y osada, había en aquel adolescente otra hermosura delicada, tier-

na, suave, por decirlo así; su boca era encarnada como la flor del granado, y su labio inferior, algo grueso, demostraba infinita bondad; sus largas pestañas decían bien claro cuánta sensibilidad encerraba en su alma, en tanto que un leve pliegue formado entre sus sedosas cejas, que partían una frente elevada y noble, atestiguaba la profundidad de su pensamiento.

Sentada junto á este joven se hallaba una niña que aparentaba once años, de fisonomía dulce, suave como la de un ángel. Ya la conocemos, pues era María. María, rubia, blanca, rosada, graciosa, de talla esbelta y elegante para su edad, con su cuello de cisne, sus ojos de cielo, sus copiosos rizos dorados, su boca de rosa y nácar. María, hermosa como niña, y que prometía ser una mujer celestial.

Sobre un traje de seda, blanco, llevaba otro de gasa de seda, blanco también, y sujeto con un largo y ancho cinturón azul, de moaré; dos rosas blancas, medio perdidas entre sus rubios bucles, eran todo su adorno, y su garganta estaba ceñida de un doble cordón de menudas perlas.

Llevaba botitas de raso blanco con lazos de blonda encima, que dejaban ver una media de seda blanca y el encaje de un pantalón ancho y gracioso; sus manos, tan pequeñas y de tan delicada forma como sus pies, estaban encerradas en unos guantes largos, y entre éstos y las blondas que guarnecían las mangas del vestido, podía

admirarse un brazo encantador y más blanco que las nubes de seda que le adornaban.

La niña parecía triste y preocupada.

Su primo—pues ya habrán reconocido á Alberto mis lectores—estaba impaciente é inquieto.

—¡Cinco meses ya!—dijo María, siguiendo al parecer una conversación empezada.—¡Cinco meses sin saber nada de mi pobre papá! ¿Qué habrá sido de él?

—¿Qué ha de ser? Nada—respondió Alberto;—ya sabes que hace viajes al centro de América, y quizá estará en alguno ahora.

—¡Ay, sí! ¡Y tal vez habrá muerto en medio de esos horribles desiertos!—dijo María, que no pudo contener dos lágrimas.

—Vamos, querida mía, ¿á qué afligirte así?—preguntó cariñosamente Alberto á su prima.—Tú que eres tan buena y angelical, que rezas todos los días á la Virgen, ¿no tienes fe y esperanza?

—¡No, Alberto! ¡Hace ya muchos días que llorando y pensando en mi padre me duermo, y así que me despierto vuelvo á llorar! ¡Temo haberle perdido para siempre!

—Pero ¿cómo es que tu madre, mi señora tía, está tan consolada? ¡Vamos, grima da ver esto!—dijo Alberto, que había heredado la impetuosidad de su padre.

—¡Qué quieres! ¡Eso va en genios!—respondió suavemente María;—quizá yo me aflijo sin motivo... Luego, como mamá es joven...

—¡Sí, sí! ¡Una madre joven en toda la acepción de la palabra... es decir, coqueta, casquivana, necia!

—¡Por Dios, Alberto, que es mi madre!—murmuró dulcemente María.

—Ya lo sé, y por eso no digo más... Pero sería mejor que mi señora tía imitase á su amiga de infancia, á mi madre, que no es más vieja que ella, pero que es, sin embargo, más digna y más ejemplar.

—¡Tampoco hoy ha querido venir á nuestro baile!

—¡Claro está! Me dijo: «Ve, hijo mío, y luego tú me contarás cómo estuvo. ¿No son míos tus hermosos ojos? Pues préstamelos para ese baile.»

—¿Y qué se hace sola en casa?

—Coser, bordar, leer y rezar, como tú; á una mujer como mi madre nunca le falta en qué entretenerse, y no se aburre jamás; tiene bastantes recursos en sí misma.

—¿Y sigue siempre tan triste?

—Sí, querida María; desde que tu padre se marchó, ni he visto nunca alegre á mi madre, ni la he visto con otro traje que con su hábito de la Soledad.

—Como mi aya.

Alberto se estremeció al oír las últimas palabras de su prima, y luego un subido carmín vistió sus mejillas; María, sin advertirlo, prosiguió:

—Y mi tío, ¿por qué no ha venido?

—¿Por qué? ¿Pues no sabes ya que no puede sufrir á tu madre?

—¡Pues, hijo, no es tampoco muy formal tu papá que digamos!—repuso María herida en su amor de hija.

—Por lo mismo, le gustan las mujeres que lo son... y otro tanto me pasa á mí; tengo la cabeza á la jineta, como él me dice; pero no me casaré más que con una mujer que se asemeje á mi buena y santa madre.

Una dama llamó entonces con una seña á María, para darle un beso; Alberto siguió á su prima con los ojos, y en aquella mirada brillaba un afecto profundo, tierno y apasionado.

Cuando ya vió á María junto á la señora que la había llamado, se levantó, cruzó la sala y salió de ella, mirando en torno suyo con recelo y con paso precipitado y vacilante.

Atravesó la antecámara, salió á un corredor que llenaba una fila de lacayos de gran librea, y pasó por el comedor, donde estaban puestas con extraordinaria suntuosidad las mesas para el bufet.

Frente á la puerta por la que Alberto había entrado, había otra cerrada con pestillo solamente.

El joven llamó á ella, y una dulce voz dijo desde adentro:

—Adelante.

Alberto levantó el pestillo con trémula mano, y entró.

II

EL PRIMER AMOR

Alberto se detuvo cortado y confuso á la puerta del aposento; y aprovechándonos de su turbación, nosotros, lectores míos, podemos examinarlo.

Era una salita cuadrada, amueblada sencilla, pero elegantemente; las colgaduras eran de seda y lana de modesta tela, pero de graciosa amplitud, que se recogía en grandes pliegues.

La sillería era cómoda y elegante; una consola de palo santo sostenía un espejo ovalado, y algunos sillones pequeños estaban diseminados por la estancia.

En su centro había un velador redondo de palo santo, y sobre él una labor de tapicería empezada.

Sentada en un silloncito junto al velador se hallaba una joven, á quien ya conocemos: era Mundeta; sus veintidós años eran más bellos que sus diez y siete, porque el dolor y el sufrimiento habían dado á sus puras facciones una expresión sublime.

¡Cuánto había padecido la desdichada joven al lado de la orgullosa y despegada Gertrudis! ¡Cuántas humillaciones había devorado! Pero allí estaban las hijas de Andrés que necesitaban de sus cuidados, y á las que ella había ofrecido no abandonar jamás.

Mundeta vestía con una sencillez muy parecida á la austeridad; su hábito negro de Dolores era liso y humilde, y el cuerpo alto estaba cerrado en el pecho con botones de seda, negros también; un cuello liso y pequeño, y unas mangas iguales con puño doblado, era lo único que animaba su sombrío traje.

Toda la suavidad, toda la belleza, toda la gracia que se advertía en ella eran de ella misma, sin deber nada á su atavío y adorno; largas y gruesas trenzas de cabellos castaños partían de sus sienes y bajaban hasta el nacimiento de su torneado cuello, blanco como el marfil; sus mejillas estaban cubiertas de palidez; pero no de una palidez enfermiza y amarillenta, sino de ese suave y quebrado color que vierten sobre el semblante los dolores del alma y las vigiliass del cuerpo.

Sus grandes y hermosos ojos negros estaban llenos de ternura y de sensibilidad; su boca era pequeña, dulce y triste, y había cambiado su acarminado color por el matiz del coral rosa; su nariz era pequeña, recta y delicada, y en su delgado talle había algo de la gracia sencilla y púdica de la verde caña que la brisa mueve á orillas del agua del lago.

Al ruido que hizo Alberto para llamar, había dejado el libro que leía sobre su falda, y cuando entró, volvió hacia él su peregrina cabeza.

El joven permanecía junto á la puerta, turbado y confuso.

Toda la osadía que poco antes lucía en sus ojos había desaparecido, y ahora los tenía fijos en el suelo.

La voz de Mundeta le sacó de su distracción, diciéndole:

—Adelante, Alberto.

Entonces dió dos pasos y se halló cerca de la joven, que le señaló una silla.

—¿Cómo es que deja usted el baile?—le preguntó ésta;—dicen que está muy brillante.

—¡Sin embargo, usted no está en él!—respondió Alberto con voz baja y temblorosa.

Mundeta no respondió nada, y empezó á dar vueltas entre sus dedos al estambre enhebrado en su aguja de tapicería; la joven, si bien era maestra en lo que toca á dolores, era muy inocente en todo lo demás; niña inexperta había entrado en aquella casa, y aquella casa había sido para ella una clausura, en la cual á nada más que á sufrir había aprendido.

Alberto, alentado por su silencio, prosiguió:

—¡Me aburría en el salón sin usted, Mundeta!... Deseaba verla... deseaba hablarla.

—Me alegro mucho entonces de ver á usted aquí—respondió la joven con la calma de la inocencia.—Hábleme usted con toda franqueza; confíeme sus secretos. Mi madre—añadió con una sonrisa—duerme en la alcoba desde hace rato, y su sueño es tan profundo, que nuestras voces no la despertarán.

Mundeta calló esperando las palabras del joven, pero en vano; éste, trémulo, aturdido, la miraba fascinado y no sabía qué decir.

—Vamos, ¿quiere usted contarme sus amorcillos?—dijo el aya sonriendo;—hable usted, le escucharé trabajando.

Y al decir estas palabras, tendió la mano hacia la tapicería que estaba sobre el velador, y se puso á trabajar en ella.

—Señorita—exclamó Alberto haciendo un desesperado esfuerzo para dominar su turbación;—Mundeta más bien, puesto que usted me ha dado permiso para que la llame así y ha consentido en llamarme Alberto... Mundeta, sepa usted que yo...

Y la voz expiró de nuevo en la garganta del adolescente.

—Pero, amigo mío, ¿por qué no prosigue usted?—preguntó el aya admirada.

—Pues bien, voy á continuar: ¡Quiero decirle que cuando mi tía quiso casar á usted con aquel médico, pensé morir de pena!

—¿Y por qué?

—Yo no sé... Pero quería matarle á él y después matarme yo... Luego, cuando oí decir que usted rehusaba, me volvía loco de alegría... Cantaba, bailaba... ¿Se casará usted con otro, Mundeta?

—¡Jamás!—respondió ésta con un tono de convicción profunda.—¡Jamás me casaré, Alberto!

—¡Oh, qué felicidad!—exclamó el joven unien-

do las manos con tan radiosa expresión de júbilo, que el aya le miró absorta.

—Pero—exclamó ella,—¿qué puede importar á usted que yo me case ó no?

—¿Qué puede importarme? ¡Oh, yo aseguro á usted que mataría al que fuera su marido!, ya se lo he dicho.

—¿Por qué?

—¡Porque yo la amo á usted, Mundeta! ¡Sí, yo creo que es amor esto que usted me inspira! ¡Porque yo sólo deseo verla, oirla... Sueño con usted todas las noches; su imagen vaga sin cesar ante mis ojos... La veo en todas partes, en los teatros, en los paseos, en los bailes, en la iglesia! La veo siempre bella, pura, triste y doliente..., y me digo á mí mismo: ¿Qué tendrá? ¿Por qué estará tan melancólica?

—Niño—respondió el aya con voz grave y triste,—no quiera usted profundizar las llagas de mi corazón; después de Dios y de mí, sólo dos personas las conocen... La una tal vez ha muerto ya...

La voz de la joven fué ahogada por el llanto; se acordaba de Andrés, ó más bien, pensaba en que tal vez no existía ya, pues su imagen estaba grabada en su alma con imborrables caracteres.

—Y la otra persona que conoce las penas de usted, ¿quién es?—preguntó Alberto con su impetuosa naturalidad y con una ansiedad indecible.

—¡Su madre de usted!—respondió Mundeta con voz que aún temblaba de emoción y dolor.

El joven guardó silencio durante algunos instantes; pero después alzó hasta el aya sus ojos suplicantes, y le dijo con voz lenta y triste:

—Mundeta, yo no sé si hago mal en amar á usted tanto; pero es la verdad que la quiero con toda la fuerza de mi corazón; es la verdad que es usted la primera mujer á quien he dicho estas cosas..., la primera á quien he profesado este culto, esta ciega idolatría que ha ido creciendo conmigo.

—¿Qué es el amor del hombre?—murmuró la joven como hablando consigo misma.—¡Lo que fué el suyo! Flor de primavera que deshojan los primeros vientos. Niño, á quien tanto quiero, á quien tanto siento causar un involuntario martirio: ese primer amor, de que yo soy el inmerecido objeto, pasará... ¡pasará muy pronto, sin dejar en el alma rastro ninguno!

—¡Ojalá!—balbuceó Alberto;—pero, Mundeta, querida Mundeta, ¡no me llame usted niño, por Dios! ¡Lo que más me atormenta es serlo! ¡Quisiera vivir sólo la mitad de los años que Dios me tiene destinados, á cambio de tener ahora veinticinco para poder casarme con usted!

—Ese es el deseo de todos los pollos que empiezan á cacarear—dijo en la puerta una voz gruesa, varonil y bastante burlona.

Alberto se levantó, se volvió atónito, confuso, rojo como una amapola, y se halló cara á cara

con su padre, que se iba acercando á él con la risa en los labios.

Mundeta se volvió también sorprendida y ruborizada; el alegre Alvareda miró á los dos, y luego se sentó con mucha comodidad en el sitio que había ocupado su hijo, sin dejar su sonrisa socarrona, en la cual había, sin embargo, mucho de paternal.

III

EL ROBLE Y LA HIEDRA

Isidoro de Alvareda no se diferenciaba gran cosa de como era cuando le conocimos cinco años ha: estaba más flaco, más anguloso, más moreno; parecía más alto, por la misma razón de haber perdido carnes; había alguna arruga en su cara, tostada, expresiva, como la de un árabe; pero su viveza y su franca petulancia eran las mismas que en sus años mejores, y las mismas que le habían de acompañar al sepulcro.

Conocíase que aquel hombre estaba dotado de gran fuerza de voluntad y de gran fuerza de acción; que nadie podía ofenderle sin quedar pronta y cruelmente castigado, y que podía prestar, así moral como materialmente, un apoyo seguro y formidable á quien lo implorase de su valor y de su fuerza.

Su traje era, como siempre, de gran valor, pero

descuidado; llevaba la corbata anudada con negligencia, y el cabello, que era muy espeso y que empezaba á encanecer hacia las sienas, alisado sin pretensión de ninguna especie.

Un gabán bronceado, muy ancho y bastante largo, envolvía su cuerpo enjuto y fuerte; un pantalón negro y bastante holgado caía sobre su pie, estrecho y fino, pero algo largo, y que armonizaba con su gran estatura.

No bien se sentó en el sillón que acababa de dejar Alberto, cruzó una pierna sobre otra, y se puso á mirar á éste con su socarrona sonrisa; luego, volviéndose á la joven, le dijo:

—Querida niña, me ha de perdonar usted esta brusca entrada, que de seguro no me perdonaría su señora madre, á quien asusto siempre; pasaba por el comedor para ir al gabinete del tresillo y de fumar, y quise entrar á saludarla; entonces oí á mi hijo decir que desearía tener algunos años más para casarse con usted, y no pude menos de reirme con tan descabellada idea.

—¡Señor de Alvareda!—tartamudeó Mundeta, roja como la grana.

—¡Oh, querida mía! No hay que entender mal lo que yo diga, porque entonces estamos perdidos—repuso Isidoro.—Usted no me conoce aún bastante para comprender mi genio. Ha de saber usted que yo digo siempre cuanto se me ocurre, lo cual podrá ser muy poco conveniente, pero es muy cómodo; y lo hago así, porque me hallo con

el valor necesario para sostener lo que digo, por lo mismo que digo siempre la verdad. Voy, pues, á sostener lo que ahora he dicho: me ha dado risa lo que este niño desea..., es decir, me ha dado risa que piense en casarse.

Aquí Alvareda volvió á reirse de tan buena gana, que entonces fué la frente de Alberto la que se cubrió de carmín; pero era tal el respeto que profesaba á su padre, que no se atrevió á decir ni una palabra.

—Vamos, vamos, no hay que apurarse—continuó Alvareda.—¿Quién no se ríe al oír á esta criatura? Pero merece excusa, porque yo y todos los hombres del mundo hemos hecho lo mismo á su edad. Lo que siente por usted, querida Mundeta, es ese primer amor que los adolescentes sienten por una mujer que les dobla la edad; todos se prendan de la belleza que más años les lleva, y aún es una ventaja para mi hijo el que usted se halle en la mejor época de la juventud, y el que sea buena, pura y modesta.

—Luego, padre mío, ¿usted aprueba el que yo la ame?—exclamó Alberto, tomando con efusión la mano de su padre;—luego ¿será posible que un día se una mi destino al de Mundeta?

—¡No!—respondió la joven;—¡repito, amigo mío, que eso no sucederá jamás!

—¡No!—respondió Alvareda;—desecha, hijo mío, vanas esperanzas; esta joven nunca será tu esposa.

—Pero ¿por qué? ¡Yo alcanzaré posición, fortuna...; yo estudiaré, trabajaré..., seré digno de ella!

—Desecha vanas esperanzas—repitió Alvareda, cuyo semblante se vistió de una melancolía tanto más elocuente cuanto era más desusada en él;—déjalas tranquilas en el fondo de tu alma, que ellas se disiparán como las nieblas de la mañana á los rayos del sol. Tu amor por Mundeta pasará, como pasa el de los jóvenes de tu edad; es verdad que ella vale tanto, que siempre la recordarás con un placer mezclado de ternura; pero la querrás como á una hermana, y no como á la futura compañera de tu vida.

—¡Pluguiese al cielo!—murmuró el adolescente, inclinando sobre el pecho la cabeza.

—Este es el amor de los sentidos—prosiguió Alvareda,—ó más bien, esto no es amor; es esa impresión que la belleza causa en los jóvenes, esa impresión que hace bullir su sangre, arder su cerebro y palpar su corazón; esa embriaguez del niño que empieza á ser hombre, y á quien el prestigio de la mujer hermosa hace adivinar las celestes dichas del amor y la felicidad de ser amado. Tu amor primero pasará, hijo mío, y luego vendrá el segundo, el de la cabeza.

—¡Ah, padre mío, cuánto te engañas!—exclamó el joven.—A ti, que has obrado como amigo al conocer el estado de mi alma; que lejos de juzgarme con severidad te has dolido de mi desgracia;

á ti, que desde hoy te has conquistado tantos derechos sobre mi afecto y confianza, debo mostrarte el estado de mi corazón: creo que jamás amaré á otra mujer que á Mundeta.

—Crees, pues, un error que en breve se disipará; tu amor segundo te hará olvidar el primero, y éste no tardará en llegar; éste será el de la cabeza, el de la vanidad; y para que llegue antes, vas á salir mañana para París.

—¡Gracias, caballero!—dijo Mundeta.—Hace ya más de dos meses que veo lo que sufre Alberto, aunque no sabía la causa de su pena, y le agradezco con toda la efusión de mi alma que lo separe de mí.

En tanto que la joven aya hablaba de esta suerte, Alberto había quedado anonadado con el anuncio de su viaje; al oír decir á su padre que debía salir para París, esa ciudad de oro que todos los jóvenes ven entre nubes de azul y rosa, sintió oprimirse su corazón como si le prensase una mano de hierro. Su primer pensamiento fué que iba á separarse de Mundeta; pero éste fué dominado muy en breve por el dolor de separarse de su prima María.

Aquella niña era el ángel bueno de Alberto; demasiado reflexiva para su edad, tierna como una paloma, indulgente como un ángel, cariñosa y dotada de las gracias más adorables, Alberto, quizá sin saberlo, la asociaba á todas sus penas, á todas sus alegrías; pero había la diferencia de que

le ocultaba aquéllas y siempre le hacía partícipe de éstas.

El joven era para su prima el mismo Alberto, bueno, condescendiente, galante y generoso, que en el jardín de la Florida le daba lección cada tarde y le iba á buscar flores.

Muchas veces había abierto María una caja en presencia de su primo, y le había enseñado en su fondo una rosa amarilla, ya seca; era aquella misma rosa que había originado una cuestión entre los dos primos, y que los dos, asidos de la mano, habían ido á buscar.

—¿Para qué la guardas?—le preguntaba un día Alberto.

—No lo sé—respondió María;—sólo puedo decirte que no me resuelvo á separarla de mí.

Podía decirse que Gertrudis y su pequeña hija Elvira formaban una sociedad aparte, ó mejor dicho, en común con la sociedad superficial y brillante que las rodeaba; y que Mundeta, María y Alberto formaban una colonia, en la que todo era ideal y poético, dulce y aromatizado con el sacrosanto perfume de la virtud.

Alvareda tenía razón.

No era una pasión formal, verdadera, la de Alberto por Mundeta; era una dulce costumbre de verla, unida á esa fascinación que la belleza de una mujer doliente, melancólica y suave ejerce sobre la adolescencia poética, ardorosa é impresionable.

La imagen que al oír hablar de su partida se

apareció á Alberto, triste, desamparada y llorosa, fué la de María, y esta blanca imagen cubrió la enlutada de Mundeta.

—No temas por esta joven—prosiguió Alvareda;—es una débil hiedra, es verdad, pero yo soy el roble fuerte que la ampara. Y aunque por más poderoso que mi amparo sea, bastante poco le ha dejado el cielo, que sólo cuenta con él sobre la tierra, éste no le faltará. Ahora—añadió—vuelve al baile, hijo mío, y mañana saldrás para París.

Alberto, pálido y consternado, pero mudo, se inclinó delante de Mundeta, y salió haciendo un violento esfuerzo para contener sus lágrimas.

Apenas se hubo cerrado tras él la puerta, Mundeta tomó la mano de Alvareda y le dijo con una dolorosa timidez:

—¡Soy inocente, caballero! Nada he hecho para inspirarle cariño y...

—Lo sé, querida niña—respondió Alvareda;—era un mal inevitable, tratándose de un ángel de belleza como usted y de una cabeza ardiente como la de mi hijo; por eso le quiero alejar de aquí.

—¡Y su madre!—murmuró Mundeta;—¡y su pobre madre, que es ya tan infeliz!

—¡Eso es lo que me acongoja!—repuso sombríamente Alvareda.—¡A mí, que tan pocas cosas me apuran en el mundo! ¡Pero Luisa está muy mala! ¡Esa pena sorda que la atormenta va minando su existencia, y acabará por matarla!

Una ancha lágrima veló los grandes ojos de

Alvareda; luego tomó la mano de la joven, y le dijo con un acento doloroso y penetrante:

—¡Mundeta, hija mía! ¡Usted ha sido amaestrada en la escuela de la desgracia, y bien puedo decirle lo que hay en mi corazón! ¡Soy muy desgraciado, porque Luisa se muere y porque tengo yo la culpa en parte!

—¡Oh, no; usted se calumnia!—respondió el aya con una exaltación dolorosa.—¡Yo soy la causa de los pesares de esa infeliz señora, y yo también quien va á darle otro nuevo! ¿No fué por mi culpa por lo que se expatrió su hermano, aquel hermano á quien tanto amaba? ¿Y no es también por mí por quien pierde su hijo? ¡Porque... yo no sé lo que pasa en mi corazón!... Temo, sí, temo mucho que usted no deje volver por aquí á su hijo.

—¡Sí, Mundeta! Volverá así que yo le vea curado; pero ¡ay!, que entonces la madre, á quien aún deja hoy con vida, dormirá ya en su sepulcro.

—¡Quién sabe!

—¡Yo, Mundeta, yo lo sé! ¡Este fuerte roble no ha sabido amparar á esa hiedra débil que ha crecido sola y sin apoyo, y que ha sido destrozada por el primer huracán! Mundeta—prosiguió Alvareda, cogiendo la mano de la joven,—usted que es su única amiga, prométame ir á verla con la mayor frecuencia posible y á consolarla en su dolor.

—¡Se lo prometo á usted!—respondió el aya, al mismo tiempo que se abría la puerta para dar paso á María y Elvira, seguidas de su camarera, que iba á desnudarlas para acostarse.

Las niñas abrazaron á su tío y á su aya, y entraron en el gabinete que les servía de dormitorio.

Casi en el mismo instante se oyó el bullicio de los convidados que invadían el comedor, y Alvarada se despidió de Mundeta, que fué á acostarse también.

En la alcoba de las niñas había tres blancos lechos; el de en medio estaba ocupado por el aya, y en otro, á cada lado de aquél, dormían las dos hermanas. Luego que se retiró la camarera, el aya se arrodilló ante un reclinatorio, y vestida ya con su bata de noche, unió las manos y se puso en oración.

Poco después María y Elvira dormían con el sueño tranquilo de la infancia, y el aya rezaba como si hubiera sido el ángel de la guarda de aquellas dos criaturas, en tanto que el ruido de los platos del festín se mezclaba á las estrepitosas risas de los convidados.

IV

EL HURACÁN

Cerca de la aurora terminó el baile, y ya era muy de día cuando Alvareda y su hijo llegaron á la puerta de su casa de campo.

Á pesar de los rigores de la estación, Luisa no había querido dejarla aquel invierno para irse á vivir á Madrid.

El joven iba abatido y triste; al estrechar por última vez la mano de su prima creyó morir de dolor, y sin embargo, nada le había dicho de su cercana partida, deseando evitar algunas horas de pesar á la pobre niña.

Su padre iba meditabundo y grave; el hombre más desordenado, de menos preocupaciones, tiembla al oír agitarse sobre su cabeza las inmensas alas de ese ave negra y fatídica que se llama dolor.

Alvareda había sido calavera; pero se hallaba muy próximo á dejar de serlo.

Cuando llegaron á su casa, el silencio más absoluto reinaba en los alrededores; ya estaba la puerta abierta, y Juan, el jardinero, arreglaba unas plantas de boj recortado, única verdura que se veía.

Padre é hijo cruzaron el primer patio, entraron en el segundo y subieron silenciosamente la escalera, penetrando en la antecámara.

Por allí cruzaba la camarera de Luisa, y Alberto la detuvo.

—¿Y mi madre?—preguntó.

—En el oratorio, señorito—respondió ésta;—no se ha acostado esta noche.

—¡Dios mío!—exclamó Alberto,—¿es posible?

—Inútiles han sido cuantas reflexiones la he hecho; á todo me contestaba:

«¡Déjame, déjame: necesito rezar, porque me amenaza alguna desgracia; lo sé, la siento venir..., avanzar sobre mi cabeza... Déjame que rece, déjame!» Y así se ha pasado toda la noche.

Alberto, rápido como una flecha, cruzó aquella antesala y un saloncito que la seguía, y llegó al cuarto de su madre, dentro del cual estaba el oratorio.

Allí, arrodillada sobre el frío pavimento, pues había separado la alfombra, se hallaba Luisa; estaba vestida con un peinador de muselina, con los cabellos recogidos como si fuera á acostarse, y tiritando de frío.

Á pesar de su deplorable estado, era tal el fervor con que rezaba, que no oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse; tenía las manos unidas, los ojos elevados al cielo, y por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

Su hijo fué el primero que se acercó á ella; la abrazó por la espalda, y le dijo con voz queda y dulce:

—¡Madre mía!

—¡Ah! ¡Estás aún aquí!—dijo ella volviéndose. —¡Yo había soñado que te habías muerto! ¡Gracias, hijo mío, gracias por haber venido!

—Mamá, por Dios, levántate... Hace mucho frío y vas á ponerte mala—dijo el joven haciendo esfuerzos para alzar del suelo á su madre.

Ésta obedeció maquinalmente á aquella presión, y se dejó levantar del suelo.

—Vamos á tu cuarto, querida mía—dijo Alvareda, que llegaba entonces;—tú, Alberto, ve á decir que calienten bien la cama de tu madre, que necesita acostarse al momento.

Alberto salió, y Alvareda dió el brazo á su mujer para conducirla hasta su habitación, en la cual esperaba la doncella, que la acostó en seguida.

Pronto se calmó el espíritu agitado y la debilitada cabeza de Luisa con aquel benéfico calor; su marido, sentado á la cabecera del lecho, dominaba su viveza y turbulencia habituales para observar aquel alivio creciente; mandó que trajesen un vaso de leche tibia, y se lo hizo beber.

Pasada media hora, la mirada de Luisa adquirió fijeza, y desapareció la ráfaga de delirio que le había impreso el pasar muchas horas sin tomar alimento alguno y el frío del oratorio durante toda la noche; cogió la mano de su marido, y le preguntó con un acento indescriptible de afanosa ternura:

—¿Ha habido noticias de Andrés?

—No—respondió Isidoro, cuya voz temblaba ligeramente;—pero—añadió dominándose—no debes extrañarlo, pues ya sabes que no es hoy día de correo de América.

—No me acordaba—dijo Luisa, cuyo semblante enflaquecido volvió á cubrirse de sombras.

—Sólo te acuerdas de lo que te hace daño—repuso blandamente su marido;—vamos, tranquilízate, que voy á darte una noticia.

Luisa, cuyos nervios estaban en una continuá exaltación, se puso á temblar, mirando á su marido con zozobra.

—¡Una noticia!—repitió;—¿y es mala ó buena?

—Más bien buena que mala.

—¿Y á quién se refiere?

—A Alberto.

—¡Cómo! ¿A mi hijo?—exclamó Luisa, incorporándose en el lecho con la vista extraviada y las mejillas cubiertas de carmín;—en ese caso, habla, habla...

—Pienso enviarle á París.

La púrpura de las mejillas de la enferma desapareció de súbito, siendo reemplazada por una palidez mortal; pero había respetado siempre tanto la voluntad de su marido, que no se atrevió á decir una sola palabra.

—Es necesario librarle de un amor que puede perjudicarle mucho—prosiguió Alvareda;—de un amor de niño que le ha hecho caer en una amarga melancolía.

Luisa alzó al cielo los ojos, unió las manos, y dijo:

—Hágase la voluntad de Dios; él me castiga, y yo debo doblar la cabeza.

—¡Luisa, vamos, no alimentes esas tristes ideas! —exclamó Isidoro, entre severo y triste;—tú eres buena como una santa, y no mereces castigo alguno.

—¡Oh, Dios mío!—repuso ella;—¡dice que yo no merezco castigo alguno! ¿Quién, pues, sino yo ha obligado á separarse de su patria y de su familia á mi hermano, á mi único hermano, á ese hermano á quien tanto amaba? ¿Quién tiene la culpa de todos los extravíos de Gertrudis? ¿No soy yo, por haberla dejado sin esposo? ¿Quién ha dejado sin padre á esas pobres niñas? ¿No he sido yo? ¡Oh, sí! ¡Yo, que llevé á su casa á esa funesta joven y le hice huir á él! ¡Yo llevé á su lado á esa mujer, que también me arrebató á mi hijo!

—Tú desvarías, mi pobre Luisa—dijo Alvarada, tomando las manos de su mujer;—¡tranquilízate!

—¿Qué se escapa á los ojos de una madre?—prosiguió la pobre mujer, que se agitaba combatida por aquel huracán de dolor.—¿Piensas tú que no sé lo que sucede, que no he sorprendido el nombre de Mundeta en los labios de mi hijo en tanto que éste dormía, que no he advertido sus distracciones, sus dolorosos suspiros? ¡Sí, Isidoro, todo esto lo he observado yo, y todo esto ha

ido alejando de mi alma la conmiseración, la simpatía que esa mujer me inspiraba, y me ha hecho odiarla como á la causa de mis remordimientos..., como al verdugo de mi felicidad!

—¡No digas eso, Luisa!—exclamó Alvareda.—Tú, tan buena, tan justa, eres ahora muy dura con esa pobre criatura desamparada de todos. ¿Tiene acaso esa desventurada la culpa de que Andrés se enamorase de ella? ¿Le fué ella á buscar? No, amiga mía; ha sido una de esas fatalidades que no está en nuestra mano evitar. Cálmate, y te prometo que Alberto no se separará de ti.

—¡Oh, no, no! ¡Que se vaya, que se vaya!—exclamó Luisa.—¿Qué haría aquí? Consumirse inútilmente en un amor imposible viendo á esa mujer todos los días. ¡Que se vaya, y quiera Dios curarle de su funesta pasión!

—Se curará, no lo dudes.

—¡Oh! Si yo le pudiera ver de nuevo alegre, fresco, juguetón, ¡qué dichosa sería! ¡Pero cuando él vuelva, sólo hallará mi sepulcro!

La entrada de Alberto apagó el acento en los labios de su madre; sentóse al lado del lecho, y se puso á contarle, para distraerla, los accidentes del baile y lo hermosas que estaban las dos niñas.

Después de hablar mucho rato de cosas indiferentes, Luisa se incorporó sobre un brazo y preguntó á su hijo, con una voz que en vano se esforzaba en hacer tranquila y serena:

—¿Cuándo te vas, hijo mío?

Alberto, por toda respuesta, miró á su padre.

—Se irá dentro de dos ó tres días—respondió éste.

Luisa cerró los ojos y se quedó tranquila; poco rato después pareció que dormía, por el ruido dulce é igual de su respiración.

Entonces se levantó Alvareda é hizo seña á su hijo de que le siguiese con el mayor silencio posible.

Alberto obedeció, y ambos salieron de puntillas y pasaron á un gabinete inmediato.

—Hijo mío—dijo Isidoro,—voy á darte una carta para un amigo mío de Madrid, quien lo preparará todo, á fin de que esta noche salgas para París.

—¡Ah, Dios mío! ¿Debo salir tan pronto—exclamó Alberto consternado,—y mi madre, mi pobre madre enferma?

—Tranquilízate, que yo quedo á su lado.

Diciendo Isidoro estas palabras, se sentó junto á una mesa y escribió algunos renglones, que después puso en un sobre y entregó á su hijo.

Luego le abrió los brazos, y el joven se arrojó en ellos sollozando, pero sin articular una sola palabra de queja.

—Volverás, con sólo escribirme con verdad estas dos palabras: *estoy curado*. Adiós; ¡sólo te pido que te cures pronto!

Isidoro se asomó en seguida á la ventana que

caía al patio, llamó á un criado y le dió orden de poner el carruaje al instante.

Entretanto Luisa no dormía, según creían su marido y su hijo; no bien éstos hubieron salido de su cuarto, se incorporó en el lecho y tendió sus miradas en torno suyo con desesperación; luego alzó al cielo sus manos y sus ojos, y prorrumpió en ahogados gemidos.

—¡Quieren quitármele—exclamó,—y él no rehusa dejarme! ¡Oh, Dios mío, hágase tu voluntad; pero llévame á tu seno cuando mi hijo se separe de mi lado!

Calló la desgraciada madre, inclinando la cabeza sobre su pecho; la luz blanquecina de aquel día nublado y triste, iluminaba melancólicamente sus manos demacradas y unidas en actitud de mortal abatimiento y de profundo dolor, sus cabellos negros y su cuello adelgazado por largos y penosos días de sufrimiento y de angustia.

Al cabo de algunos instantes levantó la cabeza; sus facciones se descomponían con una rapidez horrible. Volvió á mirar al cielo, y murmuró con voz débil y cortada:

—¡Dios mío, bien sé que debía aceptar como una expiación la separación de mi hijo...; pero esta expiación es superior á mis fuerzas!... ¡Sin embargo, hágase tu voluntad!

Volvió á inclinar la frente; su pecho se levantaba de cuando en cuando con una respiración angustiosa y profunda.

—¡Oh!—prosiguió sin alzar la cabeza, como si su peso la fatigase,—¡cuánto he sufrido desde hace cinco años! ¡Qué remordimientos tan crueles han acibarado mi vida! Y sin embargo..., yo no esperaba que Andrés..., no; no esperaba que mi hermano persistiese en su funesta resolución... Yo creí que volvería..., y no ha vuelto; ¡tal vez ha muerto abandonado, solo, sin una mano piadosa que le cierre los ojos..., maldiciendo á su hermana!

En aquel instante, el ruido de un coche que salía de la casa y rodaba por el enarenado paseo, sacó á Luisa de su delirio; volvió ésta á levantar la frente, llevó la mano al corazón y prorrumpió en un desesperado grito:

—¡Mi hijo se va!—exclamó,—¡mi hijo me deja!... ¡Ah!...

No pudo decir más; su cuerpo demacrado se desplomó sobre el lecho, y quedó sin sentido y sin movimiento.

Un instante después entró Alvareda; acercóse al lecho, y levantó á su esposa para colocarla sobre las almohadas; pero un estremecimiento de horror corrió por sus venas: la infeliz estaba rígida y helada.

—¡Luisa! ¡Luisa!—gritó azorado y pálido aquel hombre, que al parecer hacía tan poco caso de su esposa.—¡Luisa, querida Luisa, respóndeme!

La pobre madre abrió lánguidamente los ojos; pero aquella mirada negra y brillante apenas se

dejó ver ya de su marido. La muerte descomponía rápidamente aquellas facciones, tan bellas en otro tiempo. Luisa abrió los labios para hablar, y no había voz en su garganta; se incorporó con agonía é hizo un esfuerzo supremo.

—¡Mi... hijo!—murmuró entonces con una voz tan obscura que apenas se oía;—¡mi Alberto... que se ha ido... y al que no veré más!...

—¡Sí, sí, le verás! ¡Tranquilízate, mi pobre Luisa!... ¡Va á volver; ahora, ahora mismo va á volver!

Isidoro tiró, al decir esto, con toda su fuerza del cordón de la campanilla, y se presentó la camarera.

—¡Que monte á caballo un criado y salga á escape á alcanzar el coche que lleva á mi hijo!—gritó Isidoro con vehemencia.

La criada desapareció, y un instante después se oyó el galope de un caballo que salía de la casa.

—¿Lo oyes, Luisa? ¡Va á volver!—exclamó Alvareda, cuyas enérgicas facciones expresaban una desgarradora angustia;—¡va á volver y ya no se separará nunca de ti! ¡Vivirá siempre á tu lado..., siempre! ¡Yo quería devolvértelo alegre y feliz! ¡Lo quería por su bien y por el tuyo; pero más vale que viva á nuestro lado con su tristeza, que privarte de él!

Hablando así, Isidoro había apoyado sobre su pecho la cabeza de su mujer; pero ni el calor de su palabra, ni el de aquel corazón, que realmente

toda su vida la había amado tanto, bastaban á ahuyentar el frío de la muerte.

Luisa no podía hablar, pero en su semblante había aparecido una celeste tranquilidad al oír que iba á volver Alberto; al mismo tiempo que las fuerzas de su cuerpo se agotaban, su alma se tranquilizaba para subir á la gloria radiante y serena.

Isidoro elevó al cielo sus ojos, y de su alma brotó una oración para rogar á Dios que le dejase aún algún tiempo á su mujer, á su ángel bueno en la tierra. De repente se oyó ruido: rodaba un coche; se detuvo éste, y se oyó llegar otro al mismo tiempo que volvía á sentirse el galope del caballo, que paró á la puerta.

—¡Ya está ahí tu hijo! Ya está aquí—exclamó Isidoro, lívido de angustia, de fatiga y de dolor; y en efecto, Alberto apareció en la puerta y corrió exhalado al lecho de su madre.

Ésta abrió los ojos y los brazos, estrechó á su hijo contra su pecho y volvió á desplomarse sobre las almohadas.

—¡Un médico! ¡un sacerdote!—gritó Alvareda; —¡pronto, pronto; se muere!

Uno de los criados que habían seguido á Alberto cuando bajó del coche, fué á llamar á la puerta de la casita que ocupaba, á pocos pasos de allí, el cura de San Antonio; otro volvió á montar, y salió á buscar á un médico.

En el mismo instante se oyó en la antesala el crujido de vestidos de seda, y María apareció á la

puerta, sonrosada y alegre, agitando un papel en la mano y gritando:

—¡Tía, tía, carta de papá!

Luisa se incorporó por un esfuerzo supremo, y gritó con voz casi entera:

—¡Bendito sea Dios!

Alargó una mano á la carta; pero aquella mano volvió á caer inerte con todo su cuerpo.

Su marido lanzó un grito; apoyó su diestra en el corazón de Luisa, y luego colocó el cuerpo con religioso respeto sobre el lecho.

Luisa había muerto, pero había muerto dichosa.

Supo que su hermano vivía. Abrazó á su hijo, y lanzó el postrer suspiro sobre el seno de su esposo.

Su alma santa subió al cielo, porque en su rostro apareció una celeste expresión de dicha.

Cuando entró el sacerdote, halló arrodillados alrededor del lecho á Isidoro, Alberto, María y Mundeta, que había acompañado á la niña á llevar á su tía la feliz nueva de la carta de su padre.

—¡He llegado tarde!—dijo el sacerdote;—pero no importa: ayer recibí la confesión de esa santa. ¡Consolaos, hijos míos, porque se halla en el seno de Dios, donde será más dichosa que en esta tierra de dolores!

Algunas horas después, el ministro del Señor rezaba arrodillado á los pies del lecho. Isidoro, de hinojos á la cabecera, tenía cogida una de las ma-

nos, frías ya, del cadáver, y apoyaba en ella su frente.

El rostro de Luisa estaba descubierto, y la belleza de treinta y seis años de virtudes y de cinco de martirio se hallaba escrita en sus facciones, que tenían una expresión sublime; había muerto joven y hermosa, arrebatada por el huracán del dolor, que arranca la vida, como los huracanes de la naturaleza arrancan las encinas del valle.

¿Qué le decía Isidoro á aquel cadáver ó, más bien, á la pobre alma herida, que ya habitaba en la gloria?

Sin duda le pedía perdón de todos los extravíos de su vida, y le rogaba que velase por su hijo, único bien que amaba ya en la tierra.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

PARTE TERCERA

ADOLESCENCIA

El amor es un manantial que, nacido en un lecho de flores, llega á ser río, cambiando de aspecto y de naturaleza, y se pierde luego en un océano inconmensurable, donde los espíritus débiles ven monotonía y se abisman las almas grandes en perpetuas contemplaciones.

¡Cómo atreverse á describir esas tintas transitorias del sentimiento, esas nada que significan tanto, esas palabras cuyo acento agota los tesoros del lenguaje, esas miradas más fecundas que los poemas más ricos! En cada una de esas escenas místicas en que nos vamos enamorando de una mujer, hay un abismo que se traga todas las poesías humanas.

HONORATO DE BALZAC.

I

LA SANTURRONA

Toda la segunda parte de esta historia tuvo lugar en una noche y algunas horas de una madrugada de invierno; mas antes de empezar la tercera, hay que dejar pasar algunos años; éste es uno de los pocos privilegios del novelista, que puede adelantar y atrasar la acción, según su gusto ó según le conviene para sus fines particulares.

El fin que yo llevo ahora, lector mío, es el de no aburrirte contándote de nuevo lo que ya te tengo dicho; es decir, la vida superficial de Gertrudis, el aislamiento y la tristeza de Mundeta, cuya madre había muerto de una enfermedad muy corta, y el abandono en que se deslizaba la existencia de María, cuya única compañía era su aya; pues Elvira, si bien la amaba con una ternura que manifestaba su buen corazón, estaba tan viciada por la lisonja y tan estragada por la vida que había hecho desde su infancia con su madre, que no había lugar en su alma para ninguno de los suaves sentimientos de la familia.

Sin embargo, en la época en que se abre de nuevo la acción de esta historia, ya no había fiestas, ni banquetes, ni saraos en casa de la señora de Miranda. Ésta, que durante once años había estado cogiendo un constipado cada noche por su manía de ir escotada cuando eran más fuertes las heladas y los temporales, estaba vieja y cascada á los cuarenta años, como si hubiera tenido sesenta. Además, desde que vió que las primeras arrugas surcaban su frente, que sus ojos se apagaban y que sus labios de carmín palidecían, se puso tan triste, que se le pasaban los días enteros llorando encerrada en su cuarto.

Para aquella mujer no había recursos: no sabía bordar, ni le agradaba leer; había olvidado tocar el piano y dibujar, dos habilidades en que sobresalía de soltera; y hallándose sin saber qué hacer,

se hizo lo que todas las mujeres de talento escaso: santurrona; es decir, que se levantaba á las ocho y se iba á la iglesia más cercana, donde oía cinco ó seis misas de rodillas; luego se iba adonde se hallaba expuesto el Santísimo, y allí rezaba otras dos ó tres horas en voz alta y entre bostezos y suspiros, porque las santurronas no rezan jamás en silencio; quieren que todos los que hay en derredor suyo sepan que rezan mucho, y lo que rezan; piensan que por ir á misa en ayunas ganan más con Dios, y lo que consiguen es fastidiar con sus bostezos y su histérico á cuantos hay á su lado; llevan un gran rosario y dos ó tres libros de oraciones; se dan fuertes golpes de pecho, besan el suelo de cuando en cuando y se confiesan cada quince días, poniendo á prueba la paciencia del ministro de Dios á quien acuden semejantes penitentes.

Además, van siempre vestidas de estameña negra con hábito de los Dolores, que lleva á un lado una gran correa; el resto de su atavío lo componen un pañolón negro de lana y una mantilla de beata.

Tal es la santurrona, y tal era Gertrudis á la edad en que una mujer tierna y ejemplar; en que una mujer espiritual, amante y cariñosa; en que una esposa irrepreensible y casta es aún bella, simpática y amada. Gertrudis nada de esto era ya; el sórdido descuido de su persona había alterado su hermosa y elegante figura. Ya no era delgada,

sino seca; ya no era mimosa, sino displicente y regañona; ya no era espléndida, sino mezquina; ya no era nerviosa, sino iracunda. En vez de la brillante iluminación que lucía en sus salones, rezaba ahora á la luz de una mísera vela, hasta las nueve, hora en que se iba á la cama; en vez del rico servicio de plata, porcelana de Sèvres, y cristal de Venecia de que habían disfrutado tantos parásitos en su casa, ahora la servían una sopa y un huevo en platos de loza blanca, de los que usaban sus criados, quienes se reían de sus ridiculeces y malgastaban lo que ella se privaba de gastar.

Y, no obstante, sólo seis años habían transcurrido desde la noche en que la vimos radiante de joyas y de belleza en el espléndido baile que daba en su casa, desde la noche en que la apasionada, amante y virtuosa Luisa pasó á una vida mejor.

¿Había llorado Gertrudis por la pérdida de su compañera de infancia, de su amiga, de la hermana de su esposo?

¡No! Las santurronas no lloran jamás por los afectos de la tierra; lloran, sí, cuando piensan en que tal vez irán al infierno, lugar que, á mi entender, tienen muy seguro.

Sus dos hijas eran dos prodigios de belleza; pero la una le había llegado á ser completamente indiferente, y la otra poco menos.

Sin embargo, toda la poca indulgencia que se aposentaba en su alma era para Elvira, su favori-

ta; su ídolo en otro tiempo. Y en verdad que al ver á la niña, ó más bien á la joven—pues ya tenía quince años—se disculpaba la idolatría de la madre.

Mirando á Elvira á larga distancia se la creía de diez y ocho años, por la gallardía de su estatura y lo perfecto de sus formas, un poco redondeadas; pero de cerca, y después de un examen algo detenido, se conocía que entraba en ese dichoso período de la primera juventud, en que la flor de la adolescencia despliega toda su gracia y lozanía.

Todo era en ella fresco, gentil, encantador; sus grandes y aterciopelados ojos sonreían, aunque su boca estuviera seria; su frente era el espejo de la serenidad y la hermosura; sus cabellos caían en elásticos y lustrosos rizos negros, en derredor de su garganta; era blanca y rosada, con los labios de grana, las cejas y las pestañas de ébano; delgada, y al mismo tiempo parecía hecha á torno; alta sin demasía, y participaba de toda la gracia de las mujeres pequeñas, por lo armónico, suelto y suave de sus movimientos.

Elvira era, en una palabra, una joven bellísima, fresca y risueña, pero que había caído en la triste manía de hacerse lo que durante sus buenos tiempos había querido parecer su madre: nerviosa y sentimental, sujeta á desmayos, á convulsiones y á otras mil necedades insoportables para la vida íntima.

Elvira había verificado la predicción de aquella buena montañesa que servía de niñera á las dos hermanas al principio de esta historia, y que, según el lector recordará, se llamaba Pepa. «Ha de dar esta niña más guerra que Napoleón», había dicho á su compañera y antagonista Juana, la camarera de Gertrudis, y, en efecto, Elvira hacía víctimas de sus caprichos y exigencias á todos los de la casa, empezando por su madre.

Pepa seguía al servicio de las dos hermanas. Era una mujer de treinta y tres años, gruesa, fornida y colorada, que reía mucho, comía más, y siempre estaba disputando con Juana, que á su vez era siempre la camarera y confidente de Gertrudis, la enemiga de María y la apasionada defensora de Elvira, siguiendo por esta causa en perenne disensión con Pepa.

Juana, para no perder la confianza y el cariño de su señora, á la que realmente amaba á su vez, se había hecho santurrona como ella; vestía de lana, calzaba zapatos gruesos y ordinarios, y estaba casi todo el día con el rosario en la mano, empleando las horas en que no rezaba en idear los medios de robar á la supersticiosa Gertrudis, que era cada día más débil y más apocada para ella.

La señora de Miranda no había reducido los gastos de su casa, á pesar de haber cambiado de método de vida. Ninguna mujer de talento claro es santurrona; y la que incurre en esa deplorable debilidad, la que se deja dominar por el fanatismo,

todavía se vuelve más débil, más obtusa de lo que antes lo ha sido.

Andrés enviaba á su esposa crecidas sumas de América; su talento, su actividad, que se había duplicado para hacer callar á su corazón, le habían abierto de par en par las puertas de la fortuna en aquel rico, virgen y entusiasta país; pero había muchos días que en casa de Gertrudis no se encontraba un cuarto, ni aun para los gastos más precisos.

No era extraño. Gertrudis, para que le quedase más tiempo que dedicar á la oración, á recorrer las iglesias y á meditar en la muerte y en las penas del infierno, había aumentado su ya demasiado crecida servidumbre con un ama de gobierno y un mayordomo, de cuya probidad no había tomado los informes que debía; y éstos, que eran dos viejos marrulleros, y por supuesto también santurrones, hacían su negocio á las mil maravillas.

La casa entera estaba gobernada por los dos viejos, que se habían hecho muy amigos. La misma Gertrudis comía poco y mal, porque doña Dámasa, el ama de gobierno, la había persuadido de que ganaba más para con Dios yéndose á la iglesia en ayunas, comiendo unas legumbres con poquísimo aceite y cenando unas sopas y un huevo.

Los criados se mudaban cada ocho días, porque ninguno podía sufrir la ruin tiranía de la bea-

ta, que llegaba hasta negarles lo más necesario. Y sólo Pepa y Juana, que aunque en todo lo demás discutían, habían hecho causa común contra los viejos, les ponían en un brete á cada instante, como vulgarmente se dice, amenazándoles con contar á la señora todos sus robos y picardías si no tenían buena mesa las señoritas y el aya, á quien las dos querían por su dulzura y bondad.

Mundeta era siempre el ángel de la casa; era el ideal de la mujer casta, pura, mártir, suave, cristiana y dulce. A los veintiocho años su admirable belleza conservaba todo su encanto, si bien había cambiado de carácter. Once años de penas, porque su amor por Andrés se conservaba vivo en el fondo de su alma, once años de martirio, habían impreso á su hermosura un sello sublime: estaba delgada, ó más bien casi diáfana; era un alma y no un cuerpo; era un perfume encerrado en un vaso de alabastro.

La casa de Miranda, aparte de la honrada fidelidad de Pepa y de las vulgares infamias de los demás criados, encerraba una santurrona, una santa, un ángel y una hermosísima joven.

II

DOS GRAJOS EN UN NIDO DE TÓRTOLAS

Eran las diez de una bella mañana de primavera, cuando Pepa y Juana se hallaban arreglando los aposentos del aya y de María y Elvira.

Eran los mismos de que tomaron posesión once años antes, el día en que Andrés Miranda salió para América.

La habitación constaba de dos salitas cuadradas bastante grandes, y cada una con su alcoba; en la primera dormía Mundeta, que en tanto que las niñas habían sido pequeñas, había dormido con ellas en la segunda.

Ya hemos visto algo de ella la noche en que Mundeta oyó las tristes y apasionadas declaraciones de Alberto; grandes colgaduras de seda y lana, iguales al mueblaje, caían delante de las puertas y balcones; estas tapicerías se sustituían en el verano con cortinajes de muselina blanca, de una graciosa sencillez.

El velador seguía en el mismo sitio; á un lado se veía la mesa de tocador del aya, con tan escasos objetos sobre ella, que se dejaba conocer la poca importancia que concedía á su adorno; un elegante lavabo y un pequeño buró ocupaban los huecos intermedios entre los sillones.

En la alcoba había un lecho de caoba, de forma

elegante, cubierto por cortinas de una tela igual á la de la sillería; un ropero de la misma madera que el lecho, y un reclinatorio coronado por un crucifijo, y sobre el cual había algunos libros de oraciones, acababan de llenar el dormitorio.

Había en aquella habitación cierto perfume suave, fresco, agradable, lleno de inocencia y castidad, como el que se respira en la celda virginal de una joven religiosa.

Aseando esta primorosa habitación se hallaba Pepa. Juana mullía el lecho de su querida señorita Elvira en la de más adentro; pero á favor de la puerta abierta, las dos hablaban y se oían sin alzar mucho la voz.

La habitación de las jóvenes era más suntuosa que la del aya: la sillería, de madera de limonero, estaba forrada de damasco azul celeste; de la misma rica tela eran las colgaduras; dos mesas de tocador del todo iguales, con cortinas de gasa y transparentes y lazos de seda azul, ocupaban los dos lados del balcón; en la alcoba, dos pequeños y elegantísimos lechos de bronce, cerrados con cortinas de damasco azul y sábanas guarnecidas de encaje, ofrecían descanso por las noches á las dos jóvenes.

Eran aquellas dos salitas un precioso y perfumado nido de tórtolas.

—Juana—dijo Pepa,—¿has acabado? Yo ya tengo esto como un espejo; reluce todo, como me dice la señorita Mundeta.

—¡No me admiro de que estés gorda!—repuso la áspera voz de Juana.—¡Pues no hace papelón de esas cosas!

—Pues, hija, yo tampoco me admiro de que estés flaca—dijo Pepa.—¡Nada te gusta, nada te alegra! Vaya, si no has acabado, voy á entrar y me dirás algo de la boda de la señorita Elvira.

Pepa, sin soltar el enorme plumero con que había estado sacudiendo el polvo de la habitación de Mundeta, entró en el cuarto de las jóvenes.

—Conque, vamos, ¿qué se sabe de ese novio?—preguntó á Juana.

—¿Qué se ha de saber?—respondió ésta,—todo lo que hace falta; que es joven, guapo y rico.

—Pues, hija, todo lo tiene bueno menos el nombre.

—¿Por qué?

—¡Mira tú que llamarse Sebastián! ¡Es nombre de cochero ó sastre!

—¡Qué tontería! A la señorita Elvira no se le da un ardite de que se llame así. ¿Qué más da? Ayer oí que le decía al aya: «Si se parece al retrato, estoy contenta.»

—¡Qué! ¿Hay un retrato?—preguntó Pepa admirada.

—Sí; aguarda, voy á ver si está aquí.

—Juana abrió el cajón de la mesa de tocador de Elvira, y tomó de él un estuche de terciopelo verde, que abrió ante los ojos de su compañera,

con esa osadía de los criados que han envejecido en el servicio de una familia.

Una preciosa miniatura apareció dentro, rodeada de gruesos brillantes.

Era el retrato de un joven, que no podía pasar de los veinte años, y que estaba dotado de una belleza suave y tranquila. Sus cabellos, castaños claros, se rizaban en su frente; sus ojos garzos tenían una mirada triste, dulce é inteligente; en toda su persona había algo de esa gracia muelle, mimosa, característica de los americanos. La indolencia de su temperamento, unida á la de una gran fortuna, parecía haberse aposentado en él. Un fino bigote rubio sombreaba su hermosa boca, de labios frescos y rosados, que se abría con una media sonrisa, dejando ver unos dientes como perlas.

—¡Es un muchacho como un sol—dijo Pepa,— y hará una pareja con la señorita, que la gente se ha de volver en la calle á verlos pasar!

—Eso no podrá ser—respondió Juana.

—¿Cómo que no?

—Como que jamás saldrán á pie. ¡Si el señorito Sebastián trae cuatro millones! Es hijo de uno de los más ricos comerciantes de la Habana. Vió el retrato de la señorita casi al mismo tiempo que se le murió su padre dejándoselo todo, y como ya no tenía madre tampoco, viene á casarse con ella y á vivir aquí.

—Pues ella no es tan rica.

—Ha escrito el señor desde allá que la dota en cincuenta mil duros, y en otro tanto á la otra.

—¿A mi señorita? ¿A mi señorita María?—exclamó Pepa llena de alegría.

—Sí, á tu dichosa señorita—respondió Juana de mal humor, y volviendo á guardar el estuche del retrato, que hasta aquel momento había estado mirando.—¡Qué lástima de dinero para ella!

—¿Lástima? ¿Y por qué?

—Porque su hermana lo sabrá lucir, pero ella no. ¡Más sosa que la calabaza y más metida en sus labores y en sus libros! ¡Hasta calceta hace! ¡Su hermana sí que llevará rumbo por Madrid y sabrá hacer la gran señora!

—Cada una vivirá á su gusto. Pero ¿sabes lo que digo? Que la señorita Elvira y el señorito Sebastián son dos criaturas; él tiene muy pocos años, según se ve.

—Veintiuno.

—Y ella quince. Lo que yo digo, dos niños; y con el poco juicio que ella tiene, no sé yo lo que pasará.

—¡Bah! ¡Habiendo mucho dinero, todo va bueno! Si no hubiera, regañarían; pero siendo ricos, no.

—¿Pero á qué asunto es casarla tan pronto? ¿La habían de faltar maridos?

—Como ese no hay muchos; además, es asunto del señor, quien, según me ha dicho días pasados el cochero, ha resuelto venir á la boda.

—¡Ay, Dios, cuánto me alegro!—exclamó Pepa;
—¡y qué vuelta dará esta casa, y qué bien me irá á mí!

—¡No te va mal ahora—dijo Juana con mal humor;—que no hace ni ocho días que te dió la señorita María mil reales que su papá enviaba para ti!

—De los cuales te dí trescientos.

—Sí, ¡te habrás quedado pobre!

—Hija, aún hice de más, que míos eran; pero recordé que yo tengo diez y ocho mil en la Caja de Ahorros...

—¡Ya, ya! ¡Para ti es la suerte!

—Pues, hija, ¿por qué te has echado á mimar á la santurrona de la señora? ¿No conoces que todo se lo gasta en velas, misas y limosnas? ¡Más valía que estuvieras bien con *la mosquita muerta*, como tú la llamas!

Juana no supo qué responder; y sin duda para cortar una conversación que le incomodaba, dijo:

—¿Sabes la historia que corre hoy día?

—¿Cuál?

—Que el señorito Alberto se vuelve de París.

—Ya es hora. ¡Al cabo de seis años!

—¡Toma! ¿Y por qué no ha venido más pronto? ¡Porque quería hacer allí sus locuras! Que su padre ya hace, de los seis, cinco que le está llamando.

—¡Ese sí que debe estar hecho un real mozo!

—Dicen que es un pasmo, chica; que hombre

más hermoso que él no se halla en España, pero ni más calavera ni más derrochador, tampoco.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—Debe tener veintitrés años.

—Ya sentará. Además, bien tiene á quién parecerse si es loco; por mucho que lo sea, no ha de llegar á su padre.

—Pues, hija, aseguran que lo es y mucho. Allí dicen que conoció á una condesita huérfana, que vivía con un tío, pues era viuda á los veinte años; la señora parece que es de armas tomar: caza, monta á caballo, tira á la pistola, es un demonio, en fin; americana y prima del señorito Sebastián, que como por allá se casan yendo á la escuela, se casó á los trece años con un viejo, y no paró hasta que le llevó á París, donde consiguió matarle en poco menos de tres años.

—¿Y es guapa?

—Dicen que sí; morena, con ojos negros y mucho cabello. Hará cosa de un mes que llegó á Madrid, y el señorito dicen que viene detrás de ella.

—¿Pero tienen amoríos?

—Ya hace dos años. Él está ciego por ella; pero el señor don Isidoro se niega á que se case su hijo con semejante torbellino.

—¿Y la americana quiere al señorito?

—Mucho.

—Pero ¿quién te dice todo eso?—preguntó cándidamente Pepa.—Yo nada sé, y tú, que se-

gún parece sólo te ocupas en rezar, lo averiguas todo.

—Hija, ¿qué quieres?—respondió Juana.—Mira la señora si es beata, y tiene al dedillo todo lo que pasa en Madrid; las santurronas somos así, la mitad para Dios y la mitad para el diablo.

Las dos criadas recogieron los plumeros y salieron, cerrando tras sí la puerta de aquel casto y doble nido.

III

MUNDETA MIRA AL CIELO

Casi en el mismo instante de salir de la habitación Pepa y Juana, entraron en ella María y Elvira con su aya.

Ésta parecía fatigada y enferma: sus grandes ojos negros estaban cercados de un círculo violado; á cada lado de su pequeña boca, desfigurada por su extremada carencia de carnes, había un pliegue profundo, signo de padecimientos físicos y morales; y sin embargo, su espíritu puro y tranquilo, la elevación de su alma y de su inteligencia se veían escritas en sus facciones, y sobre todo, en la expresión de su rostro y de su mirada.

Las dos jóvenes ofrecían el contraste más completo, pareciéndose sólo en la estatura, que pasaba algo de la regular de la mujer.

Por lo demás, María seguía siendo lo que siem-

pre había sido: rubia, suave, rosada, de blanqueza y azulados ojos, de talle esbelto y flexible, de manos diminutas y nacaradas y pies de niña.

Gruesos bucles dorados guarnecían su frente, y sus ojos azules nada habían perdido de la adorable serenidad de la infancia.

María tenía diez y siete años, y parecía una virgen rubia de Guido ó de Rubens.

Su hermana era mucho más hermosa, pero mucho menos dulce; á primera vista parecía gemela de María; pero mirándola con alguna detención, se veía al instante á la niña que acababa de hacerse mujer.

Maleada por el excesivo é imprudente amor de su madre, y adulada por todos los falsos amigos que antes habían rodeado á Gertrudis no menos que por sus criados. Elvira, que tenía un alma generosa y tierna, era á la vez orgullosa y dura hasta lo insoportable; la viveza de su imaginación estaba escrita en el fuego de sus hermosos y negros ojos, brillantes como el azabache bruñido y guarnecidos de largas y corvas pestañas, en su boca de coral, pequeña y fina, y en la expresiva movilidad de sus facciones, todas perfectas, acabadas, admirables.

Su tez, sin ser morena, era más trigueña y más rosada que la de su hermana; su frente más pequeña que la de María; su cabellera de un lujo maravilloso. Había en ella más vigor, más salud, más imperio, más viveza, más hermosura, más

vida del cuerpo, en fin, que en su hermana; en María había más talento, más poesía, más bondad, más gracia, más dulzura; en una palabra, más vida del alma.

Las dos llevaban vestidos negros de seda, velos de blonda y guantes oscuros; los devocionarios que tenían en la mano, decían que venían de la iglesia.

Sin entrar en su habitación, Elvira se dejó caer en un sillón de la de Mundeta con ademán colérico y displicente.

—¡Uf! ¡Qué eterna mañana de plegarias!—exclamó con despecho,—qué manía tan insoporable de confesiones! ¡Ya estoy más harta de iglesia!...

—Pero, mujer, ¿qué mal estás allá?—preguntó admirada María.—Lo mismo me da á mí estar en casa cosiendo ó bordando que en la iglesia.

—¡Sí tú eres muy dichosa!—repuso Elvira, desprendiendo la mantilla de sus hermosas trenzas.—Lo mismo te da comer, que no comer; dormir, que no dormir; salir, que estarte en casa. Tú eres la feliz que por nada te alteras, por nada sufres; y además, dicen que eres un ángel del cielo.

—¿Y qué conseguiría con incomodarme? Por otra parte, ¿no es nuestra obligación dar gusto en todo á mamá y hacer cuanto nos manda?

—¡No me hables de mamá—interrumpió Elvira,—pues me tiene contenta!

—Querida mía, no hay en verdad motivo para lo contrario—dijo Mundeta con su voz suave y quebrada;—la señora adora en usted.

—¡Cállate, aya!—respondió Elvira irritada;— ¡calla y no digas eso! ¡Creo que se burlan de mí cuando dicen que mamá me quiere tanto! ¡Para qué me quiere? ¡Sólo para mortificarme! ¡Sólo para hacerme ir cada día cuatro horas á la iglesia! ¡Sólo para tenerme por la noche en su cuarto rezando con ella el rosario!

—Vamos—dijo María sonriendo,—que muy pronto vas ya á salir de tutela; pronto va á llegar Sebastián.

—¡No veo el instante en que suceda!

—¿Tantos deseos tiene usted de dejarnos, querida Elvira?—preguntó tiernamente Mundeta.

Elvira quedó algunos momentos pensativa; luego respondió con tristeza:

—¡Ay, no! ¡Cuando pienso que voy á separarme de María, siento un dolor en el corazón! ¡Y cuando reflexiono en que también te voy á dejar á ti, aya mía, ¡oh!, entonces no me quisiera casar!

Algunas lágrimas se deslizaron de los ojos de Elvira, patentizando así que sólo era malo su carácter, pero que su corazón era tierno y sensible.

—¿A qué afligirte ahora?—le dijo María tomándole con dulzura una mano;—pasaremos muchos días juntas. Yo iré á tu casa siempre que mamá me permita salir con nuestra aya.

—No—dijo resueltamente Elvira;—Mundeta se vendrá á vivir conmigo, y tú también.

—¿Y hemos de dejar á mamá sola?

—¿Por qué no? Bastante tiene con sus rezos y con la compañía de esta estantigua de doña Dámasa, que la vuelve cada día más beata.

—Pero, aunque eso sea, ¿cómo la hemos de dejar las dos?

—¡Para lo que le debemos! ¡En tanto éramos pequeñas, iba á todas partes, á todas las diversiones, daba bailes y fiestas, y ahora que hemos crecido, se pasa la vida rezando y nos tiene encerradas!

—¿Se ha de privar de hacer su gusto por nosotras?

—Ciertamente: todas las madres hacen algo por sus hijas; pero ¡bah!, ya estamos mejor: yo me caso así que llegue Sebastián, y papá, que llega con él, te acompañará á ti cuando quieras salir y yo no pueda por estarme con mi marido.

—Pero ¿es cierto que llega papá?

—Es indudable.

Si las dos hermanas hubieran visto en aquel instante el plácido y gracioso rostro de su aya, se hubieran admirado de la súbita palidez que lo había invadido.

Elvira prosiguió:

—Por tanto, tu temor de dejar sola á mamá es ya infundado y te vendrás conmigo, dejando á los dos en santa paz y compañía. ¡Qué! ¿No aceptáis? ¿Calláis las dos? ¿No me queréis ya?

—Yo, por mi parte, no acepto, querida Elvira —dijo el aya con entereza.

—¡Cómo!—exclamó María.—¿Será verdad, aya mía, que deseas quedarte á mi lado?

—Querida María—respondió Mundeta,—hay un secreto en mi vida que no puedo confiar á nadie... Pero si no me voy al lado de Elvira, me quedaré por pocos días al de usted, pues ya hace tiempo que tengo tomada otra resolución.

—¿Qué resolución?—preguntaron las dos hermanas, cogiendo cada una de ellas una de las manos del aya.

—Pienso retirarme á un convento.

—¡A un convento!

Esta exclamación se escapó á un tiempo de los labios de las dos jóvenes.

—Sí—respondió Mundeta;—desde niña hubo en mí esa vocación, hasta que un sentimiento fatal vino á disiparla hace ya muchos años..., en mi primera juventud... Hace poco tiempo ha vuelto á renacer en mí, y conozco y siento que nada más que Dios puede llenar mi corazón.

—¡Oh! Pues entonces mi mamá te ayudará en tu propósito, aya mía—dijo Elvira.

—Así lo espero—contestó Mundeta,—y esta misma noche deseo hablarle sobre el particular.

María nada dijo; la pena la tenía muda y absor-ta. Su hermana iba á casarse, y miraba con mucha más serenidad la pérdida del aya, porque de todos modos iba á separarse de su lado; pero ella

perdía en Mundeta una amable compañera, una amiga querida y una tierna protectora.

Lágrimas amargas y silenciosas corrían por sus mejillas, y no hallaba palabras para expresar su dolor.

Mundeta comprendió lo que la pobre niña padecía; leyó en su corazón, y se acercó á ella.

—¡Valor, hija mía, valor!—le dijo tomando sus manos.—Ni el claustro mismo puede separar nuestros corazones. ¡Ay, yo también necesitaré de mucha fortaleza para alejarme de usted!

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Elvira, que durante las anteriores palabras de Mundeta había entrado en su cuarto y cambiado su traje de seda por otro de casa, de elegante hechura.—En esta casa no hay más que tristeza, rezos, llanto y letanías. ¡Qué deseos tengo de verme en la mía!

—Pero, querida Elvira—dijo la joven aya, deseando sacar á María de sus dolorosas reflexiones,—¿está usted segura de amar á su futuro esposo y de ser amada por él?

—¡Toma! ¡Yo lo creo! Él, desde que vió mi retrato, dicen que no sueña ni piensa más que en mí; así, á lo menos, lo escribe papá.

—Eso lo creo bien. Sí; estoy más segura del amor de él á usted que del que usted pueda profesarle.

El aya dijo estas palabras con un acento pensativo y triste.

—¿Y por qué?—repuso Elvira.—¿Tan mala opi-

nión te merezco, aya mía? ¿No me crees capaz de corresponder á quien me ama?

—Sí, por cierto, hija mía; pero en el matrimonio creo que deben reunirse ciertas condiciones para la felicidad que...

Detúvose Mundeta cortada y sin saber cómo expresar su pensamiento; era un alma amaestrada en la desgracia, pero en extremo cándida é inexperta para todo lo demás.

—¡Vamos, acaba!—repuso impaciente Elvira; —¿qué condiciones me faltan á mí?

—Hija mía—dijo el aya,—ya sabe usted cuánto la quiero, y por eso mismo no dudo de que sólo verá en lo que voy á decirle mi deseo de que sea feliz; me parece su carácter de usted un poco violento y arrebatado para hallar la dicha en el matrimonio.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? ¡Dicen que el de Sebastián es tan dulce!...—respondió Elvira, que no trató siquiera de negar la aspereza de su genio.

—Es una ventaja que el futuro de usted tenga un genio dulce y complaciente—dijo el aya;—pero, Elvira mía, yo sé por experiencia que esto no basta para sostener la dicha conyugal.

—¿Cómo por experiencia? ¿Has sido tú casada, aya?

—No, hija mía; no lo he sido, ni lo seré jamás... Pero he visto muy de cerca una familia... Sí, una familia en la cual el esposo, aburrido de las exi-

gencias de su mujer, dejó de amarla, y quiso llenar el vacío de su corazón con otro amor.

La voz de Mundeta, al decir estas palabras, era temblorosa y balbuciente; contaba su misma historia, ó más bien el prólogo de aquella historia tan triste.

Después de una pausa, que empleó en sobreponerse á su emoción, prosiguió así:

—El esposo halló aquel amor que buscaba...

—¿Le halló?—interrumpió impetuosamente Elvira.—¿Y qué hizo su mujer?

—Nada, querida Elvira—respondió el aya;—no hizo nada, ni podía hacer.

—¿Cómo que no? ¿Por qué razón? ¡Si á mí me pasara una cosa así, veríamos lo que haría!

—Las pobres mujeres que pierden el amor de sus esposos, ignoran siempre la existencia de una rival—dijo Mundeta sacudiendo tristemente la cabeza.

—¡No será fácil que yo lo ignore!—repuso Elvira.

—Lo mismo que todas las demás—dijo á su vez María;—lo importante es que conserves el amor de tu marido.

—¡Te digo que si Sebastián me falta, yo lo sabré!

—¿De qué modo?

—Del modo más fácil: sólo saldrá conmigo.

—¡Bah, hermana, eso es imposible!

—No hay nada más fácil: como que él no tiene

destino ni ocupación ninguna, su solo deber es acompañarme á mí.

—Pero, hermana—dijo María con su admirable buen sentido,—esa sujeción será posible en los primeros meses de matrimonio; pero después, no.

—Ya lo verás.

—Hija mía—dijo Mundeta,—no he tenido jamás esposo; pero la razón me dice que el único modo de que usted domine al suyo, será el de hacerse amar mucho de él. De lo contrario, él hallará pretextos para salir; dejará su casa aburrido, buscará un afecto en que llenar su corazón vacío, lo hallará, y quizá... quizá hará á alguna desgraciada niña más infeliz aún de lo que es él.

Elvira, contrariada, dió media vuelta y se asomó al balcón; nada había adivinado tras aquel acento cortado y doloroso. María, por el contrario, con los ojos del alma había columbrado una llaga honda y sangrienta en el pasado de su joven y hermosa aya.

Miróla fijamente, y después se arrojó en sus brazos sollozando.

Un rayo de luz había penetrado en su inteligencia, y casi adivinó el motivo de quererse encerrar Mundeta con las esposas del Señor.

Las dos hermanas y el aya pasaron un instante después á la sala de labor. Elvira tomó un libro, pues á pesar de las amonestaciones cariñosas de su angelical aya, apenas hacía otra cosa que leer

novelas; María y Mundeta tomaron cada una su bordado, y se sentaron cerca del balcón.

—¡Ay, qué afán de coser como labriegas!—exclamó Elvira.—¿Para qué hacen falta esas labores? En mi casa no han de entrar ni agujas de coser, ni hilos, ni estambres.

—Si yo me llegase á casar, lo primero que compraría sería un neceser de costura—dijo María.

—¡Si usted se llegase á casar! ¿No piensa usted hacerlo, querida María?—preguntó Mundeta.

—No—respondió la joven en voz baja y ruborizándose.

—¡No! Hasta el día en que le diga algo nuestro primo Alberto—repuso Elvira con ironía.—Sí, sí; no me mires de ese modo: Alberto, á quien amas desde niña como si fueras una aldeana. ¿No te valía más hacer caso al Marqués del Prado, tan elegante, tan buen mozo y que tanto te quería?

—No podía quererle yo, hermana mía; y lo hubiera deseado, porque así hubiera dado gusto á mamá, que tal predilección tiene por él.

—¡Como que es riquísimo y espera serlo más!

—Sin embargo, á mis ojos la riqueza no constituye la felicidad.

—¡Pero, mujer, si Alberto ha dado más escándalos en París estos seis años! ¡Todos los que han venido de allá lo han dicho!

—No digo yo lo contrario, ni excuso á nuestro

primo, ni le elogio; sólo digo que, por ahora, no pienso en casarme.

Reinó el silencio tras estas palabras. Elvira volvió á su lectura, y el aya y María se ocuparon de nuevo en su labor, fijando al parecer en ella toda su atención.

IV

LA CONFERENCIA

Aquella misma tarde la joven aya envió un billete á la señora de Miranda, por medio de Juana, rogándole que le concediese algunos instantes de conversación.

Gertrudis mandó que le dijese que la esperaba después de su comida, y antes de la hora en que solía recibir á sus hijas.

En consecuencia, Mundeta espío el instante en que acababan de servirla, y á eso de las cuatro de la tarde entró en la habitación de Gertrudis.

Estaba ésta sentada, con aire humilde y beato, en una silla de anea, sin hacer caso de los magníficos y blandos sillones que había diseminados por la estancia, y persuadida de que así ganaba mucho para con Dios.

Ya no había nada en ella de aquella hermosa, esbelta y delicada Gertrudis que hemos conocido cuando lloraba y se quejaba de los nervios para conseguir sus caprichos. Ahora todo era en ella

huraño, triste, casi feroz; su frialdad natural se había vuelto helado egoísmo. Exceptuando la soledad ó la compañía de doña Dámasa, todo le era molesto é insoportable, y vivía en su casa y al lado de sus hijas lo mismo que una monja arisca y regañona que no tuviese familia ni lazo alguno en la tierra.

Sus hijos permanecían en París; el uno era pintor, y el otro un brillante abogado, honor del foro francés. Pero sabiendo los dos que su padre no trataba de volver á España, y conociendo el carácter de su madre, ninguno de ellos había querido venir á Madrid y dejar París, donde tenían sus amistades desde la infancia y sus amores de jóvenes alegres y elegantes.

Gertrudis apenas se acordaba de ellos; antes de hacerse santurrona les escribía una vez al mes, pero desde que se había hecho beata, no les había dirigido ni una sola carta.

Con la misma indiferencia había sabido la vuelta de su marido por una carta de éste. Como no le respondía hacía más de tres años, tampoco creyó necesario decirle que se alegraba de su regreso; porque Gertrudis no quería mentir, y la vuelta de su esposo le era, en realidad, del todo indiferente.

Esta ausencia completa de todo sentimiento, esta frialdad hacia todo lo que la rodeaba, habían impreso en el rostro de Gertrudis una expresión huraña y desagradable por demás; el amor es la

luz del alma, y cuando éste falta por completo, el alma queda á obscuras y el semblante también.

Cuando entró Mundeta acababan de levantar la mesa en que la señora de Miranda había comido un arroz muy mal sazonado y un pedazo de pescado cocido con un poco de aceite. Por efecto del inhumano tratamiento á que se había reducido, Gertrudis estaba en extremo flaca y descolorida. Sus ojos azules se habían hundido; sus cabellos, que aún eran hermosos y abundantes, estaban recogidos detrás de su cabeza; llevaba un vestido de estameña negra, sujeto con una correa á la cintura, y todo esto cubierto con un pañuelo de lana negro manchado y lleno de gotas de cera, que no había permitido limpiasen, porque decía doña Dámasa que aquello era humildad, y manifestaba además una edificante costumbre de ir á la iglesia.

Detrás de Gertrudis había en un velador un grueso rosario de vidrio azul engarzado en alambre, porque el que ella poseía de perlas y oro había sido arrinconado como prenda de peligrosa ostentación; con el rosario había en el velador una porción de libros de oraciones de varios tamaños.

Cuando Mundeta entró no pudo hacer otra cosa que saludar con la cabeza, porque Gertrudis tomó al instante la palabra.

—¿Qué se le ofrece á usted, señorita?—le preguntó con impaciencia.—¿Viene usted á darme

alguna queja de mis hijas? En ese caso, yo las reprenderé luego cuando vengan á verme; pero le suplico me evite lo posible estas desazones; he padecido mucho y sólo quiero pensar en Dios.

—No vengo á dar á usted ninguna queja de las señoritas, señora—respondió Mundeta con modestia y dignidad;—ellas son buenas, sobre todo para mí... Me aman..., y sólo tengo razones para elogiarlas.

—¿Qué es, pues, lo que la trae á usted aquí?—preguntó Gertrudis ásperamente;—hable usted pronto, porque tengo que rezar mis devociones.

—Es un asunto personal mío.

—Pues tome usted asiento y hable.

Mundeta se sentó y empezó de esta suerte, con voz balbuciente é insegura:

—Señora, he sido toda mi vida muy desgraciada; los días más tranquilos que he conocido en el mundo han sido los que he pasado en esta casa, donde también halló asilo mi pobre madre hasta que murió; ahora las señoritas ya no me necesitan: la una va á casarse; la otra saldrá siempre con su señor padre que va á volver, y ha concluído además su educación; por tanto, señora, mi misión en esta casa está terminada.

—¿Y quiere usted salir de ella?—preguntó Gertrudis con acento frío é indolente.

—Sí, señora—dijo Mundeta;—quiero salir de ella, pero no para irme á otra, sino para retirarme á un convento.

—¡A un convento! ¿Quiere usted, pues, ser religiosa?

—Lo deseo con toda mi alma.

—Pero ¿á qué tanta precipitación?—dijo Gertrudis, que temblaba ante la idea de perder aquella mujer que la descansaba de tan graves cuidados. —Espérese usted á que se case también María, que no tardará en hacerlo, y no sea usted egoísta é ingrata para con ella, cuando tanto la quiere.

—Yo también la quiero mucho, señora—repuso Mundeta con alguna entereza;—y no la dejo por ingratitud ó egoísmo, sino porque conozco el estado de mi alma, y me es absolutamente preciso tomar la determinación que he indicado á usted.

—Pues, hija mía—dijo Gertrudis, que ya se iba enfadando,—yo en este asunto me lavo las manos; haga usted lo que quiera, supuesto que es dueña de su voluntad, y váyase el día que guste.

—Yo creí, señora—repuso Mundeta con amargura,—que usted, tan fervorosa cristiana, me protegería para lograr mi resolución; que usted, tan caritativa, me abriría ese camino que conduce al cielo.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? Tengo bastantes cuidados sobre mí, señorita, para ocuparme de los ajenos; además, ¿no tiene usted en mi cuñado Isidoro un tan celoso protector? Pues debe usted acudir á él en esta ocasión; en cuanto

á mí, me ha servido y la he pagado. ¿Qué más quiere usted, ó que más puedo hacer?

—Nada quiero ni nada más deseo, señora—dijo Mundeta;—Dios me ayudará para que yo vaya en su busca. En cuanto á usted, reciba mi despedida.

—Vaya usted con Dios—dijo grave y fríamente Gertrudis.—Puede usted cuando guste salir de mi casa; cuanto antes mejor, porque no quiero ingratos en ellas. Así, no espere ni á que llegue mi marido ni al casamiento de Elvira, para el cual no hace ninguna falta la presencia de usted.

Y Gertrudis tomó su rosario y se puso á rezar, volviendo la espalda al aya.

—¡Ah!—se dijo ésta,—¡qué mujer! ¡Y fué por no ofenderla por lo que Andrés huyó destrozando mi corazón! ¿Qué premio daréis, Dios mío, á los que así se sacrifican por su deber, y qué castigo á los que tan mal cumplen los suyos?

—Hágame usted el favor de enviarme á mis hijas—dijo Gertrudis en una pausa de su rezo, é interrumpiendo las reflexiones de Mundeta.

Ésta se inclinó en silencio y salió de la habitación.

V

UNA MADRE BEATA Y UNA HIJA MIMADA

María y Elvira entraron en el cuarto de su madre poco después de haberle dejado Mundeta; y Gertrudis, á pesar de haberlas mandado entrar, se sintió en extremo contrariada con su presencia, puesto que volvían á interrumpir sus rezos.

Tal era la inconsecuencia de su carácter, que ni se acordaba ya de que había hecho venir á las jóvenes.

—Buenas tardes, mamá—dijeron casi á un tiempo las dos hermanas al entrar, y María se acercó para dar un beso á su madre.

—Buenas tardes—respondió secamente Gertrudis.—Dime, Elvira, ¿has comido? ¿Te sigue la inapetencia?

—Va en aumento—respondió Elvira con mal humor.

—¡Ay, Dios, pues entonces llamad al médico! ¿Qué haces tú—prosiguió mirando iracunda á su hija mayor,—que al ver enferma á tu hermana no me avisas?

—¿Y para qué había de avisarte?—repuso Elvira.—No hay que culpar á mi hermana, pues ni ella ni nadie puede aliviarme. Lo que tiene la culpa de mi malestar es el no pisar la calle, el no hacer ejercicio, el no disfrutar de diversión ninguna.

—Calla, hija mía, que ahora vas á casarte y te divertirás cuanto quieras—dijo Gertrudis.—Y tú—añadió mirando á María,—vas á tener que encargarte de todos los cuidados de la casa, porque el aya se va.

—¡Se va!—repitió tristemente María;—¿conque está decidida?

—¿Y cuándo se va?—preguntó Elvira.

—¡Qué sé yo! Cuanto antes mejor; la gente así... de levante no está bien en casa. Conque lo que puede hacer es irse pronto con viento fresco.

—Yo tengo que preguntarte una cosa, mamá—dijo Elvira, con ese imperio de las niñas mimadas.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme?

—¿Que cuándo se compran mis vestidos de boda?

—Cuando venga tu padre.

—¿Pero no viene con él Sebastián?

—Sí, por cierto.

—Pues bien, ¡yo quiero casarme al instante, y no me he de comprar las galas de novia después de casada!

—¿Y qué le haremos? ¡Yo no puedo salir!

—¿Por qué?

—Porque estoy delicada; no puedo andar por las tiendas, porque me mareo y me fatigo.

—¿Y cuándo llegan papá y Sebastián?

—¡Qué sé yo! Dice doña Dámasa que dentro de dos días deben llegar á Cádiz.

—No, pues yo no espero á que lleguen, mamá;

mañana voy á salir con mi tío y mi hermana á comprar algo... Al menos, algunos encajes... algún vestido...

—Haz lo que quieras—repuso Gertrudis;—te daré dinero y comprarás lo que te agrade. Tú, María, no olvides lo que te he dicho: esa mujer que se vaya lo más pronto posible; pero antes entérate bien de todos los pormenores de las compras y del gobierno de la casa; ya sabes que yo no estoy para nada.

María no replicó una palabra; pero su hermana exclamó impetuosamente:

—Pero, mamá, ¿no es doña Dámasa ama de gobierno? ¿Por qué no es ella la que se encarga de lo que quieres que haga mi hermana? ¿No es una vergüenza que ella se pase el día comiéndose los santos y que mi pobre hermana haga lo que debía hacer esa vieja antipática?

—¡Niña, niña! ¿Qué estás ahí diciendo?—exclamó escandalizada Gertrudis.—¡Esa anciana es una santa, una venerable mujer... y debes respetarla más!

—¡Bah, bah! Mamá, esa mujer es lo que se llama una holgazana, que te tiene sorbido el seso—dijo Elvira atrevidamente,—y que te engaña con sus rezos y sus fingidos ayunos. ¿Por qué eres tan tonta? ¡Si ella comerá cuando nadie la ve más que una docena! ¡No, á mí no me engaña con sus beaterías; y su suerte es que no se mete conmigo, que si no!...

—¡Todas esas cosas, todos esos malos pensamientos te los enseña, por fuerza, tu hermana!— exclamó indignada Gertrudis, y cediendo á esa propensión de las madres obcecadas que echan la culpa de todo al hijo á quien menos aman.

—No hay tal—repuso Elvira, mientras María, según su costumbre, callaba pacientemente;—mi hermana nada me ha dicho; ella es la misma bondad, y respeta cosas que no debía; pero vamos, mamá, sigue en tus rezos y buenas noches, que ya te hemos interrumpido bastante; mañana por la mañana envíame con Pepa el dinero que destinás á mis primeros gastos.

María se acercó para abrazar á su madre; pero ésta la rechazó y le dijo:

—Vete con tu hermana y dejadme ya tranquila.

Las dos jóvenes salieron, y Gertrudis volvió á sus rutinarios rezos.

VI

ESCENAS DE FAMILIA

Pasemos dos meses, lector mío, y vamos á casa de Elvira, que, unida ya á Sebastián, ocupa una hermosa casa en la calle de Alcalá.

Es una noche calurosa de Julio. La joven recién casada, envuelta en un peinador de delicada y transparente muselina blanca, está echada en un diván de seda color de rosa.

A su lado, su marido, sentado en una banqueta, procura convencerla de no sabemos qué, lo que parece muy difícil, á juzgar por el gesto desabrido de la joven.

Sebastián es lo que prometía su retrato: un hermoso joven, lánguido y melancólico, incapaz de poder luchar con la voluntad de hierro de su mujer; un ser noble, cariñoso, de exquisita delicadeza, de maneras suaves, dulces y distinguidas.

Vestía con elegancia, pero sin afeminación, y tenía asida una mano de Elvira, que besaba de cuando en cuando.

—¡Déjame!—dijo la joven con mal humor;— ¡déjame, Sebastián, que estás pesado de veras! ¡Además de no acceder á lo que te pido, tengo que sufrirte, quiera ó no!

—Querida mía, yo deseo convencerte de que mi oposición á salir de Madrid no es un capricho —repuso Sebastián.—Alberto está muy malo, y la culpa la tienen las coqueterías de Celia..., de mi prima..., ¡que ojalá no hubiera venido!

—¿Y porque Celia esté jugando con Alberto lo he de pagar yo?—preguntó con enojo Elvira.— ¡Vaya una razón que me convence! ¡Pasar aquí el verano, cuando ya no queda en Madrid una persona decente! ¡Ah! ¡Qué crueldad! ¡Y eso que me ofreciste llevarme á Biarritz!... ¡Si yo hubiera sabido que tan mal cumplías tus palabras, á buen seguro que no me hubiera casado contigo!

Sebastián oyó toda esta granizada con el sem-

blante descompuesto por una pena profunda; era aún un niño para tomar como debía las imprudentes quejas de su mujer. Un hombre de experiencia se hubiera reído de ellas; á Sebastián le traspasaron el alma.

—Elvira mía—le dijo con una voz sofocada por la emoción,—¡no te enfades así! ¡Yo quisiera complacerte... Yo no quisiera enfadarte!... ¡No sabes lo que sufro al verte descontenta!

—¡Lo conozco por las muestras!—respondió Elvira, sentándose bruscamente en el diván donde había estado recostada.

Sebastián iba sin duda á contestar que se haría lo que ella quisiera, cuando se abrió la puerta para dar paso á dos caballeros y á una joven.

Aquéllos eran Alvareda y Miranda; ésta era María.

Elvira se adelantó á recibir á su padre, á su hermana y á su tío con una verdadera alegría; el amor á la familia ejercía un gran imperio en aquella alma joven y tierna, á pesar de su áspera corteza; y sólo amaba menos á su madre, porque era justamente la persona que la había mimado más.

Hay caracteres á los cuales la suavidad extremada irrita, y un prudente rigor suaviza; de éstos era el de Elvira. Había aún en su alma muy poca fortaleza para ser agradecida; no había sufrido desengaños, y las fibras de su sensibilidad estaban embotadas por el excesivo cariño de que se había visto rodeada, por las muchas lisonjas que

había escuchado y por la continua condescendencia que de todos había obtenido.

El dolor debía encargarse de labrar el carácter y el corazón de Elvira, que era un rico diamante al que no había llegado aún la áspera rueda del lapidario,

El padre de las jóvenes, aquel Andrés que doce años antes había salido de España, hermoso, fuerte y lleno de esperanzas para el porvenir, había vuelto casi anciano y con el cabello blanco; tenía cincuenta y dos años, y aparentaba setenta; el dolor de la ausencia y los dolores de la llegada habían impreso en él el triste sello de la decrepitud.

Aún vivía en su pecho el recuerdo de Mundeta; su corazón era una hoguera cubierta de fría ceniza, pero que al removerla descubría fuego; mas aquella mujer, querida con tanto extremo, había sepultado en un claustro los hermosos restos de su malograda y triste juventud.

El día antes de la llegada de Miranda, Mundeta tomó el velo de religiosa en el convento del Sacramento, con el nombre de Sor Raimunda; el padre de Alberto la había dotado, y María y Elvira emplearon todos sus ahorros en los gastos de profesión y de equipo.

El lector quizá me acusará de haberle privado de la pintura de la profesión de Mundeta; pero ésta fué triste y solemne á la par; sólo asistieron á ella María y su tío, porque Elvira debía casarse

dos horas después y estaba ocupada en sus preparativos.

El casamiento no fué tampoco más digno de mencionarse que la profesión; las tres amonestaciones se redujeron á una, y ya estaban leídas desde el día anterior de llegar Miranda y Sebastián.

Así, pues, apenas se aparearon y cambiaron de traje el padre y el novio salieron para la iglesia, acompañados de María, de Alvareda y de su hijo.

Gertrudis no quiso salir de su casa ni dejar sus rezos.

Un tapicero arregló durante el día la casa de los novios, y por la noche, acompañados de su padre, de su hermana, de su tío y de su primo, se instalaron en ella.

En los dos meses transcurridos, los caprichos y, fuerza es decirlo, el exquisito gusto de Elvira la habían transformado en una mansión deliciosa y llena de todos los refinamientos del lujo.

Elvira, que había fascinado á su joven é impresionable esposo, le había hecho prometerla que la llevaría á Biarritz y que llegarían hasta París, en la estación del verano; pero la circunstancia de encontrarse en Madrid á su prima la Condesa Celia, único pariente que le quedaba, le hacía desistir en cierto modo de su propósito, y creyó poder aplazar su viaje, cuando llegó Alberto, con quien le unió muy pronto una tierna y estrecha amistad.

Pero ¡ay!, el pobre Sebastián ignoraba que ya no tenía pensamiento propio, y que unido á Elvi-

ra, ella sola debía disponer de su suerte y de su voluntad.

Aquel carácter débil de sí; aquella naturaleza tierna y melancólica, era muy poco á propósito para resistir al carácter impetuoso, á la férrea voluntad de Elvira, de aquella niña mimada, hermosa como un ángel y que le subyugaba con una sonrisa.

Miranda se sentó junto á su hija; Sebastián se fué al lado de María, y Alvareda, á quien los años no habían robado su natural vivacidad y la turbulenta animación de su carácter, se puso á pasear por la estancia.

—¿Cómo estás, hija mía?—preguntó Andrés á su hija menor.

—Hoy mal, papá—respondió ésta, apoyando dengosamente su bella cabeza en el hombro de su padre.—Sebastián me ha mortificado mucho, y estoy muy atacada de los nervios.

—¡Sebastián! —exclamó cómicamente Alvareda, deteniendo su paseo y parándose delante del joven.—¿Conque tú mortificas á tu mujer? ¿Está eso bien hecho?

—¡Yo, tío!—respondió el pobre esposo todo confuso;—¡si no tengo más afán que complacerla!

—¡Sí, sí, complacerme!—murmuró Elvira;—¡eso lo dices ahora delante de papá y del tío; pero cuando estamos solos es otra cosa!

—¡Hija mía, ten prudencia!—dijo Miranda á

media voz á su hija;—¡no ultrajes el amor propio de tu marido, que es muy bueno y te quiere con toda su alma! ¿En qué puede él ofenderte cuando estáis solos? ¿No ves que le acusas de una manera muy dura?

Esta afectuosa y grave reprensión arrancó lágrimas de los ojos de Elvira. Sebastián las vió, y apenas oyó lo que le decía María.

—Elvira—exclamó acercándose á su mujer,—si no te he complacido ya saliendo de Madrid y llevándote á Francia como te prometí, ya sabes el motivo; es porque el estado de Alberto me alarma; es porque espero poder vencer con mis ruegos la oposición de su padre á su matrimonio con mi prima, ó reprimir las coqueterías de ésta con mis reflexiones.

—Veo tan difícil lo uno como lo otro—respondió Alvareda con voz irritada y con aire sombrío;—he tolerado las locuras, las calaveradas de mi hijo, y hasta las he aplaudido: yo he sido tal vez más calavera que él; pero le veía libre, y yo era dichoso. Ahora quiere hacer la mayor, la más perjudicial de las locuras casándose con una mujer coqueta y sin corazón, y nunca le daré para ello mi consentimiento.

—Pero, Isidoro—dijo el padre de Elvira y de María,—reflexiona que puede, amparándose de la ley, casarse sin tu consentimiento.

—¡No lo hará!—repuso Alvareda con aire de profunda convicción.—Alberto sabe lo que vale

el amor de su padre, y no querrá perderle por una mujer que no es digna de él.

—¡Ay, tío, y la Condesa ensayará cada día nuevas coqueterías y le hará más infeliz!—exclamó Elvira, que aborrecía á la prima de su esposo, porque su alma era verdaderamente recta.

—Que se aparte de ella; que se case con otra, como yo se lo aconsejo.

Alvareda, al decir estas palabras, fijó los ojos en María, que, pálida y temblorosa, no levantaba los suyos del suelo.

Nadie empero respondió á sus palabras; cada uno conoció la razón de aquel padre irritado, y respetó su doloroso enojo.

—Y mamá, ¿cómo está?—preguntó Elvira á su hermana, deseando romper el silencio que reinaba.

—Está, como siempre, rezando—contestó Miranda por su hija;—yo pensé que echando de casa á la detestable doña Dámasa ganaríamos algo; pero me equivoqué: lo mismo reza y ayuna y se pasa los días en la iglesia ahora que antes; y lo que lamento más que nada es que su salud va decayendo de día en día. Voy á llevarla á Barcelona, aunque siento mucho dejar ahora Madrid.

Elvira oyó con atención las últimas palabras de su padre; luego se levantó y se acercó á su marido.

—Sebastián—le dijo, pasándole un brazo alrededor del cuello,—¿quieres, ya que no consientes

en llevarme á Francia, que vayamos á Barcelona? Nos llevaremos á mamá, y así recobrará tal vez su salud.

—¡Ay, Dios mío, qué empeño tan fuerte de dejar Madrid!—exclamó Sebastián.

—¡Y tú, qué empeño en no dejarlo! ¿No te digo que es por llevarnos á mamá?

—Nos haréis en ello un singular favor—dijo Alvareda,—porque Andrés y yo andamos aquí tras de arreglar cierto asunto.

Isidoro y su cuñado miraron de nuevo y á la vez á María, y Sebastián respondió:

—Ya que ustedes lo desean, nada tengo que decir; partiremos cuando Elvira quiera.

—¡Entonces, mañana, mañana!—exclamó ésta saltando y batiendo palmas con entusiasmo;—vamos, María; vamos, Sebastián, á convencer á mamá.

Y la alegre joven asió las manos á su marido y á su hermana, y salió con ellos.

Isidoro y Andrés quedaron solos.

—Abandona sueños vanos—dijo el último al primero.—Tu hijo jamás podrá amar á María.

—¡Y yo te digo que los he de ver casados, y será! Cuando yo me empeño en una cosa...

—¡Es que yo no quiero ver á mi hija desgraciada!

—Ni yo tampoco, ¿estás? ¿Ó crees que yo no la quiero? ¡Aunque no sea más que por lo que la quería mi pobre mujer!...

La voz de Isidoro se ahogó aquí; la emoción le dominaba. En aquel momento se abrió la puerta, y un criado entró una carta en una bandejilla de plata, que entregó á Isidoro.

—¡Letra de Celia!—dijo, y tomando el billete le abrió presuroso; decía así:

«Padre egoísta, severo y cruel: te dejo libre á tu hijo; me he casado esta noche, si no enamorada, convencida, con una persona más noble, más rica y más hermosa que él; no dejo de ser Condesa, porque mi esposo es Conde también, y seré la Condesa de las Navas, mientras que casándome con él le hubiera dado grandes riquezas, y él sólo me hubiera dado á mí el plebeyo título de la señora de Alvareda.

»Guárdate, pues, á tu hijo, padre duro, terco y fastidioso, calavera jubilado, moralista por fuerza, viejo estrafalario; guárdatelo, y recibe la maldición de

CELIA, CONDESA DE LAS NAVAS.»

Isidoro dejó escapar un grito de alegría, y alargó á su cuñado el irónico é insolente billete de la Condesa.

—Mira—le dijo:—¡ya estamos libres de esa furia; ya está libre Alberto de sus manejos, de sus coqueterías! ¡Gracias á Dios, como decía mi pobre Luisa!

—No lo hubiera dicho en esta ocasión—repuso

Miranda, devolviendo á Isidoro la carta de la Condesa que había leído ya.

—¡Cómo no! ¿Por qué?

—¿Acaso dice Celia que se va de Madrid?

—¡No! Pero ¿y qué importa que se esté aquí, si está casada?

—Jamás hubiera creído tan cándido á un calavera viejo—dijo Andrés;—yo, que no lo he sido jamás, conozco mejor que tú el mundo y las mujeres.

—¿Y qué? ¿Piensas que ella volverá á sus mañas?

—¡Mucho me lo temo!

—¡Bah, pues yo no lo espero! Pero vamos á tu casa á ver en qué queda el viaje á Barcelona; tu hija Elvira tiene la cabeza dura, y saldrá de Madrid llevándose á su madre.

—Tiene un carácter que le hará muy desgraciada, y más á cuantos tenga en derredor suyo—dijo Andrés con tristeza; luego, bajando la voz, añadió:—yo pensé que aquel ángel podría volver blanda su dura condición.

—Pues yo no lo creí jamás; á ese atroz carácter sólo una cosa le labrará: el amor. Y á propósito, ¿la has visto?

—¿A quién?

—¡A ella! A Mundeta.

—¡No!—respondió sombríamente Andrés;—no ha querido recibirme.

—Mejor es así para los dos.

—Creo lo mismo—dijo Andrés, cuya agitación hacía un doloroso contraste con sus cabellos blancos.

Ambos se dirigieron á la puerta; pero al abrirla se precipitó en ella Elvira, que venía corriendo y seguida de cerca por su marido.

—¡Dice mamá que sí!—gritó, echándose en los brazos de su padre.—¡Mañana nos vamos á Barcelona! ¡Papá, mañana, mañana!

Andrés miró á su yerno, y éste hizo con la cabeza un signo de resignación, pero en el cual se advertía una profunda tristeza.

VII

DULCES RECUERDOS

Cuatro días después aún permanecían Elvira y su esposo en Madrid, pero no en su casa; se hallaban en la de los padres de aquélla, á consecuencia de una súbita enfermedad que se le había declarado á Gertrudis en las altas horas de la noche en que dió palabra de partir con su hija á Barcelona.

En la estancia de la enferma se hallaban varias personas, ó mejor dicho, se hallaba reunida toda la familia.

Elvira y Andrés ocupaban ambos lados de la cabecera del lecho en que yacía Gertrudis, pálida

y demacrada por sus ayunos, sus penitencias y mortificaciones.

¡Triste fanatismo, que siega una robusta y floreciente vida, como corta la segur las mazorcas de flores de los campos! ¡No, no eres tú un precepto del Dios de las misericordias! ¡No agradan á ese tierno Padre tus homicidas leyes! ¡Su ley es suave, es dulce como él, y no desea víctimas!

Andrés echaba de vez en cuando una mirada dolorosa sobre aquel cuerpo demacrado y aquel lívido semblante; al fin él había amado á aquella pobre mujer, que era la madre de sus hijos, de los cuales dos vivían ausentes de ella y no podían darle el postrer adiós.

Sebastián se hallaba sentado al lado de Isidoro; el joven se hallaba triste. Aquellos dos meses del tiránico y caprichoso dominio de su mujer; el alejamiento de su patria; la certeza de no ser amado de Elvira, á la que sin embargo adoraba él, todo esto le había conducido á un estado de melancolía alarmante.

El aspecto de la muerte, que se cernía sobre aquella alcoba, afectaba dolorosamente sus nervios delicados, y su cuerpo se estremecía con violentas sacudidas.

Era un niño que necesitaba una madre cariñosa y tierna, y sólo tenía á su lado otra niña que se complacía en martirizarle.

En fin, en un rincón de la estancia se hallaba Alberto al lado de María: ella lloraba; él

le había cogido una mano y la consolaba en voz baja.

Alberto había leído ya la carta que la Condesa escribiera á su padre, y la desesperación había extinguido por el pronto el amor que hacía tres años le devoraba.

Su vanidad herida, su amor propio ultrajado, le hacían aparecer sereno y tranquilo; y la vista de su prima, triste, llorosa, doliente, le hacía olvidar todo lo demás.

—Vamos, María, no llores—le decía.—¿Ya no me quieres? ¿Ya no te acuerdas de cuando yo te daba lección de leer; de aquella tarde en que te empeñaste en que te cogiese una rosa amarilla?

María sacó de su seno un medallón de oro encerrado entre dos cristales; á través de aquéllos se divisaba una rosa amarilla, seca ya, que ella mostró á su primo.

—¡Qué miro!—exclamó éste.—¿Es esa aquella rosa? ¿La has guardado? ¿Y por qué?

María bajó los ojos: dos lágrimas siguieron corriendo por sus mejillas ruborizadas; quiso hablar y no pudo.

Alberto guardó también silencio algunos instantes; alguna lucha interior tenía lugar en el alma de aquel hombre fuerte, porque Alberto, á quien me he olvidado de describir al presentarle de nuevo á mis lectores, era un hombre fuerte á los veintitrés años, si bien ya algo cansado de locuras, por su vida disipada en París.

Era alto y robusto, con grandes ojos negros y cabellos oscuros; un bigote castaño sombreaba su labio superior, encendido como el coral; su tez era pálida y trigueña, pero no marchita; magníficos bucles naturales guarnecían su frente ancha y serena, y en sus manos, en su traje, en su aire, se notaba la soltura y distinción de un hombre de buena sociedad y de elegantes maneras.

Él fué el primero que rompió el silencio.

—María—dijo,—yo pensé que te había querido siempre sólo como un hermano, pero hoy me persuado de que me equivocaba; la vista de esa flor ha hecho saltar de alegría mi corazón... Me acuerdo de la casita del jardín de la Florida, donde vivíamos al lado de mi buena madre; me acuerdo de aquel labrador con su anciana esposa, del perro, del gato, del pacífico hogar donde tantas horas jugábamos los dos, y me digo á mí mismo: yo podía ser dichoso con María en una casita como aquella, y allí podíamos ir los dos á recordar los días tranquilos y venturosos de nuestra niñez.

María calló: no hallaba nada que responder; lo que oía le parecía un sueño delicioso, porque la voz de Alberto vibraba armoniosa, haciéndole experimentar una dulce sensación interior.

—¿No me respondes, María?—prosiguió el joven.—¿Me querrás sólo como á un hermano? ¿No hay en ti más que el tibio sentimiento fraternal hacia mí? Bien sé que no merezco una respuesta halagüeña... Este amor que me pronosticaba mi

padre, este segundo amor de la cabeza, llegó, y ha hecho en mí terribles estragos... Pero mi corazón está sano, puro, y es tuyo; porque en medio de todas mis aventuras, en medio de mis arrebatos de celos provocados por esa mujer, en medio de todas mis conquistas y de todos mis desórdenes, tu blanca y serena imagen se me aparecía como una cándida y consoladora estrella, que era mía y que alumbraba las tinieblas de mi alma; hoy sé que te amo, y sé otra cosa: que necesito de tu amor para ser dichoso.

—Alberto—respondió María pasando su mano por la frente, como si quisiera separar la fascinación que se había apoderado de ella;—¡mi madre se muere... y no puedo ahora dar cabida en mi alma á otro pensamiento que al de mi dolor! Déjame que llore, y otro día... otro día te responderé...

—¿Y no me das, al menos, una esperanza, María?—dijo el joven á su prima.—¡Mira que padece menos teniendo un amor en el corazón!

—Sólo te diré algo de lo que he sentido en los años que has estado lejos de mí—dijo la joven con voz débil y quebrantada:—me he acordado muchas veces, todos los días, de la casita de mi tía... He rezado por ti todas las noches y mañanas, y he rehusado todas las proposiciones de casamiento y todas las declaraciones amorosas que se me han hecho.

—Y eso ¿por qué?—preguntó Alberto.

—¡Porque pensaba en ti!—respondió María, dejando caer su blanca mano entre las de su primo.

Después se levantó confusa y ruborizada, y corrió junto al lecho de su madre, que había caído en una crisis mortal.

.....

Al amanecer del día siguiente, Miranda, viudo ya, lloraba al lado del padre de Alberto; Elvira lloraba al lado de su marido; Alberto tenía entre sus manos las de María, y le decía en voz baja:

—Dentro de un año tú serás mía, y hasta entonces yo te consolaré.

FIN DE LA PARTE TERCERA

PARTE CUARTA

LA DICHA DE LA TIERRA

.....
¡Oh, vosotros para quienes la vida es una carga pesada! Yo quisiera que este libro pudiera ser para vuestra pobre alma lo que es al mediodía en el campo la sombra de un árbol, por ruin que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

.....
Después de los rigores del invierno, la Providencia nos envía una estación menos áspera, y el pájaro bendice en sus cantos la mano benéfica que le devuelve el calor y la abundancia, su compañera y su nido.

Esperad y amad; todo lo endulza la esperanza, todo lo allana el amor.

F. DE LAMENNAIS.

I

SEBASTIÁN

Era una de esas frías noches de Enero del año 186..., y se cantaba en el gran teatro del Liceo de Barcelona el *Atila*, esa sublime creación de Verdi.

El magnífico coliseo resplandecía de luz, de hermosos trajes y de diamantes; las damas catalanas son ricas y espléndidas, y tienen en lo general buen gusto. Había muchas jóvenes vestidas de

blanco, y sin más adorno en la cabeza que algunas flores, y muchas señoras ataviadas con terciopelo, plumas y pedrería.

Cantaba la Lagrange el papel de Abigail, y toda la buena sociedad de Barcelona había acudido á oírla, á pesar del áspero frío que reinaba.

Hacia la mitad del acto primero se abrió con estrépito la puerta de un palco bajo, y entró una pareja, joven y hermosa.

—Ya está ahí la fastidiosa madrileña—dijo una catalana gruesa, encarnada y fresca, á una señora mayor que se hallaba á su lado, y que, á juzgar por cierto aire de familia, debía ser su madre.

—Siempre ha de esperar á venir cuando más ha de llamar la atención—repuso ésta con aire despreciativo.—¡Qué costumbres, Dios mío! ¡Qué decoro, y qué marido ese!

—¿Qué quiere usted, mamá?—repuso la robusta joven;—las mujeres de allá son desahogadas como ellas solas.

—Di más bien desvergonzadas, hija mía.

—El calificativo, mamá, es demasiado duro.

—No, porque es merecido. ¿No ves á esa joven, lánguida y voluptuosa, vestida de gasa blanca, llena de diamantes y escotada de medio cuerpo? ¿Es eso decente? Creo que no, y á mí no me gusta andar con paliativos para calificar lo malo. Seré muy vulgar y muy provinciana; pero así me han criado á mí, así te he educado á ti y así educarás tú á tus hijos, si Dios es servido.

—Eso es muy cierto, mamá—repuso la robusta joven, que hacía algunos años se había casado con un honrado comerciante, y que entendía muy poco de la elegancia y de la práctica del mundo; —yo criaré á mis hijas como yo lo he sido, y cuando yo les falte, no se atreverán á quitarse el luto por mí antes de cumplir el año de mi muerte.

—¡Calla, y es verdad!—exclamó la anciana;— ¡ya se ha quitado el luto por su madre! ¡Si va de blanco y lleva diamantes! ¡Qué vergüenza, qué oprobio! ¡No había yo reparado!...

—La verdad, mamá: esa madrileña es muy hermosa—dijo la comerciante, dirigiendo á la joven sus gemelos de nácar.—¡Qué cabello negro tan abundante! ¡Qué ojos, si parecen dos estrellas! ¡Qué boca, si es una flor de coral!

—¡Eh! ¡Es mucho exagerar el mérito de esa mujer!—dijo con mal humor la intolerante señora.— ¡Déjame ver la función!

La buena madre se volvió, dicho esto, hacia el escenario, y su hija quiso en vano separar los ojos de Elvira—pues ya la habrá conocido el lector,—cuya belleza, gracia y elegancia la tenían completamente fascinada.

Otro tanto sucedía á las demás mujeres que llenaban la gran sala del coliseo; casi todos los anteojos y lentes se dirigían á la hermosa madrileña, que era como se la llamaba en Barcelona.

Pero ella, con esa suprema indiferencia de las mujeres acostumbradas á llamar siempre y en

todas partes la atención, apenas se apercibía de la que despertaba en la concurrencia; vuelta de espaldas al escenario, parecía altercar con un joven que estaba sentado hacia el fondo del palco, y que no era otro que su marido.

—¡Te aseguro que no irás!—dijo, después de algunos instantes de silencio;—¡ó si vas, prepárate á verme enojada lo menos un mes!

—Pero, Elvira, ¿qué quieres que haga?—preguntó Sebastián, cuya voz era sorda y fatigosa;—¡es una cita precisa, y á la cual no puedo faltar!

—¡Pues lo que es hoy faltarás, ó vivirás solo por espacio de un mes! ¡Pues está bueno! ¡Cada dos noches he de pasar una sola! ¡Eso no puede ser, y no será!

—Es preciso que sea, pues, querida mía, y sobre todo hoy; yo lo arreglaré si puedo para no volver, aunque pierda todos los capitales que he impuesto en esa empresa.

—¡Cómo! ¿Te empeñas en irte?

—Es indispensable.

—¡Pues yo no quiero que te vayas!

Sebastián, sin responder una palabra, abrió la puerta del palco y dijo á su mujer:

—Te enviaré el coche así que me deje adonde voy.

Elvira le volvió la espalda, y luego ocupó la silla que se hallaba frente á la escena; Sebastián cerró la puerta, pero hubo de llevarse las manos al pecho, porque se ahogaba.

Aquella naturaleza, delicada y nerviosa, se destrozaba con la lucha incesante que sostenía; el carácter violento de Elvira sólo podía avenirse con dos extremos: ó con otro carácter frío é impasible que no hiciera caso ninguno de sus raptos y de sus contradicciones, ó con una índole áspera y furiosa que dominase la suya.

Nada de esto tenía Sebastián: no era estúpido ni impasible; y su carácter, más bien que violento, era complaciente y sufrido; más bien que dominante, era dulce y conciliador.

Para colmo de su desgracia, en su pecho se abrigaba un corazón sensible; y después de cada cuestión con su esposa, aquel corazón le dolía, como si una mano bárbara le hubiera magullado.

Elvira, después de morirle su madre, había sentido acrecer el deseo que tenía de abandonar Madrid; y á pesar de la violenta oposición de su marido, que tenía en Alberto un amigo fiel y querido—única afección que después de su mujer le ligaba á la tierra,—logró fijar su residencia en Barcelona.

Allí puso su casa bajo un pie de elegancia y de lujo difícil de expresar: la sedería, el ébano, la plata, brillaban por todas partes; numerosos criados llenaban las antesalas, y dos camareras francesas realzaban todos los días los encantos de Elvira, quien, á la edad de diez y siete años aún no cumplidos, era una de las más perfectas bellezas del mundo.

¿No era, en efecto, un raro capricho de su parte el salir de Madrid, donde tan brillante papel podía haber hecho, é ir á encerrarse en una capital de provincia? Pero Elvira era todo caprichos, y apenas pudiera decirse que pensaba un mes seguido la misma cosa.

Sin embargo, su empeño en residir en Barcelona persistía, á causa sin duda de la misma oposición de su marido. Elvira, como todas las almas débiles y poco generosas, tenía un especial placer en mortificar á quien la amaba.

Aquella noche Sebastián no había podido ceder á su capricho de que se quedase. Para distraer sus sinsabores domésticos había tomado algunas acciones en una empresa que acababan de establecer varios comerciantes, y que representaba sumas considerables; pero su resistencia le había sido tan dolorosa, que sentía su corazón abatido y como destrozado.

Elvira se retiró antes de que se acabase la función; la ira la ahogaba, y al mismo tiempo un vago presentimiento le avisaba de alguna desgracia. Su cabeza ardía; tenía vivos deseos de alterar con su marido, y á la vez sentía una imperiosa necesidad de llorar y de gemir.

Llegó á su casa y halló otro coche á la puerta; se apeó del suyo y subió rápidamente la escalera, entrando apresurada en la habitación de Sebastián.

Éste acababa de entrar; su ayuda de cámara le

desnudaba, auxiliado de otro criado. Parecía dormido ó desmayado; pero de sus párpados entreabiertos salía un resplandor fúnebre y vidrioso. Cuando uno de los criados dejaba aquel cuerpo pesado, caía inerte en los brazos de su compañero; si los dos le hubieran dejado, hubiera caído al suelo.

Había en su semblante una mezcla extraña de palidez lívida y arrebatado carmín; grandes ojeras oscuras rodeaban sus ojos.

Elvira, con la sagaz penetración que le era natural, abarcó de un golpe la situación; su alma entera se lanzó hacia Sebastián, doliente desde hacía muchos días y moribundo entonces; corrió hacia su marido, y ayudó á colocarle en el lecho.

—¡Sebastián, Sebastián!—le decía entre sollozos;—¡respóndeme! ¿No me oyes? ¡Soy yo, Elvira, que te habla, que te ama, que no se separará de ti!

Aquel acento lloroso y afligido llegó hasta el dolorido corazón de Sebastián, hasta aquel corazón herido por la nostalgia que producen la lejanía del suelo patrio y las continuas penas del ánimo.

—¡Corred!—exclamó Elvira dirigiéndose á los criados;—¡volad á buscar un médico; avisad á cuantos halléis al paso!... ¡Id, id corriendo!

Los criados salieron, y Elvira se arrojó llorando sobre el cuerpo de su marido, quien, al parecer, se había sumergido de nuevo en un letargo mortal.

II

LA SENTENCIA

Poco tardó en llegar un médico.

Al ver á aquella hermosa niña que lloraba, su corazón se conmovió de pena. Elvira estaba sola junto al cuerpo de su marido, y lanzaba sollozos y gemidos llenos de angustioso dolor.

—Un poco de calma, querida señora—dijo el facultativo, que era un hombre de edad proveya y de dulce fisonomía;—acaso no haya razón para afligirse así.

Apartó dulcemente á Elvira al decir estas palabras, y la pobre joven tuvo que apoyarse en un sillón para no caer.

El médico tomó el pulso de Sebastián, que seguía sumergido en su letargo; tocó sus sienas y su pecho, y luego dijo, volviéndose á Elvira:

—No hay cuidado por ahora. Suplico á usted que me indique una habitación donde pueda escribir algunas recetas.

Elvira llamó, y un criado se presentó en seguida.

—Acompañe usted al señor doctor á mi cuarto—dijo la joven,—y dele lo necesario para escribir, quedando después á sus órdenes.

El médico y el criado llegaron, después de atravesar otras dos salas, á un lindo aposento, donde

parecía haberse agotado todo el refinamiento del lujo.

Era el de Elvira, cuyo adorno y mueblaje habían sido colocados bajo la dirección de su esposo.

Elvira era egoísta, y casi sólo en lo que tocaba á su gusto ó comodidad concedía algunos derechos al pobre Sebastián, á aquel joven que casado con otra mujer hubiera dado y recibido una dicha completa.

Pero ¡ay! eran dos niños, y el más débil, el más sufrido, el más suave y cariñoso debía caer víctima de las iras del otro.

El doctor se sentó delante de un precioso *secrétaire* de palo de rosa con embutidos de nácar y bronce, y tomó una hoja de papel y una pluma; pero en vez de encabezar una receta, miró al criado y le preguntó:

—¿Tiene su señora de usted parientes?

—He oído decir que tiene aún padre y una hermana—dijo el doméstico.

—¿Sabe usted su nombre, la dirección que llevan las cartas cuando la señora les escribe?

—Sí, señor doctor—respondió el criado;—el padre de la señora se llama don Andrés Miranda, es banquero y vive en Madrid, calle del Carmen, núm. 17, cuarto principal.

El médico inclinó su vista sobre la hoja de papel, y escribió esta carta:

«*Barcelona, Enero de 185...*»

»Señor don Andrés Miranda.

»Muy señor mío y de toda mi consideración: El esposo de su hija de usted entra ahora mismo en la agonía, según me avisa la ciencia á que he consagrado mi vida, y la cual no puede salvar ahora la de este malogrado joven; su viuda queda tan sola y aislada, que á su edad y circunstancias no creo posible dejarla, hasta que usted, ó la persona que usted designe, venga á acompañarla.

»Soy de usted atento y S. S. Q. B. S. M.,

EL DOCTOR N.»

El doctor cerró la carta, le puso el sobre, y luego volviéndose al criado, le dijo con voz angustiada y breve:

—Al correo, al instante.

El criado salió; pero al ir á abrir la puerta de la escalera, una figura blanca se le puso delante.

Era su señora, ataviada aún con su traje de crespón y sus diamantes, quien al observar la rápida descomposición de las facciones de su marido, corría en busca del doctor.

Al ver al doméstico salir presuroso con una carta en la mano, un rayo de horrible luz iluminó su inteligencia, y casi estuvo para caer desvane-

cida; pero, por un esfuerzo supremo, preguntó al criado:

—¿Adónde va usted?

—Al correo—respondió aquél; —voy á llevar esta carta que me ha dado el señor doctor para el padre de la señora.

—¡Para mi padre!—repitió Elvira con voz ahogada; luego añadió:

—Deme usted la carta.

El doméstico se la presentó, y ella, acercándose al quinqué que alumbraba el recibimiento, rompió el sello con mano trémula y fijó sus ojos extrañados en su contenido.

Mas apenas empezó á leer, vió la sentencia terrible escrita de mano del apóstol de la ciencia; lanzó un agudo grito, y cayó desvanecida.

El médico, que salía de su cuarto, la recibió en sus brazos.

—¿Qué hago con la carta?—preguntó el criado aturdido.

—Cerrarla de nuevo y llevarla al instante al correo—respondió el médico conduciendo á Elvira hasta el cuarto de su marido, donde la depositó en un sillón.

La pobre joven tardó poco en volver en sí; á pesar de la debilidad en que se hallaba, y de que sus dientes se chocaban con un violento ataque nervioso, corrió hacia el lecho de su esposo, llamándole entre gritos y lágrimas.

—¡Sebastián! ¡Sebastián!—volvió á exclamar.—

¡Conque mi suerte es perder á todos los que me aman! ¡Conque me dejas, Sebastián, tú que tanto me querías, tú que siempre tenías para mí una sonrisa dulce y una palabra de amor y de perdón!

—¡Vamos! ¡Valor, señora!—dijo el médico,—no por usted sola, sino también por el pobre enfermo; sin duda debe haber sufrido mucho en vida, y por lo mismo debe morir ahora tranquilo.

—¡Dios mío!—exclamó Elvira con todo el candor de sus pocos años y de su irreflexión.—¡Dice usted que ha sufrido!... ¿Estaría acaso enfermo sin saberlo yo?

—Sus sufrimientos, señora, no eran físicos—repuso el médico tristemente:—eran morales.

—¡Morales!—repitió Elvira.

—Sí; este pobre joven tenía sin duda cerca á alguna persona que le martirizaba con su mal carácter; él era una sensitiva... y ha padecido mucho, se lo repito á usted. Debe estar atacado, hace por lo menos cinco meses, de una fiebre nerviosa que le habrá hecho padecer mucho, y que á consecuencia de graves y recientes disgustos, se le ha complicado con una aneurisma aguda. ¡Lástima es, señora, que por ser usted tan niña no haya podido separar de su lado y de su trato á la persona que así le hacía padecer!

Elvira miró al facultativo con asombrados ojos.

—¡Ay, señor doctor—dijo,—eso no podía ser! Mi esposo vivía sólo conmigo; no tenía ninguna amistad íntima; únicamente conmigo salía.

—Pues entonces...

El doctor se detuvo; iba á decir: *pues entonces, señora, usted es quien le ha ocasionado la muerte;* pero la vista de aquel adorable semblante, tan joven, tan fresco, tan ingenuo y tan trastornado por la pena, detuvo la palabra en sus labios; díjose á sí propio que tal vez era Elvira culpable sólo de irreflexión, ó que quizá el moribundo había tenido penas cuyo origen había ocultado á su mujer.

Elvira había notado la indecisión del doctor; le miró con ansiedad, y le preguntó:

—¿Qué me decía usted?

—Que si sólo ha vivido con usted, señora, es que yo me he equivocado respecto á su dolencia, y que Dios quiere llevárselo á la gloria.

El médico, dicho esto, volvió á sentarse á la cabecera del lecho, y contempló con una conmiseración profunda aquel semblante de veintidós años, tan hermoso, tan sentimental, tan perfecto; la muerte misma parecía que no se atrevía á descomponerlo, y llegaba á lento paso cubriéndole con un velo de suave palidez.

Elvira se sentó al lado opuesto del lecho, y elevando al cielo su bello rostro lleno de lágrimas se puso á rezar con hondo fervor.

No se reconocía culpable: su alma joven, pura, fresca como su rostro, no tenía ningún instinto de justicia, de equidad, de abnegación; amaba á su marido con todo su corazón, con todo su pensamiento. Mas, para dicha suya, ni aun después de

leer la fatal sentencia del doctor, ni aun después de oírle decir que á Sebastián le mataban hondos y repetidos pesares, se dijo con la voz de la conciencia:

—Yo le he matado.

Tenía el corazón destrozado por una pérdida, que aún no creía cierta ni posible; pero su fatal educación la había librado de los remordimientos.

¡Ay, pobre Elvira!

¡A cuán duro precio debías adquirir la ciencia de la vida y de la virtud!

III

ALBERTO QUIERE SER DICHOSO

Algunos días después de las escenas precedentes, estaban reunidas en casa de Miranda varias personas que ya conocemos.

María, rigurosamente vestida de luto, se hallaba sentada en un silloncito bajo; lo negro de su traje comunicaba un brillo sorprendente á su tez alabastrina y á sus dorados cabellos; estaba delgada y triste, y sus ojos azules abatidos y rodeados de una aureola oscura.

Un rayo de sol calentaba sus pequeños pies, calzados con botitas de satén negro, y su vestido de merino descubría todas la perfecciones delicadas de su talle virginal.

Cerca de ella se hallaba sentado su primo Alberto, que la miraba con ternura; y paseándose por la sala estaba Alvareda, á quien los años no robaban nada de su vivacidad inquieta ni de su brusca franqueza.

—¡Vaya, que no es posible ver una simpleza mayor que la de afligirse de esa suerte porque hace dos días que no hay carta!—exclamó con tono entre enojado y paternal;—¡hija mía, tu sensibilidad es ya insufrible!

—¡Perdón, querido tío, perdón!—exclamó María saltándosele las lágrimas, que en vano procuraba reprimir desde hacía ya mucho rato.—A pesar del carácter fuerte é irritable de mi hermana, yo sé que amaba mucho á su marido; sé que está enferma, y temo que lo esté de mayor cuidado que el que papá dice.

—¡Que amaba á su marido! ¡Bah, bah! ¡Me río yo de esos amores! Si es amar á un hombre estarle martirizando continuamente; si es amarle no dejarle palabra, acción ni pensamiento suyo; si es amarle estar siempre regañándole, hacerle vestir de color cuando él desea vestir de negro, comer salado cuando gusta de dulces, beber cuando no tiene sed, bailar cuando está enfermo y dormir cuando desea estar despierto, entonces, hija, no ames así jamás á tu marido, porque le harás completamente desgraciado; mi buena Luisa, la santa madre de Alberto, no me amaba por cierto de ese modo.

Una lágrima asomó á los grandes ojos de Alvareda; era una lágrima rebelde que brotaba de su corazón y subía hasta sus párpados siempre que hablaba de su perdida esposa.

—Ya lo ves, hija mía—dijo, tras de algunos instantes de silencio;—siempre que hablo de tu tía lloro... yo que no tengo el corazón tierno... ni el alma nada blanda... Yo lloro como un niño... ¿Y sabes por qué? Porque era la mujer más buena que he conocido... ¡Porque el primer disgusto que me ocasionó fué el de su muerte! ¡Oh! ¡Aquella sí que era la mujer fuerte y sumisa á un tiempo, esforzada y tierna, de que nos habla la Escritura!... Quizá demasiado severa... Pero ¡ay, que ella fué la única víctima de su severidad!

—Papá, María se parece á la santa que lloramos—dijo Alberto tomando la mano de su prima;—¿á qué culparla, pues?

—Yo no la culpo, hijo mío—repuso Alvareda;—sólo digo que su hermana no merece los cuidados que ella se toma, y que es mucha lástima que haya muerto el pobre Sebastián de un tabardillo.

Los dos primos miraron á Alvareda; Alberto riéndose, y María, á pesar de su tristeza, haciendo esfuerzos para contener cierto conato de hilaridad.

—¡Sí, señor, lo sostengo: de un tabardillo!—repitió Isidoro.—¿Cómo se llama si no la enfermedad que ha llevado al otro mundo al pobre mu-

chacho? Los médicos la llaman calentura, fiebre... Pero yo digo y repito que ha sido un tabardillo, ocasionado por el genio atroz de su mujer.

—Papá—dijo Alberto,—es justo que compadezcamos á Elvira; pero dejémosla por un momento, y veamos si María fija por fin el día para nuestro casamiento.

—¡Sin estar aquí papá ni Elvira!—murmuró María.—¡Oh, no me atrevo á hacerlo, Alberto! ¡Me parecería que me casaba bajo muy tristes auspicios si fuera al altar sin mi padre y mi hermana!

—Pero, criatura, ¿no estoy viviendo yo á tu lado? ¿No represento á tu padre? ¿No soy el padre de tu futuro? O mejor dicho, ¿no soy tu propio padre, por el cariño que te tengo?

—¡Es verdad, mi querido tío, es verdad!—respondió María tomando su mano,—y quizá mi dolor me hace ser demasiado injusta contigo; pero ¿no sería mejor esperar á que vinieran papá y Elvira?

—Tu voluntariosa hermana no quiere salir de Barcelona; ya sabes que ahora le da por echársela de sentimental, y por decir que no quiere separarse de su marido, ó más bien, de los restos de su marido. Tu padre tampoco quiere dejarla sola con sus diarios ataques de nervios; conque si su sentimentalismo crece y Andrés insiste en permanecer allí, ¿hasta cuándo vais á ser vosotros las víctimas de su comodidad? Hija mía, tú te pasas la mitad de la vida sola y llorando, y la otra mi-

tad al lado de Sor Raimunda; Alberto vive solo también en casa como el hongo, por el bien parecer; y yo no sé qué hacer, como no sea procurar que os caséis al momento.

María, cuya índole, lejos de agriarse con la edad, era cada día más blanda y más dulce, iba á responder sin duda accediendo al deseo de su tío; pero la idea de casarse sin que su padre sancionase con su presencia su unión, volvió á asustarla, y guardó silencio.

—Yo me aburro mucho—dijo Alberto;—aunque he sustituido á mi tío en su agencia de Bolsa, cuando salgo de allí no sé qué hacer; mi mayor deseo es que me proporcione trabajo mi profesión de abogado, para emplear las tardes; gracias á que ahora está aquí mi amigo Gaspar, y yo paseo con él algunos ratos.

—¿Gaspar?—preguntó María;—¿quién es Gaspar? Nunca me has hablado de él.

—No me habré acordado; es un joven muy amigo mío, y muy amigo también de tus hermanos; los cuatro éramos inseparables en París.

—¡Bueno andaría ello!—dijo Alvareda.—Figúrate, hija mía, que ese Gaspar Juncosa 'es el hombre más tronera que hay bajo la capa del cielo; eterno perseguidor de mujeres...

—¡Papá!—murmuró Alberto en tono de reconvencción y mirando á María.

—¿Qué es lo que quieres, hombre?—preguntó Alvareda muy admirado, pues su turbulencia no

le permitía ciertos reparos;—¿se te figura que María se espanta de oirme? ¡Como si ella no supiera que hay hombres enamorados! Y además, es preferible que lo sepa á que se case contigo con los ojos cerrados. Pues sí, hija mía, Gaspar es enamorado, jugador, pendenciero; y á pesar de todo tiene un carácter tan flexible, que se le maneja de cualquier modo; es hombre puramente de impresiones.

—Y está además dotado del más bello corazón del mundo—añadió Alberto.

—¿Y le has conocido tú en París?—preguntó María.

—No —respondió su primo;—juntos hemos estudiado leyes en Madrid. Él es huérfano de padre y madre, natural de Granada, y tiene en aquella ciudad dos tías ancianas y viudas. Desde antes de irme yo á París éramos ya excelentes amigos, y nos unía un afecto entrañable. Él, á decir verdad, es algo gastador; pero á nadie perjudica, porque es muy rico. Toda su familia se reduce á sus dos tías, que adoran en él y son muy ricas también. Yo le dejé en París al venirme, y hace unos días que ha llegado. Como vivo solo, se ha venido conmigo; pero dice que se va á volver á Granada muy pronto. Entonces María—prosiguió Alberto,—me quedaré triste y aislado. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que tu hermana, egoísta como siempre, no quiera venir ni deje venir tampoco á tu padre?

La puerta se abrió y no dejó responder á la joven, quien vencida por el amoroso ruego de su primo, le miraba á su vez con ternura; un criado alzó la cortina de seda de la puerta y anunció:

—La señora Condesa de las Navas.

Al oír este nombre, una súbita palidez cubrió el hermoso semblante de María. La que llegaba allí era Celia, la bella, la coqueta Celia, que le había robado durante tanto tiempo el corazón de Alberto; aquella Celia á quien habían visitado una sola vez las dos hermanas en compañía de su madre, porque era prima de Sebastián.

María, con aquella viveza de imaginación que tal contraste ofrecía con lo apacible de su carácter, se preguntaba á qué vendría allí aquella mujer, á la que temía y odiaba instintivamente tanto como lo permitía su índole angelical.

Aún pensaba así cuando la joven Condesa entró con ligero paso en la sala, donde se hallaban reunidos los dos primos y Alvareda.

María se levantó, pero no pudo salirle al encuentro, y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer, mientras que Alberto miraba á la Condesa con irritados ojos.

IV

CELIA

La Condesa vestía de luto por la muerte de Sebastián, del mismo modo que Alvareda, su hijo y su sobrina.

Pero su traje no era el que convenía á un luto tan reciente ni á un dolor del corazón; llevaba un rico vestido de seda guarnecido de volantes, una capa de terciopelo y un sombrero de lo mismo, con un velo de encajes que la hacía parecer hermosa sin serlo.

Porque Celia era sólo bonita; su gracia consistía en que contaba cerca de diez y nueve años y no aparentaba más que diez y seis, por lo esbelto y delicado de sus formas; en que su tez morena estaba iluminada por dos hermosos y rasgados ojos negros; en que su boca, un poco grande, parecía formada de coral y perlas; en que su frente, si bien no muy ancha, era muy bonita, y en que su nariz, lejos de ostentar una helada y muda perfección, era levantada ligeramente, graciosa y espiritual.

Por los demás, su talle, sus pies, todo era de una rara y exquisita elegancia; tenía el aire de niña, las gracias de la adolescencia, las coqueterías refinadas de una cortesana de buen tono y la elevada posición de una aristocrática dama; todo

esto, unido á un talento vivaz y penetrante, á una sagacidad maravillosa, á una osadía sin ejemplo y á una impasibilidad admirable, la hacía una sirena peligrosa hasta el extremo.

Cuando andaba parecía no tocar al suelo con sus pequeños pies; y al verla entrar en el saloncito que ocupaba María con su tío y su primo, se la hubiera podido equivocar con una alada aparición.

Alvareda, que sólo la conocía de vista, se quedó extático contemplándola, á pesar de los disgustos que le habían ocasionado los amores de su hijo con aquella mujer; pero el calavera veterano y ya jubilado era excelente conocedor, y á primera vista comprendió lo que valía aquella niña, alegre, coqueta y llena de gracias; aquel espíritu con tan poca materia; aquel alma, que transpiraba llena de fuego y de caricias en sus ojos, en su paso y en su sonrisa.

Celia, por su parte, saludó afectuosamente con la cabeza á Alvareda, y con una sonrisa de inteligencia á su hijo; nadie, al ver aquellos saludos llenos de afecto y de cordialidad, hubiera creído que la misma que los hacía había dirigido pocos meses antes una carta llena de insolencia al padre y había cerrado las puertas de su casa al hijo.

La pobre María, que era toda candor y honradez, creyó, al ver la señal de afectuosa inteligencia que la Condesa dirigió á Alberto, que sus re-

laciones no se habían interrumpido un solo día y que seguían más afectuosas que antes.

En cuanto á Celia, se acercó á ella, le tomó las manos y le besó en las dos mejillas, con ese cariño estrepitoso y pueril que las jóvenes usan entre sí, y que regularmente oculta tantas perfidias.

—Amiga mía—le dijo,—ayer he vuelto de París, y me han dicho que su papá de usted ha ido á consolar á Elvira de la muerte de nuestro pobre Sebastián, y que usted había quedado sola en su casa; por lo mismo he creído de mi deber venir á verla y ofrecerle la mía, por si se digna habitarla conmigo; estoy sola también, porque mi marido, aquejado de una dolencia al pecho, ha marchado á Niza para todo el invierno.

En tanto que Celia hablaba así, sus brillantes ojos negros no se separaban del hermoso y severo rostro de Alberto. María lo observó, y casi sintió rubor de tener que responder cortésmente á aquellas palabras, que sólo eran un disfraz para encubrir una impúdica coquetería. No obstante, obligada á decir algo, respondió á Celia.

—Doy á usted mil gracias, Condesa, por su buen deseo; pero no estoy sola: mi querido tío ha venido á acompañarme hasta que vuelvan mi padre y Elvira, á los que esperamos en breve.

—¡Ah, ya!—respondió Celia con una adorable sonrisa, y fijando en Alvareda sus ojos entornados con una expresión de malicia provocativa y descocada;—¿vive con usted el señor de Alva-

reda? ¡Ay, pobre amiga mía, la compadezco á usted!

—¿Por qué, señora?—preguntó Isidoro, cuyo corazón de fuego se derretía bajo la mirada de Celia.

—¿Cómo por qué? Caballero, usted ya no recuerda lo severo que ha sido conmigo—respondió Celia;—¡no parecía sino que Alberto quería casarse con una cualquiera cuando me quiso á mí! ¡Si es usted tan severo con su sobrina, de seguro que no la verá ni el sol!

—Eso es una equivocación—respondió Isidoro con una sonrisa dolorosa y como ruborizado;—ya ve usted cómo el sol le está dando ahora mismo en los pies.

La ironía desvergonzada é hiriente se ve á veces confundida con la expresión más sencilla y más pueril, y esto le sucedió á Celia; mordióse los labios, y permaneció algunos instantes en silencio; luego prosiguió:

—¡Si al menos, querida María, su primo de usted pudiera vivir aquí! Esto le haría más llevadera la ausencia de su padre; pero ya sé que tiene que estar en casa para acompañar á su amigo, y mío, Gaspar Juncosa.

—¿Es amigo de usted también el amigo de Alberto?—preguntó María con un acento ligeramente irónico.

—Sí, querida María; le conocí en París, y por cierto que me gusta mucho. Usted no puede tener

una idea de lo que es un hombre como Gaspar... Ya se ve, educada por un áya medio monja, y que según he sabido después se metió monja del todo, no conoce el mundo como yo. ¡Pobre María! Deseo que usted se case para ver si vuela un poco.

—Pronto, pues, verá usted realizado su deseo, Condesa—dijo Alberto herido con el manejo de Celia, que separaba de él los ojos con hastío cuando la miraba, y que le clavaba una mirada centelleante cuando miraba á otra parte.

—¿De veras?—preguntó la Condesa;—¿tiene ya novio María? ¿Y es acaso su primo Alberto?

—Sí, señora.

—Lo había oído decir, y le doy por ello mí enhorabuena. ¡Según me han contado, jamás ha tenido relaciones con nadie!

—Pues han engañado á usted, Condesa—repuso Alvareda;—mi sobrina ha tenido partidos excelentes, que ha desechado.

—¿Y por qué así, querida mía?—preguntó Celia volviéndose hacia María;—¿á causa sin duda de algún otro amor?

—No puedo decir á usted el motivo, señora—repuso modestamente María;—creo, sin embargo, que ha sido á causa de tener poca vocación al matrimonio.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¡Si esa vocación, querida mía, la tenemos todas! ¿Qué desea una mujer desde que sabe pensar? ¡Un marido! ¡Si se casa

una con la persona á quien ama, tanto mejor; si no... paciencia!

Es imposible describir el modo con que dijo este *paciencia* la Condesa, y la mirada que al pronunciarlo dirigió á Alberto; éste, que estaba desprevenido, no supo soportarla, y bajó los ojos ruborizado. Celia continuó:

—Si una se casa por razones de familia ó de consideración social, sufre mucho... Pero ¿qué remedio? El bien más estimable se pierde generalmente, porque si fuéramos dichosos, no se llamaría esto valle de lágrimas.

Nadie respondió á Celia. María, comprendiendo por instinto que aquella mujer llevaba allí la sola mira de atentar á su dicha, estaba dolorida y palpitante; su tío y su primo miraban á Celia con una especie de fascinación.

Ésta había cruzado sus pies, que salían por debajo de su elegante falda de seda, y los mecía con indolencia; la expresión de su semblante, cándida y viva al mismo tiempo, contrastaba con sus palabras, ora impregnadas de sentimiento, ora llenas de una audaz y desvergonzada coquetería; la atracción fatal que durante tanto tiempo había dominado á Alberto, volvía á posesionarse de él, y lo que era más raro, se apoderaba también de su padre.

Celia comprendió la situación de aquellos dos hombres, y se decidió á añadir leña al fuego.

—Señor de Alvareda—dijo,—esta noche estaré

en mi casa, como estoy todos los miércoles; si usted es tan bueno que se resuelve á dejar el casino y á sus amigos para acompañar mi forzosa viudez, se lo estimaré mucho; hago esta advertencia á muy pocas personas, y por lo mismo puedo asegurarle que estaremos casi solos.

—Gracias, Condesa—respondió Isidoro con una voz, no ya iracunda ó severa, sino sumisa y poco segura;—agradezco á usted la distinción, y le prometo que iré.

—No hago igual invitación á Alberto—prosiguió la Condesa,—porque sé que se halla en vísperas de contraer matrimonio con mi querida María, ó al menos, según dije antes, me lo han contado, y es de suponer que desee estar á su lado. ¿Digo bien? ¿No es cierto este casamiento, querido Alberto?

El joven no respondió; aquella mujer brillante, atrevida, ingenua, juguetona, había vuelto á dominarle; avergonzábale casi el confesar su próximo enlace con la sencilla y modesta María; hallaba alguna cosa de vulgar y de mal tono en inclinar su cuello á la coyunda matrimonial á su edad y con sus esperanzas. Pero si una cortedad insuperable le dominó á él, otro sentimiento muy distinto se posesionó del ánimo de Alvareda y del de María, é hizo brillar los ojos de entrambos.

El padre de Alberto, el viudo de Luisa, el calavera de cincuenta y cuatro años, se sentía domi-

nado, fascinado por aquella mariposa con alas de gasa que había ido á revolotear á su vista.

Una pena profunda se deslizó en su corazón al pensar en que aquel hada peligrosa había ido allí por su hijo, y al oír preguntarle si era verdad su próximo enlace, brillaron sus ojos de alegría.

Los de la joven prometida lanzaron también un rayo de gozo; pero ¡ay! la alegría culpable y el gozo legítimo se desvanecieron en un instante.

Alberto, según queda dicho, no respondió; abatido, confuso, avergonzado, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Celia, que realmente no tenía mal corazón, contempló con pena el nuevo aspecto que la escena presentaba; amaba aún á Alberto con toda su alma, pero le dolía el golpe que su silencio daba á la pobre María.

—Veo—dijo con voz mal segura—que me han engañado al asegurarme que estaba próximo á hacerse este casamiento, ¿no es verdad, María?

—No, señora—respondió la joven;—le han dicho á usted la verdad.

—Y... ¿cuándo se verifica?—preguntó Celia, á cuyos labios volvió á asomar una risita burlona.

—Dentro de ocho días—respondió María, en cuyos grandes y hermosos ojos azules brillaba una resolución suprema.

—¡Cómo!—exclamó Celia,—¡tan pronto! ¡Yo creía, querida mía, que esperaría usted á que llegasen su padre y su hermana!

—Su vuelta se retarda, y no esperaremos más.

—Y esto es tanto más natural, cuanto que Andrés y Elvira desean vivamente esta boda—añadió Alvareda.

—¿Pero y las amonestaciones?—insistió Celia, que se refugiaba en las últimas trincheras como un enemigo vencido y derrotado.

—Todo estará corriente en los ocho días—respondió Alvareda;—se leerán las tres el domingo, y el lunes se casarán.

—En ese caso, voy á preparar mi regalo para la novia—dijo Celia levantándose con una sonrisa amarga.

—Gracias, Condesa gracias—repuso María, cuyas mejillas estaban encarnadas por efecto de la excitación nerviosa que le dominaba; y añadió con una sonrisa dolorosa: —tengo bastante con el convencimiento de que es usted dichosa con mi felicidad.

La Condesa no respondió; presentó sus manos á María, con esa fórmula de sociedad afectuosa en la apariencia y que tantos rencores oculta, y estrechó en silencio la de la señorita de Miranda, que permaneció inerte y fría entre las de Celia.

Ésta pasó por delante de Alberto sin mirarle; y luego, como el griego de la fábula que al huir herido de muerte arrojó al enemigo la última de sus flechas, se volvió al viejo calavera con la sonrisa más seductora, y le dijo:

—Señor de Alvareda, ¿tiene usted la bondad

de acompañarme hasta mi casa? Abajo está mi coche.

—¡Oh, señora!—respondió Alvareda transportado al séptimo cielo y ofreciéndole el brazo con rendida galantería.

Los dos desaparecieron. María se levantó, salió tras ellos, entró en su cuarto, cubrió su rubia cabeza con una mantilla, y dijo á su doncella:

—Pepa, acompáñame.

La antigua defensora de María se levantó sin responder nada y se puso también su mantilla, siguiendo á su joven ama, que tomó el camino del convento de religiosas del Santísimo Sacramento.

V

LA REVELACIÓN

La señorita de Miranda preguntó por Sor Raimunda, y fué introducida al instante en un locutorio con la buena Pepa, que había adquirido con los años una monstruosa obesidad.

Pronto bajó la religiosa, y María levantó el velo de su mantilla, mostrando en su semblante las huellas recientes de algunas lágrimas.

Mundeta levantó también el suyo, y Pepa fué á sentarse prudentemente en un rincón de la estancia.

La religiosa estaba más pálida y más demacra-

da que cuando vivía en el mundo; pero á medida que la carne iba desapareciendo, el alma se mostraba más bella, más radiosa, más celestial.

Sus grandes ojos negros habían adquirido una inflexión hacia el cielo, como si mirase más allá de las cosas de este mundo; en sus labios vagaba una sonrisa triste y elocuente como la de todas aquellas personas que han padecido mucho; en aquella elevada frente, serena y apacible como el mar en una tarde de calma, estaba escrito el martirio del corazón.

Pepa, cansada del corto trayecto hasta el convento, se durmió apaciblemente en el viejo sillón que ocupaba, y la antigua aya quedó á solas con su educanda.

—¿Qué sucede, querida María?—le preguntó con la dulce voz que era el eco de su alma.—¿Has llorado?; ¿tienes penas?

—Sí, Mundeta—respondió María, que no había dejado de llamar á la religiosa con la graciosa abreviatura de su juventud;—tengo una pena horrible..., y no estando aquí mi padre, vengo á llorar contigo.

—¡Penas tú, querida niña?—exclamó la religiosa con una triste sonrisa.—Sólo te es dado contar una... ¡La de haber perdido á tu madre!

—¡He perdido también el amor de Alberto!—respondió María, que rompió á llorar desconsoladamente.—Sí, en vano he creído, y tú me has hecho creer, que me amaría al fin... Si se casa

connigo es por lástima hacia mí..., porque conoce cuanto le he querido toda mi vida...; ó quizá para consolarse de la ingratitud de esa mujer, que ahora le ha envuelto de nuevo en sus redes.

—¡Cómo!—exclamó Mundeta;—¿pues no se casó la Condesa?

—Sí; pero su marido está ausente, y ella, con pretexto de visitarme, ha venido hoy á casa, donde ha visto á Alberto.

—Pues si no hay nada más que eso, no debes alarmarte.

—¡Oh, sí!—respondió María;—¡hay más, mucho más!

—Veamos—dijo Mundeta con otra sonrisa entre dulce y triste.

—Pues bien—añadió María, por cuyas rosadas mejillas no dejaban de correr gruesas lágrimas:—ella preguntó que si era verdad que nos casábamos; y él, que poco antes había estado rogándome que fijase el día de nuestra unión; él, que tan apasionado parecía, se avergonzó y no pudo responder una palabra.

—Lo creo—repuso la religiosa con tranquilidad.

—¡Cómo que lo crees!—exclamó María.—¿No te indigna eso, ó es que ya está frío tu corazón? ¿Ya no conoces las conveniencias sociales? ¿Sabes, Mundeta, que la vacilación de Alberto es para mí una injuria mortal? ¡Oh, ahora siento con toda el alma lo que he hecho!

—¿Y qué ha sido?—preguntó la religiosa.

—Que para vengarme de la Condesa; para darla celos, porque veo que está muy enamorada de él; para evitar que Alberto se me escapase después de haber consagrado á su amor toda mi vida, la he dicho que nos casábamos dentro de ocho días. ¡Oh, qué humillación!—exclamo María, con las mejillas bañadas de lágrimas y teñidas de rubor.—¿No hubiera sido más digno dejarle entregado á esos infames lazos?

—¡No!—respondió Mundeta;—es más digno lo que has hecho, hija mía. Alberto te ama á ti; esa mujer le seduce, le fascina, nada más, y uniéndole á ti, recobras un bien tuyo que querían arrebatarte.

—¿Pero no se arrepentirá ahora acaso de su deseo de casarse conmigo?

—No—repuso la religiosa;—no hay hombre alguno que se arrepienta de haberse casado con una mujer bella, virtuosa y de claro talento; los que aman más la disipación, los más débiles para los tiros de las coquetas, son los que más aprecian en su esposa la rectitud y la nobleza del corazón. María, el matrimonio es el lazo santo que une las almas, es la sola posición que conviene á la mujer; y entre tantos hombres como hay frívolos, duros y egoístas, debes dar gracias á Dios por haberte designado por compañero á Alberto.

María **nada** respondió; aquellas palabras la ha-

lagaban, y le parecía que derramaban un bálsamo benéfico sobre su lastimado corazón.

La religiosa continuó de esta suerte:

—Decirte que después de casada has de ser completamente dichosa, sería darte una esperanza vana; la mujer jamás lo es. Hay en nosotras más ternura, más sensibilidad que en los hombres. Para nosotras es lo primero el amor; para el hombre es lo último. Antes que al amor se dedica á buscar posición, y se ocupa de la ambición, de las intrigas, de los negocios. No puede haber, pues, equilibrio alguno en el matrimonio, en cuanto al corazón; pero sí puede hacerse menor la desigualdad, poniendo en la balanza mucha prudencia, delicadeza y generosidad por parte de la mujer.

—Mundeta—dijo María cándidamente,—¿cómo sabes tanto no habiendo sido casada jamás?

—¡Ay, hija mía!—respondió la religiosa;—no sabes tú, ¡y ojalá no lo sepas nunca!, cuánto enseñan el martirio del corazón y el aislamiento de todo afecto en que yo vivo toda mi vida. Esto que te digo no me lo dicta la experiencia; ¡pluguiese á Dios fuera así! Me lo han enseñado el instinto del corazón, el dolor, las largas horas de amarga reflexión, que han enaltecido mi alma, me han disipado todas las ilusiones y han desterrado de mí todas las nieblas del egoísmo. ¡En mi vida he tenido una hora de felicidad; pero conozco todos los dolores de la tierra!

—¡Amiga mía! ¡Pobre amiga mía! ¿Conque has

sido tan desventurada?—exclamó María, en cuyo corazón vibraba la voz de la religiosa;—y esos pesares tuyos ¿han provenido del amor?

—¡Sí! —respondió Mundeta en voz baja y como temerosa de profanar aquellas bóvedas sagradas;—¡todos mis dolores han provenido del amor!

—¿Y por qué no me los has confiado?

—Eras dichosa, hija mía, y no quería yo empañar tu puro pensamiento con las nieblas de mi amargura; pero hoy que te veo sufrir, debo decirte que es sin motivo, y que no tienes el derecho de arrojar de ti la felicidad que Dios ha querido enviarte.

—Pero ¿quién te hizo desdichada?—preguntó María, olvidando su propia pena para pensar en las de su amiga;—¿se opuso tu familia á tu casamiento?

—Voy á decirte lo poco que puedo de mi doloroso secreto, hija mía—respondió Mundeta;—y después no me preguntes más, porque ya no podría responderte: el hombre á quien yo amaba no era libre..., me engañó; pero al descubrir su engaño le hallé tan desgraciado, que no tuve valor para reconvenirle, y sólo supe perdonarle; la suerte me había empujado á vivir junto á él..., y además de la suerte..., una persona..., ¡que ya no existe! ¡Dios la haya perdonado! ¡Aquella mujer..., porque era una mujer, María, conocía bien el corazón del hombre que me amaba, y conocía también la nobleza de su alma! Contaba con que me

respetaba demasiado para vivir á mi lado... Sabía que huiría..., y sucedió así... ¡Huyó!

—¡Dios mío!—exclamó María, quien durante el relato de la religiosa, se iba poniendo pálida y convulsa.—Y esa mujer que tan dura y arbitraria medida tomó...; esa mujer que así disponía de la suerte de los demás...; esa mujer que robó ese hombre al amor de su familia, á su patria... ¿Dónde está?... ¿Qué ha sido de ella?

—¡Murió! ¿No te lo he dicho?—repuso la religiosa, en cuyas miradas se veía una especie de extravío.—¡Desde aquel día vivió en un continuo remordimiento..., que la mató al fin!... ¡Dios la castigó, y á mí sólo me toca rogar por su alma!

—¡Y yo también rogaré, porque esa mujer era la madre de Alberto!—exclamó María con el semblante cubierto de lágrimas, y alargando á través de las rejas del locutorio sus dos manos á la religiosa.

Ésta retrocedió asustada de lo que había dicho.

María prosiguió:

—¿No sé yo que fué mi tía la que te trajo para ser aya nuestra? ¿No he oído yo á mi tío lamentarse de que el mal carácter de mi madre hiciera á mi padre desgraciado hasta el punto de ir á buscar fuera de su casa la paz y el cariño, y de que las consecuencias de aquel cariño costasen la vida á su mujer? ¡Oh, sí, es mi padre el que te amaba, mi pobre Mundeta, y por huir de su vista te encerraste aquí en la aurora de tu vida, pro-

nunciando votos que sólo la muerte puede romper! ¡Ah, si hubiéramos sabido que mi madre había de pasar tan pronto á mejor vida, tú te hubieras unido con lazos eternos al hombre á quien amabas!

—¡Dios no lo quiso!—respondió la religiosa, que no pensó siquiera en negar la evidencia que se presentaba ante los ojos de la joven.—Poco después de pronunciar yo los votos que me separaban de tu padre, murió su esposa. ¡Acatemos su soberana voluntad! ¡Quizá yo hubiera sido desgraciada, porque el amor que me tuvo se ha extinguido en su corazón!

—¿Y qué tiene eso de extraño?—exclamó María;—¿no eras tú ya para él un imposible?

—¡Él también lo era para mí—contestó Sor Raimunda con acento profundo y doloroso;—y sin embargo, su imagen, María, la imagen de tu padre no se aparta de mi corazón y de mi pensamiento! ¡Este amor, que ya cuenta doce años de vida, acaba la mía con un martirio indescriptible! ¡Yo no he amado, ni amaré á nadie más que á él!... ¡A él, mi primero, mi último, mi único amor sobre la tierra! ¡Todo lo que el cielo me había negado de brillantes dotes, de imaginación y de talento, me lo había concedido de corazón y de cariño, y ahora siento que el corazón se deshace y queda yerto! ¡Él... no; él ha dejado esta tierra para ir á la que su hija habita, sin tratar de despedirse de mí! ¡Así son los hombres, María; todos son así!... Y

por eso te digo: ¡Bendice á Dios porque te ha deparado un esposo como Alberto, y bendígole yo también, porque haciéndole á él dichoso, sonreirá el alma de aquella pobre mártir que está en el cielo!

—¿Te crees tú acaso la causa de la muerte de mi tía?—preguntó María asombrada.

—¿Y quién duda que lo soy, aunque inocente?—respondió la religiosa.—Es verdad que la excesiva severidad es cruel casi siempre; pero á no haberme hallado tu padre en su camino, ¿hubiera ella padecido tanto?

—Mundeta—dijo María,—eres una santa; seguiré tus consejos y me casaré con mi primo, aunque desconfío mucho del porvenir...

La señorita de Miranda fué interrumpida por algunos golpes dados á la puerta. Pepa, interrumpida también en medio de su apacible sueño, se levantó asustada y fué á abrir.

—¿Qué hay, Juan?—preguntó María al ver á uno de los criados de su casa.

—Que ha llegado el señor—respondió el lacayo,—y me ha mandado que viniera á buscar á usted, creyéndola aquí.

—¡Mi padre!—exclamó María levantándose presurosa; y luego añadió:

—Y mi hermana, ¿ha llegado también?

—No, señorita—contestó el criado.

—¡Dios mío, qué es lo que sucede entonces?—exclamó María trémula.—¡Mi padre aquí, sin El-

vira! Adiós, Mundeta—prosiguió;—pronto volveré á verte.

Esto diciendo, desapareció seguida de sus dos criados; la religiosa alzó al cielo sus ojos bañados en triste llanto, y murmuró:

—¡Heme aquí, Señor, olvidada de todos, abandonada del mundo entero! Sola estoy contigo; pero tú has dicho: «¡Los que lloran serán consolados en el reino de mi padre!»

.....

María llegó corriendo á su casa; tal había sido la velocidad de su carrera, que apenas podía respirar; su padre la recibió en sus brazos, y ella le preguntó ansiosa por Elvira.

—No ha querido salir de allí, por ahora—respondió Miranda;—y yo, por mi parte, no he querido que fueras al altar sin la compañía de tu padre. Ahora toma, lee y decide.

Al decir esto, le presentó una carta. María la tomó con mano trémula, porque había conocido en el sobre la letra de su primo; abrió la misiva, encarnada como la grana, y leyó lo que sigue:

«María, ¿podrás perdonarme después de la escena que acaba de tener lugar? ¡Á no ser tu padre mi intercesor, no lo esperaría! ¡Esa fatal mujer logró volverme á alucinar, y por un instante fui débil, cobarde, cruel! ¡Pero éste es el amor vano y fantástico de la cabeza, y mi corazón es tuyo desde que sé darme cuenta de sus latidos!... María, consiente en ser mía dentro de ocho días, según me

has prometido en un raptó de cólera contra tu enemiga, y yo te haré tan dichosa, que jamás te arrepentirás de tu generosidad; redime mi loca juventud con tu santo cariño; consiente en formar ese dulce lazo, y verás cómo es eternamente tuyo el corazón de tu

ALBERTO.»

María dobló la carta sonriéndose; se apoyó en el brazo de su padre, y entró con él en su cuarto.

Después se acercó á su buró, y escribió en una hoja de papel:

«Te perdono, te amo, y nós casaremos dentro de ocho días.

MARÍA.»

—Dale esto, papá—dijo después á Miranda,— y dile que dé gracias al mediador que ha elegido.

Miranda abrazó á su hija, y salió para cumplir su comisión.

María alzó al cielo sus ojos, y murmuró:

—¡Ya soy dichosa, porque de todas las desgracias, de todos los dolores, de todas las pasiones borrascosas que han rodeado mi cuna y se han cernido desoladoras é invisibles sobre mi cabeza, he sacado la ciencia terrible de la vida!

VI

EL CASAMIENTO

Ocho días después, y á las seis de la tarde, María, ataviada ya con su traje nupcial, terminaba una carta para su hermana, cuyo último párrafo decía así:

«Voy á salir para la iglesia, Elvira mía, y mi corazón se oprime al ver que tú no estás entre las personas que han de acompañarme; ¿por qué no has querido venir? Esa melancolía que, según dice nuestro padre, te domina; esa exagerada aflicción á que á todas horas te entregas, minarán tu salud, tan delicada ya de sí; yo no cesaré de llamarte á mi lado y de decirte que vengas á presenciar mi dicha, porque yo espero ser dichosa. En vano me recuerdas el amor que Alberto, casi niño y niñas nosotras también, tuvo á Mundeta. Sor Raimunda, á quien he visto hace muy pocos días, me ha hablado de otro amor, que llenó toda su alma en otro tiempo, y cuyo recuerdo la martiriza todavía; pero nada me ha hablado de la infantil pasión de Alberto; yo lo esperaba, mas al ver que ese sentimiento no asomaba entre sus recuerdos tristes, guardé también silencio; en cuanto á Alberto, la nombra con tranquilidad. Hermana, en los hombres lo imposible asesina al amor; en nosotras lo aviva; así ha formado el Todopoderoso

el corazón de uno y otro sexo, y es nuestro deber tener paciencia.

»Adiós, hermana mía, mi casa es tuya, y Alberto te llama también; ven á alegrar con tu encantadora y brillante hermosura y con tu querida presencia la felicidad de tu amante hermana

MARÍA.»

La joven cerró esta carta, y luego fué á mirarse al espejo; jamás se había visto tan bella. Su traje era de una sencillez virginal; lo componía un vestido de seda blanco, guarnecido de blonda, con un ramo de azahar entre sus dorados rizos, y otro en el pecho; su collar, pendientes y brazaletes eran de oro y perlas, de gran trabajo y riqueza y regalo de su padre.

María estaba pálida y delgada; había padecido mucho desde la partida de su padre para Barcelona. La fe en el porvenir faltaba en aquel joven corazón, qué apenas empezaba á vivir; en medio de su inocencia, había visto de cerca todo lo que tienen de terribles las pasiones, los estragos de la coquetería y lo mudable del corazón humano; pero no bien se hubo acercado al espejo, su hermosura y su juventud la convencieron de que tenía el derecho de ser dichosa, y una sonrisa de contento entreabrió sus bellos labios rosados.

Sacóla de sus reflexiones el rumor de la puer-

ta, que se abrió para dar paso á sus alegres amigas.

Eran siete jóvenes, de las cuales la mayor no pasaba de veinte años; María, gozosa, corrió á su encuentro, y las abrazó una por una.

—Venid—les dijo,—venid á ver los regalos, que están en mi gabinete.

Todas la siguieron á la pequeña sala que antes ocupaban las dos hermanas, pues á la sazón se hallaban en la que había ocupado Mundeta; allí, y extendido sobre una larga mesa cubierta con un tapiz de damasco azul, se veían todos los presentes ofrecidos á la joven desposada, cada uno de los cuales tenía encima una tarjeta con el nombre de la persona que se lo dedicaba.

—¡Qué lindo cofrecito!—dijo una de las jóvenes, señalando hacia un extremo de la mesa.

Todas siguieron la dirección de su dedo, y fijaron sus miradas en el objeto indicado.

Era, en efecto, un cofrecito de plata cincelada, con incrustaciones de oro, de un gusto exquisito; sobre la tapa, y en una chapa de porcelana azul, se leía en letras de oro:

La Condesa de las Navas, á su querida amiga María.

—¿Se puede abrir?—preguntaron las amigas de la novia.

—¿Por qué no?—respondió ésta al instante, con una sonrisa que tenía mucho de forzada y dolorosa.

Una de las jóvenes abrió la caja, y apareció en su fondo una cascada de diamantes; era un soberbio aderezo digno de una reina.

—¿Por qué no te has puesto hoy toda esta riqueza?—preguntó una de las jóvenes.

—La guardo para mejor ocasión—respondió María.

—¿Mejor ocasión que el día que te casas?

—Llamo mejor ocasión, porque podré lucirlo más.

—Vamos, hija mía, los carruajes nos esperan—dijo Miranda, que apareció en la puerta;—vamos, señoritas, que el novio, como es natural, se impacienta.

Dos de sus amigas colocaron sobre la frente de María el velo nupcial, con alguna envidia; la novia se apoyó en el brazo de su padre, y todos pasaron al salón.

.....

Media hora más tarde María y Alberto, arrodillados á los pies de un sacerdote, pronunciaban el sí solemne que unía para siempre sus destinos.

Alberto se levantó risueño, con la mirada franca y la sonrisa alegre; ya se había fijado para siempre su porvenir; el porvenir que le brindaba con la paz del hogar, y cerraba la puerta á las disipaciones y locuras de su juventud, que aún le asediaban á cada paso.

María estaba también alegre; ya se hallaba unida á Alberto, único amor de toda su vida.

Al acabarse la ceremonia, Miranda y Alvareda se estrecharon la mano, y se cambió entre ambos una mirada de dicha y de seguridad para el porvenir.

La felicidad del padre de María era, sin embargo, más pura que la del padre de Alberto.

Éste amaba como un loco, como un niño, á Celia, la joven Condesa; aquél, aunque había sentido huir de su corazón el amor de Mundeta, no le había abierto á ningún otro, y le tenía ocupado sólo con sus recuerdos y con el cariño de sus hijas.

Andrés ya no amaba, es verdad; pero no había ocupado de nuevo su pensamiento con otra pasión indigna; su corazón era un sepulcro helado, sobre el cual flotaba la luz dorada y risueña del amor paternal.

FIN DE LA PARTE CUARTA

PARTE QUINTA

GASPAR

.....
Que el hombre, con sed ansiosa,
Busca alegría en su casa;
Que en ella su dicha basa
Y la dicha de su esposa.
Y que para ésta ha de ser
Más grato darle alegría,
Que no mirar que se hastía,
Que se harta de padecer.
Que al fin su razón se exalta,
Y para acallar su pena,
Corre á buscar en la ajena
Lo que en su casa le falta.

José MARCO: *El sol de invierno.*

I

DOS SISTEMAS OPUESTOS

Dos años después, y en uno de los primeros días del mes de Marzo, María y Elvira se hallaban sentadas en una linda salita de labor de la casa de la primera.

Elvira, á pesar de los ruegos de su hermana, y sólo por espíritu de contradicción, se había obstinado en permanecer en Barcelona hasta entonces; pero hacía quince días que, fastidiada de re-

pena, había levantado su casa y se había trasladado á Madrid para reunirse con su hermana.

Halló á ésta cambiada completamente. María había perdido algo de su diafanidad y se había embellecido mucho más, adquiriendo sus formas una redondez encantadora. Alberto no estaba más hermoso, pero sí más alegre; tenía un aire más tranquilo; era, por fin, un hombre feliz. Acogió á la hermana de su esposa con una alegría sincera y cordial, pero sin muchas palabras y ademanes; no obstante, las que le dijo fueron sentidas y bellas.

—Aquí estarás mejor, querida niña; seremos muchos para amarte, y sólo procuraremos hacerte feliz.

Este fué el recibimiento de Alberto. María, más expansiva y más conmovida, lloró mucho, y no se cansaba de acariciar y de abrazar á su hermana.

Miranda era ya un anciano de sesenta y cuatro años, sereno y admirable; ya no trabajaba, y pasaba los veranos en las Provincias Vascongadas y los inviernos en París.

Alguna vez venía á Madrid para ver á sus hijos; pero Madrid se le había hecho casi insoportable desde que había experimentado en él tantas pérdidas y tantas desgracias.

Mundeta, ó Sor Raimunda, dormía ya también el sueño de los justos; su vida se fué apagando lentamente, sin amargura, sin dolor ostensible. Un día de los que María fué á visitarla, la halló más

pálida y más triste, pero más dulce y amorosa que nunca; la religiosa se informó de la suerte de la joven, y le dió buenos consejos. La señora de Alvareda, sin saber por qué, se separó de ella con el corazón oprimido, y al darle la mano vertió lágrimas. Sin esperar al domingo, que era cuando le hacía su visita, volvió; pero bajó la Superiora al locutorio, y le dijo estas sencillas palabras:

—Hija mía, Sor Raimunda ruega ya en el cielo por nosotras.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?—exclamó María con espanto.

—Ha pasado á una vida mejor.

—¿Y cuándo? ¡Dios mío!

—Hace dos días, al ocultarse el sol. Hacía ya mucho tiempo que redoblaba sus penitencias de un modo que nos alarmaba; se la veía enflaquecer. Hubiérase dicho que un ángel le bajaba del cielo un poco de alimento para sustentarla, porque nada comía de lo que comemos las demás. Hace dos días estaba rezando por la tarde en la iglesia con todas nosotras, sus hermanas, que tanto la amábamos. Cuando el sol desapareció de las vidrieras del coro, ella cayó... con la cara contra el suelo; la levantamos: estaba muerta. Por la mañana había confesado y comulgado. En su rostro había una expresión celestial. ¡Era una santa que fué derecha á la gloria! Señora, me esperan; no llore usted, pues ella es más dichosa que los que quedamos acá abajo.

La Superiora se retiró, y María volvió á su casa con el corazón lleno de pena; el cariño de su esposo la calmó poco á poco, y á los ocho días de la pérdida de su amiga se acordaba de ella como de una santa que pedía por su felicidad á los pies de Dios.

Por eso la llegada de Elvira la colmó de gozo. Para María, sencilla, laboriosa, retirada, había pocas amigas, porque, en lo general, la mujer es frívola y aficionada á las diversiones y á la novedad. Venía á su lado aquella hermana única y tan amada, y no podía hallar compañera mejor para su aislamiento, que era, por otra parte, muy voluntario.

Pero la Elvira que ella recibió en sus brazos y en su casa estaba muy cambiada; sus dos años de soledad y de viudez se habían pasado en leer novelas, y su cabeza, joven y ardiente, se había llenado de ideas tan extrañas como erróneas.

A la sazón se hallaban las dos en la salita de labor. María bordaba unas zapatillas para su marido, y Elvira leía uno de sus autores favoritos; ambas se hallaban del todo embebecidas en sus respectivas ocupaciones, cuando Elvira alzó la cabeza.

—¿Aún no ha vuelto Alberto?—preguntó con admiración.

—No—respondió María tranquilamente y sin alzar los ojos de su bordado.

—¡Pues vaya una calma que tiene!—repuso la joven viuda.—¿No salió á las nueve?

—Sí.

—¡Pues son las once!

—¿Y qué?

—¡Cómo y qué! ¿No te choca tan larga tardanza?

—No, por cierto.

—Pues, hija mía, yo creo que en vez de andar por ahí, debería estar aquí, en su casa, y al lado de su mujer.

—¡Vaya! ¿Volvemos á las andadas?—preguntó María riendo.—¿Conque, según tu opinión, mi marido no debía separarse nunca de mi lado?

—¡Claro está, como hacía Sebastián!

—¡Bah, bah! ¡Eso es un absurdo! Cada hombre tiene su genio. Sebastián era de condición dulce, apacible; Alberto es activo, vivaz; y además, Sebastián era opulento, y Alberto tiene que trabajar para vivir.

—¡Ah... ya! ¿Piensas tú que ahora está trabajando?

—Ciertamente.

—¡Vaya una candidez! Mejor estará en casa de la Condesa.

María, al oír estas imprudentes palabras, se echó á reír; pero una palidez intensa se extendió por sus lindas facciones.

Sin embargo, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y respondió:

—¿Es acaso hora ésta de visitas galantes? Además, Alberto ya no ve á esa mujer, que ha hecho

su presa desde hace dos años del padre de mi marido.

—¡Sí, sí; tú fía en los hombres! Yo lo que veo es que antes Alberto sólo salía contigo, que te acompañaba á todas partes, y ahora se va y te deja en casa.

—¿Me ha de llevar á la Bolsa?

—Vamos, contigo no adelantaré nada, aunque trate de convencerte de lo perjudicial que es dar á los maridos tanta rienda; pero si yo me llego á casar otra vez...

—¡No será fácil que esto suceda, si das á entender al que ha de ser tu marido tu modo de pensar!—dijo María sonriéndose.

—Pues estás muy equivocada—repuso agriamente Elvira;—porque has de saber que... á no ser yo tan rigorista...

—¿Qué quieres decir?—exclamó María, al ver el rubor que coloreaba las mejillas de su hermana.—¿Habrás ya salido de tu dolorosa apatía, querida Elvira? ¿Amarás de nuevo?

María, al hablar así, había olvidado la honda herida que su hermana abriera en su alma al recordarle á la Condesa, y sólo pensaba en la dicha de verla feliz á su lado.

—Creo que sí—respondió Elvira, con toda la candidez de sus diez y nueve años y de su poco trato de mundo.

—¿Pero á quién? ¿Cómo?

—Voy á contártelo todo—dijo Elvira con voz

dulce y sentándose al lado de su hermana, con aquella sencilla confianza de su niñez:—has de saber que en el mismo vapor que me condujo desde Barcelona á Valencia venía un joven encantador.

—¡Un joven!

—Ya tendrá veintisiete años; pero creo que se le puede llamar joven todavía. ¡Y luego es tan elegante, tan simpático! ¡Tiene tan hermosos ojos! ¡Con un talento, unas maneras!

—¡Ay Dios, hermana mía, tú estás cautivada ya del todo!—exclamó María;—¡qué entusiasmo, qué fuego!

—¡Si tú le hubieras visto—respondió Elvira, cuyos ojos brillaban efectivamente de entusiasmo,—no te extrañaría eso! Cuando me miraba, y esto era sin cesar, tenían sus ojos una elocuencia irresistible. ¡Su conversación era tan amena é ilustrada y su amabilidad tan galante!... Lo menos veinte veces me recogió del suelo el libro en que yo, á pesar del mareo, me empeñaba en leer; y sus dulces palabras, sus atenciones, me hicieron la travesía tan breve y tan ligera, que al llegar á Valencia sentí un verdadero pesar. Desde entonces he pensado muchas veces que aquel joven tan cortés, tan distinguido, tan amable, debía ser, sin duda, un marido ejemplar.

—¿Quién sabe?—murmuró María sonriéndose, al ver el cándido entusiasmo de su hermana; pero

ésta, herida por aquella sonrisa, frunció sus negras cejas, y exclamó:

—¡A no ser que diera con una mujer tan simple como tú, que á los tres días, con ternezas, con mimos y con una imprudente y culpable indulgencia, le hiciese adquirir fueros de amo y señor!

—Pero, Elvira—repuso la joven,—un marido no es un amante; á la primera pasión, sucede un cariño más noble, más serio, más razonado, por decirlo así; el esposo tiene que atender al bienestar de su familia; tiene que buscar decoro y comodidades para su esposa, y por hallarlas para mí trabaja Alberto y sale de casa solo, no porque hoy se haya vuelto indiferente ó frío.

La llegada de Alberto interrumpió á su mujer. Éste entró apresurado y en extremo alegre; saludó á Elvira con la cabeza, y fué á tomar las manos de su esposa; exclamando al mismo tiempo:

—¡Oh, María, qué sorpresa, qué dulce sorpresa! ¡Quién lo había de pensar!

—¿Qué sucede?—preguntó María levantándose.

—¡Que he hallado al mejor de mis amigos, á Gaspar! ¡Salía yo de la Bolsa y venía á casa por la calle del Correo, cuando un hombre, que acababa de apearse de un carruaje, se dirige corriendo hacia mí, me estrecha entre sus brazos, me oprime, me estruja, dejándome el semblante humedecido con las lágrimas que se escapaban de sus ojos!

—¿Y era Gaspar?—preguntó María, que participaba de la emoción de su marido, en tanto que Elvira sonreía con una expresión muy marcada de desdén é incredulidad.

—¡Sí, Gaspar, el amigo de mi adolescencia y de mi juventud; mi querido Gaspar! Dice que me escribió su salida de Granada; pero yo no he recibido su carta.

—¡Oh! ¡En España los correos van tan bien como todo!—dijo Elvira, que era muy apegada á todo lo francés, como buena romántica.

—No hay por qué culparlos—respondió Alberto;—ninguna carta se pierde, y de fijo mañana recibiré la de Gaspar.

—¡Y llegará á buena hora!—murmuró Elvira;—dos días después del en que te hacía falta.

—¿Pero es posible que has de estar siempre incomodada y regañando por todo?—dijo Alberto riendo;—¡yo no he visto en toda mi vida un genio semejante!

—¿Y qué habrá dicho tu amigo?—preguntó María, que veía con dolor la desavenencia que había algunas veces entre su esposo y su hermana, ocasionada por el carácter irascible de esta última.

—Se enfadó algo cuando llegó á la estación y no me encontró en ella—respondió Gaspar;—pero así que le dije que no había recibido su carta, me absolvió de mi culpa. ¡Si no hay alma como la suya, ni corazón más noble!

—¿Y viene á vivir á Madrid?—preguntó María.

—No—repuso su marido;—viene sólo por quince días, á fin de activar un pleito, en el que tiene comprometidos algunos miles de duros.

—De ese modo le habrás ofrecido nuestra casa, y vendrá á ella, ¿no es verdad?—preguntó María, cuyo carácter dulce se esforzaba siempre en complacer á su marido.

—Querida mía—respondió Alberto,—aunque á hacerlo me obligaba el tierno afecto que nos ha unido siempre y sus muchas pruebas de amistad, no me he atrevido á tanto...

—¡Dios mío! ¿Y por qué razón? ¡Has hecho muy mal!

—¡Qué quieres! El que se casa ya no es dueño por completo de su voluntad; debe consultar la de su esposa, y á ti podía incomodarte que viniera Gaspar...

—Has obrado perfectamente—dijo Elvira, apoyando esta vez á Alberto;—no era cuerdo que hubieras ofrecido á ese señor esta casa como si fuera una posada.

—Pues yo pienso de muy distinto modo—dijo María;—creo que no sólo Alberto, sino yo también, obraríamos muy mal no obligando á Gaspar á venir aquí los días que haya de permanecer en Madrid. Alberto debe mil atenciones á su amigo.

—¡Nada, nada; no hablemos más! Recogiendo quedaba el equipaje; voy á buscarle, y ya no le suelto hasta traerle. ¡Gracias por tu bondad, que-

rida María! ¡No sabes lo feliz que me haces en esta ocasión!

Alberto tomó su sombrero, y salió trasportado de alegría á buscar á su amigo, bendiciendo á su mujer desde lo íntimo de su alma.

II

EL AMIGO

Las dos hermanas volvieron á quedarse solas. Elvira de muy mal humor, porque, en su carácter dominante, deseaba que todos se doblegasen á su voluntad, y veía que María, aunque de carácter muy dulce, estaba dotada de una firmeza admirable, siguiendo sólo las inspiraciones de su corazón, siempre noble, y de su pura conciencia.

La joven no había olvidado los consejos de Sor Raimunda; y con una bondad inalterable, pero digna, había ido cautivando el ánimo de Alberto, que aún se distraía en los primeros meses de su unión con la pérfida imagen de la condesa Celia.

Pero la prudencia, el talento y la bondad, unidos á una belleza poco común, á unos modales distinguidos, á una elegancia encantadora y á un constante deseo de agradarle, triunfaron por fin de las distracciones y de los recuerdos de Alberto, quien, á los tres meses de su unión, no conocía nada más perfecto que su mujer; todo su orgullo

consistía en llevarla del brazo, elegante, linda, coquetamente vestida; dejó de ir al café y al casino, donde estaba antes hasta el amanecer; y no concebía el teatro como no ocupase un palco con María, donde todos pudieran admirarla.

La llegada de Elvira vino á contrariarle un poco; temía que el carácter irascible y dominante de ésta malease algo la índole angelical de su mujer. Pero pronto se convenció de que, por el contrario, el carácter de Elvira ganaba algo, ó se modificaba al menos, á vista de la tolerancia de María, á la manera que algunas plantas balsámicas purifican la atmósfera en que viven, aunque esté, por otra parte, cargada de emanaciones nocivas.

Las dos hermanas volvieron á sus ocupaciones luego que hubo salido Alberto; pero Elvira tuvo por muy pocos instantes fijos los ojos en su libro; su semblante decía claro el mal humor que la dominaba. Durante algunos momentos hizo lo posible por reprimir su enojo; pero no pudiendo conseguirlo, arrojó el libro sobre la mesa.

—¿Qué te pasa?—preguntó María sonriendo.

—Me pasa que estoy irritada de tu proceder, y de ver del modo con que corres á tu perdición—respondió indignada la joven viuda.

—¿Yo corro á mi perdición?

—¿Y quién lo duda? ¡Consentir que tu marido traiga á casa un amigo!

—Pero, ¿qué tiene de extraño?

—¡Nada! Pero tú me lo dirás al cabo de pocos

días. ¡Ese amigo será un loco, un jugador desenfrenado! ¡Los dos recordarán aquellos buenos tiempos de París, en que tan lindas cosas hacían, y volverán á emprender la vida de calaveras!

—¡Dios mío, en todo eres exagerada!—dijo María, quien á pesar de continuar sonriéndose, sentía que un dolor sordo y punzante le oprimía el corazón al oír los pronósticos de su hermana.—¿No es más fácil y más seguro que Alberto convierta á su amigo con el espectáculo de nuestra dicha y le haga pensar en casarse? Y en este caso, tú que eres tan linda, ¿no pudieras ser la preferida?

—¿Yo?—respondió Elvira con desdén;—no admitiría la preferencia.

—¿Tanto te ha impresionado el joven del vapor, que le sacrificarías un brillante porvenir? Porque ya sabes que Gaspar pertenece á una familia noble y rica, que tiene un talento poco común y una instrucción muy vasta.

—¿Y yo de qué lo he de saber? ¡En mi vida he visto á ese dichoso amigo!

—Pero has oído hablar mil veces de él á Alberto.

—No me acuerdo; pero si está dotado de todas esas bellas prendas, ellas debían ser una razón más para no recibirle en casa.

—¡No comprendo!

—¿No estoy yo en ella?

—¿Y qué?

—¿No soy una joven? Pues bien, las gentes podrán criticar y... Vamos, hermana mía, di á Alberto que se lleve á su amigo y le busque una fonda.

—¡No haré, por cierto, semejante cosa!—respondió María riendo á carcajadas.

—¡Pues lo que es á mí, no me ha de ver!—exclamó Elvira resentida.

—¡Válgame Dios, y qué niña eres!—dijo María.—Para ser una mujer honrada y pura, ¿necesitas ser adusta ó gazmoña? ¿Hay algo más suave y natural que la verdadera virtud? Pero ¡bah, ya caigo! ¡Será que no quieres ser infiel, ni de pensamiento, al joven del vapor!

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta de entrada, y un instante después se oyó también la risa franca de Alberto.

Elvira saltó, más bien que se levantó, de su asiento.

—¡Qué empeño!—dijo su hermana;—¿te vas al fin?

—¡Sí!—respondió la joven, y en seguida desapareció tras la cortina que cubría la puerta de un gabinete inmediato, al mismo tiempo que aparecían en la de entrada Alberto y su amigo.

Era éste un gallardo joven, de la edad de Alberto, de figura bella y simpática; alto, moreno, elegante; pero en sus facciones, de una admirable perfección, se notaba cierta expresión de hastío.

A la vista de María, pareció sorprenderse de la

belleza y de la gracia exquisita de la joven; pero muy pronto volvió en sí como hombre de mundo, y la saludó con gracioso desembarazo.

—Señora—dijo con acento algo confuso,—mi amigo Alberto me ha obligado á venir; pero sentiría en el alma incomodar...

—Caballero—interrumpió María, con aquella dulce sonrisa que sólo ella poseía y que la hacía tan encantadora;—usted viene á honrar con su presencia esta casa, y á darnos á mi esposo y á mí una gran satisfacción.

—¿Has destinado ya habitación á Gaspar?—preguntó Alberto.

—Sí—respondió María;—aquella que está al lado de la tuya.

Al pronunciar estas palabras señaló á un gabinete situado á su izquierda, y añadió graciosamente:

—Advierto á usted, sin embargo, caballero, que tendrá que resignarse; la habitación no es tan buena como yo la desearía para usted.

—Señora, yo no sé cómo agradecer atenciones tan galantes como las que usted me dispensa—respondió Gaspar mirando á María como petrificado;—yo no esperaba...

—¡Oh! ¡Ya estaba yo seguro de que mi mujer te gustaría!—dijo Alberto.—¿Cuánto va que ya no te asusta como antes?

—¿Pues me juzgaba tan rara?—preguntó María riendo.

Gaspar se ruborizó, lo cual no dejaba de ser encantador en un hombre de su talento; sin duda había tenido formada hasta entonces tan mala opinión de las mujeres casadas, que no quería que la supiera la seductora esposa de su amigo.

—Señora—observó,—no haga usted caso de lo que dice su esposo, quien siempre tiene ganas de chancearse. Cuando á venir me invitó, yo no quise aceptar, porque ignoraba lo mucho que usted valía. Si he de ser franco, temía un recibimiento frío, enojoso... En cuyo caso, yo, que tengo un carácter bastante áspero, hubiera vuelto á recoger mis bártulos y me hubiera ido á la fonda más cercana.

—Pero ¡Dios mío! ¿Hay mujer capaz de una grosería semejante?—preguntó María admirada.—¡Recibir mal á un amigo! Verdaderamente, tiene usted formado de nosotras un juicio poco favorable.

—Así es, en efecto; pero me complazco en proclamar, amiga mía, que he hallado en usted una excepción de la regla.

—Pero ¿usted qué sabe? ¡Yo tengo muchos defectos!

—No sostendré yo que sea usted perfecta; pero debe usted tener muchos menos que otras mujeres que yo sé. Señora, la verdad, tengo formada mala opinión de la mujer en general.

—Pues no es usted justo.

—Tal vez, y lo siento; porque si no varío de modo de pensar, me moriré soltero.

—¡Veo que es usted un enemigo contumaz del matrimonio!—dijo María sonriendo.

—¡Tantos sacrificios exige!... Por de pronto, adiós amigos, porque la esposa los mira siempre con rencor; quiere ser sola, para dominar más á su placer á su marido. Después, ¡qué de impertinencias hay que sufrir! «¡Que no fumes, que no vayas al café, que te vengas á acostar temprano!» Y el pobre marido, si quiere paz y no morir de fastidio ó de un sofocón, lo cual tampoco tendría nada de particular, ha de acceder á todo; apelar á la ficción para librarse de semejante esclavitud, maldecir la hora en que contrajo su malaventurado enlace, y en fin, desear la muerte con todo su corazón.

—¡Ah! ¡Cuánta tontería has ensartado, y qué descortés estás!—exclamó Alberto riendo.

—No hay tal—respondió blandamente María;—todo lo que tu amigo ha dicho es, por desgracia, verdad.

—Pues ya sabe usted, señora, por qué no quería venir—dijo Gaspar, pasmado al ver que María no daba muestras de enojo;—y estoy cierto de que su claro talento me disculpará.

—Sin duda; porque usted temería...

—Temía que Alberto estuviera dominado ridículamente por su mujer, y ser causa con mi presencia de un disgusto sordo, de amargas reconvencciones que hicieran sufrir á mi amigo y llegasen á convertir su casa en un infierno; pero todo

esto, lo repito, señora, era porque ignoraba lo que usted valía.

—Amigo mío—repuso María,—lo que yo hago no es virtud; no pasa de ser prudencia, y hasta algo de egoísmo. Pues la mujer que procura hacer feliz al hombre que le dió su nombre y quiso partir con ella su suerte, sus placeres y sus dolores; la mujer que le ama y le respeta, que procura complacerle y derrama en su casa el santo perfume de la paz y de la felicidad, por más que digan las personas del gran mundo y las dotadas de una imaginación exaltada y enferma, se conquista su reposo y es á su vez venturosa. Esto es lo que yo decía hace poco á mi hermana.

—¿Tiene usted á su lado una hermana?—preguntó el viajero.—¡Cuánto siento no haber ya tenido el placer de saludarla!

—¡Oh, y por cierto que es lindísima!—repuso Alberto.—Temo que haya peligro en verla para tus ideas de soltero contumaz.

—¡No temas!—dijo Gaspar moviendo lentamente la cabeza;—bien á mi pesar, vengo enamorado.

—¿Tú?—exclamó Alberto;—pero, vamos, ¡ya comprendo! Amores de quince días, como todos los tuyos.

Y volviéndose á su mujer, la preguntó:

—¿Dónde anda Elvira?

—Ahora entró en su cuarto—respondió aquella,—y yo también voy por adentro; ustedes ten-

drán que hablar, y les dejo en libertad... Adiós, amigo mío; adiós, Alberto; luego nos volveremos á ver.

María salió; su esposo y Gaspar la siguieron con los ojos hasta que desapareció el último pliegue de su largo traje.

III

EL SOL DE INVIERNO

—Conque, querido Gaspar, ¿qué me dices?—preguntó orgullosamente Alberto á su amigo así que se quedaron solos.

—Digo—repuso éste pensativo—que me gusta en extremo tu mujer.

—Ya lo sabía yo—respondió Alberto con esa íntima satisfacción que da el convencimiento de la propia ventura.

—¡Si es un modelo de perfecciones!—continuó Gaspar.—¡Qué linda, qué talento, qué gracias, qué distinguida y espiritual! ¡Y al mismo tiempo la rodea una nube de candor, que la protege de todo peligro de seducción! ¡Oh! ¡Si yo hallara una mujer así!...

—Te casarías al instante, ¿verdad?

—No—respondió Gaspar con prontitud;—no llega á tanto mi entusiasmo. La recomendaría á

un amigo, á quien después de ti quiero con todo mi corazón.

A esta inesperada salida, Alberto respondió con una carcajada.

—Vamos—dijo,—tú eres aún el mismo; zahiriendo sin compasión el matrimonio.

—Y yo te hallo á ti muy cambiado.

—¡Qué quieres! Te aseguro que soy ahora mucho más feliz que cuando estaba soltero. Para mí entonces volaba el tiempo... ya te acuerdas... en París, entre fiestas, placeres y orgías; pero no tenía el encanto que hoy rodea y hace también breves las horas de mi vida.

—¡Bravo, eres un excelente actor!—exclamó Gaspar riendo y dando palmadas.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Alberto asombrado.

—¡Digo que haces el LUIS de *El hombre de mundo* de un modo inmejorable! Sigue: ¿conque aquellos goces?...

—Terminaban siempre en un tedio profundo. Aquellos varios amores que sucesivamente iban apoderándose de mi corazón; aquel sol de cariño me abrasaba con sus ardores, y su luz cegaba mis ojos. No tenía paz, alegría ni tranquilidad á ninguna hora del día. ¡Cuán diferente veo hoy la existencia! El amor de María, de ese ángel que uní á mi destino, ha dado vida á mi corazón, herido por un fastidio eterno no menos que por crueles desengaños; todos mis pesares se disipan con su

puro y santo anhelo; dicha no interrumpida me depara; un mañana más risueño que el hoy que se acaba me muestra siempre en lontananza, y hasta poder alcanzarle, mi casa convertida en cielo.

—¡Ya, con angelitos y todo!—repuso Gaspar irónicamente.—¿Cuántos hijos tienes?

—Aún no tengo la ventura de ser padre—respondió Alberto,—lo cual me es muy sensible.

—Lo creo; te he dicho mil veces, y eso en los tiempos de tus mayores calaveradas, que tu porvenir se reduciría, por fin, á casarte y ser un padre de familia con gran barriga y muchos hijos; pero, vamos, dime con franqueza: ese cielo que debes á tu mujer, ¿está siempre sereno?; ¿no le empaña nube alguna?...

—¡Oh, no!—respondió Alberto con tal entusiasmo, que sus ojos brillaron y se colorearon sus mejillas;—no hay nubes en mi cielo; siempre veo brillar en él un sol, que da vida á cuanto baña y le presta nuevos encantos. Es ese sol que en los días de invierno buscamos con avidez; es ese sol que contemplamos con tanto placer, y cuyo calor benéfico, lejos de abrasarnos, nos vivifica y regenera; ese sol cariñoso que despierta en nuestra alma un sentimiento dormido de bienestar; ese sol ante el cual huyen las nieblas, y después parece que, agradecida, le sonríe la naturaleza entera.

—Tienes razón—repuso Gaspar;—te comprendo. Ese sol envidiable es tu mujer, porque has

tenido la fortuna de que te caiga en lote una esposa... inverosímil, y es hasta un deber sagrado en ti alabar á las mujeres. Pero en tesis general...

—Tú acabarás por casarte.

—No pienso en tal cosa—respondió Gaspar con viveza;—aunque, si he de decirte la verdad, siento mucho la violenta antipatía que me inspira el matrimonio; en primer lugar, porque ya hace tiempo que dejé de ser pollo, y después, por otras varias causas: ¡solo, sin familia ni hogar!...

—El día que te enamores, le buscarás y le hallarás al instante.

—¿No te he dicho que estoy enamorado?

—¿De quién?

—No sé quién es ni cómo se llama; sólo sé que es una joven muy hermosa. ¡La más hermosa que yo he visto!

Gaspar dijo estas palabras con acento profundo y pensativo; luego prosiguió:

—Ella no sabe la impresión que produjo en mí, porque yo no quise decírsela.

—¿Cómo! ¿No sabe que la amas?

—No.

—No la querrás de veras.

—No lo sé; lo que sí es cierto es que la ausencia no ha borrado el recuerdo que conservo de ella.

—Pues ten valor y ¡qué diablo! atrévete á entrar en la cofradía.

—¡Jamás! ¡No ves que me acuerdo del pobre

Esteban, de aquel compañero de colegio! Su mujer le causó la muerte con su genio feroz. Pues ¿y Baltasar? Por huir de la suya pidió su traslado á Cuba, y allá se fué hace pocos meses, dejándose á su mujer en su pueblo con el pretexto de que no quería exponerla á los ardores de aquel clima.

—Te comprendo.

—Pues ¿y á Juan?

—¿Qué le ha sucedido?

—¿Qué? Que la alhaja de su esposa...

Aquí Gaspar, temeroso de que las señoras de la casa oyesen lo que iba á decir, que por la cuenta debía ser demasiado fuerte, se acercó al oído de Alberto y le dijo algunas palabras.

Alberto retrocedió dos pasos, y se santiguó asombrado.

—Eso es muy serio—dijo después.

—Ya está entablado el divorcio—prosiguió Gaspar.—Por todo lo cual he escarmentado en cabeza ajena, y me he convencido de que es obra de algún sabio este refrán: *El buey suelto bien se lame.*

—Pues yo—repuso Alberto—pudiera citarte el ejemplo de algunos matrimonios completamente dichosos.

—Son más los malos.

—No es eso; sino que como los malos son los que arman los estruendos y los escándalos, el mundo se apercibe de ellos solamente, sin reparar

en que hay otros muchos matrimonios buenos que gozan en silencio de una ventura envidiable.

—Eso será—dijo Gaspar;—en fin, voy á ver si me convierto á tu lado; pero mira: entretanto, quisiera que me dieras todo lo necesario para escribir á mis pobres y viejas tías mi feliz arribo á la corte.

—Ahí, en tu cuarto, habrá hecho colocar María todo lo necesario. Yo te dejo.

—Mira que no me estorbas.

—No importa: voy adentro. Llama si te hace falta alguna cosa más.

Alberto salió, y Gaspar se puso á recoger su abrigo y saco de noche de encima de una silla para entrarse con todo á su cuarto, cuando la puerta del gabinete de Elvira se abrió y apareció ésta con un libro en la mano.

IV

ENCUENTRO

La joven, movida por la curiosidad propia de su carácter, salía para ver al viajero; pero deseaba no ser vista de él. Sin embargo, á la primera mirada que fijó en su semblante, fué tal su sorpresa, que no pudo contener un grito y dejó caer el libro que tenía en la mano.

Al ruido se volvió el viajero, y vió confusamente la falda de un vestido de mujer y un libro.

que había caído al suelo, y se inclinó para recogerlo.

Mas al ir á devolverlo, y al fijar á su vez la mirada en el hermoso semblante de Elvira, otra exclamación se escapó de sus labios.

—¡Santo Dios!—dijo reconociendo al mismo tiempo el libro y á la que lo leía.—¡Será posible! ¡Usted aquí?

—¡Caballero!...—balbuceó Elvira confusa y trémula.

—¡Qué feliz casualidad!—prosiguió Gaspar.—¡Conque, según lo que veo, el hermano á quien usted venía á buscar desde Barcelona es Alberto?

—¿Y usted—dijo Elvira sonriéndose—el amigo que acaba de llegar?

—¡Si me parece un sueño!—exclamó Gaspar; y luego añadió mirando á Elvira con un interés sencillo y afectuoso:

—¿Se ha aliviado usted ya de su indisposición?

—Sí—respondió la joven;—era sólo la incomodidad producida por el mareo; pero ya se pasó.

—¡Qué vapor!—exclamó Gaspar, cuyos ojos brillaban con un entusiasmo extraño en él;—¡cuando me acuerdo!... No he viajado jamás en otro que hiciera la travesía con tanta velocidad.

—En efecto—dijo Elvira suspirando;—no en vano le dieron el nombre de *Rápido*.

—Yo le hubiera llamado *Fiero*; pero lo más raro es que la diligencia en que he venido me ha

parecido que andaba á pásos de tortuga. ¡Lo menos se ha retrasado diez horas! ¡Oh, qué viaje!

—No comprendo—dijo Elvira.—¿A la diligencia culpa usted de pesada?

—Sí.

—¿Y se queja de la ligereza del vapor?

—Sí; me quejo del vapor porque me separaba de usted, y culpo á la diligencia porque tardaba en traerme aquí.

Elvira bajó los ojos ruborizada, y murmuró sonriendo con encantadora coquetería:

—Repito que no comprendo á usted.

—No lo extraño—repuso Gaspar,—porque para entenderme sería preciso que el corazón de usted sintiese lo que siente el mío.

Elvira alzó lentamente las largas pestañas negras que guarnecían sus párpados, y miró á Gaspar con tanta gracia y donaire; que el corazón del contumaz enemigo del matrimonio palpité en su pecho aceleradamente.

—Y ¿qué siente usted?—preguntó la joven.

—Si he de decir la verdad—repuso Gaspar,—ni yo mismo lo sé; pero sufro mucho.

Elvira volvió á sonreirse, y dijo, bajando los ojos esta vez:

—No conociendo la enfermedad, es difícil buscar la medicina que ha de curarla.

Gaspar, que era maestro en esto de enamorar mujeres, y que iba ya haciéndose superior á su turbación, respondió:

—Yo estoy seguro de que la hallaría, mas no me atrevo á indicarla.

—Mal hecho—repuso Elvira alzando de nuevo sus párpados.

—Pues ya que usted me anima, voy á ver si me es posible sacudir mi cobardía y explicarle lo que me pasa.

Y Gaspar, después de hacer como que se recogía un momento, prosiguió de esta suerte:

—No bien vi á usted en el vapor, ya no pude apartar mis ojos de su divino semblante más que para dar gracias al cielo por la dicha que me había deparado.

—Creo—dijo Elvira—que es usted... andaluz.

—Sí—respondió Gaspar algo mohino;—pero á pesar de serlo, no es mi costumbre mentir ni aun exagerar.

—Lo tendré muy en cuenta.

—Sigo mi narración—interrumpió Gaspar:—como decía, usted al instante hizo prisioneros á mis ojos con los suyos; intenté darme una razón de ello; quise pensar, y me hallé con que mi pensamiento estaba cautivo también; y en fin, á medida que llegaba al puerto el vapor, sentía mi corazón oprimido y...

—¡Ah, ya! Se estaría resistiendo á que yo le prendiera—dijo Elvira.

—Pero fué inútil su resistencia, porque en este instante late por usted, ¡sólo por usted!

Gaspar pronunció estas palabras con el acento

de la convicción y de la verdad, porque la belleza de Elvira, sus coqueterías y el exquisito perfume de elegancia que se desprendía de la joven, le tenían subyugado y sujeto á una especie de fascinación; pero sus mismas palabras disiparon esta vaga embriaguez que iba envolviendo su cerebro como un velo de gasa.

Apenas acababa de pronunciar su declaración, asustóse de lo que significaba, y dió dos pasos atrás.

La voz de Elvira volvió á atraerle. como un cántico sonoro é impregnado de armonía; la joven le miró tiernamente, y pronunció estas palabras con su acento cadencioso y suave:

—Si fuera cierto lo que usted ha dicho... yo...

—Repito que, aunque andaluz, no miento jamás—dijo Gaspar acercándose de nuevo á Elvira.

—Pues bien—repuso ésta,—voy á hablar á usted con franqueza: usted ha logrado inspirarme... una viva simpatía.

—¡Qué escucho!—exclamó Gaspar, sin ver que se dejaba coger en aquel lazo de seda y oro;—¿siente usted por mí simpatía?

—¡No; no es eso!—respondió Elvira confusa.

—¿Amistad?—preguntó Gaspar con tristeza.

—No, no; tampoco—contestó la joven.—Mire usted: cuando llegamos á Valencia, al ver que nos teníamos que separar, que usted se marchaba á Granada y yo á Madrid, ¡sentí un pesar!...

—¡Será posible!

—Sí, es la verdad; y este pesar, en vez de borrarse con el tiempo, se fué aumentando, siempre unido al recuerdo de usted.

—¡No es ilusión!—exclamó entusiasmado Gaspar, quien, como hombre de impresiones, se dejaba llevar siempre de la del momento.

—Un día—prosiguió la joven—fuí con mi hermana á comprar unos cubiertos; en tanto que ella los elegía, yo fijé mi atención en una sortija de un gusto en extremo delicado; el platero me hizo observar que en la cinta que formaba podían grabarse letras...

—¡Ah!—exclamó Gaspar,—¿y le dió usted mis iniciales, G. J.?

—No—respondió Elvira.—¡Mucho hubiera deseado poder hacerlo; pero no las sabía!

—¡Ay, Dios, cuánto lo siento! Por si ocurriera otra vez, me llamo Gaspar Juncosa, y...

—En cambio—dijo Elvira,—mire usted lo que puse.

Gaspar tomó, trémulo y turbado por su conmoción, la preciosa mano que le presentaba Elvira; fijó sus ojos en la sortija, y leyó: 24 de Febrero.

—¡Qué miro!—exclamó.—¡Esta fecha!...

—Es la del día en que yo hice presos á sus ojos de usted, á su pensamiento y á su corazón—respondió Elvira con una sonrisa encantadora y sin cuidarse de desprender su mano de las de Gaspar.

—¡Me parece esto un sueño!—exclamó Gas-

par;—y para convencerme de la realidad, necesito una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ver lucir esa sortija en mi mano; ¡que usted me la conceda!

—Y en cambio...—dijo Elvira sacándose la sortija.

—¡En cambio, juro á usted que la amaré eternamente!

—Pues tome usted—dijo la joven, acercándose á Juncosa y poniéndole la sortija en el dedo.

En aquel instante se oyeron pisadas, y Elvira se hizo dos pasos atrás; pero el fleco de un chal de la India que llevaba sobre su traje de seda, á causa de estar aún delicada después de su viaje, se había enredado en un botón del gabán de Gaspar.

Elvira asió rápidamente el fleco, y quiso deshacer el enredo; pero sólo consiguió hacerle mayor.

En aquel instante María y su marido aparecieron en la puerta de entrada.

—¡Alberto!—pensó Gaspar confundido;—¿qué es lo que creará? ¡Cómo se va á reir!

Los dos esposos adelantaron algunos pasos, y apercibiéndose de lo que sucedía, soltaron la cajada.

Entonces Elvira, ciega de cólera y de rubor, dió un tirón y arrancó parte del fleco de su chal, separándose con ímpetu.

María, á pesar de su natural apacible, se acer-

có á su hermana, y le dijo con una especie de burla dulce:

—¿No decías que no te había de ver la cara nuestro amigo?

—¡Es que has de saber que es el joven del vapor!—respondió Elvira.

—¡Tú, que siempre vas huyendo de las mujeres!—dijo al mismo tiempo Alberto á su amigo.

Elvira conoció lo cruel y bochornoso de su posición, y con voz trémula exclamó, dirigiéndose á Gaspar:

—¡Hable usted!

—Alberto—dijo Juncosa,—en tu hermana he hallado la mujer de quien te hablé.

—¡Ah, ya! ¿Aquella de quien estabas tan enamorado?

—La misma: la conocí en el viaje que hice desde Barcelona á Granada; la he hallado aquí, y la he declarado mi amor.

—¿Sabes lo que hay, Alberto?—preguntó María á su marido.

—Hay—respondió Gaspar con gravedad,—que pido á ustedes la mano de su hermana.

—¡Será posible!—exclamó Alberto estupefacto.—¿Qué dices tú á eso, Elvira?

—Digo—respondió ésta—que... apoyo la petición del señor de Juncosa.

—Pues, por mi parte, hijos míos—dijo Alberto uniendo las manos de los jóvenes con cómica gravedad,—que Dios os haga felices. Pero tú, Gas-

par, ¿no me has dicho que le temes tanto á la casa y á las mujeres?...

—Sí—respondió Gaspar;—¡pero quiero ver si consigo encontrar mi *sol de invierno!*

Elvira pagó las lisonjeras palabras de Gaspar con una dulce mirada, y luego salió con su hermana, á la que quería referir todos los pormenores de su dicha.

V

ANTES QUE TE CASES...

Al día siguiente de la brusca declaración de Gaspar respecto á su deseo de casarse con Elvira, toda la familia se reunió para almorzar; la alegría reinaba en la mesa. La joven viuda se había vestido con esmero, y la esperanza de una dicha cercana, borrando las antiguas nubes de su melancolía, la hacía parecer más hermosa, ó mejor dicho, animaba su belleza de un contento dulce y radioso.

Alberto y Gaspar abandonaron la mesa apenas terminó el almuerzo, y se encaminaron, para fumar con libertad, á la sala de labor, ocupando cada uno un cómodo sillón.

—Gaspar—dijo Alberto tras algunos instantes de silencio, —quiero que hablemos como dos buenos amigos.

—Hablemos—respondió Gaspar mirando á Al-

berto con extrañeza;—pero ¿á qué viene esa gravedad?

—Óyeme y lo sabrás: así como no aplaudo el descabellado juicio que ayer formaste del matrimonio en general, no admito, ni creo que sea prudente, que ahora, así..., sin reflexionarlo quizá, por un capricho solamente, te cases, y...

—¿Cómo sin reflexionarlo?—exclamó impetuosamente Gaspar;—¡yo amo á Elvira, y esto basta!

—Te engañas; y convendría desde luego que el trato...

—¿Conque niegas que la ame?

—No lo niego; lo que niego es que la ames bastante para ser feliz á su lado. Eres un hombre de impresiones, y siempre te dejas llevar de la última; no olvides el refrán: *antes que te cases, mira lo que haces.*

—Y no olvides tú que si no me caso así..., de repente..., me moriré soltero.

—¿Y por qué? ¡Veamos!

—Es muy sencillo: porque si todos los hombres meditaran lo que van á perder y á ganar casándose, ni para muestra se hallaría un marido en toda la tierra. Las mujeres son un mal muy grave, ya lo sé; pero también he llegado á convencerme de que son un mal necesario.

—Yo te aseguro que no eres lo que se necesita para ser un buen marido, y que, por lo mismo, debes mirar mucho y elegir lo mejor; en cuanto á Elvira, te advierto que es muy celosa.

—Yo cuidaré de no darle motivo para que lo sea.

—Pero debes estudiar su genio.

—Después de casado.

—Mira que tiene un carácter algo violento...

—Eso no es falta.

—No es falta, pero puede ser sobra.

—Nada me importa.

—No olvides que el matrimonio es un nudo...

—¡Hombre, ya lo sé!

—Que puede oprimirte mucho y que no tendrás más remedio que sufrir, porque sólo la muerte lo desata.

—¡Basta!—concluyó Gaspar algo enojado;—te digo que estoy resuelto á casarme con Elvira; te lo he repetido veinte veces desde ayer, con el fin de dejar ya arreglado el día y demás, y siempre te he visto poco propicio á secundar mis deseos.

—No esperaba que fueras tan ejecutivo—respondió Alberto;—pero, vamos, no te enfades, pues ya sabes que todo cuanto te digo es por tu bien, y que mi mayor deseo es que entres á formar parte de mi familia.

—Pues entonces, ¿por qué quieres que esté haciendo el pollo diez años? Elvira vale mucho; pero si me crees indigno de su mano, me lo dirás claro, y yo...

—¡Tú estás loco!—exclamó riendo Alberto.

—No, no estoy loco, estoy muy cuerdo; y por

más que sea hermana de tu mujer, soy yo bastante para ir al gobernador á que me dé una orden de depósito.

—¡Santos cielos! ¡Este hombre es un reloj descompuesto!—murmuró Alberto; y luego, levantando la voz, añadió:—¿Qué estás diciendo? Si para nada absolutamente necesitáis ni ella ni tú mi consentimiento. Elvira es viuda...

Al oír estas palabras Gaspar, sorprendido, dió un paso atrás y exclamó:

—¿Qué dices?

—¡Que es viuda!

—¿Y por qué murió el marido? Siendo ella tan buena..., tan dulce..., no acierto á explicarme... ¡Ah, ya! Moriría de empacho de felicidad.

Alberto no pudo menos de soltar otra carcajada al oír tan original salida; pero procuró contenerla, porque la ansiedad de su amigo, aunque cómica en las formas, era verdadera en el fondo.

—No—dijo;—se murió... se murió de un tabardillo.

—¡Santo Dios! ¿Sabes que ese dato es muy alarmante para mí, querido Alberto? Habla: ¿has oído decir si el difunto se irritaba?

—¡Él! ¡Si era un cordero! Pero no tomes por el lado que quema lo que te he dicho; el esposo de Elvira murió á consecuencia de unas calenturas...

—¿Tenía afición á la caza?

—No, por cierto: era de costumbres suaves, apacibles; y si has de amar y mimar á Elvira

como él, mucho trabajo ha de costarte; pero ella viene hacia aquí y te podrá informar...

—¡Oh, no!—interrumpió Gaspar;—no le digas ni una palabra de lo que hemos hablado.

Alberto sólo pudo responder con un signo de cabeza, porque las dos hermanas entraron en la habitación.

A la expresión de alegría y de dicha que durante el almuerzo había animado las lindas facciones de Elvira, sucedió otra de disgusto y mal humor: echó una mirada de enojo sobre Gaspar, y se dejó caer en un sillón.

—¡Ay, Dios!—dijo en seguida con tono mimoso y lleno de desdén;—¡cualquiera diría que les causamos horror! ¡Es mucha galantería la de ustedes!

—Pero, Elvira—dijo María,—quizá tendrían que hablar, y en ese caso...

—Sin acabar de almorzar—repuso Elvira—se han levantado de la mesa, y no puede disculpar esta falta de atención razón ninguna.

—Hay una—dijo Alberto.

—¿Y se puede saber cuál es?—preguntó fríamente Elvira.

—Sin duda, hermana mía: necesitábamos fumar, y no hemos querido haceros toser con el humo.

Elvira se volvió hacia Gaspar, que, en efecto, acababa de encender un cigarro puro, y le dijo con enojo y extrañeza:

—¡Cómo! ¿Usted fuma?

—Sí tal—respondió éste con aire satisfecho, pues había tratado á muchas mujeres enemigas de los hombres que no fumaban,—fumo mucho y siempre puro.

—¿Y por qué no fumas tú?—preguntaba María al mismo tiempo á su marido, á cuyo lado se hallaba sentada al otro extremo de la estancia.

—Acabo de hacerlo—respondió Alberto;—pero voy á encender otro cigarro sólo por complacerte.

—Haz lo que quieras—dijo María;—mi solo deseo es que nunca te prives por mi causa de ese gusto.

El silencio reinó algunos instantes; pero Elvira le rompió la primera, diciendo á Gaspar secamente:

—¡Siento en el alma que usted fume!

—¿Hace á usted daño?—preguntó Gaspar mirando con tristeza su magnífico habano.

—Sí—repuso la joven;—me incomoda ese olor; vamos, ¡me apesta!

—¡Oh, qué horror!—exclamó Gaspar con el entusiasmo del buen fumador.—¡Dice usted que es pestilente este aroma tan exquisito, que todo lo embalsama y purifica? Vamos, usted no lo ha aspirado de cerca. ¡Mire usted qué delicioso!

Al decir estas palabras acercó el cigarro á la nariz de Elvira; pero ésta, furiosa, se hizo atrás, y gritó casi convulsa:

—¡Tire usted, por favor, al instante ese cigarro!

Gaspar miró su habano con profunda lástima, porque entonces era cuando empezaba á saberle bien. Sólo un fumador puede apreciar el placer que se experimenta con un cigarro bueno y aromático. Gaspar no tuvo valor para apagar el suyo, y siguió chupándole.

—¿Aún fuma usted?—preguntó irritada Elvira, que no perdía ninguno de sus movimientos.

—Mire usted: ¡fumando estoy sin saber lo que me hago!—respondió Gaspar, que luchaba entre su deseo de complacerla y su afición de fumador.

—La verdad—repuso la joven,—me figuré que era usted más complaciente.

—¿Y quién duda que lo soy?

—Yo—dijo Elvira;—yo lo dudo y tengo motivos para ello, porque lo que es ahora lo disimula usted mucho.

—¡Vamos, por la complacencia!—dijo Gaspar arrojando su querido cigarro;—¡no quiero que por mí haya jamás disputas!

—Gracias—dijo Elvira con amabilidad; después añadió para sí:—¡Magnífico! ¡Me he salido con la mía!

—¡Vaya con la exigencia!—pensaba entretanto Gaspar,—¡y vaya con el genio de la niña!

Luego, tomando una resolución que le diera alguna esperanza para lo sucesivo, se atrevió á decir á Elvira entre cariñoso y enojado:

—¿Y regiré siempre esa ley tirana que acaba

usted de imponerme? ¿No me será dado con el tiempo poder fumar?

—No—respondió la joven con decisión;—no está en mi mano conceder una cosa que me mortifica... Sin embargo, yo no puedo impedirle que fume cuando guste.

—¡Oh! ¡Si usted me diera permiso para ello!

—¡No! ¡Con mi apoyo jamás! No se haga usted semejante ilusión.

—Pero, amiga mía, no sea usted tan exigente. ¡Mire usted á su hermana cómo no se opone á que su marido fume!

—Acabemos la cuestión—dijo Elvira secamente.

—En este punto, querría que imitase usted á su hermana.

—¡Pues cácese usted con ella!

Esta respuesta, á un tiempo necia y grosera, fué dada por la joven con un tono que no admitía réplica; pero Gaspar aún se atrevió á insistir.

—Querida Elvira, si así lo discute todo, es imposible una avenencia; vamos, que Alberto decida nuestra querella.

—¡No, no!—repuso Elvira, que se enojaba mucho con las pullas de Alberto acerca de su genio irascible;—¡no le diga usted nada!

—Pero ¿por qué? ¡Él será imparcial!

—¿Imparcial un hombre que fuma?

—Amiga mía, por Dios, sea usted razonable—insistió Gaspar, que era terco.

—¡Que no quiero que le diga usted una sola palabra!

—Mas ¿por qué?

—Porque... ¡no quiero! ¡No doy otra razón!

Estas palabras fueron pronunciadas con una voz tan alta y tan irritada, que llamaron la atención de María, que hablaba con su marido.

—¿Qué sucede?—preguntó ésta acercándose á los desavenidos amantes.

—¿Ya hay disensiones?—preguntó á su vez Alberto, acercándose también.

—No—respondió Elvira confusa;—es Gaspar que está obcecado...

—¡Es usted!—respondió el granadino;—¡usted, que se ha empeñado en no avenirse á la razón!

—¡Vaya, sepamos lo que ha sido!—dijo Alberto.

Gaspar iba á hablar, pero una mirada severa de Elvira le detuvo.

—Amigo mío—dijo á Alberto,—no me acuerdo de nada de lo que ha ocurrido; pero mira: tira el cigarro antes de acercarte aquí.

—¡Ja, ja; no digas más!—exclamó Alberto riendo á carcajadas;—¡ya está todo descubierto!

—¡Si usted no fuera hablador!—murmuró Elvira dirigiéndose á Juncosa.

—¿Tengo acaso la culpa de que hayan adivinado lo que está sucediendo?—preguntó Gaspar, que ya se iba cansando de disputa y de contradicción.

—¡Inútiles son todas las excusas de usted!—repuso Elvira.

—¡No me haga usted responsable de la perspicacia de sus hermanos!

—¡Le hago á usted responsable de su manía de hablar, y además de su insolente ironía!

—¡Hermana!—murmuró con tono de dulce reconvención la señora de Alvareda.

—¡Déjame en paz!—respondió la joven, que había llegado al último extremo de irritación.

Alberto se acercó á la mesa donde había recado de escribir, y gritó, agitando con fuerza una campanilla:

—¡Orden, orden y silencio! ¡Cesen los alborotos y haya más calma y prudencia!

Elvira se volvió llena de enojo al oír la risa con que Alberto había acompañado sus palabras; sus facciones estaban alteradas y descompuestas por la cólera; sus mejillas cubiertas de bermellón; sus ojos chispeaban; pero incapaz de responder porque la ira la ahogaba, volvió la espalda con desprecio.

Gaspar vió todo esto, y deseando poner término á una escena que empezaba á fatigarle, sacó el reloj.

—La una—dijo;—me voy á la Audiencia.

—Y yo—dijo Alberto,—á buscar un agente para arreglar un negocio.

—Y qué, ¿se va usted?—preguntó Elvira, depoñiendo la mayor parte de su cólera y acercándose á Gaspar.

—Sí, me voy; pero deseo que antes se desenfada usted conmigo —respondió el joven; quien á la

vista de aquella mirada suplicante, sintió deshacerse su enojo como la nieve á los rayos del sol.

—¡Mal remedio es la ausencia!

—¡Pero observe usted que la mía no es voluntaria!

—¡Diga usted que lo que ansía es huir de mi lado!

—No, Elvira—respondió Gaspar;—ya dije á usted anoche que hoy es la vista del pleito.

—¿Y cree usted perderle si no va?

—No; mas mi viaje tiene sólo por objeto ese asunto, y...

—El mal—dijo Elvira casi llorando—está en que le quiero demasiado.

—Sí, ya lo sé—repuso Juncosa;—pero, ¡por Dios, póngase usted en mi lugar! ¡Una gran parte de mi fortuna consiste en ganar ese pleito!

—Pero... ¿no va usted más que á la Audiencia?

—Nada más.

—¿De veras? ¿Y volverá usted pronto?

—Al instante que me sea posible.

—Pronto vuelvo, querida mía—dijo Alberto á su mujer.

—Ven cuando quieras—respondió ésta.

—¡Cuidado con tardar!—dijo Elvira á Gaspar, que no separaba de ella sus ojos.

—No tardaré más que lo indispensable.

Y saludando á María con la cabeza, salió con su amigo.

VI

LA PROVIDENCIA DOMÉSTICA

Así que los dos amigos hubieron salido, María tiró del cordón de la campanilla, y Pepa, su antigua niñera, se presentó en el umbral.

A la sazón aquella mujer tenía un volumen espantoso, tanto era lo que había engruesado; pero su gran corpulencia correspondía á la dignidad de ama de llaves, á que había ascendido.

Contaría entonces Pepa unos treinta y seis años, y llevaba un traje de hábito carmelita, de gruesa estameña, que había ofrecido para toda su vida; á su costado izquierdo pendía una larga co-rea, de cuero barnizado de negro.

Por encima del cuerpo del vestido llevaba un pañuelo de seda, á cuadros, de colores oscuros, y por debajo de aquél se descubrían los bordes de otro de muselina, blanco como la nieve.

Un ancho delantal de cotonía azul cubría la mitad anterior de su falda, y su calzado se componía de medias blancas de algodón y de zapatos de rusel negro, escrupulosamente ajustados, con galón de seda.

Pepa tenía la cara gruesa y colorada; el cabello escaso, pero negro y lustroso; los ojos oscuros, pequeños y vivos; la boca grande, risueña, fresca y encarnada; en suma, Pepa era fea, basta

y algo torpe; pero buena y cariñosa como la que más.

María tenía que ejercer sobre ella una activa vigilancia, porque todo se le olvidaba, á pesar de estar en la casa tantos años hacía; pero lo que una vez se le advertía ó se le mandaba, ya no se le volvía á olvidar, por aquel día á lo menos.

—Pepa, acércate—le dijo María con dulzura, al verla inmóvil al lado de la puerta.

La buena mujer obedeció.

—¿Está ya arreglado el cuarto del señorito Gaspar?—preguntó María.

—Sí, señorita.

—¿Tiene el servicio del tocador de porcelana?

—Ya se lo he puesto.

—¿Están arregladas las habitaciones de recibir?

—No lo he mirado.

—Ve, pues, á enterarte.

Pepa salió, y volvió á entrar un instante después.

—Todavía no se han tocado—dijo con aire compungido.

—Pues son cerca de las dos—repuso María tranquilamente, pero con severidad,—y puede venir alguna visita.

—Lo arreglaré todo en seguida.

—No quiero que tú lo arregles, Pepa—dijo María,—sino que lo hagas arreglar á Rosa, de quien es la obligación.

—Ahora se lo diré.

Pepa salió, y Elvira se volvió á su hermana.

—¿Es posible que tengas paciencia para mandar todos los días las mismas cosas?—le preguntó.

—¿Y qué he de hacer?

—Tomar otra ama de gobierno.

—Ninguna será tan fiel y tan buena como Pepa; y además, ¿merece que se la despida después de tantos años de excelentes servicios?

—¡Pero si no te sirve de nada!

—Me sirve para todo, sólo que hay que ayudar á su mala memoria.

—¿Y te parece poco? Todos los días las mismas preguntas: ¿se ha planchado?; ¿se ha cosido?; ¿se ha lavado?; ¿se ha aseado la casa?

—Vale más preguntarlo que tener que hacerlo una misma.

—Vale más buscar quien lo haga.

—No lo creas, hermana mía: lo peor de todo es cambiar de criados; y por muchos que se cambien, la mujer no puede escapar de su deber, que es ser la providencia de su casa.

—¿Una providencia doméstica? ¡Esto sí que es gracioso!

—Podrá no pareértelo, pero es la verdad.

—De modo que al casarse una mujer...

—Contrae muchos deberes, ¿quién lo duda?

—Di más bien que se entrega á un martirio eterno.

—No, por cierto; el día que te cases, al decir

mi casa y mi familia, te sentirás compensada de todo.

Al acabar María de pronunciar estas palabras, volvió Pepa armada de un enorme plumero.

—Ya vengo de limpiar perfectamente—dijo, y luego añadió corrigiéndose:

—O mejor dicho, de hacer limpiar á Rosa.

—Que vayan ordenándolo todo ya para la comida—dijo María;—y tú, por tu parte, Pepa, cuida de disponer los postres y el servicio de la mesa: tú vas siempre con pies de plomo, y vale más que te sobre tiempo que no que te haga falta.

—Está bien, señorita.

—Espérate, que aún te tengo que dar algunas otras órdenes—dijo María, al ver que su vetusta criada se disponía á salir.

—Yo me voy—dijo Elvira, que se aburría con estos pormenores domésticos.

—¿Te vas?—repuso María admirada;—¿no quieres estarte conmigo?

—¿Para qué? Estás haciendo de *providencia*, y te basta—respondió Elvira con ironía.

—Pero ¿qué has de hacer sola tú?

—Aburrirme, como aquí y como en todas partes; me vuelve á acosar el fastidio.

—¡Tú fastidiarte!—exclamó María.

—¿De qué te admiras?

—No comprendo cómo se puede fastidiar una mujer de buen juicio y de regulares alcances.

—¡Bah, bah!—dijo Elvira con tono despreciativo;—¡tú no comprendes el corazón humano!

Pues creo conocerlo un poco mejor que tú.

—Mira, hermana, nuestros genios son muy diferentes.

—Vete ya; Pepa, después te explicaré lo que has de hacer—dijo María, que no quería altercar con su hermana delante de su criada.

El ama de llaves salió, diciendo para sí:

—¡Cuando yo decía que ésta había de dar más guerra que Napoleón!

—Elvira—dijo la señora de Alvareda volviéndose hacia su hermana así que se quedaron solas,—no niego que nuestros caracteres son diferentes; pero créeme: si quieres vivir dichosa, debes tomar alguna cosa del mío.

—¡Sí! ¡Debo, por ejemplo, irme á contemplar la casita rústica que hay en el jardín de la Florida, verdad!

—¡Ojalá que, por tu bien, lo hicieras!—repuso María.—¡Verías cómo tu corazón se refrescaba con esas gratas memorias de la infancia, y tu cabeza se despejaba bajo aquel cielo que cobijó nuestra cuna! ¡Allí empecé yo á amar á Alberto, y allí he sido dichosa!

—Pero yo no podría serlo, por la misma diferencia de caracteres que existe entre nosotras y que ambas reconocemos. A mí me agrada el mundo, á ti la soledad y el retiro; á ti ocuparte de las miserias de la casa, á mí de las artes, del lujo,

de la opulencia; á ti te gustan los trabajos mecánicos, y yo los detesto; tú eres, en fin, el retrato de nuestra pobre tía Luisa, y por eso gustas á su hijo, que dichosamente ha llegado á ser tu marido; yo me parezco á nuestra madre. ¡De fijo que tú eres de esas mujeres de hace tres ó cuatro siglos que niegan que se padezca de los nervios!

—¡No, por cierto!—respondió sonriendo María; —creo, por el contrario, que esa enfermedad ha existido siempre, y compadezco mucho al que la sufre.

—Y... ¿á ti te ha aquejado?

—Bien sabes tú que sí.

—¡Pues nadie lo diría! Tienes nervios y no comprendes el fastidio, esa nueva enfermedad azote de tantas pobres mujeres. ¡Ah, qué nervios tan mal empleados!

—Sí, tienes razón—respondió María, quien, á pesar de su dulzura habitual, se enojaba un poco con las pullas de su hermana;—yo no me sirvo de mis nervios para atormentar á los demás ni aburrir á mi marido.

—¡Aburrirle! No tal—repuso Elvira confusa;—yo no digo...

—Hermana mía—prosiguió María con firmeza, no quiero acusarte, pero sí debo darte algunos consejos. Aunque poco, soy mayor que tú y tengo más experiencia por lo que respecta al matrimonio. Creo que una mujer que es buena, piadosa,

honrada y que tiene un talento regular, no se debe fastidiar nunca; el aburrimiento es patrimonio de las almas sin creencias y de los corazones gastados: de aquéllas, porque no esperan un *más allá*; de éstos, porque no son fuertes, nobles y elevados; pero la mujer joven, bella y de talento, como tú; la que sabe que hay después de ésta una vida mejor, no debe ni puede fastidiarse.

—Sí—repuso Elvira con romántica amargura;—así lo asegura el vulgo, olvidando que hay almas privilegiadas que están martirizadas por males que nadie comprende.

—¡Dios nos libre de las almas incomprensibles!—dijo María sonriéndose.

—¿Por qué dices eso?

—Porque son otra enfermedad del siglo.

—Vamos, tú dirás lo que quieras, pero á mí ya no me es posible escuchar más desatinos—exclamó Elvira levantándose con ímpetu y tomando su libro para marcharse á su cuarto.

—¿Es posible que te hayas de enojar así conmigo porque deseo tu bien?—exclamó tristemente María.—Vamos, óyeme con un poco de calma: ¿quieres que yo te diga lo que haría en tu lugar para librarme del fastidio?

—Veamos—respondió Elvira con frialdad.

—Pues bien: recordaría que Gaspar es muy bueno, que me ama, puesto que va á casarse conmigo muy en breve; y para darle una prueba de mi afecto, y cierta de su gratitud por mi obsequio,

le bordaría un pañuelo, de esa manera tan primorosa que tú sabes hacerlo.

—No pienso en semejante cosa—respondió Elvira con viveza;—¿no conoces que con eso sentaría un precedente muy malo para lo sucesivo?

—Mas ¿por qué?

—Porque después de casada me vería obligada continuamente á bordar zapatillas, hacer bolsillos, marcar pañuelos, y la verdad, esto me gusta muy poco; y entretanto él se iría muy contento y muy tranquilo, creyendo que me hacía un gran favor en dejarse obsequiar. ¡No, no; quien quita la ocasión quita el peligro!

—¡Qué exagerada eres!

—Como quieras; pero deseo arreglar las cosas desde el principio.

—¿Y no piensas ser un poco condescendiente con Gaspar?

—Ni un solo día.

—Vamos, que ya le permitirás fumar.

—Aunque viviera un siglo á mi lado no ha de tener ese gusto. ¡Pues tengo yo un genio para ceder!

—Fumaré cuando salga de casa.

—No podrá hacerlo, porque saldrá siempre conmigo.

—¿Y cuando tenga negocios?

—Saldrá, si yo le doy licencia.

—Mira, hermana—dijo María,—que en Gaspar comprendo muy bien el fastidio.

—Pues te aseguro que Gaspar no se fastidiará á mi lado.

—Me alegraré mucho.

—En fin—repuso Elvira,—puesto que has educado á tu gusto á tu esposo, hazme el favor de callarte ahora y de dejarme educar al mío á mi antojo.

—¡Es que todavía no le tienes!

—Pero le tendré, ¿lo entiendes?

Elvira, al decir estas palabras con tono duro y seco, salió de la estancia, echando sobre su hermana una mirada de despreciativo enojo,

VII

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

María, aturdida con aquella brusca contestación, permaneció inmóvil por algunos instantes. Elvira llegaba ya hasta la grosería, porque la irascibilidad es una rápida pendiente por donde se derrumba hasta la buena educación de la mujer.

Una vez suelto ó abandonado el freno de la prudencia, el carácter se desborda insensiblemente; la ira toma enormes proporciones, y se dice todo lo que ella inspira, sin miramiento ni consideración alguna.

Así sucedía con Elvira: la modestia, el bien parecer, iban siendo para ella palabras sin significa-

do alguno; y María, la dulce, la templada, la complaciente María, veía con dolor desencadenarse aquel carácter casi feroz.

—¿Es posible—se preguntaba—que ésta sea mi hermana, aquella hermana á la que nuestra dulce y suave amiga Mundeta educaba con tanto esmero y con tanto amor? ¿Y es posible que ese hombre, bueno, honrado, razonable y dotado de mil bellas cualidades, se case con ella? Ya he llegado á dudarlo; pero ¡no permita Dios que se deshaga este proyecto, y ojalá se lleve á cabo para asegurar la dicha de Elvira!

Las reflexiones de la joven fueron interrumpidas por el ruido que hizo la puerta al abrirse; volvióse vivamente y vió entrar á Alberto.

—¡Cielos!—murmuró éste, dolorosamente sorprendido de hallar allí á su mujer.

María notó aquel movimiento, y se levantó asustada para salir al encuentro de su esposo.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?—exclamó;—¿cómo te vienes tan pronto á casa?

—Se me habían olvidado algunas cartas... y venía á buscarlas—respondió Alberto con visible turbación.

—¡No, no; eso no es cierto!—repuso María;—¡tú me ocultas alguna cosa!

—Te aseguro que no.

—¡Y yo no te creo! ¡Piensa, Alberto, que la duda es un tormento cruel, que el pensamiento vuela y muchas veces va más allá de la verdad!

¡Tú no pensabas hallarme aquí, y venías á encerrarte en tu cuarto para dominar algún disgusto, algún grave pesar, antes de verme!

—Pues bien—respondió Alberto con una resolución amarga:—ya que has adivinado la situación de mi ánimo, ¿á qué ocultarte nada? Sabe que he tenido una gran pérdida.

—¿Pero dónde?

—En la Bolsa; han bajado los fondos... Yo jugaba al alza hace tiempo, y...

—¡Nos hemos arruinado!—exclamó María con terror.

—¡No!—respondió Alberto;—no es tan completa la desgracia; tan sólo he perdido doce mil duros... Pero hace tiempo que mis negocios se enredan, y era justamente con eso con lo que yo pensaba reponer un poco nuestro caudal. ¡Ah, María, yo trataba de evitarte este disgusto! No quería verte hasta estar más sereno para poderme dominar...; pero te has empeñado en saberlo, y...

—Hubieras obrado muy mal callándome esa desgracia—repuso María con dulce gravedad; y luego añadió con fingido enojo y amenazándole con el dedo:

—¡Engañar á su mujer! ¡Habrás visto! ¡Mire usted, señor marido, que no le voy á querer si otra vez piensa así!

Alberto miró á su mujer lleno de admiración; de ella esperaba lágrimas, sollozos, quejas contra

la suerte, y en vez de esto, la veía risueña, contenta, juguetona.

—¡Qué admirable fortaleza!—exclamó, contemplándola asombrado;—veo que tienes más valor que yo.

—Cuando recibes una alegría, ¿no vienes al instante á partirla conmigo?—preguntó María.

—Es verdad—respondió Alberto;—pero es porque quiero que la sientas como yo, porque de lo contrario no habría alegrías para mí.

—¿Y porqué causa, Alberto mío, no haces otro tanto cuando te aflige un dolor? Si nos causa placer partir las alegrías con el ser á quien amamos, es también una dicha muy grande el poder sufrir con él.

—¡Ah!—repuso Alberto;—¡es tanto lo que deseo hacerte dichosa, que no quisiera que conocieras á mi lado ni la sombra de un pesar!

—Amigo mío, la felicidad no consiste en no haber sentido dolores, sino en saberlos soportar con valor y resignación; en saber elevar los ojos al cielo y decir desde lo íntimo del alma: ¡Bendita sea, Dios mío, tu santa voluntad!

—¡Ah, sí; tienes razón!—exclamó Alberto, completamente reanimado por las dulces palabras de su esposa.—¡Bendita seas tú también, María, que me has devuelto la conformidad y la esperanza!

—Pues qué, ¿acaso las habías perdido?—dijo la joven, cuyos ojos brillaban con un entusiasmo generoso.—¡Yo no sé por qué razón os llamáis los

hombres fuertes! ¡Al primer contratiempo desmayáis y os afligís mucho más que las débiles mujeres!

—¡Es que ha sido un tremendo golpe la pérdida que he sufrido! ¡Hace ya tiempo que mis asuntos van mal, como si una mano oculta y perversa se empeñase en consumir mi ruina, después de tantos afanes, de tanto como desde hace un año estoy discurriendo para ganar lo que pierdo!

—¡Alberto, por Dios, no te desconsueles así! Ya sé que no crece nuestra fortuna, sino que, por el contrario, va á menos. ¿Pero no trabajas cuanto te es posible? ¿No procuro yo á mi vez hacer todo lo que está á mi alcance para arreglar nuestra casa con la mayor economía, sin que decaiga nuestra decencia habitual? Pues bien, amigo mío; después de cumplir bien y exactamente con nuestro deber, no queda otro remedio que la conformidad. Dios nos reparte los bienes y Dios también nos los quita; y el que llora desconsoladamente sus perdidos beneficios, no acata como debe sus inescrutables designios. Pero ¿qué estoy diciendo? Tu desesperación ha sido un extravío del momento, porque yo sé, Alberto, que tienes resignación y que está la fe muy arraigada en tu alma.

—Sigue, María—dijo Alberto, que escuchaba á su mujer extasiado;—tus palabras tienen sobre mí un poder irresistible.

—¡Eh! ¡Démoslo todo al olvido!—exclamó María alegremente;—haremos economías.

—Yo me encargo de eso—dijo Alberto.

—¡No, no; no es cosa tuya! Yo procuraré ganar en pocos días todo lo perdido.

—¿Pero vas á privarte...?

—De todo lo que es superfluo—respondió la joven con resolución.

—No, no; déjame á mí el cuidado de arreglar...

—¿No te he dicho que no es para ti ese cuidado?

—Mira: por lo pronto, acertaremos la suma que destinas á los pobres.

—De ningún modo; por lo pronto, y perdona que te contraríe, desiste de comprar la alquería que querías en Valencia.

—¡Pero si el médico ha encargado que tomes los baños de mar!

—¿Y no podré tomarlos si no tenemos casa propia? ¡Bah! Alquilaremos una barraquita; ¡son tan poéticas, tan bonitas! Me gustan más, mucho más que las alquerías.

—¡Pero reflexiona que las barracas son tan incómodas!...

—No lo creas; lo agradable, lo nuevo en las temporadas de verano, son las incomodidades que se pasan. ¡Para no hallar alguna variación, se está uno en su casa! Además, yo no necesito comodidades para ser dichosa, Alberto; á tu lado soy feliz, lo mismo en un palacio que en una cabaña.

—¡María, eres un ángel, y todo mi profundo amor no bastará á pagarte el bien que me has he-

cho!—exclamó Alberto, estrechando entre las suyas las manos de su mujer.

En aquel instante apareció Elvira en la puerta. Llevada de su impaciencia por la vuelta de Gaspar, aunque apenas hacía dos horas que había salido, venía con el objeto de ver si había llegado ya y de informarse de Pepa si se hallaba en su cuarto.

—¿Os estorbo?—preguntó maliciosamente al encontrar á María y á su esposo con las manos enlazadas.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó Alberto riéndose;—¿cuándo nos has estorbado tú, querida mía?

—Podría ser... ¿Sabéis si ha vuelto Gaspar?

—No—contestó María.

—¡Hola! ¿Ya te enfada su ausencia?—dijo Alberto.

—No, por cierto—repuso secamente Elvira;—me tiene sin cuidado alguno.

Al decir estas palabras, la joven, con el rostro contraído por un violento enojo, se dirigió hacia una mesita de labor, y tomando un bastidor muy pequeño, en el que había extendido un cuello, se puso á bordar, con esa rapidez que nace de la ira y que tan ligera hace andar la mano de las mujeres.

—No temas—dijo Alberto con tono burlón;—Gaspar está en la Audiencia y vendrá al instante, humilde como una oveja, á ponerse á tus pies.

—¡Te advierto que no consentiré que te burles de mí!—repuso Elvira muy enojada.

—¿Qué es eso? ¿Vas á bordar al fin?—preguntó María á su hermana.

—¡Sí; voy á bordar un cuello para mí!—respondió Elvira, poniendo su labor ante los ojos de María;—¡no te figures que me ocupo de Gaspar!

—¡Uf, qué genio!—murmuró Alberto entre dientes.

—¡Ten calma, por Dios!—dijo María suavemente;—¡por todo te incomodas, y tú sufres más que nadie!

María salió, y Alberto con ella, quedando sola Elvira con su bordado y con su enojo.

Así acontece siempre á los caracteres irascibles; todos huyen de ellos, y son al fin condenados á una perpetua soledad.

VIII

NUEVAS BORRASCAS

—¡Pues, señor, tendré paciencia! Sí, sí, es lo mejor; sangre fría. «¡A la Audiencia! ¡No voy más que á la Audiencia!», me dijo el muy embustero. ¿Quién pone tasa á los pasos de los hombres cuando están en la calle? Ellos nunca encuentran la hora de volver á casa. ¡Y Gaspar, que es andaluz!... ¡Pues digo! ¡Habrà encontrado algún

amigo, y si es paisano, estarán charlando eternamente!

Esto se decía Elvira, en tanto que su aguja se movía con una rapidez asombrosa, cuando la puerta se abrió y entró Gaspar furioso.

—¡No hay en el mundo justicia!—exclamó, arrojando sobre una silla su sombrero.—¡Perdido el pleito! ¡Perdido, y con costas! ¡Si hay para pegarse un tiro!

Por efecto de uno de sus bruscos movimientos, se volvió y vió á Elvira.

Acercóse á ella, procurando, aunque en vano, serenarse.

—Vengo rabiando—le dijo; y como observara que ella seguía silenciosa é inmóvil, continuó:

—¿Sabe usted lo que me pasa?

—No, señor—repuso Elvira con dureza.

—¡Vaya un genio que tiene usted, señora!

—¿Le tiene usted mejor?

—¡Sin duda!

—¿Esperaba usted que saliera á recibirle á la escalera con palmas?

—Lo que yo hubiera querido y agradecido mucho, es que al verme usted entrar en casa triste é irritado, tratara de averiguar la causa de mi disgusto para endulzarlo con alguna palabra cariñosa.

—¡Pues no es mala la misión que el orgullo de usted me reserva!—exclamó Elvira.

—¡Misión que usted hallaría dulce y grata si me amase como dice!

—¡Eso es, la canción de siempre!—murmuró Elvira, que sintió agolparse á sus ojos lágrimas de ira.

—¿También llanto?—dijo Gaspar, cuya paciencia, gastaba ya por el disgusto que le había causado el haber oído la sentencia contraria á su pleito, iba tocando en su término.—¡Creo, señora, que aún voy á tener yo que consolar á usted!

—¿Y no sería eso lo más lógico? ¿No ha abierto usted en mi alma una herida muy dolorosa con sus palabras crueles?

—¡Vamos, Elvira, por Dios!—exclamó Gaspar;—no disputemos. Me cansa la continua contradicción en que vivimos, porque soy muy amante de la paz.

—¡Y yo también lo soy!

—Pues tengámosla.

—¿Y se puede acaso con usted?

—¿Quién lo duda? ¿No es usted la que promueve siempre la guerra?

—¡Pues se va usted enmendando!

—¿Pero qué he de hacer cuando veo que usted ni se suaviza ni se desenoja? Usted ha cometido conmigo una falta indisciplinable: se olvida de que estoy disgustado, de que tengo una pena cruel que me martiriza... ¡Nada! ¡Todo lo que yo sufro le es á usted indiferente! ¡Pregúnteme usted á lo menos qué es lo que me pasa!—dijo Gaspar exasperado al ver la fría indiferencia con que Elvira le escuchaba.

—¿Y para qué he de preguntárselo á usted?—
dijo ella con frialdad.

—¡Pues me gusta la pregunta!

—El tiempo todo lo calma.

—¡Y yo que vine volando, pensando que usted
me consolaría!

—De fijo no lo necesitaría, si no se hubiera mo-
vido de mi lado.

—¡Lo mismo!

—¡Qué disparate!

—¡Pero si usted no está enterada de lo que me
sucede, si todo lo ignora usted!

—Ni me hace falta saberlo.

—¡Si es que he perdido el pleito que seguía en
esta Audiencia!

—No siempre se ganan los pleitos.

—¡Y además, me han condenado á pagar las
costas!

—Habrá sido porque no tenía usted razón.

—¡Vamos—exclamó Gaspar en el colmo de la
ira, colérico, desesperado,—siquiera por lástima
ó por buena educación, diga usted que la senten-
cia ha sido injusta! ¿Es posible que halle usted un
placer en apretarme el dogal que me oprime ya de-
masiado la garganta?

Gaspar, al decir estas palabras, parecía en efec-
to sofocado; una púrpura arrebatada vestía sus
correctas y hermosas facciones, ordinariamente
serenas y alegres; sus ojos despedían chispas.
Elvira le halló feo y casi odioso, y no pensó en

que ella era la causa de aquel doloroso trastorno moral.

Las mujeres de talento no provocan jamás esas crisis, que suelen dar tan fatales resultados; pero lo iracundo del carácter de Elvira eclipsaba, no sólo la hermosa luz de su entendimiento, sino hasta sus instintos de piedad. Olvidó que un arrebató como aquel había acarreado la muerte á su primer esposo; no vió el estado casi delirante de Gaspar, y le dijo, con una ironía punzante y cruel, aludiendo á sus últimas palabras:

—¿Y acaso le he puesto yo ese dogal que tanto le ahoga y de que se queja con tanta cólera? A fe que si la sentencia no hubiera sido contraria...

—¿Qué?—preguntó Gaspar con furia.

—Que se hubiera usted ido á celebrar con sus amigos tan fausta nueva; mas como no ha sido así, se vino acá con la laudable intención de que yo le consolara.

—¡Elvira, no haga usted suposiciones injuriosas para mí!

—¡Pero si no hay cosa más natural!—prosiguió Elvira con ironía.—Según ustedes, las mujeres están obligadas á endulzar las amarguras que ustedes se buscan, y á estarse siempre sonriendo... y á sufrir su mal humor... lo mismo que si fuéramos esclavas.

—¡Pues no está usted poco exaltada!

—¡Yo exaltada! ¡Sepa usted que yo no me exalto nunca!

—¡Pero exagera!

—¡Tampoco!

—¡Pues yo digo que sí!

—¡Y yo sostengo que no!

—Si usted meditara un poco, no se entregaría á esos arrebatos.

—Caballero—dijo Elvira,—demos la cuestión por terminada.

—Al contrario...

—¡Hágame usted el favor de callarse ya; ni una sola palabra quiero volver á oírle!

—Pero ¡santo Dios! ¿Qué voces son éstas?—dijo en la puerta María, que entraba al oír aquella acalorada reyerta;—¿qué ha sucedido?

—No sé—respondió Elvira con sequedad.

—Pero...

—Déjame en paz—repuso bruscamente la viuda.

—Aquí llega Alberto—dijo María,—y él aclarará este nebuloso horizonte.

—Ya decía yo—murmuró Elvira—que no tardaría mucho en llegar tu marido. ¡Siempre detrás de ti!

—Pregúntale á Gaspar qué es lo que ha hecho á mi hermana—dijo María á su esposo.

—Pregunte usted, señora, qué es lo que su hermana me ha hecho á mí, y eso es lo más natural—respondió Gaspar.

—Vamos, os exaltáis quizá sin haber motivo.

—¿Cómo sin motivo?—exclamó Elvira;—¡los hay muy grandes!

—¡Enormes!—asintió Gaspar.

—Pero si yo no niego que los haya—repuso María;—mas no es justo que personas de juicio y de prudencia...

—¡María!—exclamó Elvira,—de mi prudencia aún no ha habido quien dude con fundamento.

—Pues yo tengo muy acreditada la mía—afirmó Gaspar.

—Conste que los dos os pasáis de prudentes—repuso María.

—Poco á poco, que yo soy mucho más prudente y razonable que Gaspar.

—¿Usted prudente? ¡A no ser por mí!...

—¿No fué usted quien provocó toda la cuestión?

—Fué usted, Elvira.

—¡Qué calumnia!

—No digo más que la verdad.

—Alberto—dijo María á su marido en voz muy baja,—si no procuramos contentarlos, va á concluir esto muy mal; tú da la razón á Elvira.

—Está bien.

—Hermana mía, Gaspar—dijo María con aquel acento que le ganaba todos los corazones,—es preciso tranquilizarse y escuchar la voz de la razón. Sucede á veces que una palabra sencilla, proferida sin objeto de que lastime á las personas que poseen nuestro amor, se interpreta mal; la imaginación se exalta, y se profieren otras frases poco convenientes.

—Es cierto, señora—observó Gaspar;—y us-

ted ha de perdonarme, porque desde mi llegada he venido á robarles el sosiego y la tranquilidad que antes disfrutaban.

—Vamos, ¿y quién habla de eso ahora? Usted no debe dudar de que Elvira le quiere.

—No lo dudo.

—¡Ah!—exclamó Elvira, que aprovechó este instante para entablar una reconciliación;—¡si yo no le quisiera tanto!

—Ella—prosiguió María—estaría impaciente por la tardanza de usted, y usted le diría alguna palabra dura...

—¿Yo? No, señora; si fué ella la que empezó—dijo Gaspar.

—Fué usted—repuso Elvira.

—Vamos—dijo Alberto;—veo, querido Gaspar, que ha sido tuya la culpa. Sin respetos al dolor de tu ausencia, llegarías muy contento...

—¡Contento!—repitió Elvira,—¡y traía una cara como una fiera!

—Pues lo dicho, disculpo la indignación de Elvira.

—Vamos, ó yo me he vuelto tonto de repente, ó estoy soñando—dijo Gaspar; y en seguida, como apelando al buen juicio de María, añadió:—¿Pero usted no ve, señora?...

—Yo—contestó la esposa de Alberto haciendo esfuerzos para conservar su gravedad—veo que es usted la causa de todo, y que mi hermana ha tenido razón para enfadarse.

—Es inútil—añadió Alberto—que digas ya una palabra; tienes el pleito perdido.

—¡Es verdad!—respondió Gaspar.—¡Lo he perdido y, desgraciadamente, con costas!

—¡Qué dices!—exclamó Alberto.—¿Has perdido el pleito de veras?

—Por eso volví á casa de mal humor. ¿Hay algo extraño en esto?

—¡Pobre Gaspar!—murmuró María;—¡le tengo lástima! Y mi hermana, en vez de consolarle...

—Vamos—dijo Alberto,—acabemos: pide perdón á Elvira y no volváis á reñir; empieza el *yo pecador*, y tú, Elvira, dale la absolucíon.

La joven, encarnada como una amapola, alargó su mano á Gaspar, quien, desenojado ya, imprimió en ella sus labios.

—Ahora—prosiguió Alberto,—calma y prudencia, y puesto que está la tarde tan bella, salgamos á dar un paseo.

Las dos hermanas fueron á vestirse, y Elvira dirigió á Gaspar una dulce y placentera sonrisa.

Su carácter era malo, y estaba viciado además; pero su corazón era bueno, y cada instante se iba llenando más con la imagen de Gaspar, con aquella imagen serena, hermosa y leal.

IX

SIGUEN LOS VENDAVALES

Aquella tarde, gracias á la distracción del paseo, permaneció sereno y pacífico el horizonte de los dos prometidos esposos; el placer radiaba en la frente de Elvira, cuya hermosura estaba realzada por un elegante traje de *moaré* gris perla guarnecido de ricos encajes, y por un lindo sombrerito de blonda blanca, con ramos de pensamientos.

El lujo sentaba maravillosamente á Elvira; su estatura regular estaba en armonía con sus formas, de una perfección y gracia admirables; no era delgada ni gruesa; era esbelta, torneada, llena de armonía en sus proporciones; era, en fin, lo que prometía ser en los días de su infancia: una belleza completa.

María era más delgada, más diáfana, más suave; sus largos cabellos dorados guarnecían su frente con una gracia infinita; sus ojos azules, grandes, dulces y rasgados, estaban guarnecidos de largas pestañas de un color castaño claro; llevaba un vestido de seda azul celeste y un sombrero blanco como el de su hermana.

Si las dos jóvenes eran bellas, los dos hombres que las acompañaban eran dos modelos de perfección varonil, y la vista de su recíproca belleza

hacia murmurar de envidia á cuantos pasaban por cerca de su carruaje.

La tarde se pasó bien, porque la mutua satisfacción hacía brillar los ojos y vibrar en el alma de Elvira y de Gaspar la fibra dulce del amor y la áspera cuerda del amor propio; al volver á casa, todos parecían complacidos y dichosos.

Después de comer María propuso ir al teatro; su corazón estaba profundamente triste con la pérdida que habían sufrido sus intereses; pero había en ella bastante fortaleza para disimular su pena.

Aquella alma era tan noble, tan buena, tan hermosa, que deseaba sufrir sola y no ver padecer á los demás; siempre había preferido María el ajeno placer al suyo propio, y se sacrificaba sin pensar siquiera en que lo hacía.

Elvira fué de distinta opinión que su hermana, y la suya fué la que prevaleció, según era costumbre; se quedaron todos en casa, y María, después de cambiar de traje, mandó encender su lámpara, preparándose á pasar una velada agradable.

—¿Vamos á hacer un poco de labor, Elvira?— preguntó á su hermana;—yo estoy deseando adelantarlo todo lo posible las zapatillas que dedico á Alberto.

—¿Unas zapatillas?— preguntó Elvira;—si estamos á mitad de Marzo!

—Por lo mismo, se las bordo para verano; míralas: son de tafilete y cordoncillo de oro, con aplicaciones de terciopelo azul.

—¡Ah, qué bonitas!—exclamó Elvira;—¡qué buena idea has tenido!

Y la joven, al ver aquella linda labor, que sólo estaba principiada, sintió deslizarse en su corazón un vago deseo de lucir también su habilidad á los ojos de Gaspar, que miraba asimismo con expresión de envidia el regalo que se preparaba á su amigo.

—Vamos á trabajar—dijo á María;—yo proseguiré bordando mi cuello.

—Está muy bien. Alberto y Gaspar nos darán conversación entretanto, y á las once os obsequiaré yo con un excelente te; habrá en él pastas y dulces, y Curaçao para los caballeros.

—¡Magnífica idea!—exclamó gozoso Alberto, que se iba apegando cada día más á los dulces hábitos de la familia.

—¡Soberbia!—repitió Gaspar; pero no bien había pronunciado esta palabra, se entristeció su fisonomía. ¿De qué le servían el te, los dulces, el Curaçao, si después no podía fumar un cigarro?

Esta idea anubló todas las risueñas que residían en su cabeza desde el paseo de la tarde; y desde el momento que la concibió, extendióse un velo sobre su imaginación, que empezó á presentárselo todo lúgubre.

María tomó del cestillo de su labor una madeja de seda, y se puso á devanarla sobre sus rodillas.

Alberto se sentó á su lado y se puso á fumar,

en tanto que Gaspar le miraba con tristes ojos, envidiándole la dicha de saborear un rico habano.

Embebecido en estas reflexiones, y casi sin saber lo que hacía, se inclinó hacia Elvira, que ya se había puesto á bordar con un afán algo impaciente, porque no podía sufrir que Gaspar dejase de ocuparse de ella un solo instante.

—Por Dios, querida Elvira—le dijo el joven dominándose todo lo posible para emplear su acento afectuoso,—no se vuelva usted á enfadar, que yo, por mi parte, le ofrezco no darle motivo para ello.

—¡Calla!—exclamó Alberto mirando á su mujer,—¿estás devanando sola tu madeja? Dámela y te ayudaré.

—¡Quita allá!—respondió María;—¡esto no es cosa de los hombres!

—¿Acaso me crees tan torpe?...

—No lo digo por eso; lo digo sólo porque no quiero mortificarte.

—¡Si yo tengo en ello mucho gusto! Dame, dame.

Alberto tomó la madeja y se puso á sostenerla.

—¡Qué bueno eres!—dijo María, mirándole con ternura.

—Me avergüenzas—repuso Alberto.—¿La tengo bien?

—Perfectamente.

—Pero ¡qué aprisa devanas! ¡Esto va por el vapor!

Gaspar, entretanto, al ver el mal gesto de Elvi-

ra, había sacado la petaca del bolsillo, y de ella un cigarro; pero esta acción había sido efecto de su inveterada costumbre de fumador, y casi maquinal, porque al mismo tiempo dijo á la joven:

—Ya verá usted cómo nunca vuelvo á darle motivos de disgusto.

—Veremos si cumple usted ese saludable propósito—respondió Elvira;—yo, por mi parte, lo celebraré infinito.

Su acento fué interrumpido por el chasquido de un fósforo que encendió Gaspar. Elvira se volvió hosca, irritada y echando fuego por los ojos.

—¡Me agrada!—exclamó.—¿Me está usted ofreciendo su enmienda al mismo tiempo que incurre en nuevas faltas?

—¿Qué dice usted?—preguntó Gaspar encendiendo el cigarro con toda tranquilidad.

—¿Y el cigarro?

Gaspar fijó en su habano los ojos asombrados.

—Con formalidad—dijo,—no sabía lo que estaba haciendo.

—¡Pues tírelo usted!

—¿Sabe usted lo que me ocurre?—continuó Gaspar, luchando entre su deseo de fumar y el de complacer á Elvira.

—¿Qué le ocurre á usted?

—Que si me permitiera que diera nada más cuatro... ó cinco... ó seis chupadas, ¡tal vez con eso se acostumaría usted y hallaría grato este aroma tan delicioso!

—¡Dios mío, pero este hombre trata de volverme loca!—exclamó Elvira casi llorando de cólera.

—¡No fumaré!—gritó Gaspar tirando con rabia su cigarro.

Reinó el silencio algunos instantes; María y Alberto hacían como que no oían una palabra, y hablaban en voz baja, dando fin á su madeja.

—Y ahora—dijo Gaspar, que se aburría mucho de su forzosa inacción,—¿querrá usted que vaya un momento á mi cuarto á escribir unas cartas?

—¿A escribir?—repitió Elvira, tomando una madeja de algodón de bordar y empezando á prepararla para devanarla también;—¡esa no cuela!

—¡Elvira!

—Usted no me engañará con ese pretexto; ¡lo que usted quiere es fumar en su cuarto, solito y á su placer!

—Usted se equivoca—respondió Gaspar con la gravedad de un hombre ofendido;—yo quiero dar á usted gusto, y procuraré privarme de fumar para lograrlo.

—¡Bah, bah, palabras vanas!—respondió Elvira, que volvía á tocar en la grosería, verdugo de todas las ilusiones de los hombres.

—Para que esté usted tranquila—dijo Gaspar,—tome usted la petaca.

—Ni quiero la petaca, ni que escriba usted.

—¡Ya no hay paciencia!—exclamó Gaspar.—

¡Mire usted que en mi casa no saben aún que he llegado bueno, y lo que es más: no saben que he perdido el pleito!

—¿Y qué importa? ¡Más valiera que pensara usted en tenerme esta madeja!

—¡Cómo!—preguntó Gaspar admirado;—¿qué dice usted?

—Está usted viendo que no puedo devanarla sola, y usted... ¡nada!, ni siquiera por galantería se ha ofrecido á ayudarme.

—¿Pero usted quiere que le sirva de devanadera? ¡Eso es indigno de un hombre!

—Pues Alberto creo que no es mujer, y sin embargo...

—¡Qué miro! ¡Alberto también!—exclamó Gaspar volviéndose, al ver á su amigo que, con los brazos en cruz, sostenía la madeja de seda que devanaba María.

—¡Vamos! ¿Qué espera usted?—preguntó Elvira presentándole la madeja.

—¡Nada! Venga, señora—dijo Gaspar;—quiero cumplir la voluntad soberana de usted.

—¿Te cansas, Alberto?—preguntó María.

—No, por cierto—respondió aquél;—estoy así muy bien.

—¡No la tenga usted tan baja!—gritó Elvira irritada de la torpeza de Gaspar.

Éste alzó los brazos hasta por encima de su cabeza.

—¡Hombre, por Dios, que la va usted á enredar!

¡Si no está usted más quieto, no acabaremos en toda la noche!

—¡Es que ya no puedo más!—dijo Gaspar;—hace mucho rato que me tiene usted así, y estoy lleno de agujetas y dolores.

—¡Se le hace á usted el tiempo muy pesado!

—No es el tiempo, ¡es la posición lo que no puedo sufrir!

—¡Eh!—dijo María;—se acabó la tarea Alberto.

—Dos cartas para los señores—dijo en la puerta un criado, presentándose con una bandeja en la mano que contenía dos billetes cerrados.

Alberto, que era el que había acabado, en efecto, de tener la madeja, tomó el suyo.

—¡Es extraño!—exclamó;—¡esta letra es de mujer!

—¡De mujer!—repitió María, cuyas mejillas se volvieron pálidas.

—¡Sí; mira!—respondió Alberto.

—¡Es verdad! ¿Conque esas tenemos?

Al pronunciar la joven estas palabras, su sonrisa era dolorosa; había conocido la letra, pero su prudencia y su dignidad pudieron más que su dolor.

—¡Vamos! ¿Quieres no ser niña?—dijo Alberto, á cuya perspicacia no se escapó lo que pasaba en el corazón de su mujer.

—Por mí no tengas reparo—repuso ésta;—puedes verla con toda libertad.

—No; ¡léemela tú!

—¡Qué ocurrencia!

—Te lo suplico.

—Hágase como tú lo deseas; escucha.

Y María, con la voz trémula, leyó lo que sigue:

«He sabido, querido amigo mío, que los negocios de usted van mal de algún tiempo á esta parte, y además, acaba de llegar á mi noticia la pérdida que ha sufrido usted hoy en la Bolsa; todo esto lo siento con el corazón, con este corazón en el cual el recuerdo de usted sigue ocupando tan privilegiado lugar; y como sé que la persona que vive á su lado no es capaz de comprender y partir su pena, le ruego que acuda á mí, no sólo para reponer los golpes de la fortuna, sino para que yo pueda inspirarle valor, á fin de que prosiga luchando con la suerte.

»Adjunta es una tarjeta con mis señas, y le aviso que estoy en mi casa los lunes y viernes hasta las diez, sólo para usted.

»Siempre suya é invariable,

CELIA, CONDESA DE LAS NAVAS.»

—¡Tiene un alma angelical esta mujer!—dijo María, al acabar de leer, con una amarga sonrisa.

—¡Oh, sí, muy sublime!—respondió Alberto;—es capaz de hacer dichoso á cualquiera; mas como yo lo soy ya, y mucho, no necesito para nada de sus consuelos y ofertas.

Alberto, dichas estas palabras con una naturali-

dad y enterera admirables, tomó la carta y la tarjeta adjunta y las rompió en menudos pedazos

—¡Oh!—exclamó María echando los brazos al cuello, de su marido;—¡cuán bueno eres y cuán generoso!

Entretanto, Gaspar, á quien Elvira había contenido hasta entonces con sus miradas de enojo, no pudo dominarse más; y tomó la carta que iba dirigida á él y que el criado le había dejado sobre el velador.

—¡Vamos!—dijo Elvira,—¡deje usted eso! ¡Cuando acabemos podrá usted enterarse mejor! ¡Que va usted á enredar la madeja!

—Cuidaré de evitarlo—respondió Gaspar, después de abrir la carta con mucha dificultad.

—¿De quién será?—se preguntó Elvira llena de sobresalto al ver el interés con que Gaspar la leía.

—Tira de la campanilla—dijo éste á Alberto,—porque yo estoy imposibilitado por la voluntad de Elvira.

—¡Qué lástima!—exclamó ésta; y luego, sin apartar los ojos de la carta que acababa de leer Gaspar, le preguntó:

—¿Escribe á usted algún amigo?

—No—respondió aquél.

—¿Alguna... amiga?

—Tampoco.

—¡Pues la letra es de mujer!

—¡Pues no hay tal!

—¡Sí, señor!

Un criado acudió al sonido de la campanilla. Gaspar se volvió hacia él.

—¿Está ahí el que trajo la carta para mí?—preguntó.

—Sí, señor; está esperando.

—Pues dile que dentro de un instante iré por allá.

—Es en vano—murmuró Elvira despechada al ver salir al criado;—¡es en vano que usted me oculte la verdad!

—Pero ¡si yo no oculto nada!—exclamó Gaspar, cuyo sistema nervioso se hallaba en un suplicio con aquella forzosa inmovilidad.

—¡Pues enséñeme usted esa carta!

—¡Después!

—¿Cuándo haya usted vuelto de la cita?

—Sí, entonces.

—¡Es que no irá usted á ella!

—Pues no pienso faltar.

—¡Es que yo pienso oponerme á que usted vaya!

—¡No importa! ¡Iré de todos modos!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos! ¡Eh! ¡No puedo tolerar ya por más tiempo tanta sujeción y tanta exigencia!—exclamó Gaspar olvidando completamente la prudencia, soltando la madeja que cayó sobre la falda de Elvira, y levantándose con ímpetu.

—¡Ni yo tampoco!—gritó ella ahogándose en llanto de ira.

—¡No tengo la culpa yo!—dijo Gaspar.

—¡La tendré yo!—repuso Elvira.

—¡Á no dudar!

—¡Si usted fuera más amable!

—¡Y si usted no fuera tan imprudente!

—¡Y si usted no fuera tan grosero!

—¿Pero no podéis vivir un momento en paz?—preguntó María apesadumbrada.

—¡Con este hombre es imposible!—respondió Elvira que se ahogaba, y que salió para ocultar sus lágrimas.

—¡Con su hermana de usted no puede ser!—concluyó Gaspar.

—Vamos, Alberto, pide el servicio del te—dijo María;—voy á ver si puedo atraer á mi hermana á la razón.

—Es inútil, señora—repuso Gaspar;—mañana me marchó á Granada en el correo; no quiero casarme; renuncio para siempre á encontrar mi sol de invierno, porque antes de hallarle de seguro me moriría cien veces.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó Alberto admirado.—El matrimonio no es una enfermedad de tanto peligro.

—No lo sería—repuso Gaspar—si tu difunto cuñado se hubiese llevado al cielo todos los tabardillos.

PARTE SEXTA

CELIA

Viajero, tú que errando como una nube de cielo en cielo sigues el instinto del placer ó el impulso de la necesidad, ¿dónde vas tan lejos? ¿No estás al fin de tu viaje?

VÍCTOR HUGO.

¡Así, al ver los dolores de la muerte, el alma cristiana se depura en un crisol; así se despoja de lo que hay de terrestre en todas sus afecciones!

ALFONSO DE LAMARTINE.

I

DESALIENTO

Dos días después de la última reyerta de Elvira y Gaspar se paseaba por su cuarto Alberto, solo y meditabundo.

Sus hermosos ojos, abatidos y rodeados de un círculo morado, decían claro que había dormido muy poco durante la noche anterior; y, en efecto, apenas había podido conciliar el sueño por algunos instantes, y esto ya cerca del alba.

¿Qué tenía Alberto, tan alegre, tan franco, tan bullicioso poco antes?

¡Ay, lo que tenía era que sentía agitarse sobre su cabeza las negras alas de esa ave colosal y fúnebre que se llama desgracia!

En aquel instante, paseándose solo y pensativo, con las manos cruzadas á la espalda, se preguntaba si habría perdido de repente toda su aptitud para los negocios, todo su buen juicio natural, toda la actividad é inteligencia que le habían hecho ganar legítima y abundantemente el dinero que ahora huía de él.

Dos terribles y casi consecutivos golpes habían cambiado su desahogada posición por una medianía muy próxima á la escasez.

El primero había sido su pérdida en la Bolsa.

El segundo el desfalco hecho en la caja de una sociedad de ahorros por el encargado de los caudales, que había sido nombrado para aquel destino por su recomendación y bajo su fianza.

La fatal noticia de esta infamia le había llegado en la noche anterior; al volver á su casa se disponía á llamar á ella un hombre decentemente vestido; era uno de los directores de la sociedad, que le conoció, le detuvo, y en pocas palabras le contó lo ocurrido con voz alterada por la ira.

Alberto quedó inmóvil de asombro y de dolor; pero así que pudo recobrarse, respondió con voz firme:

—Yo pagaré.

—Pero ¿no sería justo castigar al infame que así ha correspondido á la confianza de usted y á la mía?

—Eso sería, en efecto, muy justo; pero ¿dónde hallarle?

—¡Ay, no lo sé! ¡El miserable se ha fugado con el dinero!

—Y... ¿cuánto se ha llevado?—preguntó Alberto con voz trémula.

—Afortunadamente no ha sido todo lo que había, pues el arca principal ha resistido á sus esfuerzos, por efecto de haberse descompuesto la cerradura.

—Pero ¿cuánto se ha llevado?

—Veinticinco mil duros, de la caja pequeña.

Alberto respiró con alguna libertad, y dijo con voz ya completamente segura:

—Tengo esa suma, y mañana antes de mediodía estará en poder de usted.

—¡Pero yo no puedo consentir eso! Espere usted, al menos para su satisfacción, á ver el resultado de las requisitorias; al amanecer se avisará por el telégrafo la huída de ese hombre; en todas direcciones se le cortará la retirada, y no podrá menos de caer en poder de la justicia.

—Yo soy ante la sociedad el fiador de ese hombre—respondió Alberto,—y yo pagaré por él; si luego parece y devuelve los fondos, me reembolsaré.

—Querido amigo—repuso el director estre-

chando afectuosamente la mano de Alberto,—sé la pérdida que ayer ha sufrido usted en la Bolsa, y sé que tal vez le ocasione un perjuicio desprenderse mañana de esta suma; ¿quiere usted que la busquemos al interés más razonable que se encuentre hasta ver si parece el infame?

—No; aunque con trabajo, puedo satisfacerla.

—¿Por qué no recurre usted á su padre?

El joven sacudió melancólicamente la cabeza.

—Ya sé que está casi arruinado por sus locos amores con esa joven Condesa; ya sé que pasa su vida donde ella está, y que apenas sale de París más que para ir á Londres, donde se halla ahora; pero es padre, y aún le debe quedar algo de su gran fortuna.

—Mi padre me dió ya al casarme toda la parte de mi madre y la que me tocaba de lo que entonces poseía; fué conmigo muy generoso, y no quiero despojarle ahora de lo poco que debe quedarle.

—Es que, á mi parecer, querido Alvareda, la culpa de todas las pérdidas de usted y de la desgracia que hace algún tiempo le persigue, la tiene...

—¿Quién?

—No sé si me atreva...

—¡Oh, sí! ¡Dígame usted de quién es la mano alevosa que me va empujando hacia la ruina, en la que se habrá de ver envuelta también mi inocente esposa!

—¡Ella! ¿Y por qué? ¿No tiene su carta dotal?

—¡De su dote voy á sacar la suma que debo dar á usted mañana!

—¡Oh, no; eso jamás! ¿Qué culpa tiene ella de...?

—Ella no me perdonaría jamás si no contase con lo suyo para salvar mi honor.

—Pero hay que avisarla con tiempo; hay que prevenirla...

—Es inútil; firmará una cesión de sus bienes sin preguntar para qué se enajenan.

—¡Pero eso es una iniquidad! ¡Un ángel como su esposa de usted no debe ser desposeído por una infame como la Condesa de las Navas!

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—Digo que tengo motivos para sospechar que la Condesa de las Navas, cuyo loco amor hacia usted no se ha extinguido aún, es la causa de todas las desgracias de usted. Ella es rica, poderosa, influyente; tiene amigos y agentes en Madrid, y es además capaz de sacrificarlo todo á su venganza, ó quizá á la esperanza de que busque usted en ella su salvación.

—Pero ¡cómo es posible siquiera que desde tan lejos!...

—No hace ocho días que llegó á Madrid, y anoche salió de nuevo para París... Me consta la pasión que alimenta por usted, y conozco además sus manejos y hasta qué punto es intrigante su carácter. Después me llama mucho la atención la

singular coincidencia de haber desaparecido el cajero el día antes de marcharse ella.

—¡Oh, sí!—exclamó Alberto suspirando, como si sintiera descargado su corazón de un peso enorme;—¡ella debe ser, ella, la causa de todos esos golpes que me van conduciendo lentamente y como por la mano á la desesperación! ¡Oh, amigo mío; las palabras de usted han sido para mi alma un rayo de bienhechora luz!

—¡Qué dice usted!—preguntó atónito el director;—¿acaso piensa usted ceder á las sugerencias de esa sirena?

—¡Yo!... ¡Ah, qué mal me conoce usted! Soy casi dichoso al saber sus maldades, porque recobro la confianza en mí mismo; porque ha habido instantes en que la había perdido casi del todo. ¡En qué pensé, que mi razón se había ofuscado; que el poco talento que antes me concedían se había convertido en idiotismo, en insensatez; que me creí inepto para el trabajo; que estuve ¡Dios me perdone! cerca, muy cerca del suicidio?

—¡Es posible!

—¡Sí! Y ahora que recobro la confianza en mí propio, que sé lo que valgo, que sé que hay una mano interesada en consumir mi ruina, me consuelo y me digo: ¡No es mía la culpa, hágase la voluntad de Dios!

—¿Y no hará usted nada para cortar esa mano?

—No, porque es la mano de una mujer; ¡pluguiera á Dios que fuera la de un hombre!

—¿Y la va usted á dejar que siga perdiéndole?

—¡La Providencia contendrá esa mano que se encamina al mal! Y ahora, adiós, amigo mío; le reitero á usted mi promesa: mañana antes de las doce estará en poder de usted la suma que le ha sido arrebatada.

Alberto entró en su casa y se dirigió á la habitación de su mujer; ésta, después de haber estado bordando un rato, se había puesto á leer.

Al oír los pasos de su marido, levantó la cabeza; á la primera mirada comprendió que le acosaba algún grave pesar, pues su palidez y el abatimiento profundo de sus ojos lo decían claramente.

María corrió á su encuentro, le tomó las manos y las halló yertas y temblorosas.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que te pasa, Alberto?— le preguntó asustada;—¿qué nueva desgracia te aflige? ¡Hace ya tanto tiempo que sólo tenemos malos ratos, que únicamente hallamos paz en nuestro amor!

Alberto se sentó junto á su esposa y le refirió cuanto había pasado, sin ocultarle la convicción en que estaba de que la Condesa trabajaba para consumir su ruina, y halló lo que esperaba: aliento y consuelo para sobrellevar sus pesares.

—Has hecho lo que debías al contar con lo que mi padre me dió para solventar esa deuda de honor—le dijo;—mañana, ó esta noche misma, firmaré mi cesión de todo. ¿Para qué nos sirven, amigo mío esos bienes, á los que no tocamos, y

que nos hemos acostumbrado á mirar como un recurso para nuestra vejez? Dios no nos dejará sin pan para entonces. En cuanto á que la Condesa se complazca en arruinarte no puedo creerlo; no concibo el amor más que generoso, y no dañino y vengativo.

—¡Es que tú, mi María, eres un ángel!

—Yo, Alberto, soy una mujer, y nada más, y la pobre Celia no tiene el alma depravada que tú le atribuyes.

—¿Y su carta de hace tres días?

—Eso puede ser una prueba más de su buen corazón.

—¡Al leerla no la juzgaste así!

—Es que... entonces estaba ofuscada; ¡los celos, amigo mío, son malos consejeros!

—¿Y la presión que ejerce sobre mi padre?

—Estoy segura de que no ejerce ninguna; tu padre ha caído en una debilidad muy general en los caracteres como el suyo: se ha enamorado de veras á los cincuenta años, y quizá ama por la primera vez de su vida con sinceridad y buena fe; esta pasión desgraciada debe ser el castigo de todos sus extravíos pasados. Pero ahora vámonos á dormir, y mañana saldremos del nuevo apuro con la ayuda de Dios.

—¡Y con la tuya!

—¿Es acaso exclusivamente mío lo que poseemos? ¿Lo quiero yo, por ventura? Al unirse, no sólo los destinos, sino los corazones, se une tam-

bién y para siempre la fortuna; todo es de los dos en esa santa alianza que se llama matrimonio.

María se apoyó en el brazo de su esposo; se encaminaron ambos á su dormitorio, situado en la habitación de María, y poco después un sueño tranquilo había cerrado los párpados de la casta y angelical esposa.

Empero los de Alberto permanecieron abiertos por la fatiga, el dolor y el insomnio. ¡Despojar á su mujer! Esta idea le agobiaba, le volvía loco, y encendía en sus venas una terrible fiebre.

Así que fué de día saltó del lecho, y después salió á respirar el aire libre del campo, porque se sofocaba dentro de casa.

Durante aquel triste paseo maldijo mil veces el amor que había profesado á Celia, á aquella mujer que había venido á ser el verdugo de la inocente y santa esposa que el cielo le había concedido.

Pero la hora del sacrificio se acercaba, y el deber le llevó á su casa para zanjar con María aquel triste asunto.

Cerca de las diez serían cuando entró en su casa y se encerró en su despacho, donde le hallamos paseándose con paso desigual y con aspecto sombrío y pensativo.

Fatigado de su propia pena, se dejó caer en un sillón; apoyó la frente en su mano, y lloró durante algunos instantes.

¡Sí! Aquel hombre fuerte, honrado, inteligente

y valeroso, se puso á sollozar desesperadamente, acosado de un amargo y profundo desaliento; entonces deploraba todos los extremos con que había encendido por su propia mano la hoguera que ardía en el corazón de Celia, y que ni el tiempo ni la distancia habían podido apagar.

De repente sonó á la puerta un golpecito; el golpe de una mano delicada y suave, de una mano de mujer.

Alberto pasó un pañuelo por sus ojos; y luego, creyendo que era María, procuró serenar su dolor, y dijo á media voz:

—Entra.

La puerta se abrió; pero no fué la rubia y plácida cabeza de su esposa la que apareció en ella, sino la negra y magnífica de Elvira.

II

ELOCUENCIA DEL CORAZÓN

Elvira se detuvo, asombrada, perpleja y como confusa; había visto lágrimas en los ojos de Alberto, y conocía demasiado el temple de su alma para no asombrarse, y aun asustarse, ante aquel inmenso dolor.

—¡Entra!—repitió Alberto, procurando llamar á sus labios una sonrisa; pero sólo consiguió hacer un gesto doloroso.

La joven no se movió; no obstante, el hermoso color de rosa que vestía sus mejillas y que se hallaba algún tanto alterado á causa de sus disgustos con Gaspar, desapareció por completo.

—Vamos, entra y siéntate—dijo Alberto afectuosamente.— ¡Gracias á Dios que has roto tu clausura y que te das á luz!

Elvira se adelantó algunos pasos, y sentándose al lado de Alberto, le dijo así:

—Hermano, venía á hablarte de una cosa... No sé de qué, porque se me ha olvidado... Pero sea de lo que sea, dejémoslo y hablemos de ti.

—¡De mí!—repitió Alberto.

—¡Sí, de ti! Estás afligido... Lo sé..., lo veo... ¿Qué te sucede? ¡Yo quiero saberlo!... ¿Lo oyes?... ¡Yo lo quiero!...

Elvira, al decir estas palabras, asió la mano de Alberto y la sacudió con fuerza.

—No tengo nada, querida hermana—respondió el joven;—nada, créeme: es una melancolía sin causa.

—¡Eso no es verdad! ¿No conozco tu carácter, tu fortaleza? Alberto—prosiguió la joven con una sencillez humilde y encantadora,—ya sé yo que no merezco que me confíes tus penas; he sido contigo arisca, ingrata, insolente muchas veces... Pero mira, esto es efecto de mi carácter y no de mi corazón... Así, pues, perdóname y dime lo que te aflige.

—¡Te aseguro que no es nada!

—¿Has regañado con María?

—¡Con María! ¡Ah, no! ¡María es para mí un ángel en la tierra!

—Ya lo sé... Y así..., oye lo que estoy pensando...—dijo Elvira llena de embarazo y de rubor.

—Vamos, di.

—¡Es que no me atrevo!

—¡Que no te atreves! Y ¿por qué? ¿No soy tu hermano?

—¡Sí!—respondió la joven, estrechando las manos de Alberto;—¡tú eres mi hermano..., mi querido hermano, y así, segura de tu indulgencia, voy á decírtelo todo!

—Ya escucho, y hasta creo que ya adivino. ¿Son cosas de Gaspar?

—¡No, no; son cosas mías... y tuyas! Dejemos ahora á Gaspar... Luego te hablaré de él; ahora, escucha.

—Ya escucho.

—Tú eres dichoso en tu vida doméstica, ¿es verdad?

—¡Muy dichoso!—respondió Alberto, con un entusiasmo que hizo desaparecer su dolor.

—Mi hermana es un ángel, ó una santa, ó las dos cosas á la vez.

—¡Es cierto! ¡Es para mí un trasunto del cielo!

—Es además lindísima y tiene talento.

—¡Oh, sí!

—Todos te la envidian.

—Esa es mi creencia.

—De modo que tu corazón, tu vanidad, todo está halagado, ¿no es cierto?

—¡Sí! Pero ¿á qué viene?...

—¡Y debes ser dichoso!

—¡Y lo soy!

—¡Mentira!

—¡Hermana!

—¡Mentira!—repitió Elvira con vehemencia;— y puestò que en tu casa sólo tienes motivo de ser dichoso, tu desgracia está...

—¿En qué?—preguntó Alberto estremeciéndose.

—¡En tu fortuna! ¡Eh! ¡Ya la solté!—continuó Elvira muy alegre;—¡ya salió la palabra fatal, y ya no tengo miedo! Sólo te diré una cosa, y me has de responder claro y pronto, porque si no...

—Si no...

—¡Salgo al instante de tu casa! Conque, hermano mío, primo de mi alma, mi querido amigo, ¿cuánto necesitas?

—Tú estás loca, Elvira—respondió Alberto con voz alterada. —¡Te aseguro que nada necesito, créeme!

—¡No te creo, no!—repuso Elvira, que ya se iba exasperando; y luego, procurando tranquilizar su ira por algunos instantes para convencer á Alberto, prosiguió:

—¡Eso quiere decir que tú eres un mal hermano, un ingrato!

—¡Yo!

—¡Sí, tú; porque si no comprendes que yo pueda sacarte de apuros, es porque tú no serías capaz de hacerlo por mí!

—¡No digas tal cosa!

—¡No hagas tú lo que estás haciendo! ¡No me niegues que tus asuntos van mal, que tu fortuna decae!

—Pero...

—¡Te digo que no me lo niegues!

—¡Y bien, no te lo niego!

—¿Luego confiesas?...

—¡Sí, puesto que tú lo quieres!—dijo Alberto sonriendo, á pesar de su preocupación, ante aquella violencia cariñosa.

—¿Confiesas que te hallas apurado?

—¡Sí!

—¡Ya he conseguido lo más!—murmuró la joven con un profundo suspiro de satisfacción;— ¡veremos si ahora alcanzo lo menos!

—¿Qué quieres decir?

—Que habiendo confesado que necesitas..., porque tú necesitas, ¿verdad?

—¡Sí! Pero hallaré lo que necesito.

—¿En dónde?

—En el dote de María.

—¡Desposeeros de ese último recurso teniendo yo cuatro millones!—gritó Elvira indignada;— ¡siendo yo tan rica no tenderos una mano salvadora!... ¡Eso jamás!

—Pero...

—¡Si lo consintiera, nunca me perdonaría Sebastián, que está en el cielo!—murmuró la joven con los ojos llenos de llanto.—¡No; jamás me lo perdonaría! Porque los cuatro millones de que te he hablado son los que él me dejó, sin contar con mi dote, que está intacto, y con otras crecidas sumas que le produjeron sus negocios en el poco tiempo que vivió á mi lado. ¡Vamos, Alberto..., cede; si no, estoy resuelta á salir al instante de tu casa!

—¡Elvira!...

—¡Nada escucho!... ¡Es un préstamo que te hago... Es una prueba de cariño que tú me das!... Acepta cincuenta mil duros; remedia tus apuros, y haz producir á lo que te quede.

—¡Un millón!—exclamó Alberto, retrocediendo como asustado;—¡no, no; sólo necesito la mitad!

—¿Pero te queda algo para seguir en tus negocios?

—Sí.

—¡Será muy poco!

—¡No es mucho; pero trabajaré y tendré menos confianza y buena fe que hasta aquí!

—Vamos á mi cuarto—dijo Elvira, apoyándose en el brazo de Alberto.

—¡No, no—dijo éste;—no puedo aceptar lo que me ofreces!

Elvira se desasíó del brazo de Alberto y se retiró dos pasos, cruzando sus manos con ademán de profundo desaliento; luego fijó en el joven una

mirada tristísima y llena de elocuencia, y le dijo á media voz:

—¡Ya sé que no tengo derecho á tu confianza ni á la de mi hermana!

—¡Qué dices!—exclamó asombrado Alberto.

—¡Digo—repuso Elvira—que os he dado tantas pruebas de mal carácter, de inconsecuencia, que no es extraño que ahora me castigues así! ¡Pero, créeme: yo me enmendaré..., yo procuraré corregirme..., si ahora, á tu vez, me perdonas tú!

—¿De qué he de perdonarte?

—¡De lo que os he hecho sufrir!

—¡Qué extraña eres en todas tus cosas!

—¿No me perdonas?

—¡Sí!

—¿Y María me perdonará?

—¿Lo dudas? ¿No sabes cuánto te ama?

—Pues dame una prueba de que no estás enfadado conmigo.

—¿Qué prueba?

—¡La de venir á mi cuarto!

—¿Sabes, querida mía, que esto tiene todo los visos de una seducción?—dijo Alberto, que ya no sabía qué razones oponer.

—¡Sí, es una seducción, pero bien rara; una seducción en la que el galán se resiste de un modo nunca visto, y que llega hasta la inhumanidad!

—No quiero que me acuses de cruel—dijo Alberto ofreciendo el brazo á Elvira;—basta con que me llames irónico y burlón.

—Vamos, pues—dijo la joven, cuyas hermosas facciones se animaron con un gozo radiante.— ¡Vamos, vamos, que á pesar de todo eres menos formal que yo, y temo que por la primera vez de tu vida te arrepientas de un buen movimiento!

III

LAS RIQUEZAS

Los dos jóvenes se dirigieron á la habitación de Elvira, y durante el corto trayecto que la separaba de la de Alberto, ni uno ni otro se atrevió á articular una palabra.

María, con aquella delicadeza admirable que era la más sobresaliente de sus dotes, había hecho preparar para su hermana un asilo modesto, como iba siendo su fortuna; sencillo, como su gusto, pero elegante, cómodo y primoroso.

Era una sala cuadrada con un gabinete dentro; éste con alcoba.

La sala tenía colgaduras de seda azul celeste, sujetas con largos cordones de seda y plata; el tocador se hallaba colocado en el gabinete; así es que el primer aposento era una especie de sala de recibo y de labor.

Veíanse en ella algunos sillones pequeños, en gracioso desorden, de la misma tela que las colgaduras; un velador grande, de jaspe, contenía

algunos libros, una cartera de terciopelo, bordada por María para su hermana, y una elegante escribanía de plata.

Sobre una mesa de hechura artística había un espejo cuadrado y dos ricos jarros de bronce y porcelana, que contenían dos ramilletes de frescas flores, regalo dos días antes de Gaspar á su bella novia.

El gabinete, según ya queda dicho, servía de tocador; una mesa cubierta de damasco azul con transparente de muselina de la India, blanca y espumosa, sostenía un espejo ovalado, cuyo marco era una guirnalda de flores de plata, de un trabajo indescriptible y lleno de belleza; este espejo estaba rodeado de colgaduras azules, con otras de muselina, que recogían graciosos lazos de cinta de aquel color.

En la alcoba, que tenía puertas de cristales semicubiertas con cortinas de seda azul, estaba el lecho de Elvira, con colgaduras y techo celeste; enfrente del tocador había un *secretaire*; al otro lado un armario, cuya puerta era un magnífico espejo, y delante del balcón se veían cuatro enormes macetas de porcelana, que contenían dos jazmines y dos adelfas enanas.

Este lindo gabinete tenía chimenea, y á cada lado de ella habían colocado dos lindos divanitos de damasco celeste, con grandes flecos y borlones.

Elvira, al entrar, soltó el brazo de Alberto y se

dirigió al *secrétaire*, que abrió con una llave que sacó de su pecho, donde la llevaba pendiente de una cinta de seda negra.

—Acércate y mira—dijo á Alberto.

Éste se aproximó y fijó su mirada en el cajón del *secrétaire*, que Elvira había abierto.

Tenía mucho fondo, y á un lado se veían abultados paquetes de billetes de Banco, mientras al otro las monedas de oro se hallaban agrupadas en grandes pilas.

—Hermano mío—dijo la joven,—jamás hasta hoy había sentido la satisfacción de ser rica; creo que el dinero sólo es estimable en cuanto nos es necesario, y que no tiene nada que ver en nuestra dicha; hoy, sin embargo, le debo la felicidad de poderte ser útil; todo lo que ves es tuyo; toma cuanto quieras, tómalo todo si puede servirte de algo.

—Gracias, hermana mía—respondió Alberto con voz alterada;—eres tan buena, que casi estoy orgulloso de deberte mi felicidad.

—¡La felicidad!—repitió la joven;—esas pobres monedas, sin más valor que el que queremos concederles, ¿pueden darla acaso? ¡Ah, si así fuese, no sería yo tan infeliz!

—A lo menos, hermana mía, ayudan mucho á nuestra ventura—dijo Alberto,—no lo dudes: cuando la desgracia atormenta, el carácter se agría, y el alma, en vez de elevarse, se empequeñece; tal es la miserable condición humana: todo,

ó casi todo, se consigue con el oro, y el oro es el que está trabajando en mi ruina, unido á los celos y á la venganza.

Alberto dijo estas palabras con voz sorda y ahogada; Elvira le miró con asombro, é iba á contestarle; pero él prosiguió de esta suerte, con mayor vehemencia:

—¡Sí, las riquezas son el manantial de todos los bienes y de todos los males de la humanidad! Si las posee una persona dotada de noble y generoso corazón, hace lo que has hecho tú, hermana mía: socorre al dolor, ahuyenta á la miseria; si van unidas á un corazón duro y vengativo, sirven para acarrear toda suerte de males, de desgracias y de dolores. Elvira, la riqueza, como antes he dicho, es el instrumento poderoso encargado de consumir mi ruina, usado por una mano alevosa; y la riqueza que Dios te ha concedido, es acaso la que me salvará de ella.

Un golpe dado á la puerta interrumpió á Alberto.

—¿Se puede entrar?—preguntó la dulce voz de María.

—Sí—respondió Elvira;—entra.

La puerta se abrió, y María apareció á los ojos de los jóvenes; á la vista del cajón lleno de oro y abierto, y de la actitud de Alberto y de su hermana, lo comprendió todo y se arrojó en los brazos de Elvira.

—Esta no lo rechaza, ¿lo ves?—dijo la joven á

Alberto;—es mejor hermana que tú y tiene confianza en mí.

—Sí—replicó María,—la tengo, y acepto por Alberto y por mí; así Dios te recompense y castigue á la mujer sin corazón que nos va empujando al precipicio.

—¡Una mujer! ¡Una mujer os empuja al precipicio! ¿Y quién es?

—¿No lo adivinas?—repuso Alberto.—Sólo hay una que pueda tener empeño en consumir nuestra ruina.

—¿La Condesa tal vez?

—Sí—respondió María,—la Condesa; ya hace tiempo que va delante de Alberto cerrándole todos los caminos, y su última hazaña ha sido sobornar á un infeliz por quien Alberto había salido fiador, para que huyese llevándose los caudales que tenía á su cargo.

—¡Es posible!

—Sí; y la huída de ese hombre ha coincidido con la salida de la Condesa para París.

—¡Para París, si está aquí!

—¡Imposible! Envió ayer tarjetas de despedida.

—¡Pues hoy la he visto yo!

—¡Tú!

—Yo misma: fui á misa, porque desde mi última desazón con Gaspar tengo el corazón dolorido, y sólo hallo algún consuelo hablando con Dios por medio de la oración. Al salir de la iglesia, pasó por delante de mí; iba seguida de cerca por un la-

cayo y á pie... ¡Ah, y ahora me explico—prosiguió Elvira como recordando—el movimiento que hizo, y del cual no supe darme cuenta por el pronto!

—¿Qué movimiento?

—El de agruparse junto al rostro los pliegues de su mantilla.

—¿Luego quería recatarse de ti?

—Es indudable; pero, á pesar de ese deseo, no pudo contenerse sin echarme una venenosa mirada; me aborrece.

—A mí, lo comprendo...; pero á ti, ¿por qué?

—¿Por qué! Porque soy más hermosa que ella, y más joven que ella, y más obsequiada que ella; á ti te aborrece porque le has quitado al hombre á quien amaba, á mí, porque le quito los homenajes, el incienso, la ocasión de ejercer las coqueterías. Pero—prosiguió Elvira,—Alberto, toma lo que quieras; cierra ese cajón, guárdate la llave y vete, para que medites cómo has de colocar esas riquezas, que tanto me estorban; ponte para ello de acuerdo con Gaspar... O si no... ¡no! ¡No le hables ahora de dinero, porque está muy enojado conmigo!

—¡Bah, ya se le habrá pasado!—dijo Alberto, tomando con rubor y trabajo un paquete de billetes, y pugnando entre su deseo de enseñarlo á Elvira y su temor de ofenderla.

—¡Ay, no se le ha pasado!—repuso ésta con tristeza;—¡no le he visto desde anteanoche! Pero ¿qué haces? ¿Te llevas eso solo? Ven acá.

Elvira se levantó; volvió á abrir el cajón de su *secretaire*; desocupó un cofrecito que contenía algunas joyas de su uso diario, y echó en él los paquetes de billetes y las pilas de oro.

La caja bastaba apenas para contener todas aquellas riquezas, y la joven las apretó con el mismo cuidado que si fueran objetos de desecho; consiguió unir á la caja la tapa de la misma, y dijo, poniéndola en las manos de Alberto:

—Toma todo esto, y haz de ello el uso que quieras; á mí me estorba más de lo que vale.

Sobrecogido Alberto por lo rápido é impensado de aquella acción, no supo qué responder; entretanto Elvira salió á la sala, sacó los ramilletes de los jarrones, los secó con su pañuelo y luego los besó con ternura y efusión.

—Estas flores que él me ha dado—prosiguió, en tanto que caían de sus ojos algunas lágrimas que iban á humedecer los ramos,—son las riquezas que hoy estimo; déjame guardarlas, hermano, en el lugar que ocupaban esas otras que no debía haberme dado el cielo: á un carácter como el mío convenia la pobreza, porque sólo ésta tiene derecho para ser altiva y voluntariosa.

—¡Ah, hermana mía! ¡Eres un ángel á quien todos desconocíamos aún!—exclamó María abrazando tiernamente á su hermana.

—¡Yo un ángel! ¡Ah!—gritó Elvira sollozando;—¡si yo fuera un ángel, no perdería el cariño de Gaspar! Vete, Alberto—añadió encerrando sus

flores en el cajón del *secretaire*, donde poco antes tenía su dinero;—vete; guarda ó emplea eso, y no le digas á Gaspar, si por dicha te habla de mí, que soy rica.

Alberto dudaba aún; pero una seña de su mujer le obligó á dejar el aposento, llevándose todas las riquezas de Elvira.

Las dos hermanas quedaron solas, y la menor enjugó el llanto que brotaba de sus ojos y corría en abundancia por sus mejillas, frescas y satinadas como una flor cubierta de rocío.

IV

CONSEJOS

—María—dijo Elvira,—quería que nos dejase solas Alberto para decirte lo mucho que padezco; contra lo que yo esperaba, Gaspar ni me ha escrito ni ha procurado verme desde que con tanta grosería nos dejó anteanoche.

—Creo, en efecto, que sufres—respondió María;—tú le amas más de lo que te figuras.

—¡Oh, sí; le quiero con toda mi alma! ¡Jamás había creído amarle tanto! Las horas transcurridas sin verle se me figuran otros tantos siglos... No he podido dormir ni sosegar... Pero dime, ¿cómo es que ni aun ha salido á la mesa? ¿Acaso está sin comer?

—¡No, tonta!—repuso María sonriéndose;—se le ha servido en su cuarto.

—¡Yo tenía una pena pensando que estaría sin comer!

—Conoces muy poco á los hombres, hermana mía. Ellos no pierden jamás el apetito, y muy pocas veces el sueño, al menos en la apariencia; nosotras necesitamos hacer alarde de debilidad, y ellos necesitan hacerlo de fuerza; y así como ellos no dejan jamás de representar su papel, no debemos tampoco nosotras dejar de hacer el nuestro. Éste es el equilibrio social, hermana mía; éste es el equilibrio de la vida, y si quieres ser dichosa, créeme: obsérvalo siempre.

—¡Ay, Dios, cuán tarde vienen tus consejos!—exclamó Elvira;—¿por qué no me los dabas antes?

—Nunca es tarde para el bien, querida Elvira.

—Pero ¿no ves lo que hace Gaspar?

—¿Qué hace?

—¡Ni una palabra en dos días! ¡Ni desear verme, ni salir á la mesa! ¡Ah, bien se desquitará ahora fumando á su gusto!—añadió la joven, con un resto de cólera y de ira que no le fué posible dominar.

—¿Y qué importa que fume?

—¿Qué importa? ¡Que se sale con la suya!; ¡que me pospone á su cigarro!; ¡que hace su gusto, en fin!

—El hombre lo hace siempre, querida mía; apenas puede hallarse en toda la creación un ser más

terco que él, y sólo hay un medio de conseguir que ceda.

—¡Sólo hay un medio! ¿Y cuál es? Dímelo pronto, María.

—Engañarle.

—¡Engañarle!

—Sí, mi querida Elvira, engañarle; pero no en la acepción grosera de esta palabra; no de un modo ruin y culpable, no; hay que emplear, para traerle al camino que deseamos, los medios suaves, dulces, cariñosos, aunque tengamos motivos para rabiár con ellos, y realmente rabiemos en el fondo de nuestro corazón; á esto llamo yo engañarles.

—¡De modo que todas las ventajas del engaño son para ellos?

—¿Y quién lo duda? ¿No sabes también que el destino de la mujer es siempre sufrir y ser la víctima?

—¿Tal crees?

—Sí, hermana mía; y si llegas á creerlo tú, tendrás más paciencia y te conformarás mejor con tu suerte. El destino de la mujer es la mansedumbre, la obediencia; estas dos cualidades son además sus armas únicas, pero muy poderosas sabiéndolas emplear á tiempo.

—Pero cuando se han de emplear en caracteres como el de Gaspar, ¿se sabe cuándo es tiempo?

—Sí; debe saberse.

—Pues á mí me parece imposible. ¿Cómo le veo yo ahora si no sale de su cuarto?

—Ahora no hay medio, es verdad; por eso te digo que hay que tener paciencia, y teniéndola, conseguirás tu objeto, porque Gaspar te ama.

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé, y tú no debes dudarle; ¿estaría aún aquí si eso no fuese? Así, pues, querida mía, ten prudencia y espera un poco; Gaspar ha de salir de su cuarto, porque la compañía de Alberto no debe bastarle, por ser pocas las horas que le puede dedicar; cuando salga, varía mucho la cuestión: entonces le halagas sin bajeza y sin perder tu dignidad; las mujeres que se rebajan no son estimables, ni pueden ser estimadas; pero tú tienes talento y te sobrarán medios para volver á cautivar, no el corazón de Gaspar, pues ese es tuyo, sino su atención y su afecto.

—¡Ay, Dios mío! ¡No espero conseguirlo, hermana mía! ¡Estoy tan triste, tan desanimada! Y luego, ¿podrá creer en tan repentina variación? Para convencerle, mi enmienda debía tener lugar poco á poco; debía yo reflexionar y acostumbrarme á obrar bien, con prudencia y dignidad. ¡Ay, hermana mía! Soy aún muy joven; pero á los veintiún años que cuento, es difícil cambiar las costumbres de toda la vida; cuanto hasta aquí he visto ó tocado se ha doblegado ante mi voluntad, y hoy me hallo con otra que intenta doblegar la mía.

—Y será un bien para ti que lo consiga; sólo dentro de la propia condición se logra la felicidad.

—Estoy convencida—dijo Elvira;—ahora sólo deseo que salga de su encierro. ¡Si supieras, querida María, cuánto he sufrido en estos días! ¡Jamás hubiera creído amar tanto á Gaspar! ¿Cómo es que no quería tanto á Sebastián, que era tan bueno, tan dulce, que se doblegaba siempre á mis deseos y hasta á mis caprichos?

—Eso sucede siempre—respondió María;—lo que más impera en nuestro corazón es lo bueno, lo justo, lo fuerte. La mujer no ama nunca con pasión más que al hombre que la domina; he aquí otra razón en apoyo de lo que hace poco te decía. La condición natural de nuestro sexo es la obediencia, la dulzura, la sumisión; ama siempre al hombre que le es superior y que sabe dirigirla; necesita obedecer y no mandar; necesita amparo, no ser ella la que ampare; necesita apoyo; no sabe apoyar, ni puede hacerlo; por eso amas ya á Gaspar mucho más de lo que amaste á Sebastián. Aquél era la dulce y débil caña que se doblegaba á impulsos del viento; éste es el fuerte roble que ha de protegerte de los amagos de la tempestad; pero si aquél podía soportar la contradicción, la violencia y hasta el insulto, éste sólo cederá á la dulzura y al cariño.

—Gracias por tus consejos, María—dijo la joven con los ojos animados y brillantes;—siento

aquí en mi corazón que son buenos y leales; lo sé, lo conozco y los seguiré.

—Y tú serás dichosa al fin.

—¡Gracias á ti! Pero—añadió Elvira, en cuya alma, verdaderamente generosa, no tenía cabida ni aun el egoísmo de la propia dicha,—¿será posible que ahora que yo tengo alguna esperanza de ser feliz, dejes de serlo tú? ¿Sabes lo que Alberto me ha dicho?

—Sin duda lo que me ha dicho á mí también—respondió María con una triste sonrisa;—que la Condesa es quien nos pierde.

—Eso mismo. ¡Ella está en Madrid... No ha salido, y acecha á su presa con mirada incansable!

—Por ahora, y gracias á tu cariño, sus golpes han quedado sin efecto.

—Pero dará otros nuevos y mayores, y es preciso cortarle la mano, ó atársela por lo menos.

—¿Qué quieres decir?

—Que iré á verla yo lo antes posible.

—Mas ¿para qué?

—Para decirla lo que merece. ¡Para decirla que deje en paz á tu marido!

—¿Y crees que lo hará?

—Al menos se puede abrigar alguna esperanza de conseguirlo.

—Ninguna, Elvira; tú no conoces á esa mujer fiera, vengativa cuando se la provoca, arrogante cuando se la manda. Sólo la súplica podría alcan-

zar algo de ella; el insulto es inútil, y tú no sabrás descender hasta el ruego.

—¡Rogarle á ella, á esa mujer sin delicadeza ni pundonor?

—A esa mujer, como á todas las que han perdido esas dos bellas dotes, adorno de su sexo, no las asustan las amenazas.

—¿Quién sabe?

—¡Las exasperan! Cuanto más rebajadas están á sus propios ojos, más hay que enaltecerlas, si algo se quiere conseguir de su carácter de hierro; hay que remover en su pecho las semillas de la honradez, si es que queda alguna, por pequeña que sea, y tal vez den fruto.

—Pues yo no pienso como tú; y si es que absolutamente no me lo prohibes, quiero ver á Celia. Ella es parienta mía, y me manifestaba cuando vivía Sebastián deferencias y afecto, aunque fuera fingido; yo le hablaré y penetraré sus miras.

—¡Haz lo que te parezca!—respondió María con abatimiento y doblando sobre el pecho su linda cabeza.

—Vamos, ahora soy yo la que te pide que tengas valor—dijo Elvira, tomando afectuosamente la mano de su hermana;—yo procuraré dominarme, y quizá conseguiré que Celia desista de sus funestos propósitos de venganza. ¿Quieres que lo pruebe?

—Haz lo que quieras—repitió María.

—¿Pero no esperas nada de este paso?

—¡Nada!

—Sin embargo, estoy resuelta á darlo.

—Yo te lo agradezco, mi amada Elvira; más eficaz sería que la viera yo. ¡Oh, sí; estoy segura de que la persuadiría! Pero tal paso no conviene á mi decoro, y no lo daré.

Calló María, y volvió á quedar sumergida en una meditación dolorosa; su hermana no se atrevió tampoco á interrumpirla; aquélla fué por fin quien volvió á tomar la palabra.

—Dime, ¿es cierto que has visto á la Condesa esta mañana?—preguntó á Elvira.

—Sí—respondió ésta.

—Y... ¿está aún bonita?

—Más bonita que nunca; fuerza es confesarlo. Lo poco que ha variado ha sido para mejorar. Sigue delgada, esbelta, ligera como una sílfide; su cabello es más hermoso, y está dispuesto con más gracia y elegancia; sus ojos han adquirido una mirada más elocuente y atrevida; anda con una gracia y una coquetería extremadas; me parece que ha crecido, y su gallarda estatura estaba realzada por un traje de mañana del mejor gusto; figúrate que llevaba un vestido de seda color de avellana, un chal de la India y un sombrero de raso y blondas coquetamente adornado de flores.

—¡Esa mujer tiene todas las seducciones!—murmuró María con acento profundo y sombrío; —la de la cuna, la de la riqueza, la de la hermosura, la de la coquetería; es libre, tiene talento,

un alma ardiente y un corazón que es un abismo... ¿Por qué poseen tantas armas los malvados y tan pocas los inocentes?

—Vamos, vamos, no hay que desmayar—dijo Elvira;—tu marido te ama; esto no puedes dudarlo, y es lo más esencial. Vuestra fortuna está á cubierto en tanto que yo conserve la mía; paciencia, pues, y todo se remediará. Ahora soy yo la que te aconseja. ¿Qué te parece?

—Me parece que yo te obedeceré mejor que tú á mí.

—Pues yo espero obedecerte; y mira: sólo con esta esperanza estoy ya más alegre, más confiada. Ea, vete y di á Alberto que si Gaspar le habla de mí, no le dé la razón en contra mía.

—¿Y puedes tú pensar que...?

—¡Bah! Todos los hombres hacen alianza contra nosotras.

—No lo temas de Alberto.

María besó á su hermana en la frente, y salió más consolada de lo que había entrado.

¡Oh puro y santo amor de la familia, tú eres el talismán que hace desaparecer todos los dolores del alma! ¡Tú eres el mago bienhechor que vuelve de color de rosa los más sombríos horizontes! ¡Tú eres, en fin, uno de los mayores beneficios que nos ha otorgado la bondad del Todopoderoso!

V

EL AMOR PROPIO

En tanto que las dos hermanas habían estado juntas, Gaspar había tenido también una larga conferencia con Alberto.

Muy ajenas estaban María y Elvira, al aconsejar la primera á la segunda que esperase con paciencia el fin de la reclusión de Gaspar, de que ésta terminaría en tanto que ellas hablaban.

Así fué en efecto. Gaspar, cansado sin duda de su encierro, ó tal vez habiendo reflexionado en él todo cuanto necesitaba reflexionar, le dejó y se dirigió al cuarto de Alberto.

Éste, hasta la hora de salir, se había ocupado en contar los valores que le entregara Elvira.

—¡Tan enorme suma—se dijo—debe haberla sacado de la casa donde su marido la había colocado, y al venir á Madrid la traería sin cuidarse de ponerla á interés! ¡Oh, la pobre niña cuánto necesita de una persona que la dirija, y cuán dichosa sería con Gaspar! ¿Pero se realizará este enlace? No lo sé, aunque casi lo espero. ¡El es bueno, y ella!... ¡Oh, si ella supiera el bien que me ha hecho con su desprendimiento, con su generosidad! ¡Yo se lo pagaré, sí! ¡Yo colocaré su fortuna de modo que se triplique y pueda un día decirle: aquí tienes lo

que me entregaste, aumentado en mucho; eras rica, te confiaste á mí, y yo te he hecho opulenta!

Semejantes reflexiones fueron interrumpidas por la llegada de Gaspar. Este entró sin anunciarse; tenía los ojos velados y rodeados de ojeras, y estaba algo pálido, conociéndose en lo abatido de su semblante que no había dormido casi nada en las dos últimas noches; pero su aspecto tenía algo de fiero, de decidido y de conquistador.

Este alarde de fuerza es el recurso de las almas débiles; el que se reconoce fuerte permanece siempre tranquilo; sólo el débil es quien se esfuerza en aparecer decidido y terrible.

—Ahora iba yo á entrar en tu cuarto—dijo Alberto, encerrando en uno de los cajones de su buró el depósito de Elvira.

—Viendo que tardabas un poco—repuso Gaspar,—he venido yo para decirte que ya he tomado una resolución.

—¿La de casarte?

—No; la de marcharme.

—¡Cómo! ¡Qué dices!

—Que esta misma noche me voy á Granada.

—¿Esta noche?

—En el correo.

—¡Sin casarte!

—¡Dios me libre de semejante cosa! ¡El matrimonio es tan perverso manjar, que sólo con olerle se me ha indigestado!

—¿Pero no me has dicho mil veces que sólo deseabas ser esposo de Elviva? Á no ser por mí, por mis consejos, ¿no estarías ya casado con ella?

—Cuando eso dije estaba ciego por el amor que me inspiró su belleza; pero luego vi la verdad, la horrible verdad, que me enseñó, en vez del cielo sin nubes que yo me forjaba, un infierno, del cual quiero á toda costa librarme.

—Vamos, vamos—exclamó Alberto riéndose,—¿tienes el carácter más original que es posible hallar!

—Tengo un carácter bueno y razonable por demás.

—¡Pero muy exagerado! ¡Salta una chispa, y ya ves en ella un incendio, y empiezas á dar gritos sin que te ocurra que la puedes apagar con sólo poner el pie encima!

—Ya sé—dijo Gaspar confuso—que en algunas ocasiones me sulfuro por poca cosa; mas, vamos, que el matrimonio es una chispa del tamaño del Vesubio, y francamente, me inspira gran respeto...

—¡Pero si eso te lo he dicho yo antes de ahora! Y sin embargo, ese terrible incendio se domina con gran facilidad.

—¡Ya, con los pies! Esto es, huyendo.

—Con fe, prudencia y cariño.

—Mi remedio es más seguro.

—Huir de un mal no es curarle.

—Jamás me he propuesto ser médico.

—Y veo también que jamás has amado á Elvira.

—¿Qué dices? ¡No sabes tú hasta qué extremo llega mi cariño!—exclamó Gaspar con vehemencia.

—Pues entonces, si hay amor, falta sólo prudencia para que ese infierno quede convertido en gloria; no lo dudes, amigo mío; aún puedes hallar tu sol de invierno.

—Querido Alberto, perdona que te diga que hay muchas ocasiones en que soy prudente en demasía.

—Eso no basta; es preciso que lo seas siempre.

—¡Es que Elvira nunca lo es!

—¡Ya lo sé! Pero lo será alguna vez si tú le das el ejemplo. La mujer es un ser débil, con quien los hombres debemos tener mil atenciones y miramientos.

—¡Ya! ¡Es un ser débil; pero no lo es para acumular mil defectos y mil faltas!

—Que nosotros debemos corregir con dulzura, y sin que advierta que la queremos echar de preceptores.

—¡Qué tontería! ¡La mujer es incorregible! Y luego, ¿dónde hay paciencia que resista?... Vamos, yo te ruego que me digas lo que harías, si al encender un cigarro te dijera tu mujer: «¡Que no fumes!»

—Tiraría el cigarro, y ella me rogaría que volviera á fumar.

—Supondremos el ruego, que es bastante suponer. ¿Y si fueras á salir y ella se opusiera?

—No saldría; y al verme ella sentado y tranquilo, vendría á darme el sombrero.

—Pero, hombre, ¿y si no te lo daba? ¿Y si perdieras un pleito con las costas y no te dejara ni aun el derecho de rabiarse? ¿Y si, sobre todo eso, te hiciera estar con los brazos así..., en cruz, para sostenerle una madeja? ¿Y si tuviera el capricho de enterarse de una carta que tú te hubieras propuesto que no viera? ¿Y si después te llenase de improperios, qué harías? Pedir á Dios un tabardillo, imitando el sabio, aunque triste, partido que adoptó tu cuñado y su primer esposo, para descansar sin duda.

—¿Has concluído de hablar?

—Sí.

—¿Puedo yo hacerlo ya?

—Sí.

—Pues oye: casi en igual situación que tú me he hallado yo también; pero obtuve resultados muy felices, mi mujer...

—¡No me hables de ella!—interrumpió Gaspar con enojo;—¡me tiene contento! ¡Pero, al fin, mujer, y basta!

—¿Qué oigo?—preguntó Alberto riéndose;—¡ya no admiras su talento ni su bondad!

—¡Cuando estaba sufriendo yo las injusticias de Elvira, tuvo valor para darle á ella la razón! ¿Piensas que lo he olvidado?

—¿Es posible que siempre hayas de juzgar así de las cosas? María condena más que nadie el ca-

rácter de su hermana; pero conociendo hasta dónde puede llegar en sus arrebatos, le dió la razón, como se le da á un niño que nos aturde con su llanto y con su cólera, para acallarle por el pronto y dejarle dispuesto á escuchar algún consejo útil y provechoso.

—¡Es posible!—murmuró Gaspar casi avergonzado.

—Tal vez María se halle ahora con su hermana haciéndole ver sus imprudencias.

—¡Y yo la estaba culpando!

—¡Mi mujer es un ángel! Hace dos días volví á casa agobiado con el peso de una gran desgracia...

—¡Qué dices! ¿Has perdido algún pleito también?

—No; pero perdí doce mil duros en la Bolsa.

—¡Santo Dios! ¿Vendrías hecho una furia, y con razón?

—No lo creas; vine sigilosamente, á fin de encerrarme en mi cuarto y salir después sereno, para evitar á María un disgusto. Pero ¿qué se oculta á su talento, á su corazón? Conoció que sufría; me exigió que la dijese el motivo de mi pena, y al saberlo, lejos de llorar ó irritarse contra mi mala suerte, me hizo tales reflexiones, encontré tanto consuelo en sus palabras, que no pude menos de bendecirla una y mil veces y olvidar mi contratiempo.

—¡Feliz tú! ¡También Elvira logró que yo olvidase la pérdida de mi pleito, pero á fuerza de

imprudencias y disgustos mayores! ¡Vamos, si es insufrible! ¡Y para que nada falte, hasta su empeño en ver la carta!... Esa carta que me trajeron hace dos días; porque no se la enseñé, se ha puesto hecha una furia.

—Pues mira: á mí también me trajeron una carta sospechosa; ¡de la Condesa!

—¡Ah, ya! ¿De aquella jovencita de ojos negros, por la que no sosegabas en París, por la que tanto sufrías?

—¡Sí; de aquella por quien tanto hice el necio! Pues bien, recibí la carta. María la vió; conocí que empezaban á atormentarla los celos, á pesar de su prudencia y de su delicadeza. Mas como he olvidado todos mis devaneos, y no trato de aventurar por un capricho su sosiego y el mío, se la entregué, y no dudó de mi amor y de mi fidelidad. Da la tuya á Elvira, y es lo mejor.

—¡Yo!—exclamó Gaspar; — ¡yo humillarme á ella, cuando soy el ofendido! ¡Nunca! Además, tengo mis razones, que me obligan á ocultarle esa carta.

—¿Aún andas en trapisondas?

—¡Qué disparate, hombre; si la carta es de Samper! Fuí á su tienda á comprar un aderezo para Elvira; pero quise que grabaran sus iniciales en un medalloncito que forma el broche del collar; y como le dí mucha prisa, me avisa que ya está hecho y que pase por él cuando guste; toma, entérate si quieres.

Gaspar sacó la carta de su bolsillo, y la alargó á Alberto; éste la tomó y pasó por ella la vista: contenía sólo tres renglones concebidos en los términos expresados por Gaspar.

—Te repito—dijo Alberto—que debes enseñar esta carta á Elvira.

—¡Te repito que no puede ser!—respondió Gaspar algo incomodado.—¿No conoces que en ese caso pensaría que busco los medios de reconciliación?

—¿Y qué mal habría en eso?

—¡Que no los busco, ni pienso!

—¿Todo lo has de llevar á sangre y fuego?

—¡Cuando tengo razón, sí!

—¡Pues es muy mal sistema! Y debo decirte que ahora, más que tu razón, te aconseja tu amor propio herido.

—No te diré que no.

—Gaspar—observó Alberto gravemente,—Elvira es buena, créeme, y te ama mucho; no te hablaré de su belleza, porque sé que se la concedes y que te parece lo que es, encantadora; tampoco te hablaré de sus riquezas, porque creería ofender-te; sólo te diré que, tras de la aspereza de su carácter, hay un corazón tierno y un alma elevada y noble; eso vale mucho, y debes tenerlo en cuenta.

—Con eso solo no se halla la felicidad.

—¡Te ama!

—¡No lo creo! Si me amase, no me mortificaría con su genio.

—Te dejo para que reflexiones á solas; la ira es muy mala consejera.

—No tengo nada que meditar.

—Cariño y prudencia.

—Un billete en el correo.

Alberto hizo un gesto de enojo y salió.

Gaspar se recostó en un sillón, y quedó algunos instantes meditabundo.

—¡Hola! ¿Ya hemos roto la clausura, señor cenobita?—preguntó á su espalda una dulce voz.

—¡Señora!—murmuró Gaspar levantándose, porque había reconocido el acento de María.

—Tenía grandes deseos de ver á usted—prosiguió ésta;—pero sentiría haber venido ahora á incomodarle.

María dijo estas palabras con visible distracción; luego añadió:

—Venía aquí á escribir un billete á una amiga mía, porque, por lo regular, el tintero de Alberto está mejor arreglado que el mío; por lo mismo, si usted me lo permite, pondré dos renglones.

Gaspar se inclinó, y volvió á sentarse pensativo á alguna distancia de la mesa, ante la cual se había sentado María.

Esta escribió rápidamente algunas líneas, cerró el billete y llamó.

El ayuda de cámara de Alberto se presentó en seguida.

—Ambrosio—dijo María,—dé usted esto á

Pepa, y dígale que lo lleve al instante adonde dice el sobre.

El criado salió; el sobre decía: *Para la señorita Elvira.*

María se volvió luego á Gaspar, que permanecía aún pensativo.

—Conque vamos—le dijo,—¿volverá usted á encerrarse?

—No, amiga mía—respondió Gaspar;—me marchó esta noche.

—¡Esta noche!—repitió María, con voz trémula de sorpresa;—¿y adónde?

—A Granada; y me alegro de que haya usted venido aquí, porque iba á buscarla para pedirle perdón.

—¡Perdón! ¿Y por qué? ¿Me ha hecho usted alguna ofensa? En ese caso, dígamela usted para absolverle de ella.

—Pues bien, María: sepa usted que he estado muy enojado con usted.

—¡Qué escucho! ¡Usted enojado conmigo! ¿Y por qué motivo?

—Porque dió usted la razón á su hermana contra mí, y porque al cortar nuestra reyerta aplacando á Elvira, me pareció usted tan injusta y tan necia como ella. Pero Alberto me ha revelado la verdad de todo, y me ha hecho ver la nobleza del proceder de usted, y aquí me tiene arrepentido de mi ligereza...

—¡Y perdonado!—dijo María con una graciosa

sonrisa, y alargando su pequeña y linda mano á Gaspar.

—¡Qué nobleza!—exclamó éste, estrechando aquella mano.

—¡No tanta como usted cree!—repuso la joven;—porque, después de perdonarle, tengo que reprenderle.

—Pues empiece usted, porque no quiero verla enojada conmigo.

—Pues bien, allá va. ¡Elvira es algo vehemente!...

—¿Vehemente?—preguntó Gaspar con una sonrisa amarga.

—¡Si; pero le quiere á usted mucho! Ahora, sin embargo, está muy incomodada con usted.

—¡Es cosa rara!—dijo Gaspar con ironía.

—¡Sí que lo es!—repuso María;—porque lo que es ahora, no es su queja infundada.

—¡Dígala usted, amiga mía, y veremos!—observó Gaspar dominándose.

En este momento se vió aparecer una figura ligera y esbelta entre las cortinas de seda que cubrían la puerta que comunicaba con la habitación de María: era Elvira, avisada por el billete de su hermana.

—Pues bien—continuó María,—mi pobre hermana tiene celos.

—Pero ¿por qué?—preguntó Gaspar.

—Porque no la enseña usted cierta carta...

—Señora—dijo Gaspar,—aquí está la carta; sea

usted juez en esta cuestión, y verá cómo no tiene motivo ninguno de queja.

Al pronunciar estas palabras, Gaspar presentó el billete á María; ésta lo leyó, y le dijo con voz conmovida:

—Veo que mi hermana ha sido injusta; ha dudado de su amor, cuando usted le estaba dando una prueba de él.

—¡Qué oigo!—murmuró la esbelta figura detrás de las cortinas.

—¡Yo no sé engañar, no sé mentir—prosiguió Gaspar con amargura,—y sin embargo!...

—Estoy toda de parte de usted, mi buen amigo—dijo María afectuosamente.—¡Y si mi hermana supiera!...

—Es inútil que sepa nada, querida amiga—respondió Gaspar;—sólo deseo que la dé usted un consejo en mi nombre.

—¿Y por qué no se lo da usted?

—Ya he dicho á usted que me marcho esta misma noche.

—¿Sin despedirse de ella?

—Quisiera evitarlo.

—Oigamos, pues, el consejo.

—Dígala usted en mi nombre que si algún día piensa en casarse, lo que no dudo, atendida su edad, piense también que el hombre busca alegría en su casa, y en su hogar el consuelo de todos sus sinsabores; que la paz es la base de la felicidad del esposo y de la esposa; que para ésta debe ser

más grato verle alegre y complacido á su lado que verle hastiado y cansado de sufrir; y que si al fin se abusa mucho de su paciencia, se exalta su imaginación, y para aliviar sus sinsabores domésticos, va á buscar en la casa ajena la dicha y el contento que le faltan en la suya.

—¡Tiene usted razón!—dijo María con voz alterada por la emoción.

—¡Paciencia!—repuso Gaspar reprimiendo un suspiro;—todo se ha torcido, y no era eso, en verdad, lo que yo esperaba.

—¡Oh, Dios mío, cuán injusta he sido!—murmuró Elvira en la puerta.

—¿Me manda usted algo?—preguntó Gaspar volviéndose hacia María.

—¡Nada!—respondió ésta.

—Entonces, amiga mía, permítame usted despedirme.

—¿Conque ha hecho usted empeño en marcharse?

—Esta misma noche.

Elvira, al oír esta decisión, contuvo una exclamación de dolor.

—Yo creía—dijo María—que usted iba ahora á salir, pero para ir á otra parte.

—Y... ¿adónde?

—¡A la Vicaría!

—¡Pues es el viaje más largo, y lo siento! ¡Me hallaba yo aquí tan bien entre ustedes!

—Permítame usted que lo dude; pero, en fin,

creo que no debe irse sin despedirse al menos de Elvira, justamente está aquí...

María, al decir estas palabras, y como si hubiera visto por la espalda á su hermana, la tomó de la mano y se la presentó á Gaspar.

—Tengo que hacer—dijo después graciosamente; —hasta después, Gaspar; adiós, Elvira.

En seguida levantó la cortina, y salió con paso ligero de la estancia.

VI

LAS ARMAS DE LA MUJER

Elvira se detuvo á pocos pasos de Juncosa. Estaba encarnada como una bella rosa de Mayo; tenía la cabeza baja y fijos los ojos en un bordado que traía en la mano.

Era un pañuelo de hombre, á juzgar por su tamaño; una de sus puntas tenía dibujada una flor muy linda, que era la que Elvira bordaba.

Gaspar, por su parte, estaba también cortado y confuso; aquella mujer ejercía sobre su ánimo un ascendiente extraordinario; en su presencia estaba turbado, y por eso había querido evitar el despedirse de ella.

Elvira fué la primera que rompió el silencio, diciendo suavemente á Gaspar:

—¿Por qué está usted tan callado?

Juncosa levantó la cabeza, sorprendido de la dulzura de aquel acento; la voz de Elvira, melodiosa ya de sí, se asemejaba, al pronunciar aquellas palabras, al canto de un pájaro. Gaspar se adelantó dos pasos y no supo qué responder.

—¿Está usted aún enfadado conmigo?—tornó á preguntar la joven con mayor dulzura y mansedumbre, y dando ella hacia Gaspar otros dos pasos.

—No, señora—contestó éste, retrocediendo los dos pasos que Elvira se había adelantado;—y ¿por qué había yo de estar enfadado?

—¿Quién sabe?—repuso Elvira;—sucede que sin querer... Pero ¿por qué no se sienta usted, amigo mío?

—¡Ya!—se dijo Gaspar;—quieres ahora conquistarme con tus gazmoñerías, ¿eh? ¡Pues no lo lograrás!

Y dejándose caer en un sillón que estaba colocado al otro extremo de la estancia, añadió en voz alta:

—Ya he complacido á usted.

—¡Pero qué lejos, Dios mío!—dijo Elvira, mirándole con ternura.

—Más cerca—respondió Gaspar, acercando un poco su sillón.

—¡Está usted hoy extravagante!—murmuró Elvira con una sonrisa.—¡Véngase usted á mi lado! ¿Acaso me teme?

—¿Yo?—preguntó Gaspar mirando á Elvira con

dura expresión, porque sentía debilitarse sus resoluciones de rompimiento y de huída;—¡yo temer á usted!

Y esto diciendo, se levantó y fué á sentarse al lado de la joven.

Entonces no pudo menos de fijar sus ojos en Elvira, que aquella mañana estaba más adorable que nunca.

Jamás ha presentado el atavío de una mujer más admirable reunión de negligencia y gracia: una bata de muselina blanca y fina hacía resaltar el transparente y fresco sonrosado de la tez de Elvira; brillaban de una manera deslumbradora sus rasgados ojos negros, guarnecidos de largas pestañas; su boca de coral sonreía con una expresión irresistible de amor, y su rica cabellera de ébano estaba recogida en gruesas y lustrosas trenzas, prendidas muy bajas con un largo alfiler de oro.

Gaspar quedó deslumbrado, y cerró los ojos para no ver á aquella tentadora criatura.

Mas en el mismo instante resonaron en sus oídos aquellas palabras de María:

—Mi hermana tiene un corazón tierno y sencillo, un alma noble y elevada, y además le ama á usted mucho.

Su amor propio herido salió, no obstante, á la defensa de su orgullo, y se dijo:

—¡Valor, Gaspar; aquí es preciso tener el corazón de acero!

—Deseaba—dijo Elvira—tener á usted junto á

mí, porque voy á hacerle un cargo y á reconvenirle.

—¿A mí? ¡Oigamos el cargo!—respondió Gaspar muy contento de hallar una ocasión de enfurecerse y escapar del encanto que le envolvía á su pesar.

—Yo le ruego que no se enoje—prosiguió Elvira con acento suplicante,—porque quisiera evitar á toda costa que se enteren los extraños de mis quejas.

—Esa es una resolución muy prudente—repuso Gaspar;—¿pero tiene usted alguna queja de mí? ¿He dado yo ocasión para...?

—Lo mejor será, querido Gaspar, que hablemos como dos buenos amigos.

—¡Esta Elvira no es la de antes!—se dijo Juncosa asombrado;—¡qué suavidad!, ¡qué dulzura!

—O bien—prosiguió Elvira,—si es que usted lo prefiere, como dos buenos amantes; mas para esto, tiene que confesar antes su pecado y prometer la enmienda.

—¿Me hace usted el favor, amiga mía, de decirme pronto dónde está mi pecado?—preguntó Gaspar, que por más que buscaba motivo para enfadarse, no podía hallar ni aun pretexto para ello.

—Su pecado consiste—respondió Elvira poniéndose más encarnada—en usar conmigo aún el cumplimiento de una amistad reciente... ¡en llamarme de usted!

—¡Cómo!—exclamó Gaspar, sorprendido de

tan inesperada salida;—¿conque usted?... ¡Qué digo!... ¿Conque tú... hubieras querido?...

—¡Que me hubieras tú propuesto la llaneza, la confianza del verdadero amor!

—¡Oh! ¡Eres encantadora! ¡Ahora me parece que me quieres más!...

—También yo, al oírte, creo que ahora me amas más que antes.

—¡Y no te equivocas!

—¿De veras? ¿No me engaña mi deseo?

—¡Esta mujer me admira!—pensó Gaspar, en vez de contestar á las afectuosas é inesperadas preguntas de la joven, y mirándola con desconfianza.

—¿No me respondes, Gaspar?—preguntó Elvira.—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada—respondió aquél, volviendo de su distracción.—Y dime, Elvira: ¿no te queda algo más por qué reprenderme? ¿No tenías que reñirme?

—Sí tal.

—¡Riñe, pues!—dijo Gaspar en tono de provocación y desafío.

—¡Si ya te he reñido!—repuso Elvira;—pero ahora tengo una exigencia... ¡Tú... tenías una cita!

Elvira dijo estas palabras haciendo un violento esfuerzo. Gaspar las oyó con alegría; su deseo más vehemente era marcharse aquella misma noche á Granada, y romper unas relaciones que tanto habían hecho sufrir á su carácter independiente; hacía ya rato que sentía que se le escapaban

todos los pretextos de romper definitivamente con Elvira, y creyó que al fin podría asirse al último que le quedaba.

—¡Sí!—respondió con aire de conquistador, y dejando su asiento para mirarse al espejo con fingida petulancia;—¡sí; tengo una cita, y con una hermosísima joven, encantadora, de lo que hay poco!

—¡Ah! ¡Conque es hermosa!—dijo Elvira con una expresión de bondad, que no pudo ocultar del todo otra de amargo dolor y de punzantes celos.

—¡Sí!—repitió Gaspar, con esa crueldad que los hombres emplean siempre para vengar las heridas de su amor propio;—es una joven muy linda; me citó, y ya debe ser hora.

—Pues vete—dijo Elvira con calma y mansedumbre;—toma el sombrero, y no la hagas esperar.

—¡Qué original!—murmuró Gaspar cortado con aquella salida inesperada, y sin resolverse á tomar el sombrero que sonriendo le presentaba Elvira.

—Quizá—dijo ésta—pensarías tú que los celos... ¡Bah! ¡Yo me estimo en mucho, y creo que valgo lo bastante para no envidiar á ninguna mujer! Vamos, toma el sombrero, amigo mío, y vete; no es justo que hagas esperar á esa pobre niña.

—¡No voy!—repuso Gaspar sentándose algo mohino.

—Debes ir—insistió Elvira.

—Iré, pues; pero acuérdate de que lo hago sólo...

—Por complacerme; lo sé, y te doy gracias.

Gaspar tomó el sombrero y dió algunos pasos hacia la puerta con aire distraído; su intención era la de ir á buscar su billete; luego, al lado de Elvira, había olvidado su propósito, y á no ser por la insistencia de la joven en que asistiese á su pretendida cita, no hubiera salido de allí.

—¿Te vas sin despedirte?—le preguntó Elvira al verle parado é inmóvil.

—No—respondió él;—estaba pensando...

—¿En qué?

—¡En que no me explico cómo sabes tú que yo tengo una cita!

—¿Pues no te acuerdas de la carta que te trajeron anteayer cuando estábamos devanando la madeja?

—¡Ah, sí! Me preguntaste si me daban alguna cita, y yo te respondí que sí. Pero ¿cómo podías suponer que fuera para hoy?

—Como veo que hasta hoy no has salido de tu cuarto...

—En efecto—dijo Gaspar cada vez más confuso.

—Pues no te detengas—repuso la joven, que evidentemente deseaba alejar de su lado á Gaspar.

—Vuelvo al instante—dijo éste; y añadió para sí: «Vale más que salga á buscar el asiento, y con esto no tengo ya más remedio que marcharme.»

—Se te olvida una cosa—observó Elvira al verle ya cerca de la puerta.

—¿Qué?

—Darme la mano.

—¡Ah, qué buena eres!—exclamó Gaspar dirigiéndose á Elvira.

—¡Que pienses en mí... y que no me hagas traición!—dijo aquélla, dando á besar su mano á Juncosa.

Éste puso en ella un beso, demasiado ardoroso para estar acorde con su propósito de marcharse, y salió del aposento.

No bien había desaparecido, cuando se presentaron por la puerta que daba á la habitación de María ésta y su marido.

—¡Bueno!—exclamó Alberto,—¿conque estáis haciendo de mi cuarto el campo de vuestros manejos? Pero todo es inútil: Gaspar está decidido á marcharse.

—¿Traes... aquello?—preguntó Elvira á su hermana con ansiedad.

—Sí; aquí lo tienes. ¡Es de un efecto magnífico!

—¿Y qué es... aquello?—preguntó Alberto alargando curiosamente la cabeza, al ver que su mujer daba á Elvira un estuche grande.

—Luego lo sabrás—dijo María.

—¡Bah, bah, todo es en vano!—observó Alberto.—Gaspar ha ido á buscar el asiento.

—Ú otra cosa. Gaspar es un hombre... como todos.

—Concedido; pero habéis de saber—repuso Alberto con tono sentencioso—que los hombres, cuando nos enfurecemos de veras...

—¡Oh, entonces—dijo María,—ante una mirada dulce, un mimo ó una caricia, os quedáis lo mismo que corderos!

—Á veces esas armas no os sirven.

—Siempre son buenas. ¡Pero llaman á la puerta!... ¡Animo, Elvira!

—¡Ah!—exclamó ésta, estrechando con efusión las manos de su hermana;—¡si triunfo, á ti te lo deberé!

—Vente conmigo, Alberto—dijo María.

Y asiendo el brazo de su marido, desapareció con él.

Elvira, trémula de emoción, ocultó en su bolsillo el voluminoso estuche, y volvió á tomar su bordado, aparentando que trabajaba en él con la mayor tranquilidad y afición.

VII

EL GOLPE DE MUERTE

Gaspar entró cabizbajo y pensativo; su fisonomía no expresaba la dicha ni aun la tranquilidad; en su interior sostenía un violento combate entre su amor y el deseo de conservar su amada libertad.

Había ido á tomar el billete, pero todos estaban tomados; esta contrariedad le irritó en extremo, porque le obligaba á quedarse un día más.

Luego pasó por casa de Samper para recoger el aderezo que había comprado para Elvira, y la vista de aquellas joyas cambió el curso de sus ideas.

Ya he dicho otras veces que Gaspar era hombre de impresiones; dejábase llevar casi siempre de su última sensación, y era esclavo de su primer movimiento. Pensó cuán bella estaría Elvira con aquellas alhajas, y cuánto placer tendría en comprarle otras muchas y excitar la envidia general con la belleza de su mujer, realzada con la esplendidez y el lujo.

—¿Cómo tan pronto de vuelta?—le dijo la joven con acento cariñoso, aunque sin alzar los ojos de su bordado.

—Te contaré dónde he estado—respondió Juncosa casi sin saber lo que decía:—desde aquí fuí...

—¡Si no trato de saberlo!—interrumpió Elvira;—¿crees tú que soy curiosa?

—¡Ay, Dios mío!—pensó Gaspar;—si fuera así siempre, yo la adoraría con toda mi alma y no le daría disgustos, porque la verdad es que yo también estuve con ella grosero é intolerante. Y ¡cosa extraña! ¡Ahora quisiera decirle dónde he estado y lo que he hecho! ¡Si las mujeres supieran conducirse con prudencia, serían mucho más dichosas!

Gaspar reflexionaba por la primera vez de su vida, y es que también amaba por la primera vez; interrumpió por fin su mudo soliloquio, y se acercó á Elvira.

—¡Trabajas con un afán!—le dijo, mirando la labor.

—Estoy bordando un pañuelo—contestó Elvira;—¿te gusta el dibujo?

—¡Mucho! ¡Es precioso!

—Pues, mira: me alegro que sea de tu agrado, porque has de saber que es para ti.

—¡Será cierto!—exclamó Gaspar, llevando involuntariamente su mano al bolsillo en que guardaba el aderezó.

—Vale poco este regalo—dijo Elvira con modestia.

—Para mí—repuso Gaspar—es de mucho precio, por ser obra de tus lindas manos, y en él veré yo un recuerdo...

—¡De mi amor!—se apresuró á decir Elvira;—mas tardaré aún tanto tiempo en concluirle, que quisiera que aceptaras otra cosa entretanto.

—¡Otro regalo!—exclamó Gaspar.

—Aquí está.

Y Elvira sacó del bolsillo el estuche que poco antes le había traído su hermana.

Gaspar le tomó y le abrió, en tanto que Elvira, confusa y palpitante, hacía como que bordaba, aunque sus manos trémulas no acertaban á dirigir la aguja.

—¡Oh, sorpresa!—exclamó Gaspar;—¡una petaca! ¡Qué regalo tan de mi gusto, y qué tino al elegirla! ¡Qué preciosa y qué elegante es!

—Yo te ruego que la examines por dentro—dijo Elvira;—pueden haberme engañado, porque como yo no entiendo de esas cosas...

Gaspar abrió la petaca, que estaba llena de cigarros habanos.

— ¡Querida Elvira — exclamó, — comprendo toda la delicadeza de tu proceder!

Y luego, llevado de la invencible afición del fumador, sacó uno de los cigarros, le examinó con placer, y murmuró á media voz:

—¡Excelente cara tienen los tabacos!

—Puedes juzgar de los hechos—dijo Elvira, tomando una caja de fósforos que se hallaba en un velador inmediato, y encendiendo uno, que presentó á Gaspar.

—¡Cómo!—exclamó éste, sin poder dar crédito á sus oídos;—¿me permites fumar?

—Sí—dijo Elvira con una sonrisa adorable.

—¿Aquí, al lado tuyo?

—Sí; he llegado á convencerme de que es muy mal modo de probar el cariño á una persona mortificándola de continuo y contrariándola en todas sus aficiones.

—¡Gracias, Elvira! ¡Eres más buena, más generosa que yo!—dijo Gaspar entre confuso y avergonzado, al mismo tiempo que encendía su cigarro.

—¿Por qué?—preguntó Elvira.

—Porque has de saber que quise marcharme esta noche en el correo.

—Yo fui la causa de tan violenta decisión.

—¡No! ¡Es que yo no me detengo nunca á reflexionar! ¡Es que mi carácter es violento, arrebatado!

—Más lo era el mío.

—Fuí contigo muy intolerante.

—Más lo fuí yo; sin motivo alguno, te aburrí con mil exigencias y con reconvenciones injustas.

—Pero yo no debí aburrirme.

—¿Y dónde hallar paciencia capaz de tolerarme?

—La culpa es mía.

—No, mía.

—¡No tal!

—¡Sí!

—No volvamos á incomodarnos ahora—dijo Gaspar, á quien la dulzura dominaba con una fuerza irresistible;—lo que te pido sólo es que admitas este recuerdo mío.

Elvira tomó el estuche y le abrió ansiosa, dejando escapar en seguida un grito de alegre sorpresa.

El aderezo constaba de alfiler, pendientes, collar y brazaletes de brillantes y rubíes de gran valor; era un verdadero aderezo de novia.

—¡Oh, cuánto te lo agradezco!—exclamó con la alegría sencilla de sus pocos años; y luego, tomando un billete doblado que se veía en el fondo del estuche, lo enseñó á Gaspar, y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es aquella carta—respondió él—que tuviste tanto empeño en ver; la de la cita.

Elvira desdobló el billete y recorrió con la vista sus renglones; después bajó la cabeza confusa y ruborizada.

—En fin—dijo Gaspar,—olvidemos lo pasado, y propongámonos vida nueva para en adelante.

—¡Oh, sí, sí! Pero ¿supongo, Gaspar, que ya no te irás?

—Sí; nos iremos los dos, así que nos casen, y esto va á ser al instante; voy á buscar á Alberto.

—¡Aquí estoy!—dijo éste presentándose con su mujer.

—¡Ah! ¡Nos estabais escuchando!—exclamó Gaspar.

—¡Déjalos! ¡No importa!—repuso Elvira, cuyo bello rostro reflejaba una dicha inmensa.—Gracias á ti, hermana mía—añadió abrazando á María,—mi ventura está asegurada; tienes razón: la tiranía no conviene á la mujer, porque su imperio es la dulzura. No temas que me separe del camino que me has mostrado, porque—añadió mirando á Gaspar—jamás daré al olvido que el hombre que no halla en su casa la paz, alegría y ventura que tiene derecho á encontrar, puede ir á buscarlas en la ajena.

—Las armas que hoy has elegido—dijo Junco-sá—son formidables; con tu bondad, con tu cariño, has dado el golpe de muerte á todas mis as-

piraciones de futura libertad; pero ¡benditas sean tan dulces prisiones! Ahora, Alberto, vamos á la Vicaría, porque dentro de ocho días quiero ser tu hermano.

Los dos amigos salieron, y Elvira volvió á echarse en los brazos de su hermana, diciéndola con voz entrecortada por sollozos de gratitud y de alegría:

—¡Gracias, mi adorada hermana, gracias; tú has sido mi ángel salvador!

VIII

VENUS Y JUNO

Algunos días después, toda la familia de Miranda se hallaba reunida en el lindo saloncito de María.

Eran las tres de la tarde; la noche anterior se había efectuado el enlace de Gaspar y de Elvira, sin pompa, sin convite, pero con asistencia de su padre y de sus hermanos, que habían venido de París para la ceremonia.

Los dos hijos de Miranda se asemejaban á Elvira: eran dos hermosos jóvenes, altos, delgados, con rasgados ojos y cabellos negros.

Su padre era un anciano, siempre simpático, grave, sereno, de aspecto noble y distinguido; tenía el cabello blanco, los ojos y las cejas negras,

los dientes blancos y hermosos y la boca encarnada; pero aquellos rasgados y brillantes ojos, aquellas anchas pupilas permanecían á veces largo rato en la inmovilidad, y sólo se animaban al fijarse en sus hijos.

Nada sabía Andrés Miranda de las pérdidas de Alberto y de los disgustos que á éste y á su esposa ocasionaba la malhadada pasión de la Condesa de las Navas, porque, á haberlos sabido, los hubiera remediado, aunque para ello hubiera tenido que despojarse de todo. Pero su hija y su yerno le habían ocultado escrupulosamente todas sus penas, deseando evitarle el consiguiente disgusto.

Sin embargo, en la noche anterior, Alberto, siempre severo para consigo mismo, había puesto en manos de Elvira el cofrecito que contenía toda su fortuna.

—Entiéndete con Gaspar—dijo ésta;—yo no quiero volver á hacerme cargo de ese dinero, que me incomoda.

—Vuélvelo adonde estaba—dijo á su vez Gaspar;—¿no lo tenías colocado?

—No—respondió Alberto;—iba á hacerlo, pero vuestra boda me ha ocupado estos días.

—Pon, pues, esos valores donde te parezca mejor.

Gaspar y Elvira cambiaron de conversación; y Alberto, al día siguiente, es decir, en la mañana del día en que le presento de nuevo á mis lecto-

res había colocado, en efecto, los cuatro millones completos en una sociedad de crédito, donde ganaban un crecido interés.

Pero el pobre Alberto tuvo que buscar los veintiséis mil duros que le faltaban, y que no quiso tomar del dote de su mujer; y por la tarde, en medio del regocijo de toda la familia, su cabeza ardía, perdiéndose en mil pensamientos desesperados.

Porque otra nueva desgracia había venido á ponerle ante los ojos su ruina: pocos meses antes había tomado participación en una compra de terrenos; contaba sólo con los valores adelantados á la empresa, una parte de los cuales pensaba retirar, y al ir á recogerlos para cubrir otras necesidades más apremiantes, se halló con una quiebra, de la que aún no tenía la noticia más leve.

—¿Qué es lo que te pasa, querido Alberto?—le preguntó el padre de su esposa;—¿qué te sucede?

Alberto se estremeció; volvió la cabeza y un débil rosado se extendió por sus mejillas, como si se hubiera avergonzado de que le sorprendiesen en medio de los pensamientos que le ocupaban.

No eran éstos, en verdad, muy favorables á María. Alberto estaba pensando en ir á ver á Celia, para rogarle que desistiese de su injusta persecución.

—Vamos —continuó Miranda, al ver que el esposo de su hija no le respondía, — estarás

pensando en tu padre. ¿No le ves? ¿No viene por aquí?

—Sólo le hemos visto dos veces desde que ha llegado de París—dijo María.

—¡Esa perversa mujer le tiene dominado!—exclamó Elvira;—¡apenas sale de su casa!

—¿De casa de quién?—preguntó uno de los jóvenes Miranda.

—De casa de Celia.

—¡Oh!—dijo el otro hermano,—el amor en los viejos es terrible; he visto de esto un espantoso ejemplo: un hombre digno, noble, honrado, que cayó en la deplorable aberración de suicidarse porque no le correspondía una joven de diez y nueve años. ¡Cuida no pase lo mismo con tu padre, Alberto!

—En verdad—repuso éste con profunda tristeza—que no sabría cómo impedirselo, si pensase en eso; apenas se deja ver, y ha roto con su familia del mismo modo que con todos sus amigos.

—Pero ¿y el marido de Celia?

—¿El Conde? No ha vuelto aún de aquel viaje á Niza que emprendió hace dos años.

—Ni volverá—dijo Andrés.

Elvira se inclinó hacia el oído de su marido, que estaba sentado junto á ella, y le dijo en voz baja:

—¡Gaspar, déjame que vaya!

—¡No, y mil veces no, querida mía!—respondió con firmeza aquél;—no sabes á lo que te expones con ese paso aventurado. ¡Ir á provocar á una

mujer en su casa, es por lo menos muy imprudente!

—¿Pero no ves lo que sufre mi pobre hermana?

Gaspar alzó la cabeza y miró á María, quien, adivinando lo que pasaba en el corazón de su marido, estaba sumida en un completo abatimiento.

—Ve si quieres—dijo Gaspar;—pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Que te he de acompañar.

—Tu voluntad es la mía—contestó Elvira;—¡vamos!

Ambos se levantaron y pasaron á la habitación nupcial. Elvira echó sobre su traje de seda oscuro una manteleta, se puso un sombrero, y salió á pie con su marido.

Los concurrentes del salón siguieron hablando, después de haberse mirado con una risita maliciosa, y procurando distraer á María, cuya melancolía y palidez llamaban la atención.

Juncosa y su mujer llegaron en breve á casa de Celia: habitaba ésta un soberbio palacio; la alfombrada escalera terminaba en un peristilo adornado de estatuas y lleno de lacayos con librea blanca y verde, que se levantaron al ver al joven matrimonio.

—La señora no recibe—dijo uno adelantándose.

—Entréguela usted, sin embargo, esta tarjeta—repuso Elvira con altivez,—y díganos usted dónde podemos sentarnos.

—Suplico á los señores que tengan la bondad de seguirme—dijo otro de los lacayos á Elvira y á Gaspar.

Estos se hallaron muy pronto en un elegante saloncito, donde se sentaron en una otomana de terciopelo granate, que remataba en una gran maceta de bronce llena de flores y hojas aromáticas.

Todo era allí esplendidez, riqueza y buen gusto; pero Elvira, preocupada por una idea enojosa, no estaba para admirar nada.

—Querida mía—le dijo Gaspar,—ten prudencia por Dios; esa mujer no es de las que se doblegan ante la amenaza, y cederá más bien al ruego; para mí te has hecho buena, prudente, accésible; procura serlo para todos, mi amada Elvira.

—¡Es que—dijo la joven—á ti te amo! He ahí el secreto de mi transformación. ¡Pero á esa mujer la detesto!

—La señora Condesa recibirá á la señora sola—dijo el lacayo, que volvió á presentarse;—pero al señor le suplica la dispense, porque se halla indispuesta.

El carmín de la cólera vistió las facciones de Elvira; mas su marido contuvo la explosión de su enojo.

—Eso es natural—dijo;—tal vez se hallará acostada. Ve, y yo te esperaré aquí.

Elvira siguió al criado, quien, después de atravesar otros dos salones, alzó una cortina de seda carmesí y dijo:

—Puede pasar la señora.

Elvira entró, y se halló frente á frente de Celia, que estaba hundida en un sillón de terciopelo tan inmenso, que á primera vista parecía un lecho.

Al lado del sillón, y sentado en otro más pequeño, estaba Isidoro de Alvareda, que se levantó para salir al encuentro de su sobrina, á la que besó en la frente, y condujo al asiento que él acababa de dejar.

La Condesa estaba pálida y delgada; al ver á Elvira se levantó y descubrió su elegante estatura, semejante por su graciosa majestad á la de Juno, la reina del Olimpo.

Elvira, rosada y fresca como Venus, ofrecía un singular contraste con aquella mujer, pálida por las borrascas de su alma, y cuyos grandes ojos estaban rodeados de oscuros círculos, como si el llanto, reprimido por las consideraciones sociales, se hubiera estancado allí.

Celia estaba envuelta en un ancho peinador de batista, guarnecido de encajes; á pesar de lo avanzado de la estación ardía en la chimenea un abundante fuego, y como contraste, dos anchas jardineras, que contenían magnolias, jacintos, rosas tempranas, lirios y otras flores de penetrantes perfumes, embalsamaban la habitación.

Celia quiso adelantarse á recibir á Elvira; pero se quedó apoyada con una mano en un sillón, porque realmente estaba enferma y débil.

La pasión que sentía hacia Alberto la mataba;

en aquella alma ardiente, los obstáculos sólo servirían para irritarla y empujarla con ciego empeño hacia lo imposible.

Por otra parte, aquella joven, apasionada y ligera, no era mala; y el consumir paso á paso, día por día, la perdición del hombre á quien tanto amaba, había sido para ella un trabajo ímprobo y mortal.

—¿A qué debo el placer de verte, querida mía?— preguntó la Condesa asiendo con su pequeña mano la de Elvira.—¿Has querido presentarme á tu esposo? Sé que te has casado ayer; pero estoy enferma y no me es posible recibirle por hoy; las mujeres somos coquetas, y sólo de tu tío, mi bueno y constante amigo, me dejaría yo ver así.

Y Celia, al decir esto, señaló á sus cabellos negros, recogidos detrás de su cabeza con una larga flecha de brillantes.

—No he venido á lo que crees, Celia—respondió severamente Elvira;—he venido sólo á pedirte la calma y la dicha de mi hermana.

Las pálidas mejillas de la Condesa se colorearon ligeramente, y dirigió á Alvareda una mirada de temor; pero reponiéndose de su turbación, respondió con una risa burlona:

—¿Y qué tengo yo que ver con la dicha de tu hermana, querida mía?

—Celia—dijo Elvira,—no quiero estar aquí mucho tiempo, porque mi marido me espera; oye lo que voy á decirte. Alberto está arruinado; has

sabido ponerle en la alternativa de ceder á tu amor ó de suicidarse, y cualquiera de estos dos partidos que tome es la muerte para mi hermana.

—¡Qué escucho!—exclamó Alvareda levantándose con el cabello erizado sobre la frente, pálido y convulso.—¿Será esto verdad? ¡Mi hijo arruinado! ¡Mi hijo cerca del suicidio! ¡Y yo le creía rico y feliz!

—¡Tío mío—respondió Elvira,—ven conmigo, y no des lugar á que la santa que fué tu esposa te pregunte un día lo que ha sido de tu hijo!

—¿Qué es esto?—exclamó Celia levantándose de su asiento rígida y airada;—¿quién eres tú para venir á despojarme de mis amigos y hasta de mi reputación? La que mató á pesares á su primer marido, la que se prepara sin duda á desembarazarse del segundo á fin de convertirse de rica en opulenta con la herencia de los dos, ¿tiene derecho para dirigirme reconvenções?

Elvira retrocedió, pálida de espanto y de dolor, ante el dardo emponzoñado que le enviaba Celia. ¡Ella querer la muerte de Gaspar; de Gaspar, su primero y único amor; de Gaspar, por quien hubiera dado su vida!

Dos anchas lágrimas brotaron de sus ojos; y aquel llanto, arrancado de lo más hondo de su alma, fué un juramento sagrado de hacer feliz á su esposo.

La cólera no pudo, empero, volver á posesionarse de su ánimo, porque el dolor no la dejó

penetrar en él; volvióse hacia Alvareda, y le dijo con acento dulce y penetrante:

—Esta pobre mujer, tío mío, ha arruinado paso á paso á tu hijo; Alberto, á pesar de su honradez, de su probidad, de su asiduo trabajo, está hoy cerca de la miseria, por ser fiel á mi hermana; yo sé que tú estarás arruinado también...; pero al menos, si no tu caudal, tu amor y tus consejos reanimarán á tu hijo.

—¡Oh, sí!—murmuró Alvareda;—yo también he empobrecido, hija mía; durante estos dos años de alucinación y de pesares, mi caudal, mi alegría, todo ha desaparecido. ¡Heme aquí, Elvira mía, ya viejo decrepito; heme aquí esclavo hasta hoy de esta mujer, y siendo, quizá sin saberlo, el instrumento de la perdición de mi único hijo, de mi hijo, que acaso ya no podrá reconocerme! Pero vamos, vamos á su lado, y bendita seas tú que vienes á arrancarme de esta red fatal que ya detestaba, y que no podía por mí solo romper.

Isidoro asió la mano de Elvira y dió dos pasos hacia la puerta.

—¡Y bien!—exclamó Celia con los ojos centelleantes y las facciones pálidas,—¡imbéciles! ¡Vedme ya sin máscara! ¡Viejo loco! ¿No habías sospechado que tú eras, en efecto, uno de los instrumentos que me servían para consumir la ruina de tu hijo? ¡Pues sábelo! ¡Yo aún soy rica; pero tus caudales han servido para pagar mis espías y para comprar á todos aquellos que yo quería que

le hiciesen traición! ¡Tu oro ha perdido á tu hijo, y en vano querrás hoy socorrerle, porque eres tan pobre como él! ¡Y tú, pequeña víbora, que ahora te haces la hermana amorosa para venir á insultarme después de haber asesinado lentamente á tu marido, sabe que no abandonaré á Alberto hasta verle pedir á mis pies amor y misericordia! ¡Di á tu hermana que esta noche, que antes de tres horas, iré á buscar á su esposo á su misma casa, y que, ó poco podré, ó saldrá de ella conmigo! ¡Padre honrado y timorato, que causaste la desgracia de toda mi vida impidiendo mi matrimonio con tu hijo, ya estás pobre, viejo, y toda tu energía se ha roto entre mis manos como un frágil cristal! ¡Vete! ¡No importa que hagas pedazos mi yugo, porque ya estoy vengada!

La Condesa les volvió la espalda y entró en su dormitorio; ya no era su aspecto débil, sino fuerte y arrogante; mas apenas puso el pie en la alcoba, dió un grito y cayó con la cara contra el suelo.

Cuando la levantaron le acometió un terrible vómito de sangre.

IX

¡POBRE CELIA!

Isidoro Alvareda, Gaspar y Elvira llegaron en breve á casa de Alberto.

Los jóvenes esposos llevaron á su habitación al anciano, é hicieron llamar á María y á su marido.

Alberto se arrojó en los brazos de su padre, derramando lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo; su corazón le decía que le recobraba después de haberle perdido por espacio de dos años; pero ¡cuándo! Cuando, pobre y dolorido, apenas contaba con el pan preciso.

—¡Hijos de mi alma!—les dijo Alvareda,—sé que la desgracia ha llamado á las puertas de vuestra casa, ¡y lo sé hoy que nada tengo! ¡Hoy que todo ha sido presa de esa infernal mujer! ¡Oh, ha ejercido en mí la más terrible de las venganzas! ¡Ha castigado mi oposición á su casamiento con mi hijo, desposeyéndome de toda mi fortuna al mismo tiempo que desposeía al hombre á quien amaba!

Hablando así, Isidoro, aquel Isidoro tan valeroso, tan arrogante, tan leal, lloraba como una criatura. Celia había agotado no sólo su fortuna, sino también su fuerza, su valor, y todas las dotes nobles y generosas que en el invierno de la vida

hacen á un hombre útil, amable y estimado de la sociedad.

Aquel amor era el castigo de todos los extravíos de su vida pasada; y Luisa debía haber llorado muchas veces á los pies del trono del Señor, para que arrancara del corazón de su marido la fatal pasión que le devoraba y le conducía á una ruina segura.

—¡Valor, padre mío!—dijo Alberto estrechando las manos de Isidoro;—te vuelvo á encontrar, y todo lo demás es nada para mí. ¡Trabajaré, y Dios me ayudará!

Un golpe dado á la puerta cortó en los labios de Isidoro la respuesta que iba á dar á su hijo; éste abrió, y la camarera de María se presentó en el umbral.

—Señora—dijo,—acaba de llegar una dama que se empeña en ver á usted.

—¡Una dama!—repitió María;—dile que pase al salón, que yo voy allá al momento.

Alberto y su padre trocaron una mirada de angustia.

—¡No, no puede ser!—murmuró el anciano, respondiendo al pensamiento que aquella mirada encerraba.

Pero como para dar un mentís á aquella seguridad, una figura enlutada apareció en la puerta.

A pesar de estar cubierta con un velo, todos reconocieron á aquella triste aparición. Era Celia.

María palideció. Alvareda retrocedió hasta la

pared, poseído de espanto. Elvira se adelantó hacia ella con aire amenazador. Gaspar quedó enclavado en su sitio.

En cuanto á Alberto, creyó ser presa de un triste sueño; miraba sin ver á aquella figura delicada, esbelta, casi aérea, que se apoyaba con mano débil en el marco de la puerta; á través del encaje de su velo se notaba la diáfana palidez del semblante de Celia, guarnecido de sedosos cabellos negros; brillaban tristemente sus grandes ojos, y su frente, de un corte lleno de gracia y de pureza, era semejante al marfil.

¡Pobre Celia! Dos años antes la vimos en aquella casa radiante de juventud y de hermosura; hoy entraba en ella agonizando, y semejante á una sombra, melancólica y dolorida de lo que fué.

El silencio reinó algunos instantes; la Condesa parecía respirar con sumo trabajo; su pecho se levantaba con un estertor profundo; por fin levantó con mano trémula el velo que cubría su semblante, alterado por un dolor ansioso y ardiente como su alma.

Sin mirar á nadie más que á Alberto, se adelantó á él y asió, con su manecita delgada y calenturienta, una de las manos del joven; luego le atrajo hacia sí, y le dijo con voz lánguida y sorda:

—¡Alberto, sígueme!

El joven permaneció inmóvil. Un ansia opresora destrozaba su corazón. No era amor, era compasión, remordimiento, angustia. Aquella mujer

le había amado hasta morir por él, y su agonía no podía serle indiferente.

—¡Vamos!—prosiguió Celia; —¡vente conmigo! Esa mujer...—y señaló á Elvira con iracundo ademán,—esa mujer me ha ultrajado... Me ha dicho que ya no me amabas... ¿No es verdad que me lo has dicho?

—¡Sí!—exclamó Elvira con ímpetu;—lo he dicho y te lo repito ahora. Alberto no puede amar á una mujer sin pudor.

—¡Piedad!—exclamó María con voz dulce;—¡piedad para ella, hermana mía! ¿No ves que se muere?

Elvira miró asombrada á su hermana, y vió deslizarse gruesas lágrimas por sus mejillas.

—¿Quién habla por aquí de piedad y de morir?—exclamó la Condesa, volviendo en torno suyo sus tristes ojos;—¿de quién es esa voz consoladora?

—Mía, Celia—dijo la esposa de Alberto acercándose á la desdichada y tomando una de sus manos;—¡soy yo quien te habla y te compadece!

La criolla soltó la mano de Alberto al sentir el contacto de la de su esposa; luego acercó á ésta al balcón de la estancia, iluminada ya con un rayo del sol poniente, y la miró con un ansia mezclada de amargura.

—¡Tú me compadeces!—murmuró con una voz llena de lágrimas.—¡Sí! ¡Ya lo sé hace mucho tiempo!

—¿Lo sabes?

—¿No lo he de saber?... ¿No eres tú la esposa feliz, y yo la amante desdeñada? ¿No eres tú la que ve ceñidas sus sienes con la aureola de la virtud, mientras yo he hollado mi decoro y he arrastrado por el lodo el nombre respetado de mis padres y el ilustre de mi esposo? ¡Ah! ¡Pero cuesta tan poco ser buena cuando es una dichosa! ¡Yo, cuanto he hecho, María, ha sido por olvidar á tu marido..., porque le amaba como sabemos sólo amar allá bajo el ardiente cielo de los trópicos!

—¡Infeliz!—exclamó María enjugando con su pañuelo las gruesas gotas de llanto que se desprendían de los ojos de Celia, como las gotas que preceden á la tempestad de las noches de estío.

—¡Sí, infeliz de mí!—murmuró la Condesa con voz desolada.—¡A pesar de mis esfuerzos, no he podido olvidarle ni una hora..., ni un instante..., y ahora vengo á buscarle!... ¡Déjale á mi lado hasta que muera, que poco tardaré!...

—¿Morir tú, Celia?—exclamó Elvira, que sentía deshacerse su enojo en lágrimas á la vista de aquel tremendo dolor y de aquella agonía horrible;—¿morir tú, tan joven?

—¡Veintiún años!—murmuró la criolla con una triste sonrisa;—á esta edad es muy bella la vida, ¿no es cierto? Y sin embargo..., ¡qué deseos tengo de morir!

—Pero ¿por qué?—repuso Elvira, cuya hermosa y noble alma era más accesible á la piedad que

á la cólera;—¿por qué deseas morir? ¡Ya no tienes aquí enemigos!... ¡Yo, que te aborrecía, te compadezco ahora, porque veo que eres más desgraciada que culpable!

¡Oh, sí; cuán desgraciada he sido!—exclamó la pobre joven.—¡Cuántos días de llanto y fiebre! ¡Cuántas noches sin sueño! ¡Todo, todo por él y, sin embargo, él me aborrece!

—¡No, no, Celia!—dijo María mirándola con afectuoso interés.—¡Ven, siéntate en este sillón, y cree que Alberto, lejos de odiarte, te compadece y te estima!

—¡No puede ser!—murmuró dolorosamente Celia, dejándose caer casi exánime en el anchuroso sillón que Gaspar había aproximado para ella;—¡no puede ser!—prosiguió, meciendo su cabeza;—¡yo le he arruinado á él... y á su padre también!

—¡Dios volverá á darle pan!

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Le falta hasta el pan!—exclamó la criolla levantándose rígida y agonizante.—¿Tanto daño le he causado? ¡Calláis! ¡Ah, sois todos demasiado generosos, y yo soy demasiado criminal!

Un llanto histérico y desgarrador sucedió á las lágrimas silenciosas que antes habían corrido por las mejillas de Celia; era un torrente que se abría paso á través de aquella alma destrozada por dos años de pesares.

De repente se estancó su llanto, y su respiración se hizo penosa y entrecortada.

—Vamos—dijo haciendo un esfuerzo supremo;—¡vamos, Alberto, ó voy á morir aquí!

—Voy á llamar á un médico—dijo Gaspar á media voz.

Entretanto la criolla dió, vacilante y casi arrastrándose, los dos ó tres pasos que la separaban de Alberto, y se asió á su brazo con la angustia de la desesperación; pero su vista se turbó con una nube de sangre; lanzó un ronco gemido, y hubiera caído al suelo á no haberla sostenido Alberto en sus brazos.

Éste la colocó de nuevo en el sillón, y una congoja mortal embargó á la desdichada joven.

Gaspar salió en busca del médico; pero así él como todos los demás comprendieron que eran inútiles todos los auxilios de la ciencia, y que sólo podían ser útiles á la Condesa los de nuestra santa religión.

En efecto, poco después abrió los ojos la criolla; tendió en torno suyo una mirada empañada, y exclamó con voz débil:

—¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote!

—¡Ve á la parroquia, Alberto, porque se muere!—murmuró María.

Celia siguió con una triste mirada al hijo de Alvareda, y pareció enviarle con sus ojos un supremo adiós de despedida; luego se volvió hacia María, y la dijo con voz que apenas podía ya oirse:

—¡Me muero!... ¡Que no vuelva yo á verle, si he de pensar en Dios!

María estrechó la mano de la moribunda, que ya se enfriaba, é hizo una seña á Alvareda, que salió para impedir á su hijo que volviese á entrar.

Un instante después llegó el sacerdote: era un anciano venerable, de aspecto sencillo y casi austero; dejó sobre la chimenea una caja de oro que contenía los santos óleos, y se acercó á la criolla, que había entrado en la agonía.

María y Elvira se retiraron á un gabinete inmediato; las dos lloraban, porque sus corazones eran igualmente sensibles y sus almas igualmente bellas.

X

LA CONFESIÓN

La vista del ministro del Señor, y más aún sus palabras de consuelo, reanimaron á la Condesa, que pudo hacer su confesión, si bien con algún trabajo.

En aquella alma, ardorosa y apasionada, no había más que un crimen: el despojo de Alberto y la ruina de su padre; el amor y la venganza, esas dos pasiones, las más fuertes y las que más azotan á la humanidad, se habían disputado aquella frágil existencia y la habían agostado en flor.

La religión no había aún mostrado á los ojos de Celia todo el tesoro de sus consuelos; huérfa-

na desde la niñez, su tutor no había hecho otra cosa que concederle todo cuanto apetecía, creyendo cumplir así la santidad de su misión; pero nadie más á propósito que el venerable anciano que Dios le había deparado en su bondad, para hacerla comprender toda la belleza y ternura de nuestra sacrosanta religión.

La joven criolla vió el cielo abierto tras de los errores y las faltas de su pasada vida; y lejos de dejar con desconsuelo un mundo cuyo umbral apenas había traspasado su planta juvenil, sintió nacer en su alma el vehemente deseo de volar á una vida mejor.

—Hija mía—la dijo el sacerdote,—usted ha sido más desventurada que culpable, y Dios, padre amoroso y tierno de todos los mortales, la espera para darle una eterna compensación; pobre oveja descarriada en las vastas soledades de la vida, ¿qué extraño es que se haya hundido alguna vez en el cieno de algún inmundo pantano? Pero Dios ve todos los pliegues de nuestros corazones. ¡No es el Dios de justicia y de venganza el que la espera á usted, sino el Dios de las misericordias y de la piedad! ¡La santa Virgen, esa madre amabilísima de la mujer, le sonreirá á su entrada en el cielo, y los ángeles cantarán al verla el himno de bienvenida! ¡Más alegría hay en el cielo cuando entra en él un pecador arrepentido, que cuando pasan sus umbrales las almas de cien justos!

—¡Oh, padre mío! ¡Qué consuelo, qué alegría

derraman en mi alma dolorida sus dulces palabras!—exclamó Celia, cuyos hermosos ojos brillaban como dos estrellas cuando poco antes de ocultarse las hiera el sol de la mañana.—¡Por oír esas cosas tan bellas, por alimentar tan buenas esperanzas, se debe desear morir!

—Para los buenos, hija mía, es dulce la muerte—repuso el ministro de Dios;—usted es buena; sólo ha vivido extraviada; pero el buen pastor llama á su oveja perdida, y le dice por mi voz: «¡Vuelve, mi pobre corderilla, vuelve á tu rebaño, y huye de los lobos carniceros de esas ásperas sierras! ¡Aquí te espera el reposo con mi amor, y te guardo á tus padres, que ansiosos te esperan también!

—¡Ah, sí!—exclamó Celia;—allí están mis padres, ¿es verdad, señor? ¡Mis padres, que tanto me aman; y Job, el viejo negro que me llevaba en sus brazos á pasear á la luna en las noches del estío, por las inmensas sabanas donde se levantan nuestros ingenios; y Virtudes, la negra que me amantó y me enseñó á rezar! Todos estarán allí, ¿no es cierto?

—Todos, hija mía; en el cielo hallamos todo lo bueno que hemos amado en la tierra.

—¡Oh, pero qué viejos serán!—murmuró la criolla.—Mis queridos padres, cuando vivían, tenían ya el cabello blanco; yo era la última de sus diez hijos, que murieron pequeños.

—A todos los verá usted convertidos en ánge-

les alrededor de sus padres, que no habrán envejecido más, sino que serán unos hermosos ancianos.

—¡Pues entonces van á ser muchos á amarme! ¡Y aquí que todos me aborrecían! ¡Vamos, padre mío—añadió Celia,—es preciso que me vaya pronto allá arriba, y para esto voy á concluir con todos los cuidados de acá abajo!

—¿Tiene usted, hija mía, algún encargo que darme?

—¡Sí, padre mío, sí! Uno muy importante.

—Hable usted, yo le cumpliré religiosamente.

—Pues bien, padre mío—dijo la joven americana, cuya voz volvía á debilitarse;—tome usted esta llave.

Y desató de su cuello una cinta negra, de la cual pendía una llave pequeña de plata.

—En mi casa, calle de Alcalá, núm. 10, en un gabinete redondo..., cuyas paredes son de espejo, hay un armario en el ángulo de la derecha..., junto al balcón...; se abre... en una moldura dorada... con esa llave...

—Comprendo, hija mía, y le encontraré.

—Pues bien...: allí..., en un cofrecito de ébano..., está todo lo que me resta...; aún debe haber más de un millón... Eso es de Alberto..., porque esa y mayor cantidad le he hecho perder con mis intrigas...; pero no se lo dé usted á él..., porque no querría nada de mí... y lo daría á los pobres...; y como él... es ahora también muy pobre..., es ne-

cesario que yo remedie el daño que le he... causado...

—¡Sí, hija mía, sí! ¿Pero no es ese dinero herencia de alguna otra persona?... ¿No tiene usted parientes?...

—¡No, padre mío!... Mi esposo es muy rico... Eso es mío... y, por tanto, debe volver á... los que he despojado...; para eso... y para que lo admitan... no debe usted dárselo á Alberto..., sino... á su padre, despojado... también por mí...

—Lo haré así...

—Y no le diga usted..., padre mío, que ese dinero... me pertenece...; no..., porque tampoco lo admitiría... El ha jugado mucho...; dígame usted... que es una restitución... de un dinero que le ganaron... mal... De ese modo..., el padre socorrerá al hijo...; tan segura estoy de eso, que yo le despojé para que no lo hiciese...; y Alberto... volverá á prosperar en su fortuna... ¡Yo rogaré á Dios que no le abandone..., que le proteja siempre!... ¡Y ahora, padre mío..., llame usted á esas dos jóvenes..., á ellas solas..., para que yo les dé el último adiós!...

El sacerdote abrió la puerta, y las dos hermanas se precipitaron en el aposento y se arrodillaron á los dos lados del sillón de la moribunda.

Aquellas dos bellas jóvenes se asemejaban á dos ángeles que venían á buscar, para llevarla al cielo, á un alma enferma y dolorida, porque la

dulce figura de Celia nada tenía ya tampoco de terrestre.

No quedaba en ella más que el espíritu. Su boca sonreía con plácida y seráfica expresión; radiaba en su frente la serenidad augusta de los justos, y sus pequeñas manos se cruzaban sobre su demarcado pecho como si orase fervorosamente.

María y Elvira, embargadas por el llanto, apenas podían mirar á Celia; ya no existía la enemiga; sólo quedaba allí la desdichada mártir.

—¡Adiós!—dijo la Condesa, separando sus manos y alargándolas á las jóvenes;—¡perdonadme todo... el mal que os he hecho..., á ti... sobre todo, María!...

Luego, inclinándose hacia Elvira, añadió con una voz que parecía un soplo:

—¡No le digas... que he muerto pensando... en él!...

Después alzó al cielo sus ojos, y murmuró:

—¡Dios mío, acógeme en tu seno!

Celia pronunció estas palabras con voz clara y entera; pero su cabeza se dobló sobre su pecho, y su rostro se cubrió con las sombras de la muerte.

El sacerdote acercó á sus sienes los santos óleos, y dijo con acento solemne:

—¡Sube, pobre alma arrepentida, sube al cielo!
¡Ya eres una santa en el seno del Señor!

María y Elvira dejaron escapar un sollozo.

Celia había muerto; sus últimos instantes fue-

ron rodeados de pureza; sólo aquellas dos jóvenes, modelos de virtud, velaron su agonía.

María se levantó y cerró piadosamente los bellos ojos de Celia; luego la besó en la frente, con la triste ternura de una hermana.

—¡Descansa en paz—le dijo—y ruega á Dios por mí, pues ya eres ángel de luz, á los pies de su trono de gloria!

FIN DE LA PARTE SEXTA

EPÍLOGO

Tres meses después, María, Alberto, Elvira, Gaspar, Miranda y Alvareda se hallaban en Granada.

María, su marido y el padre de éste habían ido á instalar á los recién casados en la casa solariega que el novio poseía en la hermosa ciudad de Boabdil.

Los funerales de Celia fueron tan suntuosos y magníficos como correspondía á su alto rango.

Gaspar había escrito al Conde de las Navas, que se hallaba en Alemania, el fallecimiento de su mujer; pero aquel hombre egoísta, cruel y endurecido en toda clase de vicios y desórdenes, ni aun contestó á la carta.

—Toma—dijo María al esposo de su hermana, entregándole un estuche de terciopelo;—éste es el regalo que me hizo al casarme la desdichada Celia, y que nunca he querido ponerme; sirvan estos diamantes para sus funerales, ya que nadie en el mundo quiere prestarle este deber, y con el resto

de su valor manda, hermano mío, que digan misas por el descanso eterno de su alma.

—¡Eres un ángel!—dijo Gaspar;—Dios no puede dejar de hacerte dichosa.

Terminados los tristes deberes del funeral por el alma de la Condesa, salieron todos para Granada. Elvira y Alvareda fueron los que formaron más empeño en que dejaran Madrid, al menos por algún tiempo, María y su esposo; aquélla, efecto de sus anteriores padecimientos morales al ver consumarse paso á paso la ruina de su marido, y del terrible sacudimiento que experimentó al ver morir á Celia en su casa, estaba pálida y delgada; pero su espíritu entristecido se reanimó al admirar la prodigiosa campiña que rodea á la ciudad de la Alhambra.

Expiraba una bella tarde de Septiembre, y toda la familia se hallaba sentada cerca de un anchuroso balcón, desde el cual se descubría una parte de la florida vega. Gaspar miraba bordar á Elvira, que había cambiado sus hábitos románticos y ociosos por una continua laboriosidad; cerca de la joven, y sentadas en dos grandes sillones, estaban las dos ancianas tías de Gaspar, hermanas de su padre y casi sexagenarias ya.

Eran dos ancianas de cabellos blancos y dulce fisonomía; alternaban en la conversación, y parecían muy dichosas con la compañía de los jóvenes.

Ambas eran viudas, y habían perdido á sus

hijos; eran gemelas, y su vida, que se había deslizado sin conocer los dolores de la separación, se extinguía dulcemente, esperando hallarse en el cielo el mismo día.

Las dos habían hecho ya cesión de todos sus bienes á Gaspar, á quien amaban con la mayor ternura.

María cosía, oyendo leer á su esposo una novela de Víctor Hugo.

Miranda y Alvareda jugaban al ajedrez.

—Señora—dijo un criado entrando y dirigiéndose á Elvira,—aquí fuera hay un señor eclesiástico que pregunta por el Sr. Alvareda, padre.

—Dile que pase adelante—contestó Isidoro.

—Ya se lo he dicho; pero, según parece, es asunto reservado.

—Entonces ruégale que pase á mi cuarto.

Desapareció el criado, é Isidoro dejó su partida y salió en pos de él.

Pocos instantes después volvió á entrar el mismo criado, y dijo á María y á Alberto que el padre de este último les llamaba.

Los dos jóvenes salieron, y hallaron á Alvareda solo y en pie en medio de su cuarto; el eclesiástico había desaparecido.

Isidoro tenía en la mano un cofrecito de ébano abierto; sus ojos estaban humedecidos.

—¡Hijo mío!—murmuró abrazando á Alberto,—yo puedo hoy rehabilitar tu fortuna, la fortuna que la venganza de aquella desdichada te arrebató.

—¿Procede de Celia ese dinero?—exclamó María mirando con terror el fondo del cofrecito.

—¡No!—respondió Alvareda;—¡es una restitución de un dinero que me ha sido arrebatado por medio del fraude en el juego! ¡Tomadlo, hijos míos, y bendito sea Dios que permite á mi mano sacaros de apuros!

—¡Acepto, padre mío!—dijo Alberto;—¡todo lo nuestro es tuyo también; yo trabajaré para los tres, y triplicaré este caudal!

.....
Aquella misma noche, y cuando estaba reunida toda la familia, anunció Alberto su necesidad de volver á Madrid.

María vió lágrimas en los ojos de su hermana, y la dijo:

—Venid con nosotros.

—No—respondió la joven;—en tanto que esas dos santas ancianas alienten, el sitio de Gaspar y el mío está á su lado. ¡María, la niña ligera y caprichosa ha desaparecido; el amor y la experiencia han educado mi corazón! Yo me parecía á Celia... ¡Sí, sí; no hagas ese movimiento de espanto! Yo era, como ella, coqueta, violenta, arrebatada, y ella ha bajado al sepulcro abandonada de todos; y á no ser por nosotros, hubiera muerto sola y hubiera ido á la fosa común. Yo quiero ser buena y cumplir con todos mis deberes, y lo seré por mí y para que Dios perdone á mi pobre madre la

triste predilección que me tenía, y que tanto daño hizo á mi carácter.

—Y tu padre no se separará de ti, hija mía— dijo Miranda abrazando á Elvira.—Parte tú, Isidoro, con tu hijo y con mi hija; su hermana, Gaspar y yo iremos á reunirnos con vosotros cuando ellos no tengan ya aquí deberes que cumplir. Mi Elvira es ya lo que tanto he deseado: *¡el ángel de su casal*

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

MUNDETA

	<u>Págs.</u>
I.—Escena conyugal.....	9
II.—Nieve y fuego.....	19
III.—María y Elvira.....	26
IV.—Himno de la infancia y de las flores.....	35
V.—La lección.....	44
VI.—Confidencias.....	50
VII.—La rosa amarilla.....	60
VIII.—Visita de un hada.....	70
IX.—La pasión y el deber.....	81
X.—Amante y padre.....	94
XI.—Gertrudis.....	100

PARTE SEGUNDA

EL ALMA HERIDA

I.—Una madre joven.....	109
II.—El primer amor.....	118
III.—El roble y la hiedra.....	124
IV.—El huracán.....	133

PARTE TERCERA

ADOLESCENCIA

	Págs.
I.—La santurrona.....	147
II.—Dos grajos en un nido de tórtolas.....	155
III.—Mundeta mira al cielo.....	162
IV.—La conferencia.....	173
V.—Una madre beata y una hija mimada.....	179
VI.—Escenas de familia.....	182
VII.—Dulces recuerdos.....	193

PARTE CUARTA

LA DICHA DE LA TIERRA

I.—Sebastián.....	199
II.—La sentencia.....	206
III.—Alberto quiere ser dichoso.....	212
IV.—Celia.....	219
V.—La revelación.....	228
VI.—El casamiento.....	239

PARTE QUINTA

GASPAR

I.—Dos sistemas opuestos.....	245
II.—El amigo.....	255
III.—El sol de invierno.....	263
IV.—Encuentro.....	268

	Págs.
V.—Antes que te cases.....	276
VI.—La providencia doméstica.....	287
VII.—El bálsamo de las penas.....	295
VIII.—Nuevas borrascas.....	302
IX.—Siguen los vendavales.....	311

PARTE SEXTA

CELIA

I.—Desaliento.....	323
II.—Elocuencia del corazón.....	332
III.—Las riquezas.....	339
IV.—Consejos.....	346
V.—El amor propio.....	355
VI.—Las armas de la mujer.....	368
VII.—El golpe de muerte.....	376
VIII.—Venus y Juno.....	382
IX.—¡Pobre Celia!	393
X.—La confesión.....	400
Epílogo.....	407



149859

LS

S6184s.

Author Sinués, María del Pilar

Title El sol de invierno.

NAME OF BORROWER.

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

